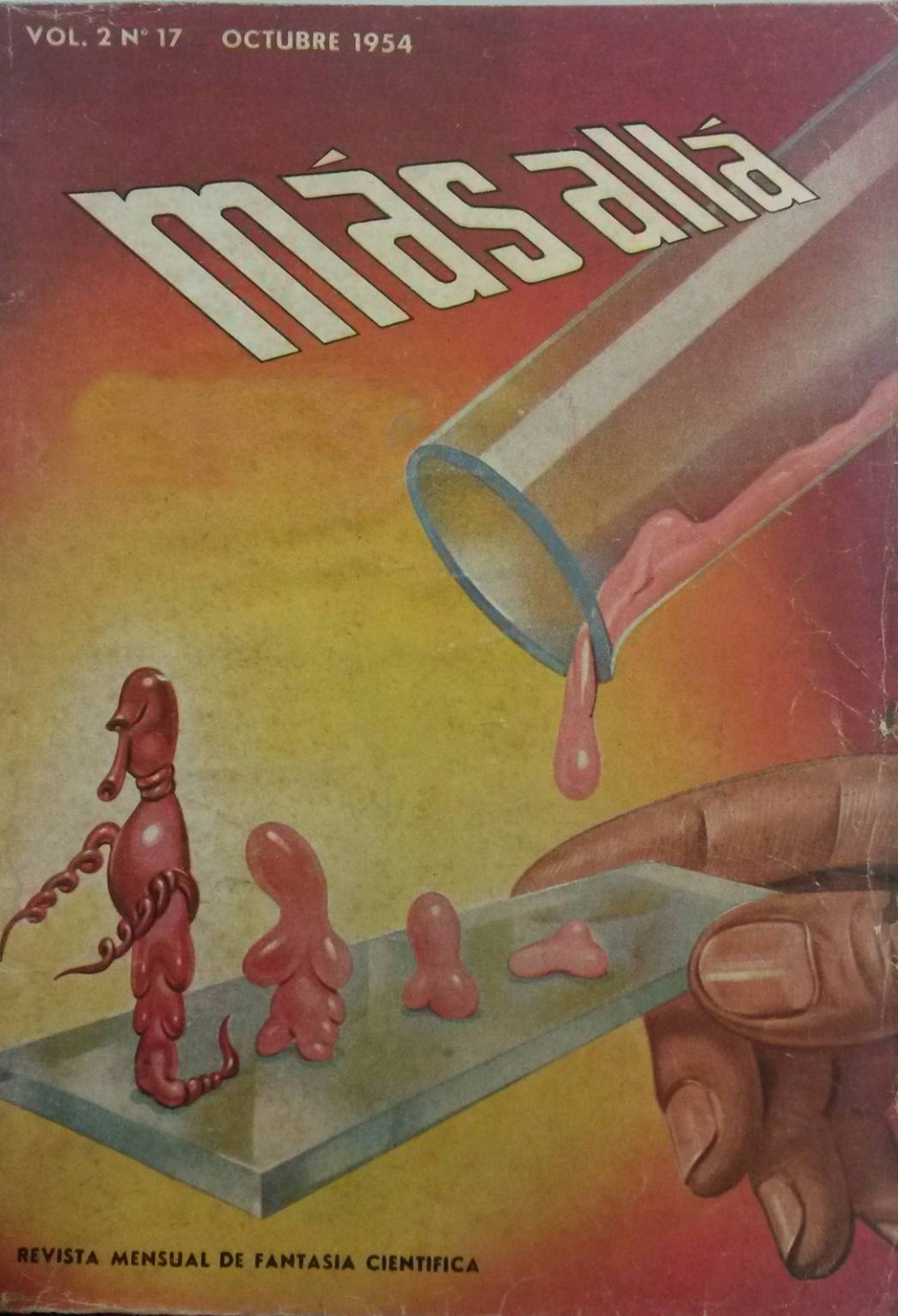
VOL. 2 Nº 17 OCTUBRE 1954

MÁS ALLÁ



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

AÑO 2 · Nº 17
OCTUBRE 1954

más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

REVISTA MENSUAL DE AVENTURAS APASIONANTES EN EL MUNDO DE LA MAGIA CIENTIFICA.

ILUSTRACION DE LA PORTADA

por Orione

La vibración del protoplasma es la vida. Quizá tiemble la mano del hombre que ensaya, pero su mente no vacila... y la fantasía sonríe, en pos de su blanco jamás alcanzado.

sumario

novela completa

EL TRIÁNGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple
La ciencia del porvenir al servicio del amor de todos los tiempos 72

cuentos

HOMBRES DE LA TIERRA, por Ray Bradbury
La primera inolvidable CRÓNICA DE MARTE 4

UNA ESTANCIA EN OSIRIS, por Sprague de Camp
La zoología revolucionaria de un mundo absurdamente tradicional 17

VAGABUNDO DEL TIEMPO, por C. M. Kornbluth
Cuanto más descabellada la mentira, tanto más es creída 34

UN MUCHACHO CON SUERTE, por Alfred Bester
Los perfeccionistas no saben que lo peor tiene sus ventajas 57

aventuras de la mente

LA VIDA EN EL UNIVERSO: MUNDOS SIN ATMÓSFERA, por Gron Aguirre y Angel Gide 48

MÁS ALLÁ DE LOS PANTALONES... 66

artículos científicos

¿QUÉ ES LA CUARTA DIMENSIÓN? .. 28

CORREO COHETE, por Willy Ley ... 42

novedades cósmicas

ESPACIOTEST 32

CORRESPONDENCIA: Proyectiles dirigidos y respuestas científicas 68

INVENTORES DE INVENTOS (Editorial) 2

Redacción y Administ.: Editorial Abril S. R. L., Av. Alem 884, Bs. As., Rep. Argentina

Inventores de inventos

editorial

La fantasía científica, nacida como literatura "escapista", se está insertando en la historia del mundo, y se ha vuelto un elemento revolucionario; en la mejor acepción de este término. Es una revolución que está en curso desde hace años, pero solamente ahora comenzamos a darnos cuenta de ella, y aun muchos no advierten toda su importancia.

La fantasía científica opera en el campo de las ideas. Consigue adeptos, fascinándolos con su atractivo superficial; se insinúa en su espíritu y triunfa en ellos, gracias a la fuerza de sus elementos fundamentales. El lector de fantasía científica, tras el brillante oropel de la aventura, fácilmente descubre la fuente y el secreto de esta energía irresistible: y ello es que, desarraigando el prejuicio y alargando las perspectivas, la fantasía científica acelera el ritmo del progreso e instila en nuestro corazón de hoy la visión y la emoción de mañana.

En este sentido se puede afirmar que la fantasía científica es una de las fuerzas revolucionarias que determinan la forma del porvenir. La fantasía científica a que me refiero es la *verdadera* y profética fantasía científica (con hincapié sobre lo de "científica"). No se trata del cuento de hadas traducido en lenguaje ultramoderno, ni del cuento de terror, policial o de aventura, vertido en un nuevo molde y salpicado de términos pseudotécnicos (a veces esta clase de literatura es sumamente interesante y entretenida y tiene un valor muy alto; sin embargo, hay que protestar contra su inclusión en la categoría de la auténtica fantasía científica).

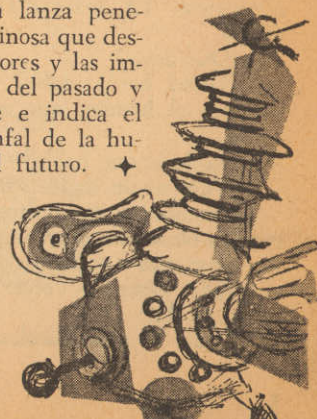
La influencia revolucionaria de la fantasía científica en la historia del mundo se extiende a todos los campos; pero en ninguno, hasta ahora, ella es tan evidente como en el desarrollo y progreso de la técnica. Édison escribió que un invento es un 10 % de inspiración y un 90 % de transpiración. El autor de fantasía científica, de cuyo cerebro surge la visión de una organización social o económica nueva o, en particular, de un invento, contribuye poderosamente a la realización práctica eventual del invento mismo. Aporta, en otras palabras, el 10 % de inspiración, que es la base indispensable de su nacimiento. La parte más difícil de un invento no es el invento, sino el invento del invento. Descubrir la necesidad de un aparato y describirlo en detalle, aunque sea de manera fantástica, pero coherente desde el punto de vista técnico, es la parte más difícil, la única parte verdaderamente creadora, la única parte que tiene una real importancia histórica y, por ende, práctica, industrial, económica y social.

El verdadero creador del radar no fué el hombre o el equipo de hombres que proyectaron y armaron sus elementos mecánicos, sino Hugo Gernsback que, en 1911, describió, en una de las primeras grandes novelas de fantasía científica, un aparato que poseía las propiedades y las características que 27 años más tarde fueron exitosamente puestas en práctica. El verdadero inventor del altoparlante ha sido H. G. Wells, que lo describió con absoluta exactitud en 1899, 25 años antes de que fuera "inventado".

El verdadero inventor del submarino ha sido el creador del fantástico *Nautilus*, Julio Verne, que describió en detalle su construcción y funcionamiento, y no los predecesores que lo describieron en términos vagos, utópicos y risibles (porque los tiempos no estaban maduros para ello, y les faltaban los indispensables conocimientos técnicos sobre los cuales apoyar su fantasía), y tampoco los técnicos y los ingenieros que, años más tarde, echaron al agua el primero que funcionó.

Esta clase de profecías técnicas constituye el atractivo máximo de la fantasía científica; y el estudio de la manera como ellas se han realizado en la práctica, brinda la prueba de la importancia inconmensurable que la fantasía científica tiene en el progreso de la humanidad. Las obras de la auténtica fantasía científica son el equivalente de un paseo en el mundo del porvenir, y una proyección de la genialidad del hombre en los campos en los cuales se fundan sus esperanzas y sus anhelos. La fantasía científica no es solamente un eslabón entre el presente y el porvenir, sino que cumple además la útil función de acercarnos al momento en que el porvenir llegará a ser presente.

El lector de fantasía científica, partícipe de esta maravillosa aventura, pertenece al grupo selecto de los hombres que con sus pensamientos y sus ideas determinan la forma de las cosas que serán. La fantasía científica junta las mejores fuerzas del pensamiento actual, y forja con ellas la punta de la lanza penetrante y luminosa que destruye los errores y las imperfecciones del pasado y del presente e indica el camino triunfal de la humanidad del futuro. ✦



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

crónicas de marte

HOMBRES de la TIERRA

Todo no era más que una tremenda alucinación, una horrible pesadilla que no resistiría la prueba final...

por RAY BRADBURY

ilustrado por OLMOS

EL que golpeaba a la puerta, cualquiera que fuese, lo hacía con insistencia. La señora Ttt abrió la puerta.

—¿Qué desea?

—¿Usted habla inglés? — dijo con asombro el hombre que estaba frente a ella.

—Hablo lo que hablo — replicó ella.

—¡Pues es un inglés correctísimo!

El hombre vestía uniforme. Con él estaban otros tres, muy intranquilos, todos sonrientes y todos sucios.

—¿Qué desea? — volvió a preguntar la señora Ttt.

—Usted es una *Marciana* — dijo el hombre sonriendo —. La palabra no le ha de ser familiar, porque es una expresión de la Tierra. Venimos de la Tierra. Yo soy el capitán Williams. Hace una hora que aterrizamos en Marte. Somos la *Segunda Expedición*. Hubo antes una Primera Expedición, pero no sabemos qué le pasó. Sea como sea; ¡aquí estamos! Y usted es la primera marciana que encontramos en nuestro camino.

—¿Marciana? — las cejas de la señora Ttt se enarcaron.

—Quiero decir que usted vive en el planeta situado en cuarto lugar a partir del Sol. ¿No es así?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Elemental — respondió ella secamente.

—Y nosotros — apretó su mano regordeta y rosada contra el pecho —, venimos de la Tierra. ¿No es cierto, muchachos?

—Sí, señor — contestaron a coro.

—Este es el planeta Tyrr, si lo quiere llamar por su nombre.

—Tyrr... Tyrr — repitió riéndose el capitán — ¡Qué lindo nombre! ¿Pero, cómo es que usted habla un inglés tan perfecto?

—No estoy hablando: estoy pensando — respondió —. Es telepatía. Buenos días.

Y cerró la puerta de un portazo.

Un instante después, el horrible individuo volvía a golpear la puerta.

La señora Ttt abrió de nuevo bruscamente.

—¿Qué le pasa ahora?

El hombre estaba todavía allí, tratando de sonreír y evidentemente perplejo.

—Me parece que usted no me ha comprendido.

—¿Qué es lo que no he comprendido?

—Que somos de la *Tierra*.

—No tengo tiempo para atenderlo. Tengo mucho que hacer en la cocina, no hice todavía la limpieza. Usted busca sin duda al señor Ttt. Está arriba en su escritorio.

—Sí — respondió el hombre de la Tierra —, queremos ver al señor Ttt. Anúncienos, por favor.

—Está ocupado — replicó secamente y volvió a cerrar la puerta con violencia.

Esta vez, los golpes en la puerta fueron mucho más fuertes.

—¡Este no es modo de atender a las visitas! — dijo el hombre cuando ella abrió la puerta. Y de un salto entró en la casa.

—¡Mi piso recién limpio! — exclamó ella —. ¡Barro! Si quiere entrar en mi casa, límpiese primero las botas.

El hombre echó una mirada desalentada a sus botas llenas de barro.

—Lo siento, señora, pero no hay tiempo para trivialidades. Debíamos estar celebrando el encuentro.

La miró largamente, como para hacerse entender.

—Bueno, no discutamos más. No puedo perder tiempo. Veré si el señor Ttt los puede recibir. ¿Qué querían?

El hombre lanzó un juramento.

—Dígale que venimos de la Tierra. Que somos los primeros...

—¿Los primeros en qué? — respondió ella —. Pero no importa. En seguida vuelvo.

El sonido de sus pisadas se fué perdiendo en el interior de la casa de piedra.

Afuera, el inmenso cielo azul de Marte estaba caliente y sereno, como un mar de agua cálida. El desierto marciano se extendía hirviente como una llanura de cieno prehistórico, oleadas de calor se levantaban de él. En la cima de una colina cercana estaba posado un pequeño cohete espacial. Grandes huellas señalaban el camino desde el cohete a la puerta de la casa.

Ahora se escuchaban voces que disputaban en el piso superior. Los hombres que estaban junto a la puerta se miraban unos a otros, se balanceaban cambiando de pie, jugaban con sus manos o las llevaban a los bolsillos. Una voz de hombre resonó allá arriba. La voz de la mujer le replicó. Después de quince minutos, los hombres de la Tierra comenzaron a caminar por la cocina, sin nada que hacer.

—¿Cigarrillos? — preguntó uno de los hombres.

Alguien sacó un paquete y todos se sirvieron, encendiéndolos después. Dieron profundas chupadas y dejaron escapar grandes chorros de humo blancuzco. Ajustaron los correajes y enderezaron los uniformes. Las voces continuaban canturreando y resonando en el piso superior. El jefe miró su reloj.

—Veinticinco minutos — dijo —. Me pregunto qué estarán haciendo allí arriba.

Se acercó a una ventana y miró hacia afuera.

—Hace calor — dijo uno de los hombres.

—Sí — respondió otro.

Las voces se habían acallado, y lo único que podían escuchar ahora era el ruido de la propia respiración. La casa estaba en absoluto silencio.

El silencio duró una hora.

—Espero que no hayamos ocasionado algún conflicto — dijo el capitán.

Salió y miró en el *living*.

Allí estaba la señora Ttt regando unas flores que crecían en medio de la habitación.

—Ya me parecía que había olvidado algo — dijo al ver al capitán.

Entró en la cocina.

—Lo siento — dijo alargándole un papel —. El señor Ttt está muy ocupado. De todos modos, no es al señor Ttt al que ustedes tienen que ver, sino al señor Aaa. Lleven este papel a la próxima granja, que está al borde del canal azul. El señor Aaa le informará lo que usted quiere saber.

—No queremos saber nada — respondió el capitán —; ya lo sabemos.

—Ya tiene el papel —le dijo ella secamente—, ¿qué espera?

—Bueno —respondió el capitán, sin ganas de marcharse. Se detuvo un instante como si esperase algo. Parecía un niño mirando un árbol de Navidad vacío—. Bueno —dijo de nuevo—, vamos, muchachos.

Los hombres salieron de la casa y se hundieron en el aire abrasador.

UNA hora después, el señor Aaa, que estaba sentado en su biblioteca sorbiendo un trago de fuego eléctrico de una copa de metal, oyó voces en la vereda de piedra de su casa. Se asomó a la ventana y vió cuatro hombres de uniforme que lo miraban.

—¿Es usted el señor Aaa? —preguntaron.

—Sí.

—El señor Ttt nos manda.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque estaba muy ocupado.

—¡Qué lástima! —exclamó el señor Aaa sarcásticamente—. ¿Se imagina que no tengo otra cosa que hacer sino entretener a la gente que a él no le interesa?

—Eso no tiene importancia, señor —gritó el capitán.

—Bueno, pues para mí sí. Tengo mucho que estudiar. El señor Ttt es un desconsiderado. Ésta no es la primera vez que procede así conmigo. Deje de mover sus manos por lo menos hasta que termine de hablar. Y escúcheme. La gente me escucha cuando yo hablo. Y si usted no me escucha con deferencia, dejaré de hablar.

Los cuatro hombres que estaban en el soportal se movieron con incomodidad y abrieron sus bocas como para decir algo. En la frente del capitán, las venas amenazaban estallar. En sus ojos aparecieron lágrimas de furor y de despecho.

—Ahora bien —prosiguió pontificando el señor Aaa—: ¿le parece que está bien de parte del señor Ttt ser tan desconsiderado?

Los cuatro hombres se miraron con desesperación. El capitán dijo:

La ignorancia de Watt

El famoso inventor era un gran lector de obras de fantasía y de lingüística. De un solo tipo de libros no quería oír ni hablar: de libros sobre Mecánica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡Venimos de la *Tierra!*

—Yo creo que su proceder es muy poco caballeresco —prosiguió sin oírlos el señor Aaa.

—Un *cohete*... Vinimos en un cohete...

—Y no es la primera vez que Ttt se porta así conmigo...

—Venimos de la Tierra, por el espacio...

—Pues esta vez lo voy a llamar y a decirle lo que pienso.

—Somos los primeros hombres que venimos de la Tierra, yo y estos cuatro...

—Lo llamaré, sí, señor. Eso es lo que voy a hacer.

—De la Tierra. Cohete. Hombres. Viaje. Espacio...

—Lo llamaré y le diré cuatro frescas —dijo el señor Aaa, y desapareció.

Durante algunos minutos se escucharon voces irritadas que hablaban mediante algún aparato semejante a un teléfono. El capitán y sus hombres miraban con nostalgia su cohete, asentado en la ladera de la colina, tan hermoso, brillante y apreciado.

El señor Aaa se asomó impetuosamente a la ventana y gritó con voz de triunfo:

—¡Lo he retado a duelo!

—Señor Aaa... —comenzó otra vez el capitán pacientemente.

—Lo llenaré de polvo, ¿me oye?

—Señor Aaa, hemos recorrido sesenta millones de millas para llegar aquí.

El señor Aaa miró con atención al capitán por primera vez.

—¿De dónde dice que viene? —preguntó.

El capitán sonrió y dijo por lo bajo a sus hombres:

—Me parece que por fin vamos a alguna parte.

Y luego, en voz alta, dijo al señor Aaa:

—Hemos recorrido sesenta millones de millas, venimos de la Tierra.

El señor Aaa hizo un gesto.

—¿Nada más?

Tomó un arma de aspecto siniestro, y dijo:

—Bueno, me tengo que ir. Lleve el papel que le dió Ttt a la ciudad de Iopr; está detrás de aquella colina, y pregunte por el señor Iii. *Él* es la persona que usted necesita. El señor Ttt es un imbécil. Voy a matarlo. Tampoco yo puedo serle útil: usted no tiene nada que ver con mi especialidad.

—¿Especialidad? —preguntó atónito el capitán—. ¿Hace falta tener una especialidad para recibir a un hombre que viene de la Tierra?

—¡Qué pregunta! ¿No lo sabía? —respondió el señor Aaa. Y sin esperar más, salió corriendo de la casa y desapareció de la vista.

Los cuatro expedicionarios se quedaron sin saber qué decir. Finalmente el capitán decidió:

—Ya encontraremos a alguien que se presente a escucharnos.

—Tal vez podríamos despegar, dar una vuelta y llegar de nuevo —propuso uno de los hombres—. Así tendríamos tiempo de organizar una recepción.

—No es mala idea —respondió el capitán cansadamente.

LA pequeña ciudad estaba llena de personas que salían y entraban en las moradas, se saludaban unos a otros, llevaban máscaras doradas, azules, rojas, máscaras con labios de plata y cejas de bronce, máscaras que sonreían o se contraían disgustadas, según el estado de ánimo de su dueño.

Los cuatro hombres, cansados y mojados por la larga caminata, se detuvieron y preguntaron a una niña dónde vivía el señor Iii.

—Allí —les indicó la niña con un gesto.

El capitán se agachó y contempló el rostro dulce de la niña:

—Quiero hablar contigo —le dijo.

Se sentó junto a ella y tomó sus pequeñas manos rosadas entre las suyas, grandes y curtidas, como si se dispusiera a contarle un cuento, que estaba elaborando pacientemente en su mente.

—Bueno, se trata de esto: hace seis meses otro coche vino a Marte. En él viajaba un hombre llamado York y un acompañante. No sabemos qué le pasó. Tal vez se estrellaron. Vinieron en un cohete. Nosotros somos la Segunda Expedición. Y venimos de la Tierra...

La niñita soltó una de sus manos y se ajustó al rostro una máscara totalmente inexpresiva. Sacó luego un juguete mecánico dorado y lo dejó caer al suelo mientras el capitán proseguía hablando. El juguete volvió a subir hasta su rodilla, mientras ella lo miraba atentamente a través de las ranuras de su inexpresiva máscara y el capitán la sacudía suavemente para ganar de nuevo su atención.

—Somos de la Tierra —insistió el capitán—. ¿No nos crees?

—Sí —respondió la niña, haciendo dibujos en el suelo con su pie.

—Me alegro —dijo el capitán, pellizcándole suavemente el brazo, en parte como caricia, en parte para que se dignara mirarlo—. Hemos venido en un cohete. ¿Lo crees?

La niña se hurgó la nariz con un dedo y volvió a responder:

—Sí.

—Y... —sácate el dedo de la nariz— ...y yo soy el capitán, y...

—Nunca nadie vino anteriormente en un cohete —recitó la criatura con los ojos cerrados.

—¡Maravilloso! ¿Cómo lo supiste?

—¡Bah! Telepatía... — respondió ella limpiándose un dedo en la falda.

—¿Y no te emociona? ¿No estás contenta de que hayamos venido?

—Lo mejor es que vaya a ver al señor Iii inmediatamente —dijo dejando caer su juguete—. El señor Iii tendrá mucho gusto de hablar con usted.

Y dicho esto, salió corriendo, con el juguete siguiéndola obedientemente.

El capitán permaneció agachado como estaba, siguiéndola con la mirada. Sus ojos parecían disolvérseles. Se miró las manos vacías. Su boca quedó abierta. Los tres acompañantes permanecieron completamente inmóviles. Uno de ellos escupió sobre la vereda de piedra.

EL señor Iii en persona les abrió la puerta. En ese momento salía para una conferencia, pero podía dedicarles un minuto, si le decía rápidamente qué deseaban...

—Un poco de atención —respondió el capitán con los ojos enrojecidos y abrumado por el cansancio—. Venimos de la Tierra, tenemos un cohete en una de las colinas. Somos cuatro, capitán y tripulación; estamos cansados, tenemos hambre, quisiéramos un lugar donde dormir. Quisiéramos que nos hicieran una recepción, que alguien nos estrechara la mano y que la gente gritase.

El señor Iii era un hombre alto, vaporoso, delgado, llevaba puestos unos cristales azules sobre sus ojos amarillentos. Se inclinó sobre su escritorio y escarbó entre unos papeles, levantando la vista de vez en cuando y observando a sus huéspedes con mirada penetrante.

—Bueno..., no tengo aquí los formularios —hurgó en los cajones del escritorio—; ¿dónde los habré puesto? —musitó—... Estaban por aquí... ¡Ah!... sí; aquí están. Tendrán que firmar el formulario, ¿lo sabían, verdad?

—¿Es imprescindible?

El señor Iii lo miró.

—¿Usted dijo que venía de la Tierra, verdad?... Pues no hay más remedio...

El capitán firmó donde Iii le indicaba.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Quiere que firmen también mis acompañantes?

El señor Iii miró al capitán, miró a los otros, y luego estalló en una carcajada homérica:

—¡*Ellos* firmar! ¡Qué ocurrencia maravillosa! ¡Si ellos tienen que firmar! —las lágrimas caían de sus ojos. Se repuso finalmente y repitió—: ¡Si ellos tienen que firmar!

—¿Dónde está el chiste? —preguntaron los cuatro hombres.

—¡Firmar *ellos!* —sollozó casi el señor Iii, agotado de tanto reír—. Tendré que contárselo al señor Xxx.

Examinó atentamente el formulario que el capitán acababa de firmar.

—Parece que está en regla... Hasta la aceptación voluntaria de la eutanasia, si es necesario.

—¿Aceptación de *qué?*

—No se preocupe por el momento..., no tiene importancia. Tome: esto es para usted. Tenga esta llave.

—Es un gran honor... —comenzó a decir el capitán.

—No sea tonto; no es la llave de la ciudad. Es la llave de la Casa. Siga por este corredor hasta el final, abra la puerta grande, entre y vuelva a cerrarla otra vez. Puede pasar la noche allí. Por la mañana enviaré al señor Xxx para que se encargue de usted.

El capitán tomó la llave y se quedó mirándola con incertidumbre. Sus hombres no se movieron. Se sentían como vacíos de toda su sangre.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? —preguntó el señor Iii—. ¿Qué esperan? ¿Qué desean? —se acercó al capitán y le dijo—: ¡Dígame de una vez qué le pasa!

—No creo que usted podría... —sugirió el capitán—... quiero decir que usted trate o piense que... —se detuvo un momento—... hemos trabajado fuerte y estamos cansados... fué un viaje muy largo... yo pensé que usted al menos nos daría la mano y nos felicitaría...

—¡Felicitaciones! —dijo el señor Iii estrechándole la mano—. ¡Felicitaciones! Ahora tengo que dejarlo..., haga como le dije con la llave.

Sin fijarse en ellos para nada, como si se hubieran desvanecido, el señor Iii correteó por la habitación llenando de manuscritos su portafolio. Tardó otros cinco minutos en sus preparativos, pero ni siquiera una vez dirigió la palabra a los hombres que lo miraban despavoridos.

SE arrastraron por el corredor en medio del silencio pesado del mediodía. Llegaron ante una puerta de plata bruñida, cuyo cerrojo cedió a la llave. Entraron, cerraron la puerta y se volvieron para examinar el recinto.

Se encontraban en un amplio salón iluminado por la luz cenital. Hombres y mujeres estaban sentados a las mesas o conversaban en grupos. Al oír el ruido de la puerta se volvieron hacia los hombres uniformados.

Uno de los marcianos se adelantó:

—Soy el señor Uuu —dijo.

—Y yo soy el capitán Jonatán Williams, de Nueva York, en la Tierra —respondió el capitán sin ningún énfasis en la voz.

No bien terminó de decirlo, el salón explotó.

Las ventanas vibraron por los aplausos y los gritos. Los que estaban dentro se lanzaron sobre ellos, gritaron, derribaron las mesas, se lanzaron sobre los hombres de la Tierra y los alzaron en andas. Los cargaron alrededor del recinto dando seis o siete vueltas completas, saltando, gritando, cantando.

Los hombres de la Tierra quedaron tan estupefactos que tardaron casi un minuto en reaccionar. Comenzaron entonces a reír y gritarse unos a otros. Finalmente los dejaron otra vez sobre sus pies y los hicieron subir a una mesa.

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! —dijo el capitán con los ojos llenos de lágrimas.

—Cuéntennos algo de ustedes —le propuso el señor Uuu.

El capitán aclaró su garganta. El auditorio se dispuso a escucharlo. Presentó uno a uno de sus hombres y cada uno de ellos hizo un pequeño discurso y fué festejado por aplausos atronadores.

El señor Uuu palmeó al capitán en el hombro y le dijo:

—Me alegro de saludar a otro hombre de la Tierra. Yo también soy de la Tierra.

—¿Cómo...?

—Muchos de nosotros también somos de la Tierra.

—¿Usted? ¿De la Tierra? ¿Vino en un cohete? ¿Hubo ya viajes espaciales?... ¿De qué país es usted?

—De Tuireol. Vine en espíritu hace muchos años.

—¿Tuireol? No conozco ese país. ¿Qué quiere decir que vino en espíritu?

—Y la señora Rrr también es de la Tierra. ¿No es verdad, señora Rrr?

La señora Rrr asintió y se rió con una risa extraña.

—Sí, y el señor Www y el señor Qqq y el señor Vvv.

—Yo soy de Júpiter —dijo otro hombre.

—Yo soy de Saturno —dijo otro.

—¡Júpiter, Saturno! —repitió el capitán con un hilo de voz.

La tranquilidad y el silencio se habían restablecido en la sala. Las personas que estaban en ella se agruparon o se sentaron a las mesas, que estaban extrañamente vacías. Sus ojos amarillos brillaban enmarcados por grandes ojeras negras. El capitán advirtió por primera vez que no había ventanas; la luz parecía penetrar a través de las paredes. Había una sola puerta. El capitán dió un respingo:

—No entiendo. ¿En qué parte de la Tierra está Tuireol? ¿Está cerca de Norteamérica?

—¿Qué es Norteamérica?

—¿Cómo, usted dice que es de la Tierra y no sabe qué es Norteamérica?

El señor Uuu se irguió molesto:

—La Tierra es un lugar de mares. No hay ningún lugar que no sea mar. Yo soy de la Tierra y sé bien cómo es.

—Un momento —le interrumpió el capitán—: usted tiene los rasgos de un verdadero marciano, ojos amarillos y piel morena.

—La Tierra es un lugar lleno de bosques —dijo orgullosamente la señora Rrr—. Yo soy de Orri en la Tierra, una civilización salida de la plata.

Al oír esto, el capitán pasó su vista de ella al señor Uuu, y luego al señor Www y al señor Zzz y al señor Nnn y al señor Hhh y al señor Bbb. Vió que sus ojos amarillos se movían y cambiaban de tamaño enfocando y desenfocando la luz. Comenzó a estremecerse. Finalmente se volvió a sus hombres y los miró con expresión sombría.

—¿Se dan cuenta de lo que está pasando?

—No, señor.

—Esto no es una recepción —respondió el capitán cansadamente—, ni un banquete de homenaje. Estos no

---

¿Cuántos electrones?

PARA *tener una idea de la pequeñez de un electrón o "grano de electricidad", bastará decir que por una plancha común pasan por segundo unos 30.000.000.000.000.000.000 de electrones.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

son representantes oficiales. Miren sus ojos. Escúchenlos.

Nadie respiró. Sólo hubo un moverse de ojos en la sala cerrada.

—Acabo de entender por qué nadie quiso atendernos, sino que nos pasaron del uno al otro con mensajes, hasta que llegamos al señor Iii, quien nos envió al corredor con una llave para abrir la puerta. Estamos...

—¿Dónde estamos, señor?

—*Estamos en un asilo de insanos...*

ERA de noche. La gran sala estaba silenciosa y débilmente iluminada por luces disimuladas en las paredes transparentes. Los hombres de la Tierra se sentaron en torno a una mesa, con sus cabezas inclinadas y cuchicheando. Hombres y mujeres yacían desparramados por el piso. En los rincones apartados hombres solitarios o mujeres hacían gestos con las manos. Cada media hora uno de los hombres de la Tierra se levantaba y probaba la puerta de plata, regresando después.

—No hay nada que hacer, señor; estamos encerrados.

—¿De veras que estamos locos?

—Absolutamente. Por eso no se extrañaron al recibirnos. Simplemente toleraron lo que, para ellos, debe ser una perturbación muy frecuente.

Les mostró con un gesto las sombras oscuras que dormían en torno de ellos.

—¡Todos paranoicos! ¡Y qué recepción nos hicieron! —sus ojos se iluminaron por un momento, pero volvieron instantáneamente a pegarse—. Fué hermoso, mientras duró, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo nos tendrán encerrados?

—Hasta que podamos demostrar que no somos enfermos.

—Debe ser fácil de demostrar.

—¡Ojalá!

—No parece muy seguro, señor.

—No lo estoy. Mire ese rincón.

Un hombre estaba agazapado a solas en la oscuridad. De su boca salió una llama azul que se convirtió en la forma de una mujer desnuda. Se desvaneció en el aire suavemente en vapores con color de cobalto.

El capitán les indicó otro rincón con un gesto. Allí había una mujer de pie, cambiando de formas. Primeramente se convirtió en una columna de cristal, luego en una estatua de oro, finalmente en un asta de cedro pulido y luego otra vez en una mujer.

—Son hechiceros, magos —susurró uno de los hombres de la Tierra.

—No; son simplemente alucinaciones. Nos traspasan su insania de suerte que nos hacen ver sus alucinaciones. Telepatía. Autosugestión y telepatía.

—¿Le preocupa esto, señor?

—Sí. Si las alucinaciones nos parecen tan reales, no tiene nada de extraño que nos haya tomado por neuróticos. Si ese hombre puede producir mujeres desnudas, y esa mujer puede transformarse en estatua, es natural que los marcianos normales piensen que nosotros hemos producido la espacionave con nuestras mentes.

—¡Oh! —exclamaron los hombres en la oscuridad.

Alrededor de ellos, en el vasto recinto, brincaban llamas azuladas, se encendían, se evaporaban. Pequeños demonios de arena roja salían de entre los dientes de los hombres dormidos. Las mujeres se transformaban en serpientes aceitosas. Había olor a reptiles y animales.

Al llegar la mañana, se levantaron todos y parecían frescos, felices y normales. No había ni llamas ni demonios en la habitación. El capitán y sus hombres aguardaron junto a la puerta de plata, esperando que se abriera.

El señor Xxx llegó cuatro horas después. Les pareció que él había estado por lo menos tres horas junto a la puerta, espiándolos desde afuera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

antes de que entrase, los saludase y los condujese a su oficina.

Era un hombre alegre y sonriente, si es que se podía dar crédito a la máscara que llevaba puesta, en la que estaba pintada no sólo una sonrisa, sino tres. Pero la voz que salía de la máscara era la de un piscólogo serio y alerta.

—¿Qué es lo que les pasa?

—Usted cree que nosotros estamos locos, pero no es verdad.

—No creo que *todos* ustedes estén locos. No, únicamente *usted* —dijo señalando al capitán—: los demás son sólo alucinaciones secundarias.

El capitán dió un respingo:

—¡Conque eso era!... Por eso se rió el señor Iii cuando le pregunté si mis hombres debían firmar también los papeles...

—Sí, el señor Iii me lo contó —respondió el psicólogo riendo detrás de su máscara—. Es un chiste precioso. Pero, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí!, alucinaciones secundarias. Las mujeres, por ejemplo, vienen a verme con serpientes que les brotan de las orejas. Una vez que las curo, las serpientes desaparecen.

—Queremos que usted nos cure.

El señor Xxx pareció sorprendido:

—¡Qué raro! la mayoría de los enfermos no quieren que los cure. La cura es un poco drástica, usted sabe.

—¡No importa! Confío que usted comprobará que todos estamos sanos.

—Déjeme ver sus papeles para estar seguro de que están en orden para la "cura".

Consultó el archivo que tenía junto a sí.

—Sí; están en regla. Usted sabe, casos como el suyo necesitan un "tratamiento" especial. Las gentes que están en la sala son formas simples. Pero cuando la enfermedad está tan adelantada como en su caso, con alucinaciones primarias, secundarias, auditivas y olfativas y labiales, además de las táctiles y ópticas, es un asunto muy delicado. Tenemos que recurrir a la eutanasia.

El capitán se puso de pie con un brinco:

—¡Eh!, un momento: examínenos primero, háganos preguntas...

—Hable usted primero.

El capitán habló durante una hora. El psicólogo lo escuchó atentamente.

—¡Increíble! —musitó—. La fantasía onírica más detallada que escuché en toda mi vida.

—¡Maldito sea! —replicó el capitán—. Le mostraré la espacionave.

—Tendría mucho gusto en verla. ¿Puede corporizarla en esta pieza?

—Por supuesto. Está en su archivo, en la letra *R*.

El señor Xxx revisó minuciosamente su archivo, llegó hasta la *Tsk* y cerró solemnemente la gaveta.

—¿Por qué me dijo que buscara? El cohete no está aquí.

—Por supuesto que no, idiota; estaba bromeando. ¿Puede un loco hacer bromas?

—Su sentido del humor es un poco pesado. Lléveme a ver su espacionave.

ERA mediodía. Hacía mucho calor cuando llegaron junto a la espacionave.

—Conque éste es el cohete —dijo el psicólogo.

Se acercó y golpeó contra una de las paredes. El metal resonó sordamente.

—¿Puedo entrar? —preguntó secamente el marciano.

—Por supuesto.

El señor Xxx entró y permaneció adentro un buen rato.

—¡Malditos sean todos los marcianos! —dijo el capitán mordiendo el cigarrillo—. Me dan ganas de zarpar de nuevo a la Tierra y decirles que no se preocupen más por los marcianos: son una punta de imbéciles suspicaces.

—Me parece que su suspicacia se debe a que la neurosis es muy frecuente entre ellos —dijo uno de los hombres.

—Sí, pero de todos modos es enervante.

El psicólogo salió de la espacionave después de hurgar, golpear, escuchar, oler, gustar durante media hora.

—¿Nos cree ahora? —gritó el capitán, como si hablara para un sordo.

El psicólogo cerró los ojos y se rascó la nariz.

—Este es el caso de alucinación sensual y sugestión hipnótica más extraordinario que he visto en toda mi vida. Recorrí el "cohete", como usted lo llama —golpeó la pared—. Lo oigo. Fantasía auditiva —inspiró—. Lo huelo. Alucinación olfativa, inducida por telepatía sensitiva —besó la pared—. Lo gusto. Fantasía labial.

Estrechó con vehemencia la mano del capitán.

—Mis felicitaciones, ¡es usted un genio psicótico! Proyectar su vida psicótica imaginaria en la mente de otro telepáticamente y mantener las alucinaciones para que no se debiliten sensualmente es casi imposible. La gente de la casa se limita generalmente a las fantasías visuales o a lo más, a las auditivas combinadas con las visuales. ¡Usted ha logrado el equilibrio perfecto de toda la gama! Su locura es maravillosamente completa.

—¿Mi locura? —respondió demudado el capitán.

—Sí, sí, una locura apasionante. Metal, goma, alimentos, vestidos, combustible, armas, diez artículos distintos que he podido comprobar a primera vista en su pseudo espacionave. Nunca he visto una complejidad semejante, ni creía que fuera posible. ¡Hasta sombra debajo de los objetos! Y cada cosa tenía olor, gusto, sonido... ¡Déjeme que lo abrace!

Se tranquilizó finalmente.

—Voy a escribir sobre usted mi monografía más importante. El mes que viene hablaré en la Academia marciana. ¡Y la acción sobre su mismo cuerpo! Usted ha cambiado el color de sus ojos de amarillo en azul, el color, de su piel de tostado en blanco. Y esos vestidos, y sus manos que tienen cinco dedos en lugar de seis! ¡Metamorfosis biológicas por autoafección psicológica! ¡Y sus acompañantes!...

Sacó un arma de pequeño tamaño.

—Incurable, por supuesto. ¡Pobre hombre!... Pero será más feliz muerto. ¿Tiene algo que decir antes?

—¡Un momento, por Dios! ¡No dispare!

—Pobre desdichado. Yo te sacaré de esos sufrimientos que te han forzado a imaginar ese cohete y esos tres hombres..., escribiré una comunicación sobre la disolución de las imágenes neuróticas inducidas...

—¡Soy de la Tierra!..., me llamo Jonatán Williams y éstos...

—Sí, sí —dijo el señor Xxx tranquilizándolo. Y disparó su arma.

El capitán cayó al suelo con un proyectil en la cabeza.

Los otros tres gritaron.

El señor Xxx los contempló:

—¿Y continúan existiendo?... ¡Asombroso! ¡Alucinaciones con persistencia en el tiempo y en el espacio! —los apuntó con el arma—. Bueno, pues yo os voy a disolver.

De las abejas

UNA colmena común y corriente contiene alrededor de 60.000 obreras, que visitan un promedio de 300.000 flores por día.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¡No! —gritaron los hombres.

—¡Una fantasía auditiva, después de muerto el paciente! —comentó el señor Xxx y disparó contra los tres.

Quedaron tendidos en el suelo, intactos y sin moverse.

Los golpeó con el pie. Hizo lo mismo con el cohete.

—¡Persisten..., persisten!

Descargó su arma una y otra vez sobre los cadáveres. Luego retrocedió. La máscara sonriente cayó de su rostro. Su expresión fué transformándose. Su mandíbula se desencajó. El arma cayó de su manos. La levantó y comenzó a caminar a ciegas. Tanteó los cuerpos, con la boca llena de saliva.

—Alucinaciones... —tartamudeó—: gusto, vista, olor, sonido, tacto.

Sacudió las manos. Se le desorbitaron los ojos. De su boca comenzó a salir un débil quejido.

—¡Váyanse! —gritó a los cuerpos—. ¡Váyanse! —gritó al cohete.

—Me han contagiado. Telepatía. Hipnosis. Ahora estoy loco. Ahora estoy contaminado. Alucinaciones en todas las formas.

Se detuvo y buscó su arma en el suelo.

—Una sola posibilidad de curación. Un sólo modo de hacerlos desvanecer.

Un estampido. El señor Xxx se derrumbó.

Los cuatro cuerpos yacieron bajo el sol. El señor Xxx en el mismo lugar donde había caído.

El cohete descansaba sobre la ladera. Y no se desvaneció.

Cuando algunos habitantes de la ciudad encontraron la espacionave esa tarde, se preguntaron qué podía ser. Entonces la arrastraron a un corralón de hierro vlejo, para ser desarmada.

Esa noche llovió constantemente. El día siguiente fué claro y cálido.

¿Se puede bombardear la Luna?

El "saber cómo" y los medios necesarios para bombardear la Luna o disparar proyectiles que quizá no regresen a la Tierra, es problema cuya solución ya está en poder de los hombres, sin necesidad de esperar nuevos descubrimientos. Sólo se necesitaría poco tiempo y dinero para realizar las experiencias, según el doctor Fritz Zwicky, famoso astrofísico descubridor de las "supernovas". Los proyectiles no serían mayores que una bala de revólver y serían disparados desde globos a una altura de 30 kilómetros o más sobre el nivel del mar, mediante controles electrónicos maniobrados desde la Tierra. Zwicky, que reclama el dinero necesario para estos experimentos, se propone obtener información sobre los campos electrónico y magnético de nuestro planeta, lo que puede lograrse observando el camino seguido por los proyectiles y cómo se desvían de la línea recta. Algunos de los cohetes, expresó, podrían chocar con la Luna, provocando intensas llamaradas visibles con grandes telescopios. Otros alcanzarían quizá a Júpiter, Venus o Marte. E incluso algunos serían capturados en la alta atmósfera y vendrían a convertirse en pequeños satélites de la Tierra. La velocidad que alcanzarían esos proyectiles sería por lo menos de 10 km/seg., razón por la cual Zwicky habla de un "ultravuelo".

por SPRAGUE DE CAMP

UNA ESTANCIA EN OSIRIS

Los batracios de Osiris habían construído un próspero sistema económico. ¿Y qué mejor negocio que instalar allí una estancia pintoresca para atraer turistas?...

ilustrado por HUGO CSECS

DARIUS Koshay miró al gordo sentado del otro lado de la mesa y luego al reloj. Antes de tres horas llegaría la nave espacial de la Tierra trayendo, casi seguro, la orden de arresto de él, Darius Koshay.

Tres horas le quedaban para convertir al gordo en un medio de escaparse del Sistema Solar, donde sus talentos para encontrar negocios raros (estafas, decían en la Tierra), eran apreciados sólo por la policía.

Es que el gordo, Moritz Gloppen de nombre, habia tenido una idea digna de Koshay, y por lo tanto éste decidió apropiársela.

—Prosiga, amigo —dijo Koshay con una sonrisa como la que hizo exclamar a una antigua heroína: "¡Qué dientes grandes que tienes, abuelita!"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A Gloppen no hacía falta que lo animaran a hablar, y prosiguió:

—...y cuando fí esa película sofre los "cauchos" argentinos de hace muchos, muchos siclos, me fino una itea fenomenal. ¿Por qué no instalar una estancia de feraneo y canar mucha, mucha platita mostrando a los ricos turistas la fida de campo?

—¡Pero eso está ya muy explotado en la Tierra! —arguyó Koshay.

—Ah, pero hay otros planetos —dijo el gordo Gloppen con una sonrisa de superioridad—. Por ejemplo, Osiris, en el Sistema Prociónico. Sus hafitantes son reptiles, pero muy cifilizados, con un sistema capitalista muy confeniente. A Osiris me foy en cuanto junte mis atminículos.

—¿Qué adminículos? —preguntó Koshay.

—Un traje de "caucho", foleadoras, una quitarra y farios facones y trafucos para que toto sea más romántico.

—¿Y no tendrá dificultades para instalarse en Osiris?

—¡Ah, yo soy muy fifo! Yo fusco un socio allí y toto ponco a su nonfre. Si no, un día alquien empieza a tecir: "¡El terráqueo nos explota, hay que hacerle petacitos!" ¡Mozo, otra fuelta de cerfeza!

Koshay sonrió; ya tenía un plan de acción. Cuando, seis copas después, Gloppen empezó a dormirse sobre la mesa, lo ayudó a incorporarse.

—Yo le ayudaré a llegar a su cuarto —murmuró el gordo—. Tespiértame temprano; no quiero perder mi nafe...

LLEGARON al cuarto de Gloppen. El gordo se desplomó sobre la cama y comenzó a roncar estrepitosamente, haciendo estremecer las paredes.

Entonces Darius se puso a revisar los papeles y el baúl de Gloppen. Allí encontró el traje de gaucho con sus accesorios. La ropa común estaba en una valija casi idéntica a la que tenía Koshay. Eso era suerte, pensó el aventurero.

Koshay examinó el pasaporte de Gloppen. Luego fué a su cuarto y volvió en seguida trayendo su valija. La abrió y de un doble fondo empezó a sacar un surtido de plumas, tintas, sellos, herramientas de grabar y otras cosas que los viajeros honrados jamás llevan. También había varios pasaportes con la foto de Koshay, pero sin nombre.

Inscribió el nombre "Moritz Gloppen" en uno de los sellos y suspiró, lamentando no tener tiempo para fabricar otro pasaporte con la foto del gordo y a nombre de Darius Koshay para dejárselo. En cambio tomó sus herramientas y grabó las iniciales "D. G." en las suyas.

Y por último dejó su cartera en el bolsillo del gordo, llevándose la de él, que contenía bastante más dinero, y especialmente el precioso pasaje a Osiris en la nave que salía un par de horas más tarde.

Salió y cerró silenciosamente la puerta.

El agente de Viajes Interplanetarios levantó la vista y miró al hombre que se acercaba llevando una valija de mano. Era alto y de aspecto distinguido.

—Buenos días —dijo el viajero—. Soy Moritz Gloppen, en viaje de la Tierra a Osiris. Uno de mis compañeros de viaje está borracho en su cuarto, y no hay modo de despertarlo. ¿No podría ayudarlo?

—¿Cómo se llama? —preguntó el agente.

—Dijo llamarse Darius Koshay cuando bebíamos juntos, pero ya estaba tan borracho que...

Otro hombre que estaba sentado tras el mostrador se incorporó de pronto y murmuró algo al oído del agente. Ambos asintieron, y el agente reanudó su conversación con el viajero "Gloppen".

—¡Muchísimas gracias, señor! Ese Koshay es requerido por la policía terrestre. Si usted no nos hubiera avisado, ese aventurero podría haberse fugado en el "Kepler", que sale dentro de quince minutos.

—¡Caramba, quince minutos! —dijo "Gloppen", alarmado—. ¡Si no me apresuro lo pierdo! Hasta luego.

Minutos después dos pequeñas procesiones se cruzaban en un corredor. Una consistía en un changador que llevaba el baúl de Gloppen y la valija de Koshay, y detrás de él, el mismo Koshay, con ambas manos en los bolsillos, fumando plácidamente. La otra la componían tres agentes de policía y un gordo medio dormido que suspiraba y protestaba sin cesar.

—¡Pero yo no soy Koshay! ¡Nunca oí haflar de ese homfde! ¡Pero esto es...!

Y Koshay, disimulándose prudentemente detrás del changador, bendijo su prudencia al no haber dicho su nombre al pobre Gloppen.

SEIS meses después Darius Koshay, todavía bajo el nombre de Moritz Gloppen, conferenciaba con los tres intendentes de Cefef Aqh, Osiris. Los osirios usaban triunviratos para todos los puestos de importancia. Parecían pequeños dinosaurios de dos patas, una cabeza más altos que un hombre.

—No —dijo firmemente en osiriano, que dominaba a la perfección—. No me asociaré con los tres sino con uno solo; el que me ofrezca el mejor contrato.

Yathasia, el de las escamas pintadas de blanco y negro, protestó:

—¡Creí que repartiríamos en cuatro partes iguales, como es la costumbre!

—Lo siento, pero no pienso así —dijo Koshay—. Si no les gusta, me voy a otra ciudad.

—¡Es injusto! —gritó Yathasia—. ¡Este monstruo está tratando de dividirnos! ¡Neguémonos a tratar con él!

—¿Señores...? —dijo Koshay a los otros dos.

Después de un instante de titubeo, Shishire, el de las escamas plateadas, dijo:

—Ofrezco treinta por ciento.

—¿Qué? —chilló Yathasia—. ¡Usted me sorprende, honorable colega! Pero no pienso entregarle el negocio. ¡Cuarenta por ciento!

Koshay miró al tercero del trío, Fessahen, pintado de azul y amarillo. Fessahen agitó sus garras en un gesto negativo:

—Yo no tengo interés en esto; ya estoy en demasiados negocios. ¿Usted, Shishire?

—Cuarenta y cinco —dijo Shishire.

—¡Cuarenta y nueve! —silbó Yathasia.

—Cincuenta —dijo Shashire.

—¡Cincuenta y dos! —retrucó Yathasia, erizándosele las escamas.

Ladrillos más livianos que el agua

MATERIALES de construcción tan livianos que flotan en el agua han sido inventados por un grupo de técnicos del Departamento de Comercio de los Estados Unidos. El ladrillo se compone de espuma de vidrio recubierta de acero inoxidable y es 25 veces más liviano que el ladrillo común. De este modo se podrán construir edificios suprimiendo gran parte de las pesadas armazones de hierro que se emplean hasta ahora. Por otro lado, esos ladrillos aislan mejor del frío y del calor y son mucho más resistentes al fuego y a la corrosión atmosférica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Está loco, Yathasia? —observó Fessahen—. ¡Así el terráqueo tendrá el control de la sociedad!

—Ya sé —dijo Yathasia—, pero no se atreverá a estafarme en Osiris, y además es mejor negociante que yo.

—Cincuenta y cinco —dijo Shishire.

Yathasia titubeó, y luego recogió su cartera y la tiró por la ventana. ¡Crash!

—¡He sido insultado y traicionado! —rugió—. ¡Usted es un calculador sin sentimientos, señor Gloppen, y, lo que es peor, ni se avergüenza de ellos! ¡Adiós!

—Disculpe a mi colega —dijo Fessahen—; está muy indignado. Y ahora, si me permiten, me retiraré y los dejaré discutir sus planes.

Koshay y Shishire quedaron solos.

—Necesitaré una buena extensión de tierra para la estancia —dijo Koshay.

—Eso es fácil. Poseo mucha tierra fuera de la ciudad. ¿Qué más?

—Ropas. Hay que fabricar trajes de gaucho como el que traje de la tierra.... con las modificaciones que hagan falta para adaptarlos a la forma de los osirios.

—Eso puede hacerse, a pesar que nosotros no nos envolvemos en cortinas como ustedes los terráqueos.

—Por último, ¿existen aquí patentes de invención, para que nadie nos pueda copiar el negocio?

—Sí —dijo Shishire—, hay permisos exclusivos por un año.

Koshay pensó con tristeza que era un plazo muy corto, hasta que recordó que cada año de Osiris duraba como media docena de la Tierra.

COSA de un año terrestre más tarde, Darius Koshay estaba sentado en el rancho hotel de su estancia, esperando que los turistas regresaran de su excursión.

Pero cuando volvieran tendría que aguantar nuevamente a Afasié... Afasié era hija de un personaje importante, por lo cual Koshay la había abrumado a atenciones al comienzo, con el resultado de que la "muchacha" no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

El ruido de un automóvil osirio lo sacó de su meditación. Era el socio de Koshay: Shishire.

—¡Hola, socio! —dijo éste arrojando su enorme chambergo a una percha de cuerno de sasiji (lo más parecido a una vaca que había en Osiris). Vestía camisa y bombachas, como lo hacía la mayor parte de los veraneantes.

—¡Hola! —contestó Darius—. ¿Qué tal andan las cuentas?

—Bien; en menos de un mes habremos pagado todas las deudas.

Koshay sonrió al pensar en los billetes que pronto inundarían sus bolsillos.

—Pero parece que vamos a tener competencia —prosiguió Shishire.

—¿Cómo?

—Sí; ha llegado otro terráqueo, que ha formado sociedad con nuestro ex amigo Yathasia. Su nombre es... Darius Koshay, o algo así.

—¿Qué? —gritó Koshay—. ¿Ese Koshay es un tipo gordo, de pelo amarillo?

—Eso es.

—¿Qué clase de sociedad han hecho?

—Algo que llaman el club de Caza de Cafef Aqh. No conozco los detalles, pero parece que no infringe nuestra patente.

Koshay pensó: "Tengo que cuidarme de ese tipo".

—Y ahora me voy a dar un baño en la pileta —dijo Shishide, dejando solo a Koshay.

Este digno hombre de negocios permaneció meditando, hasta que se oyó a los veraneantes que volvían de la excursión al galope de sus ajeajis, especie de lagartijas gigantes, otrora utilizadas como bestias de carga.

Poco a poco había introducido en Osiris el arte de la doma, el rodeo de la hacienda y el manejo del lazo y las boleadoras.

Los veraneantes entraron corriendo al rancho, charlando a chillidos sobre su maravillosa excursión. La más pequeña de las muchachas se acercó a Koshay; era Afasié.

—¡Oh, señor Gloppen, ha sido un paseo magnífico, pero lo extrañamos tanto!... ¿Por qué no bailamos otra vez el pericón esta noche? Quiero bailarlo con usted para que las demás chicas se mueran de celos. Aunque en realidad usted debe tener un horrible complejo de inferioridad, ya que no tiene cola ni escamas en la piel. ¡Pobrecito, qué pena me da verlo tan feo!

DURANTE varios días la vida transcurrió plácidamente en la estancia. Koshay estaba planeando una sesión de lazo y doma al aire libre para que los veraneantes pudieran apreciar la habilidad de los "gauchos" osirios que él había entrenado. Afasié no lo dejaba en paz.

Koshay habría huído del planeta con mucho gusto con tal de no ver más a la romántica Afasié. ¿Pero adónde? En el Sistema Solar la policía todavía andaba buscándolo, y los demás sistemas estaban demasiado lejos para el dinero de que él disponía. Habría que aguardar un tiempo más.

—¿Viene a la doma mañana? —preguntó a Afasié.

—¿Usted va? —contestó ella.

—Sí.

—¡Entonces sí! ¡No quiero perderme el espectáculo de verlo enlazar y tirar tiros a diestro y siniestro!

—Bueno, no vaya a creer que ese revólver es peligroso. Es un arma que usaban en la tierra comúnmente, hace no sé cuántos siglos.

EL grupo de "gauchos" osirios cabalgó hasta el lugar del rodeo, y allí los veraneantes desmontaron, todos salvo Afasié, que insistió en montar su ajeaji junto a Koshay.

Los peones reunieron el ganado (unas cien sasijis) con bastante esfuerzo, y se disponían a hacerlo marchar en la dirección correcta cuando... un extraño sonido llegó desde las colinas: las notas vibrantes de un cuerno de caza. Las "vacas" se agitaron, inquietas por el sonido.

Entonces apareció entre los matorrales un pequeño reptil, no más de un metro de largo y orejas puntiagudas, que, asustado por algo, atravesó corriendo el claro donde se hallaban los veraneantes.

—¡Atrape a esa teyasfa con las boleadoras, señor Gloppen! —gritó Afasié, entusiasmada ante el espectáculo.

"Buena idea", pensó Koshay.

Las cuerdas se enredaron en las patas del reptil, aunque no mucho. La teyasfa rodó por el suelo, pero cuando Koshay se acercó en su reptíleo corcel ya se había desembarazado de las boleadoras y, sedienta de venganza, mordió con furia la pata más próxima del ajeaji.

El pobre ajeaji pegó un salto a un costado, y Koshay, tomado por sorpresa, cayó de su montura... justo encima de la teyasfa.

—¡Ayyyyy! —gritó Koshay; la teyasfa lo había mordido en una pierna.

El indignado "gaucho" se aferró al pescuezo del reptil, dispuesto a devolverle el mordisco, cuando lo detuvo un creciente clamor de osirios y el galope de numerosos ajeajis que se acercaban.

Soltó su presa y miró hacia atrás. ¡Lo que se le venía encima! Primero una docena de reptiles del tamaño de la teyasfa, que en Osiris podrían considerarse como perros. Luego un ajeaji montado por la gorda humanidad del mismísimo y legítimo Moritz Gloppen, con un cuerno de caza en la mano y vestido con chaqueta roja, sombrero de copa y lustrosas botas negras. Lo seguían unos veinte osirios similarmen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te ataviados y gritando en forma desesperada a pleno pulmón.

La teyasfa quiso aprovechar para escapar, pero entonces otra boleadora surcó en el aire, con tal excelente puntería que ató juntos a Koshay y al furioso reptil. Un grito de desencanto permitió descubrir que el autor de la hazaña era, cuándo no, Afasié, la constante admiradora de Koshay.

Los "perros" corrieron hacia la teyasfa y su captor, silbando como radiadores con pérdida. Koshay extrajo su viejo revólver y gritó, en terrestre:

—¡Deténgalos! ¡Llámelos o tiro!

—¡Suelte nuestro zorro, latrón! —rugió Gloppen—. ¡Téjelo ir!

KOSHAY no tuvo tiempo de contestar. Los perros estaban apenas a un metro cuando tiró, derribando a los dos primeros. Los demás se detuvieron y emprendieron prudentemente la retirada.

Cuando Koshay se incorporaba, Gloppen acercó su ajeaji, gritando:

—Usted mata mis perros, ¿eh? Arruina mi cacería, ¿eh? Rofa mi pasaporte y mi traje de "gaucho", ¿eh? ¡Tome!

Y el gordo terráqueo levantó su rebenque y golpeó furioso a Koshay.

Este digno hombre de bien tenía el revólver en la mano y, por supuesto, se le escapó un tiro, que fué a sepultarse en el lomo del ajeaji que montaba Gloppen, con el resultado de que ambos se fueron al suelo.

En ese instante se oyó un fuerte "¡crac!", "¡crac!". Uno de los cazadores de Gloppen había sacado una pistola magnetostática, con la que apuntaba a nuestro héroe. Saltó una chispa azul y Koshay perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí estaba sentado contra un árbol sostenido por la "bella" Afasié, ¡cuándo no! Grupos de osirios, vestidos de gauchos o de cazadores, discutían a viva voz. El legítimo Gloppen contemplaba con pena su abollado sombrero de copa.

—¿Qué pasó? —preguntó Koshay a Afasié.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿No vió que los otros dos intendentes estaban entre los cazadores? El guardaespaldas de Yathasia le impidió matar al otro terráqueo. Eso es todo.

Un osirio se acercó pausadamente. Koshay reconoció a Fesshaen.

—¿Ya volvió en sí? Muy bien —dijo Fesshaen—. Los intendentes hemos decidido constituirnos en tribunal para juzgarlo.

—¿Juzgarme por qué? —preguntó Koshay.

—Por matar a su compatriota.

—¡Pero si no esta muerto! —gritó Koshay—. ¡Mírenlo!

—Eso no importa. En Osiris castigamos la intención, no el resultado del crimen. Pero no tema; para ser justos, lo juzgaremos con sus mismas leyes, es decir, juicio sumario, nada de abogados, y al terminar lo colgamos de un árbol.

—¡Eh! ¡Eso hacían hace no sé cuántos siglos, y además eran los cowboys, no los gauchos!

—Es lo mismo; ese detalle no tiene ninguna importancia.

Koshay recorrió el grupo con la vista hasta que descubrió a su socio.

—¡Shishire! —dijo—. ¡Haga algo! ¡No me deje así!

—Ya me opuse —respondió éste—; pero ganaron la votación: dos a uno. Ellos son mayoría.

—¡Protesto! —chilló Koshay—. ¡Llamen al embajador de la Tierra! ¿Y por qué no juzgan al gordo también? ¡El empezó!

—Ya le tocará su turno. ¿Quiere portarse bien, o tendremos que atarlo? ¡Comienza la sesión!

KOSHAY empezó a sentir miedo. Estaba solo; hasta Afasié había desaparecido.

El juicio duró dos horas, en el curso de las cuales salió a relucir toda la historia del robo de pasaportes y el cambio de nombres con Gloppen.

Por último Fesshaen se incorporó.

—El juicio ha concluído. Honorable Shishire, ¿cuál es su voto?

—Inocente —dijo el socio de Koshay.

—Honorable Yathasia, ¿cuál es su voto?

—¡Culpable! —dijo el socio de Gloppen.

—Yo también opino que es culpable —dijo Feshaen—. Por lo tanto, señor Koshay, y cumpliendo con las leyes de las salvajes pampas del oeste, lo condeno a ser colgado del árbol más próximo, usando como patíbulo su propia cabalgadura, tal como hemos visto tantas veces en el cine.

—¡Ja, ja! —dijo Gloppen—. ¡Ahora es mi turno para reír! ¡Y cuando usted muera colcado su necocio será mío, porque está a mi nonfre! ¡Ja, ja!

—¡Suélteme un ratito, nada más! —pidió Koshay—. ¡Lo suficiente para romperle los dientes a este condenado!

—No —dijo Fesshaen, aunque varios osirios parecían apoyar la idea.

Montaron a Koshay en su ajeaji, le pasaron su propio lazo alrededor del cuello y la otra punta por una rama de un árbol cercano

—Adiós, socio —dijo Shishire—. Lo siento mucho.

—Yo lo siento mucho más —dijo Koshay.

—Cuando diga "ya" —anunció Fesshaen—, golpeen al ajeaji... ¡Ya!

Sonó el rebenque, y el animal pegó un salto. Koshay quedó colgando con la lengua afuera, condenado a una lenta estrangulación porque el nudo no estaba bien hecho.

Nadie notó que mientras tanto habían aterrizado dos naves policiales, de las cuales descendieron varios agentes. Uno de ellos cortó la cuerda y el pobre Koshay cayó al suelo, ya medio inconsciente.

—¿Con qué derecho interfieren con la justicia? —protestó Fesshaen.

—¡Orden del gobernador! —dijo uno de los agentes—. Estamos en la provincia, y los intendentes de la ciudad no tienen derecho a juzgar a nadie aquí.

—¿Cómo hicieron para llegar tan rápido? —preguntó Koshay, palpándose el dolorido cuello.

—La señorita Alfasié es sobrina del gobernador —explicó el policía—. Fué galopando hasta el rancho y desde allí le habló por telecomunicador, y él nos ordenó venir volando. ¿Puede pararse ya?

—Creo que sí —respondió Koshay.

—Entonces, vamos.

—¿Vamos? ¿Adónde?

—¡A la cárcel, por supuesto!

AFASIE y Shishire fueron a visitar a Koshay en la cárcel.

—¡Han decidido deportarlo, mi querido señor Glopp..., digo, Koshay! —suspiró la doncella.

—Es horrible —dijo Koshay—. Ah, y gracias por salvar mi inútil vida.

—Fué un placer. ¡Ah, si su espíritu habitara el cuerpo de un osirio en vez de un repugnante monstruo terrestre!... ¡Oh, entonces sí que mi venganza hubiera sido cruel, y lo hubiera dejado morir como un bellaco, colgado del árbol! Pero usted me dió lástima. ¡Es un impostor miserable!... Pero es una locura. Adiós, adiós.

Koshay se despidió de ella con bastante alivio. Cierto que tenía razón en sus imprecaciones, pero, al fin y al cabo, gracias a ella conservaba la vida, gracias a ella su cuerpo fué salvado de ser comido por los reptiles, que lo habrían devorado con verdadera fruición...

Shishire interrumpió sus meditaciones y dijo:

—¡Pobre chica! Qué noble sentimiento; es como la leyenda terrestre de la Bella y la Bestia. En fin, socio, mañana lo deportan a usted en la nave 36 a Neptuno. Regresará usted a su planeta. Su paso por el nuestro ha sido desgraciado. Suplantó a un hombre, a quien robó nombre y dinero. Yo intenté ayudarlo, pese a todo, cuando se descubrió su verdadera identidad. Afortunadamente, ha logrado salvar la vida. ¿Ya está bien?

—¿Y el dinero de la estancia? ¿Me toca algo?

—Nada. Su parte la confiscaron como multa. Es el único castigo que ha recibido, además del susto. Creo que no puede quejarse. Yo soy el engañado y nada he dicho.

—Y bueno —dijo Koshay—. Con tal de no volver a ver nunca más a ese Gloppen estoy conforme. ¡El peor castigo que podrían darme sería ponernos juntos en una pieza!

—Este... —dijo Shishire—, lamento decirle que eso es exactamente lo que ocurrirá. La nave 36 tiene una sola cabina para extranjeros, y ustedes dos serán encerrados en ella durante todo el viaje. Pero no se alarme tanto. Al fin y al cabo el viaje sólo dura unos seis meses de tiempo terrestre... En él podrán ventilar sus diferencias. Tiempo y facilidades les sobran, aunque es probable que no lleguen los dos a destino... ¡Feliz viaje! ✦

Una hermosa "puesta de Tierra"

UN pintor británico ha realizado un cuadro que titula "La salida de la Tierra vista desde la Luna". Hay que decir, sin embargo, que no hay tal cosa, ni se puede imaginar una hermosa "puesta de Tierra" para un presunto habitante de la Luna. Para él, nuestro planeta está siempre a la vista.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 33 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.

Pregunta Nº 1: ☐
Pregunta Nº 2: ☐
Pregunta Nº 3: ☐
Pregunta Nº 4: ☐
Pregunta Nº 5: ☐
Pregunta Nº 6: ☐
Pregunta Nº 7: ☐

1 ¿Cuál de los siguientes océan alcanza mayor profundidad?

A) Atlántico.
B) Pacífico.
C) Índico.

2 ¿En qué etapa de su vida corre el hombre menos peligro de enfermarse?

A) Al nacer.
B) A los diez años.
C) A los veinte años.
D) A los treinta años.
E) A los cuarenta años.

3 Hablando de vientos, ¿qué es un ciclón?

A) Lo mismo que un huracán.
B) Un viento que pasa de 100 km. por hora.
C) Un viento que no pasa de 100 km. por hora.
D) Un sistema muy extenso de vientos que giran en torno a un centro.

4 La palabra "quilate" se utiliza para designar:

A) Una unidad de peso del oro.
B) Un mineral.
C) Una unidad de peso de piedras preciosas.
D) La proporción de oro de una aleación.
E) La cantidad de piedras preciosas de una alhaja.

5 ¿Qué es la tabla periódica?

A) Una tabla que se utiliza en biología para indicar los distintos períodos de gestación de cada especie..
B) Una clasificación de los elementos químicos.
C) Una tabla que indica los períodos de lluvia en cada lugar.
D) No es nada.
E) Una tabla grabada en caracteres etruscos.

6 ¿En cuál de los siguientes casos ha comprobado la ciencia una asociación más estrecha entre el hábito de fumar y el cáncer?

A) Cáncer de faringe.
B) Cáncer de labio.
C) Cáncer de esófago.
D) Cáncer de pulmón.

7 ¿Por qué, para un buzo que está sumergido, es peligroso subir demasiado rápido?

A) Por la variación brusca de la presión.
B) Porque los tubos que llevan el oxígeno podrían romperse.
C) Porque se forman burbujas de nitrógeno en la sangre.
D) Porque la variación brusca de la gravedad provoca trastornos en la circulación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿ qué es la cuarta dimensión ?

CUANDO por primera vez llegó Einstein a los Estados Unidos, y mientras los fotógrafos pugnaban por retratarlo en todas las posiciones, en medio de la baraúnda portuaria, se le acercó un reportero y le preguntó qué era la cuarta dimensión. El sabio se limitó a sonreír plácidamente en vez de responder con un chiste o alguna insolencia como habría hecho Bernard Shaw en su lugar. ¿Qué podía responder, en efecto?

Pero, frente a la ligereza de hombres como ese reportero, existe una clase de personas que supone que la relatividad es algo solamente comprensible por Einstein y dos o tres personas más. Lo cual también constituye una exageración. La teoría de Einstein está al alcance de cualquier buen estudiante de ingeniería, aunque no sea en sus términos más técnicos y en sus finezas más sutiles. Y aun para un hombre medianamente culto, se puede dar una serie de sugestiones sobre los puntos fundamentales que constituyen la teoría de Einstein.

Uno de esos puntos, tal vez uno de los más fascinantes, es el de cuarta dimensión. Quién más, quién menos, todos han oído decir que Einstein descubrió la cuarta dimensión del Universo, pero pocos tienen una idea moderadamente acertada de lo que eso significa.

En las siguientes páginas se trata de dar una serie de ideas y comparaciones que pueden sugerir lo que es la cuarta dimensión, si el lector se aplica al problema con un poco de calma y si piensa las cosas con detenimiento; que no todo puede ser leído y entendido como un cuento de aventuras.

ACLARACIÓN PREVIA: QUÉ ES UNA DIMENSIÓN

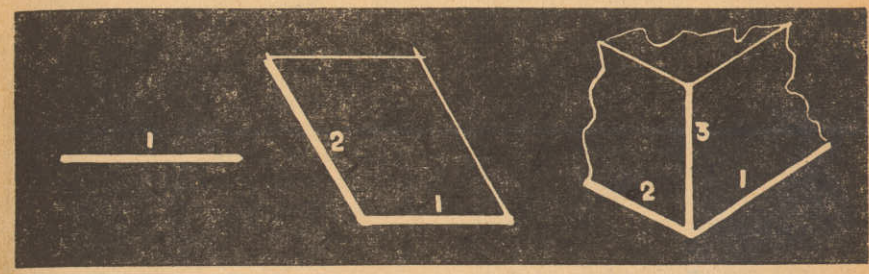
HABITUALMENTE empleamos la palabra "dimensión" en un sentido que no es el que los físicos utilizan para la relatividad. Se habla de la mayor o menor dimensión de un objeto, queriendo expresar el mayor o menor tamaño de ese objeto.

En la relatividad, la palabra dimensión no se emplea como sinónimo de tamaño.

¿En qué sentido se emplea entonces? Como dirección en que puede extenderse un cuerpo. Por ejemplo: un físico dirá que esta página tiene dos dimensiones, pues puede extenderse en dos direcciones perpendiculares: a lo largo y a lo ancho. De una habitación, el físico dirá que tiene tres dimensiones, pues puede o podría extenderse a lo largo, a lo ancho y a lo alto. De una línea geométrica, dirá que tiene una sola dimensión, pues solamente puede extenderse a lo largo. Los tres esquemas adjuntos nos muestran claramente lo que acabamos de decir.

A los geómetras que se ocupan de la matemática relativista les gusta emplear la palabra mundo o universo, y así dirán que el primer caso es "un mundo de una dimensión"; el segundo, "un mundo de dos dimensiones", y el tercero, "un mundo de tres dimensiones".

¿En qué clase de mundo vivimos nosotros, los seres humanos? Aparentemente en uno de tres, pues nos podemos mover a lo ancho, a lo largo y a lo alto. Sin embargo, Einstein sostuvo que no es así y que en realidad vivimos en un mundo de cuatro. ¿Cómo es eso posible? ¿Cuál es esa cuarta y misteriosa dimensión que no vemos por ningún lado?



Una dimensión — Dos dimensiones — Tres dimensiones

Sí; en efecto, no la vemos. Pero eso no quiere decir que no exista. De ahí su misterio y su fascinación.

Para entender algo de ese enigma, inventemos un mundo de fantasía, de dos dimensiones, donde viven...

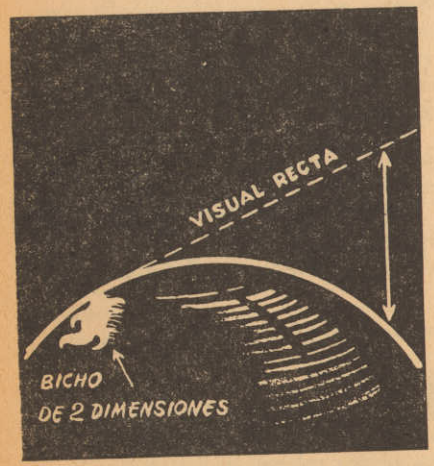
UNOS EXTRAÑOS SERES SIN ALTURA

LOS cuales seres viven sobre una esfera, arrastrándose, por decirlo así, sobre la superficie. Esos seres chatos tienen solamente dos dimensiones: ancho y largo; no tienen altura ni tienen posibilidad de ver nada que se parezca a una altura o a una diferencia de nivel: sus sentidos están, como todo su cuerpo, adaptados a la vida de dos dimensiones y no tienen la menor ca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pacidad para ver o intuir la tercera dimensión.

La primera conclusión que podemos sacar sobre las creencias de esos pobres habitantes bidimensionales, es que ni siquiera saben que viven en una superficie curva, en una esfera. ¿Cómo podrían verlo, si para ver que una superficie es curva se necesita ver su apartamiento de un plano? Se requiere, en otras palabras, la capacidad de observar alturas, y ya hemos dicho que esos pequeños monstruos no tienen la menor intuición de lo que pueda ser una altura, una tercera dimensión. A alguien que les hablase de la existencia de una tercera dimensión, lo mirarían con tanta perplejidad y desconfianza como mostraron los comunes habitantes de nuestro planeta cuando oyeron por primera vez referirse a la cuarta dimensión de nuestro universo. La gente difícilmente cree en lo que no ve, y así como nosotros no podemos ver la cuarta dimensión, esos seres chatos no pueden ver la tercera.



Para que este habitante bidimensional pudiese advertir la curvatura del espacio en que vive, sería necesario que pudiera apreciar cómo la superficie en que habita se va apartando de una recta a medida que la distancia aumenta.

LA GEOMETRÍA DE UN SEÑOR EUCLIDES

DURANTE muchos siglos los pequeños habitantes chatos vivieron en la mayor ingenuidad sobre su universo. Y la verdad es que, para los fines que se proponían (comprar, vender, reproducirse, hacerse la guerra con espadas y fusiles chatos), no apareció ninguna complicación digna de ser tenida en cuenta por sus científicos.

Para sus operaciones matemáticas, de mensura de tierra, de topografía y hasta de física, se valían de la geometría de un sabio llamado Euclides (un Euclides de dos dimensiones, que no debe ser confundido con ningún geómetra tridimensional de nombre parecido), el cual había construído una ciencia sumamente rigurosa y elegante sobre la base de ciertos axiomas, a partir de los cuales se demostraban teoremas de una exactitud y de un rigor inobjetable.

Un ejemplo de los axiomas de este sabio es el célebre axioma de las paralelas: "Por un punto exterior a una recta se puede trazar una paralela y solamente una".

¿Qué más evidente? ¿Qué más absurdo que imaginar la posibilidad de trazar dos paralelas por un punto exterior? ¿O qué más absurdo que afirmar que no se puede trazar ninguna?

HASTA QUE UN DÍA...

HASTA que un día, un físicomatemático que había estado sumido durante años en arduos estudios sobre la estructura del universo, anunció una teoría sorprendente y revolucionaria: no era cierto que se viviera en un mundo plano de dos dimensiones; había una tercera dimensión, enigmática, incomprensible, pero real.

—Vivimos en un mundo curvo, señores —decía el sabio—, pero curvo hacia una tercera dimensión.

¿Tercera dimensión? ¿Qué era eso?

—Cómo les podré explicar... —murmuraba el sabio con aire de preocupación, procurando encontrar un lenguaje sencillo para aquellas personas sin grandes conocimientos de geometría superior.

Entonces dibujaba sobre una pizarra una circunferencia y les decía:

—Algo semejante a esto, a una circunferencia..., pero que no es una circunferencia, pues tiene una tercera dimensión. Algo que podríamos llamar una "hipercircunferencia"... Y nosotros habitamos sobre la superficie de esa hipercircunferencia, no sobre un plano como ustedes creen.

¿Hirpercircunferencia? ¿Qué era eso? Era muy difícil imaginar una circunferencia de tres dimensiones: eso tan sencillo que para nosotros se llama "esfera"; para nosotros, seres de tres dimensiones y que podemos ver sin dificultad aquel cuerpo sólido que los seres chatos no podían siquiera imaginar.

¿Tres dimensiones? ¿Tercera dimensión? Los pobres individuos de dos dimensiones andaban perplejos, maravillados. Algunos creían que el sabio estaba simplemente loco. Otros opinaban que era un genio, porque era muy oscuro todo lo que afirmaba. Algunos suponían que esa tercera dimensión era la que habitaban los espíritus, la dimensión por la que entraban y salían los cuerpos astrales.

—Y al fin de cuentas —comentaba alguno de los más escépticos—, ¿cómo es posible saber que efectivamente no vivimos en el mundo en que suponíamos vivir?

—Vivimos en un mundo no euclidiano —respondía el sabio—. Lo que pasa es que hasta ahora no lo hemos notado, porque, dentro de la zona relativamente pequeña en que hemos operado, vale la geometría de Euclides. Pero si nos extendemos a regiones remotísimas, entonces se nota que esa geometría no vale ya.

—¿Cómo que ya no vale? ¿Qué quiere usted decir?

—Por ejemplo, que no vale ya el axioma de las paralelas. ¿Usted recuerda lo que dice ese axioma?

—Por supuesto: que por un punto exterior a una recta se puede trazar una paralela y sólo una.

—Pues no hay tal cosa. Si extendemos suficientemente las dos rectas, terminan por encontrarse, debido a la curvatura de nuestro espacio. Desgraciadamente, yo no le puedo explicar a usted en lenguaje habitual esta verdad, pero le doy mi palabra de honor de que es así.

Y el interlocutor miraba entonces con irritación y resentimiento al famoso sabio. Pero nosotros, seres de tres dimensiones que estamos viendo el mundo aquel desde afuera, con nuestra privilegiada visión de la tercera dimensión, comprendemos fácilmente lo afirmado por el irritante sabio: ¿cómo sería posible sobre la superficie de una esfera trazar una paralela a una línea? Lo que para los habitantes planos es una recta (el camino más corto entre dos puntos) nosotros vemos muy bien que es un arco de meridiano. ¿Cómo puede imaginarse un meridiano que pase por P y que no corte en los polos al otro? Fatalmente se han de cortar: en ese mundo no vale, pues, el axioma de Euclides. Ese mundo se rige por una geometría no euclidiana.

Ese universo curvo es ilimitado, pues cualquiera sea la dirección en que se lo recorra, no tiene límites. Pero no es infinito.

LOS RATONCITOS PLANOS

EN 1947 se exhibía en el Palacio del Descubrimiento, en París, un film que intentaba dar algunas ideas

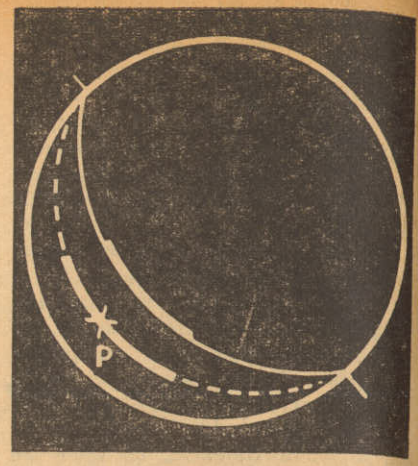
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sobre la cuarta dimensión. En dibujos animados aparecían unos ratoncitos planos que se movían en un universo bidimensional: entraban y salían de piezas que sólo tenían ancho y largo, y comían quesos que no eran otra cosa que círculos pintados. De pronto, esos animalitos sufrían acontecimientos increíbles: desaparecían bruscamente de jaulas (cuadrados) donde habían sido previamente encerrados por los dueños bidimensionales de las casas bidimensionales. Es muy probable que estos dueños planos pensasen entonces en los espíritus o en las hadas.

Para el espectador del film, la cosa era más sencilla: un hombre común, de tres dimensiones, hacía irrupción en aquel mundillo de dos dimensiones, miraba con interés sus casas planas, sus ratones estampilla y sus quesos círculo. Al ver que el dueño cazaba un ratoncito plano y que éste quedaba encerrado en una jaula, decidía ponerlo en libertad, metiendo una mano en el cuadrado (desde arriba, desde la tercera dimensión) y sacándolo de la prisión sin abrir la puerta. Es de imaginar el asombro del dueño bidimensional al encontrar la jaula vacía y la puerta cerrada.

PERO, ¿Y LA CUARTA DIMENSIÓN?

DURANTE muchos siglos, en realidad desde los griegos hasta el siglo pasado, la humanidad supuso que vivía en un mundo euclidiano de tres dimensiones; hasta que las investigaciones de Einstein, en la primera parte de este siglo, llevaron a la conclusión de que en realidad vivimos en un universo de cuatro dimensiones, curvo. Algo así como una hiperesfera, semejante a una esfera, pero de cuatro dimensiones... Ahora somos nosotros los perplejos... Tal vez, en este momento, seres de cuatro dimensiones se estén sonriendo de nosotros y de nuestra perplejidad, como nosotros nos sonreíamos de la perplejidad de los individuos estampilla. Sin embargo, hasta ahora, nadie ha podido salir de una habitación sin abrir la puerta, con excepción de los espíritus, y eso en condiciones precarias de visibilidad... Hay, sin embargo, muchos hechos físicos y astrofísicos que abonan la teoría de Einstein y que revelan que vivimos en un mundo no euclidiano de 4 dimensiones, curvado en la cuarta dimensión.



Pero, ¿cuál es esa cuarta dimensión, por fin?

Esa cuarta dimensión es el tiempo.

Nuestro mundo se extiende a lo largo, a lo ancho y a lo alto: tres dimensiones. Pero, en cierto sentido, también se extiende en dirección temporal: es la cuarta dimensión. Cada acontecimiento que sucede en nuestro mundo exige no tres, sino cuatro datos o coordenadas, para quedar individualizado. Tres que fijan su posición en el espacio, y una que fija su posición temporal. Por ejemplo: si doy una cita, debo decir que me encontraré en la calle Corrientes (primera dimensión), en su cruce con Esmeralda (segunda dimensión), en el piso quinto (tercera dimensión), a las diez horas (cuarta dimensión). Por eso, según los físicos contemporáneos, debemos concebir nuestro universo constituído por sucesos, no por cosas. Un suceso es, por ejemplo, la muerte de Napoleón, la erupción de un volcán, el choque de un auto, la aparición de un libro. Es decir, algo que se encuentra en un lugar y un instante determinados. Algo, en fin, que exige tres dimensiones espaciales y una temporal.

PERO ESA CUARTA DIMENSIÓN TIENE SUS BEMOLES

MUCHOS han discutido, sin embargo, el derecho a considerar el tiempo como una dimensión más, semejante a las tres espaciales. Parece, en efecto, como si el tiempo tuviese una naturaleza especial y única: nos podemos mover libremente hacia adelante o hacia atrás, pero es imposible retroceder en el tiempo. La máquina del tiempo de Wells no pasa de ser una simple fantasía literaria. Pero es otra historia, que ya contaremos. ✦

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: B. — Según la expedición de Murray-Challenger, el Pacífico es el que logra la mayor profundidad, con 9.144 metros.

Respuesta Nº 2: B. — El mejor momento de la vida, por lo menos en lo que a salud se refiere, son los diez años.

Respuesta Nº 3: D. — El ciclón es un ventarrón circular que puede variar entre los 50 y los 500 kilómetros en diámetro. Los vientos giran en torno a un centro hacia el cual convergen y que a su vez se mueve con velocidades que pueden llegar hasta los 80 kilómetros por hora.

Respuesta Nº 4: C y D. — La palabra "quilate" tiene dos significados. En un sentido es una unidad de peso para piedras preciosas, que equivale a 205 miligramos. En otro designa a cada una de las veinticuatroavas partes de oro puro que contiene en peso cualquier aleación.

Respuesta Nº 5: B. — En el año 1869, el químico ruso Dimitri Ivanovich Mendeleieff hizo una clasificación de los elementos, conocida por el nombre de tabla periódica. Los ordenó de acuerdo con su peso atómico, desde el hidrógeno para arriba. Hoy' la ordenación se hace de acuerdo con el número átomo, o sea, para cada elemento, el número de electrones que se mueven en torno al núcleo.

Respuesta Nº 6: D. — Las últimas investigaciones realizadas demuestran que el cáncer de pulmón se da siete veces más entre pacientes fumadores que entre pacientes que no lo son.

Respuesta Nº 7: C. — Este fenómeno fué descubierto en 1878, por Paul Bert, y fué la explicación de la parálisis o la muerte que sobrevenía a los buzos al salir del agua. Al hacerlo subir lentamente, el nitrógeno disuelto en la sangre sale en forma continua y no de burbujas, que es lo peligroso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pacidad
dimensió
La pri
sacar sob
habitante
siquiera
ficie cur
drían ver
ficie es
tamiento
otras pal
alturas,
queños
intuición
tura, una
que les
tercera d
ta perpl
mostraro
nuestro
mera ve
sión de
fícilmen
como no

Para qu
pudiese
en que
apreciar
se va ap
q

VAGABUNDO DEL TIEMPO

Los más expertos y famosos timadores se quitarían el sombrero ante el maravilloso ingenio de Harry Calle Veintitrés, que ideó el más original de los timos.

por C. M. KORNBLUTH

ilustrado por STONE

HARRY Calle Veintitrés soltó de repente la carcajada. Su amigo, y a veces ayudante, Brown el Granjero, lo miró inquisitivo.

—Se me acaba de ocurrir un nuevo timo — dijo Harry Calle Veintitrés, riendo aún entre dientes.

Brown el Granjero meneó categóricamente la cabeza.

—Esas cosas no existen, muchacho — le dijo —. Sólo hay arreglos nuevos de timos viejos. ¿Qué piensas hacer?, ¿un negocio en un almacén? ¿Necesitas un ayudante?

Por principio trataba de no aparentar ansiedad, pero todos sabían que el Granjero necesitaba urgentemente trabajo. Su novia lo había engañado y se había escapado con otro, casándose con él luego de haberse dejado mantener lujosamente todo un mes.

Harry le dijo:

—Lo siento, chico. No puedo darte detalles. Es demasiado bueno para ir a medias. Con este timo voy a despojar a muchos incautos durante un buen tiempo, antes de que las gentes del oficio conozcan los detalles. Nadie, pero nadie va a llamar a la policía cuando yo lo deje. Es precioso y es mío. Hasta la vista, amigo.

Harry se levantó de la mesa y se fué, saludando a un asaltante allí, un ladrón allá, mientras se dirigía a la puerta del cafetín. Naturalmente, no se molestaba en saludar a las gentes sin importancia como los carteristas y los vendedores de estupefacientes. Harry tenía su orgullo.

El perplejo Granjero siguió bebiendo su limonada y se dijo que Harry le había estado tomando el pelo. Se fijó en que Harry había dejado en la mesa una revista en cuya portada se veía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una nave del espacio y una linda muchacha, con pantaloncitos y corpiño verdes.

—¿UNA casita... amueblada? —preguntó el hombre, vacilante, como si supiera bien lo que quería, pero no estuviera muy seguro de la palabra.

—Con mucho gusto, señor Clurg —dijo Walter Lachlan—. Estoy seguro de que podremos buscarle algo conveniente. ¿Esposa e hijos?

—No —dijo Clurg—. Están... lejos —la idea parecía producirle cierta diversión secreta. Y luego, con gran horror de Walter, se sentó tranquilamente en el aire, junto al escritorio, y, como es natural, cayó al suelo y lo miró desde allí, asombrado y ridículo.

Walter, boquiabierto, lo ayudó a levantarse, deshaciéndose en excusas y preguntándose interiormente qué le ocurriría a aquel hombre. Allí no había ninguna silla. Había una al lado del escritorio y otra junto a la pared. Pero no había ninguna en el lugar donde Clurg se sentó.

Al parecer, Clurg no se había hecho ningún daño; al oír las excusas de Walter protestó, diciendo:

—Debería haberlo sabido, caballero Lachlan. No importa; yo tuve la culpa. ¿Qué me dice de la... casita?

El sentido comercial triunfó de la perplejidad de Wálter. Sacó sus listas, y los dos compararon los méritos de los diversos chalets amueblados que figuraban en ellas. Cuando Walter mencionó que el de los Curran era especialmente agradable, que estaba en un barrio muy bueno (él mismo vivía en aquella calle), Clurg pareció interesarse.

—Lo tomaré —dijo—. ¿Cuál es el... feudo?

Walter había estudiado una cierta cantidad de leyes para obtener su licencia de agente de propiedades; reconoció la palabra.

—El *alquiler* son setenta y cinco dólares —dijo—. Habla muy bien inglés, señor Clurg —no habría creído que el hombre era un extranjero hasta que le oyó la palabra de diccionario—. Casi no tiene acento.

—Gracias —le dijo Clurg, contento—. Trabajé mucho para conseguirlo. Vamos a ver... Setenta y cinco son seis veces doce y tres —abrió una de sus maletas de cuero, nuevas y relucientes, y, con toda tranquilidad, puso sobre el escritorio de Walter seis rollos de papel, pequeños y pesados. Rompió otro más y extrajo de él tres dólares de plata, nuevos también—. Aquí estoy —dijo—. Es decir, aquí los tiene.

Walter no sabía qué decir. Nunca le había ocurrido hasta entonces. La gente pagaba con cheques o billetes. Nunca con dólares de plata. Pero era dinero... ¿Por qué el señor Clurg no iba a pagarle con ellos, si quería? Se repuso, reunió los cartuchos y dijo:

—Lo llevaré en el auto hasta allí, si quiere. Ya es casi hora de cerrar.

AQUELLA noche, mientras cenaban, Walter le dijo a su esposa Betty:

—Deberíamos invitarlo una noche. No me imagino de dónde puede venir. Tuve que enseñarle cómo funciona la cocina. Cuando se encendió dijo: "¡Oh, sí..., electricidad!" y soltó la carcajada. Y no hacía más que evitar las respuestas cuando yo le preguntaba algo de un modo cortés. Tal vez es un refugiado político de alguna clase.

—Quizá... —comenzó a decir soñadoramente Betty y luego cerró la boca. No quería que Walter se riera de ella de nuevo. Aun así, le hacía comprar sus revistas de ficción científica en el centro y no en el puesto de diarios del barrio. Pensaba que no era apropiado que su esposa las leyera. "¡Tiene tantos deseos de triunfar!", pensó, sentimentalmente.

Aquella noche, mientras Walter miraba un número de variedades de la televisión, leyó un cuento de una de sus revistas. (Su portada, donde aparecía una nave del espacio y una muchacha con shorts y corpiño verdes, había sido prudentemente arrancada.) Hablaba de un hombre del futuro que había retrocedido en el tiempo, llevándose consigo toda clase de inventos maravillosos. Al final, la policía del tiempo lo perseguía por viajar a través del tiempo sin autorización. Fueron a buscarlo y se lo llevaron al tiempo a que pertenecía. Sonrió. *Sería* agradable que el señor Clurg, en vez de ser un extranjero ligeramente excéntrico, fuera un hombre del futuro, con toda clase de historias interesantes que contar y un montón de inventos que podían venderse por millones y millones de dólares.

AL cabo de una semana invitaron a cenar a Clurg. La invitación comenzó mal. De nuevo él se sentó en el aire y cayó ruidosamente al suelo. Mientras lo cepillaban, dijo, malhumoradamente:

—No *puedo* acostumbrarme a no... —y luego no agregó nada más.

Era muy extraño comiendo. Betty había hecho una de las especialidades de su madre: una costilla de ternera con salsa de tomate, adornada con un huevo escalfado. Clurg comió el huevo y la salsa, intentó torpemente cortar la carne y la dejó. Betty sirvió de postre queso, media docena de clases distintas, y Clurg las fué probando vacilante, tomando un trocito de cada uno de ellos, mientras Betty se preguntaba qué pensaría que eran las buenas maneras. Su rostro se iluminó cuando probó un trozo de chéddar. Se metió el pedazo entero en la boca y le dijo a Betty:

—Voy a tomar de éste.

—¿Un segundo trozo? —preguntó Walter—. Sí. No te molestes, Betty. Yo iré a buscarlo —y volvió con un pedazo de chéddar de un cuarto de libra.

Walter y Betty permanecieron silenciosos, viendo cómo Clurg comía con calma hasta el último pedazo. Suspiró.

—Muy bueno. Muy parecido al... —Más tarde, Walter y Betty convinieron en que la palabra que había dicho era "si-mon-go". Y llegaron a la conclusión muy pronto porque Clurg se levantó inmediatamente después de haber comido el queso y dijo cálidamente:

—¡Muchas gracias! —y salió de la casa.

—*¡Qué... demonios!...* —dijo Betty.

Walter le replicó, arrepentido:

—Lo siento, querida. No creí que se portaría de un modo tan raro...

Selenio

UNO de los metales más apreciados de nuestros tiempos es el selenio. Se lo utiliza tanto en la industria de la televisión como en la del vidrio, el caucho o el petróleo. Lo malo que tiene es que es un metal raro y difícil de localizar. Parecería que lo que habría que hacer es armarse de un pico y mucha paciencia, y ponerse a cavar hasta dar con algún mineral que tenga selenio en cantidad suficiente. Sin embargo, resulta que mejor que un pico es un arado y sembrar una planta llamada Astragalus racemosus, *que tiene la curiosa y agradable particularidad de concentrar selenio en sus tejidos. La idea ha tenido últimamente mucho éxito, y se calcula que dicha planta constituirá una de las fuentes principales de producción del metal.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pacidad
dimensió
La pr
sacar sob
habitant
siquiera
ficie cur
drían ve
ficie es
tamiento
otras pal
alturas,
queños
intuición
tura, un
que les
tercera d
ta perp
mostraro
nuestro
mera ve
sión de
fícilmen
como no

Para qu
pudiese
en que
apreciar
se va ap
q

—...¡Pero después de todo!

—...No cabe duda de que es un extranjero. ¿Cuál era la palabra?

La apuntó.

Mientras estaba lavando los platos, Betty dijo:

—Creo que estaba borracho. Completamente borracho.

—No —dijo Walter—. Es exactamente lo mismo que hizo en mi oficina. Como si esperara que la silla fuera hacia él en vez de ir él hacia la silla —se rió y dijo, vacilante—: O quizá es un personaje real. Una vez leí que la reina Victoria nunca miraba en torno suyo antes de sentarse, porque estaba segura de que siempre habría allí una silla.

—Bueno, pero ya no quedan reyes, al menos reyes reales —dijo ella furiosamente, colgando el repasador—. ¿Qué dan esta noche por la televisión?

—El tío Miltie. Pero..., ah..., me parece que voy a leer... Eh... ¿dónde guardas tus revistas, vida mía? Creo que voy a echarles una mirada.

Ella le dirigió una mirada que él no se atrevió a sostener y fué a buscarle algunas de sus revistas. También trajo un delgado libro verde que no miraba desde hacía años. Mientras Walter hojeaba inquieto las páginas de la revista, ella se puso a estudiar el libro.

Al cabo de diez minutos le dijo:

—Walter. *Simongo*. Creo que ya sé cuál es el idioma.

Instantáneamente él se volvió todo atención.

—¿Sí? ¿Qué?

—Debería escribirse "c-i-m-a-n-g-o", con unos signitos sobre la C y la G. Significa "alimento universal", en esperanto.

—¿Dónde está Esperanto? —preguntó él.

—En ninguna parte. Es un idioma artificial. Yo lo estudié un poco, hace tiempo. Se decía que iba a poner fin a las guerras y no sé cuántas cosas más. Algunas gentes lo llamaban el "idioma del porvenir" —su voz temblaba.

Walter dijo:

—Voy a investigar esto a fondo.

VIÓ que Clurg entraba en un cine del barrio, para la matinée. Eso le daba unas tres horas.

Walter se dirigió apresuradamente a la casa de los Curran; recordó a tiempo que debía acortar el paso y se esforzó por aparentar un aire normal mientras abría la puerta y entraba. No tenía que haber inconveniente alguno (era un buen ciudadano, conocido y respetado) en que entrara en la casa de un inquilino y lo aguardara para hablar de negocios, si así lo deseaba.

Trató de no pensar en lo que pensarían los demás si lo pillaban registrando el equipaje de Clurg, como pensaba hacer. Había traído con él una colección de llaves de maletas. Sorprendido de su propio ingenio, las había conseguido en casa de una cerrajero, diciéndole que había perdido la llave de la suya y que no quería cargar hasta allí con una maleta pesada y llena.

Pero no necesitaba las llaves. Las dos maletas estaban dentro del placard del dormitorio, sin cerrar.

En la primera no había nada, excepto una serie de ropas nuevas, compradas en buenas tiendas locales. La segunda estaba igualmente llena. Al registrar una chaqueta de sport, bastante exagerada, Walter encontró unos papeles en el bolsillo del pecho. Era una página de un diario. En el margen estaba apuntado un número con lápiz; al parecer, la hoja había sido arrancada, guardada en el bolsillo y olvidada. La fecha del diario era el 18 de julio de 2403.

Al principio, a Walter le costó algún trabajo leer lo que decía en ella; pero por fin logró hacerlo con cierta facilidad. Uno de los artículos decía:

POLISIA DEL TIENPO DETTENIO:
FISSCA PIDE PENNA D MUEHRTE.

El hagemte Oskar Garth d la Polisia de Tienpo fué detenio oy en su caza, Caye 4365 9863, y lebado a la Comizaria de la Caye 9786, hacuzado de Descrubimihento Polisiá. El zupuhezto Descubrimihento tubo lujar mihentra Garth se alava de serbisio en el Sijlo Beintihuno. Su dlito conziztió en reconosé la hesistensia de la Polisia del Tienpo a un sihudadano del Sijlo Beintihuno, informándole d ke funsionaba dsd el Sijlo Beintisinco. La Hofisina del Fisscá diho ke pedria la penna d muherte en bista d la orivle naturalesa dl crimen ke hamenasa la hesistensia d todo el Sijlo Beintisinco.

En el otro lado figuraba el siguiente aviso:

¡NINIOS I GOBENES!
¡SIRBAN HA ZU SIJLO
¡HALIZTENZE EN LA POLISIA DL TIENPO!
¡HINJRESEN EN LA RESERBA!
RREKUERDEN...
SOLO EN LA POLISIA DL TIENPO
PODRAN BR
EL DESFILE D LOS SIJLOS!
SOLO EN LA POLISIA DEL TIENPO
PUHEDE PROTEJER NUHESTRA
SIBILISASION HINPIDIHENDO
KE DESHAPARESKA!
NO PUHEDE AZER MEGOR SERBISIO
HA NUHESTRA KULTURA!

NO AHY HUNA KARERA MAS FASINANTE KE
LA KARERA DE POLISIA DEL TIENPO!

Debajo, en otro aviso, se preguntaba:

¿PORKE ZE HABERJUENSA D SUS ZILLAS?
¡KONPRESE ZILLAS ROLFAST!

Nimjura hotra zilla tihene la himediata repuheesta d huna Rolfast.
Zihénteze donde
kihera... ¡nuhestra Rolfast heztará hay!
Las partte metalikas d la Rolfast heztán echas d horo zolido pa hebitar los kanzados pulidos.
Loss koginetes d nuhestrass Rolfast son dihamantes duplik d zehiz puljadas pa mallor durasihon.

El corazón de Walter latió precipitadamente. Oro... ¡para evitar los cansados pulidos. Diamantes de seis pulgadas... ¡para mayor duración!

Y Clurg debía ser un policía del tiempo. "¡Sólo en la policía del tiempo podrán ver el desfile de los siglos!" ¿Qué hacía un policía del tiempo? No lo comprendía con mucha claridad. Pero lo que *no hacían* era permitir que alguien (alguien de siglos anteriores) conociera la existencia de la policía del tiempo. El, Walter Lachlan del siglo veinte, tenía en sus manos al policía del tiempo Clurg, del siglo veinticinco..., ¡el siglo veinticinco, donde el

Fábricas robots

YA está funcionando la primera fábrica automática del mundo. Es el producto de dos años de trabajo de veinticuatro científicos e ingenieros soviéticos. Su funcionamiento se basa en el mismo principio que las máquinas de hacer chorizos: por un lado entra un lingote de aluminio, y por otro sale un pistón para automóvil, engrasado y empaquetado, sin que lo haya tocado una sola mano humana. Claro que hay alguna diferencia en las etapas intermedias, que comprenden fundido y moldeado del metal, tratamiento térmico, baño químico, estampado e inspección final, con tolerancia de dos centésimos de milímetro. ¡Todo hecho por máquinas! La producción es nueve veces superior a la de las fábricas "a pulso". ¡Pavaditas!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

oro y los diamantes eran tan corrientes como el acero y el cristal en el nuestro!

ENTONCES fué cuando Clurg volvió de la matinée.

En silencio. Walter le tendió la página impresa. Clurg se la arrebató incrédulamente, la miró y la arrugó en su puño. Luego cayó al suelo lanzando un gemido.

—¡Esto es mi fin! —le oyó decir Walter.

—Escuche, Clurg —dijo Walter—. Nadie tiene que enterarse de esto..., *nadie*.

Clurg lo miró con una repentina esperanza en los ojos.

—¿Guardará silencio? —preguntó desesperado—. ¡Se trata de mi vida!

—¿Qué valor tiene para usted? —le preguntó Walter con brutal franqueza—. Me vendrían muy bien esos diamantes y un poco de oro. ¿No puede traerlos a este siglo?

—Los echarían de menos. Excederían del equilibrio de mi masa —dijo Clurg—. Pero tengo un Duplix. Puedo copiar los diamantes y el oro; así fué como hice el dinero de mi feudo.

Sacó un instrumento de su bolsillo... "Es como una estilográfica", pensó Walter.

—No tiene mucha carga. Duplicará solamente unos cinco kilos en una operación...

—¿Quiere decir —preguntó Walter— que si le traigo cinco kilos de oro y diamantes usted puede duplicarlos? ¿Y que los originales no sufrirían daño alguno? Déjemelo ver. ¿Puedo hacerlo funcionar?

Clurg le pasó la "estilográfica". Walter vió que dentro del tubo había un conjunto de alambres, tubos más pequeños y lentes..., y se lo devolvió apresuradamente. Clurg dijo:

—Así es. Puede comprar las gemas o pedirlas prestadas y yo las duplicaré. Luego podría devolver los originales y quedarse con las copias. ¿Jura por su Dios contemporáneo que no dirá nada?

Walter estaba pensando. Podría reunir unos 30.0000 dólares con la garantía de la casa, su negocio, su finca, su cuenta bancaria, su seguro, sus acciones. Luego, naturalmente, lo emplearía todo en diamantes y... *¡lo doblaría! ¡En un instante!*

—No diré nada —le dijo a Clurg—. Si cumple con su parte —tomó de las manos de Clurg la hoja del diario del siglo veinticinco y se la guardó en el bolsillo—. Cuando me haya duplicado los diamantes —le dijo—. quemaré esto y me olvidaré de lo demás. Hasta entonces, preferiré que no se aleje mucho de la casa. Dentro de uno o dos días volveré con los diamantes para que los duplique.

Clurg se lo prometió nerviosamente.

EL secreto, como es natural, no incluía a Betty. Se lo contó cuando llegó a casa, y ella lanzó un grito de placer. Le pidió el diario, lo leyó ávidamente y luego le dijo que quería ver a Clurg.

—No creo que hable —dijo Walter, vacilante—. Pero si realmente lo deseas...

Ella lo deseaba, y fueron hasta el chalet de los Curran. Clurg se había ido con todas sus cosas, sin dejar detrás de él la menor huella. Lo aguardaron durante horas enteras, nerviosamente.

—Ha vuelto a su tiempo —dijo por fin Betty.

Walter asintió.

—No quiso cumplir su parte del convenio, pero por Dios, te juro, que yo cumpliré la mía. Vamos al "Enterprise".

—Walter —dijo ella—. No serás capaz... ¿o sí?

El se fué solo, después de una violenta pelea.

En la oficina del "Enterprise" fué atendido desconfiadamente por un redactor que miró con desconfianza la hoja del diario del siglo veinticinco.

—No sé lo que busca, señor Lachlan —le dijo—; pero nosotros queremos que la gente publique sus anuncios en el "Enterprise". Esta clase de publicidad es muy desvergonzada.

—Pero... —balbuceó Walter.

—Sam, ¿quieres decir al señor Morris que venga aquí si puede? —decía por teléfono el redactor. Y le explicó a Walter.—: El señor Morris es el capataz de la imprenta.

El capataz era un hombretón de cabellos blancos y medio sordo. El periodista le mostró el diario del siglo veinticinco y le dijo:

—¿Qué opina de esto?

El señor Morris lo miró, lo olió y dijo, sin mostrar el menor interés:

—Tipo American Foundry Futura número nueve, que dejó de fabricarse hace unos diez años. Está impreso a mano. La tinta... no sé. Es cara, pero no tinta de diario. Es tinta de libros, pero de libros de lujo. El papel lo conozco. Es un buen papel de hilo, fabricado por la casa Benzinger, de Filadelfia.

—¿Ve, señor Lachlan? Es una falsificación.

El periodista es encogió de hombros.

Walter salió lentamente de la redacción. El capataz de la imprenta *sabía*. Era una falsificación. Y Clurg era un falsificador. De repente, por primera vez en veinticuatro horas, los pies de Walter pisaron la tierra. ¡Santo Dios, los diamantes! ¡Glurg era un timador! ¡Le habría dado el timo del paquete! ¡El le habría entregado unos diamantes por valor de treinta mil dólares que se habría ganado en menos de un mes!

Cuando llegó a la casa se lo contó a Betty, que se rió despiadadamente de él. El "Policía del Tiempo" se convirtió en un chiste familiar para los Lachlan.

HARRY Calle Veintitrés parpadeó al verse en un lugar muy extraño. Sus pies estaban firmemente aprisionados hasta los tobillos en un bloque de un plástico transparente.

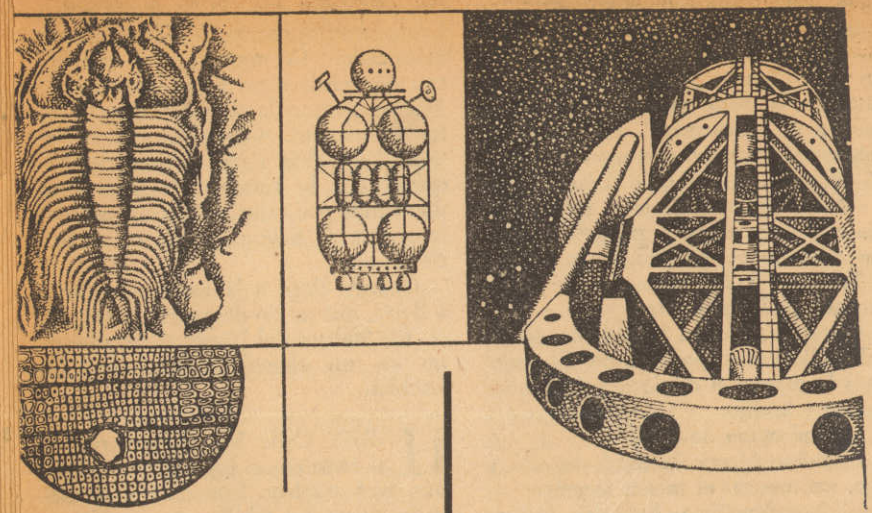
Las gentes que lo rodeaban eran muy raras, y una voz potente decía:

—Con la venia del tribunal. El Pueblo del Siglo Veinticinco contra Harold Parish, alias Harry Calle Veintitrés, alias Clurg, del Siglo Veinte. Se le acusa de hacerse pasar por un agente de la policía del tiempo. La oficina del fiscal pedirá la pena de muerte en vista de la horrible naturaleza del crimen que amenaza toda la existencia. ✦

Comentarios sobre la aparición de un eclipse

FUÉ en el año 1715 cuando en Inglaterra era tema de conversación, no sólo entre los astrónomos, sino también entre la gente culta, la próxima realización de un eclipse solar. En una de estas discusiones estaba presente un diplomático mahometano proveniente de Trípoli, el cual, a todo aquel que daba por sentado el hecho, respondía que el Omnipotente no revelaría nada a los que no fueran verdaderos creyentes, y se reía de los cálculos de los estudiosos. Cuando por fin el eclipse se produjo, al minuto exacto que había sido previsto, se le preguntó qué era lo que pensaba al respecto. "Se ve", repuso, "que vuestros astrónomos están en secreta inteligencia con algún santo mahometano, porque Dios no puede estar en relación directa con una secta de incrédulos como son los astrónomos ingleses."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



escribe

WILLY LEY

CORREO COHETE

A principios de este año apareció en las revistas de aviación un breve anuncio oficial que informaba acerca de la constitución de un comité destinado a estudiar las posibilidades de utilizar proyectiles guiados como vehículos de transporte postal.

Para mucha gente esta idea debe de haber parecido verdaderamente original. En realidad, es una de esas ideas que han estado dando vueltas durante bastante tiempo en forma embrionaria y que sólo ahora se hallan en camino de ser realizadas. El primer tipo de cohete guiado es uno que usted ya vió probablemente en alguna película histórica: el pergamino atado a una flecha que es disparado adentro del castillo, o afuera, según las necesidades del argumento.

Una versión más moderna de la misma idea fué presentada a un público asombrado y presumiblemente incrédulo, en 1810, por un periódico hace ya tiempo desaparecido: el "Noticiero Vespertino de Berlín" (Berliner Abendblätter). Si hubiera sido escrito por algún periodista desconocido de su época, probablemente nadie se acordaría hoy de él, pero sucede que el autor era Heinrich von Kleist, un poeta respetado en la Alemania de entonces, y editor del periódico.

La edición del 10 de octubre de 1810, llevaba, bajo el título general de "Inventos útiles", un artículo titulado "Pensamientos preliminares acerca del cohete a mortero". Comenzaba estableciendo que se había inventado recientemente un telégrafo eléctrico, que a pesar de ser tan rápido sólo podía transmitir breves mensajes, siendo totalmente inadecuado para enviar cartas, informes o encomiendas diversas. Esto —seguía diciendo el artículo— podía remediarse mediante la introducción de un sistema que debería funcionar por lo menos dentro de los confines del mundo civilizado.

Si se establecía una serie de baterías de morteros cada una dentro del alcance de otra y todas colocadas sobre terreno blando, estas baterías podían disparar granadas llenas de cartas desde un correo a otro. "Como lo demuestra un breve cálculo —seguía el autor— una carta enviada por este medio cubriría la distancia entre Berlín y Stettin (120 kilómetros), o entre Berlín y Breslau (288 kilómetros), en medio día, o sea la décima parte del tiempo que emplearía un correo a caballo."

La edición siguiente del periódico publicaba una "carta de un residente de la ciudad" —probablemente el editor— la cual expresaba que el remitente consideraba que ni al telégrafo ni al correo a mortero eran "inventos útiles". "Dado que la mayoría de las noticias son malas, un invento verdaderamente útil sería aquel que disminuyera la velocidad del correo; el transporte postal de carreta quizás fuera la solución apropiada al problema."

Si Heinrich von Kleist pretendía simplemente divertirse un poco o si su estilo irónico estaba destinado a disimular algunas ideas serias que rondaban por su cabeza, no puede ser decidido con certeza. De cualquier manera, jamás se trató de utilizar el correo de mortero.

Pero algo más tarde, y todavía dentro del siglo diecinueve, se produjo algo mucho más moderno en los mares del sur: un correo cohete genuino.

Los cohetes utilizados eran proyectiles muy grandes, de pólvora negra, y cumplían el servicio entre las islas Tonga y el sur de Samoa. Los cohetes salvaban por el aire escollos muy peligrosos, pero el experimento no duró mucho tiempo, pues cantidad de cohetes se perdieron y otros se abrieron al chocar con el mar, empapándose la correspondencia.

La idea del correo quedó archivada hasta la aparición de la teoría moderna de los cohetes, hace solamente tres décadas. Resulta interesante, sin embargo, que ninguna de las dos obras clásicas que iniciaron la teoría de los cohetes, cuyos autores fueron Robert H. Goddard en 1920 y Herman Oberth en 1923, diga una sola palabra acerca del "correo cohete". El concepto recién se le ocurrió o Oberth en 1927, en el transcurso de su correspondencia epistolar con el Dr. Franz von Hoefft, que era el presidente de la Sociedad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Austríaca de Cohetes. Tomó su forma definitiva, por primera vez, durante una conferencia pronunciada por Oberth en los primeros días de junio de 1928, durante la reunión anual de la Sociedad Científica de Aeronáutica, en Danzig.

Luego de esta conferencia comenzaron los entusiastas a considerar al correo postal como la segunda etapa en el desarrollo de los cohetes. El primer paso, que seguiría a los primeros modelos experimentales, sería el cohete de gran altitud, cargado de instrumentos científicos destinados a hacer observaciones en la estratosfera; el segundo paso, el cohete de largo alcance para transporte postal.

Cuando parecía, en 1929, que el primer prototipo de cohete de gran altura iba a ser construído muy pronto, un periodista alemán entrevistó al embajador estadounidense, el Dr. Schurman, acerca de su posición frente al correo cohete transatlántico.

El embajador Schurman se abstuvo sabiamente de expresar ninguna opinión de carácter técnico.

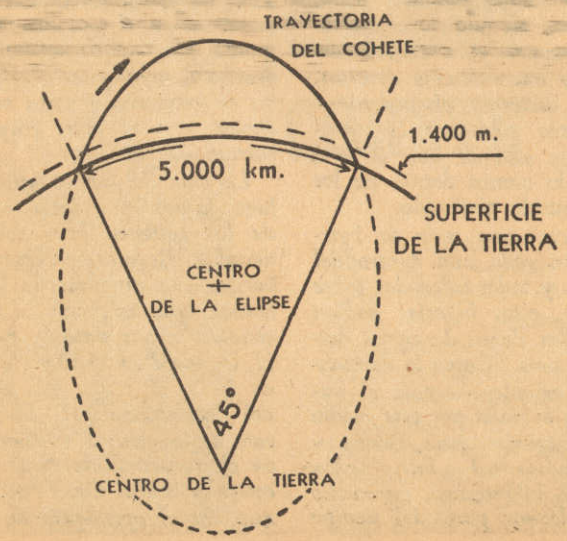
"Hace sólo dos años —le dijo al periodista—, en la misma silla que usted ahora ocupa se sentó el Dr. Eckener, de la Zeppelin, que me habló acerca del correo atlántico en dirigible."

Entonces el embajador expresó su opinión acerca del procedimiento legal que se requería:

"Si hubiera sido probado —dijo— que el cohete no representa ningún peligro para la vida o la propiedad de los ciudadanos norteamericanos, el paso apropiado sería solicitar el permiso correspondiente en la embajada de los Estados Unidos."

El embajador trasladaría entonces la solicitud al Departamento de Estado, que tomaría la decisión final sobre el asunto.

En la fig. 1 se muestra el aspecto que habría tenido y tendría aún hoy un disparo del correo cohete transatlántico. Luego del despegue inicial vertical se alejaría de la atmósfera



oblicuamente, alcanzando una altura bastante respetable en la mitad de su recorrido, para zambullirse nuevamente en la atmósfera unos treinta y cinco minutos después, a 5.000 kilómetros de su punto de partida.

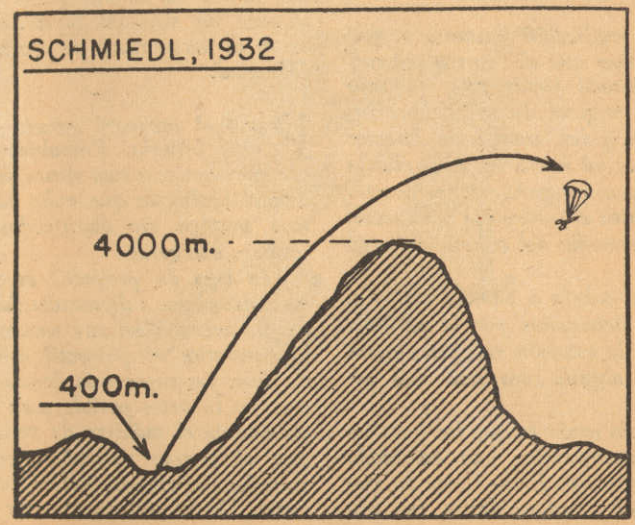
Todo lo que apareció en los periódicos durante el año 1929, desde el anuncio del próximo disparo de cohetes a 70 kilómetros de altura hasta la entrevista con el embajador, provocó mucha impresión entre la gente, pero por desgracia las cosas no pasaron de allí. El primer cohete de largo alcance no despegó de su plataforma de tiro hasta 13 años después, y eso para llevar una carga de explosivos en vez de cartas, buenas o malas. En este caso las noticias eran malas... para Inglaterra.

DURANTE esos trece años la historia de la idea del "correo cohete" recorrió extraños vericuetos. Los teóricos del "correo cohete", con gran gasto de largas ecuaciones, habían estado siempre pensando en términos de océanos, desiertos y estepas.

En 1931, Friedich Schmiedl, un ingeniero austríaco muy joven, había encontrado otra posibilidad: como vivía en los Alpes Austríacos estaba bien al tanto del hecho de que dos aldeas podían estar separadas por ocho horas de caminata y, sin embargo, a sólo dos kilómetros de distancia por el aire. Construyó entonces media docena de cohetes experimentales provistos de un adecuado sistema de paracaídas automáticos y, en la mañana del 2 de febrero de 1931, puso 102 cartas dentro de un compartimiento del séptimo cohete disparándolo hacia arriba de la montaña. Luego de otro disparo experimental siguió un cohete denominado R-1, con 333 cartas, y luego, durante el año 1932, cinco cohetes más.

El cohete R-1 tenía un metro sesenta de altura y un peso (sin carga) de alrededor de 7 kilos.

Los experimentos de Schmiedl demostraron que el viejo problema de las Islas Tonga de disparar a corta distancia sobre obstáculos difíciles de atravesar (montañas en este caso) seguía



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tan en pie como antes. También se podía pensar en algunas otras aplicaciones donde no hubiera un verdadero obstáculo sino un conjunto especial de circunstancias. Por ejemplo, un barco que viniera de Norteamérica podría pasar por el extremo occidental de Inglaterra, dentro del alcance de los cohetes, pero no atracaría en ningún puerto antes de las 12 horas siguientes, o aun más tarde si su puerto de destino fuera francés. Utilizando cohetes el correo podría llegar mucho antes que el barco.

Los disparos de Schmiedl fueron imitados (en general con mucho menos éxito) en otros países, tales como Alemania, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos, Cuba, India y Australia. Entonces llegó la Segunda Guerra Mundial y con ella el cohete de bombardeo que, desde este punto de vista, podría ser considerado como un "cohete para obstáculos", de gran eficiencia y corto alcance. Y también el primer cohete de largo alcance. Pero no el correo cohete, a menos que uno quiera considerar como tal al utilizado para arrojar panfletos en las líneas enemigas.

Es una predicción bastante segura el afirmar que el "correo cohete" de largo alcance jamás será realizado en la forma original de 1929. Hay dos razones principales: una es de carácter político, pues tal como se desarrolla la situación actual ninguna nación se atrevería a permitir el transporte internacional por intermedio del cohete de largo alcance.

Nunca se sabría a ciencia cierta si los cohetes detectados por la pantalla de radar en la estación receptora traen el correo o alguna otra cosa más peligrosa.

La segunda razón es que los horarios de viaje transatlántico han cambiado fundamentalmente. En la época en que el embajador estadounidense fué entrevistado se razonaba de la siguiente manera:

El cohete necesita media hora de vuelo para atravesar el Atlántico. Si se tiene en cuenta una hora de demora para el lanzamiento y otra hora y media más para sacar el cohete del agua, el total es de tres horas de viaje. Dado que la diferencia de horas entre Berlín y Nueva York es de seis horas, hasta parecería que el destinatario recibiría la correspondencia tres horas antes de ser despachada. Aun suponiendo que se lanzaran sólo cuatro cohetes diarios, es casi seguro que la mayoría de las cartas llegarían a destino dentro del mismo día de expedición. Comparado con el correo por barco, que en el mejor de los casos tardaba una semana, resulta una manera muy eficiente de ahorrar tiempo.

Pero el avión correo necesita solamente ocho horas para cruzar el Atlántico. Probablemente dentro de dos años ya se encarguen de la tarea los aviones a chorro, que la realizarán como máximo en seis. Y dentro de cuatro años el tiempo se habrá reducido en otras dos horas. El cohete postal de largo alcance ha sido así liquidado por el avión de largo radio de acción y gran velocidad.

Pero el proyectil guiado postal es otra historia. Probablemente sea útil mencionar a esta altura de la cuestión el hecho de que todos los proyectiles pueden ser clasificados en dos grandes categorías.

Un tipo de proyectil es el cohete verdadero que, a diferencia del aeroplano, no necesita del aire para subir; todo lo contrario: el proyectil cohete trata de dejar las capas más densas de la atmósfera lo antes posible para lograr rápidamente el máximo de velocidad, ya que el cohete verdadero opera con completa eficiencia solamente en el vacío. De la misma manera que una granada de artillería, el proyectil cohete se mueve a lo largo de una trayectoria, y, por esa razón, este grupo de proyectiles se denomina "proyectiles de trayectoria".

El otro tipo de proyectiles tiene alas, está diseñado aerodinámicamente y vuela como un aeroplano. No sigue una trayectoria sino un "recorrido de vuelo", y por eso se los llama "proyectiles de recorrido de vuelo" o "proyectiles de crucero".

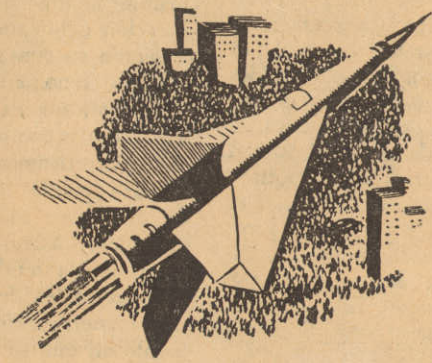
El cohete V-2 es un verdadero proyectil de trayectoria. El viejo V-1 alemán y su descendencia en Loon, de la Naval, y el Matador, de la Martin, son proyectiles de cruceros típicos.

Claro que ningún proyectil de crucero puede competir con uno de trayectoria cuando se trata de velocidad. Pero, en lo que a transporte postal se refiere, tiene una serie de ventajas indudables.

A diferencia del proyectil de trayectoria, puede ser controlado durante todo el camino. Como tiene alas puede aterrizar en los lugares donde existan facilidades para ello e inclusive ser mantenido en el aire durante un tiempo no demasiado largo. Su velocidad está tan por encima de la de los aviones comerciales, que puede competir con los de caza más rápidos, pudiendo ser usado y vuelto a usar todas las veces que se quiera.

Si se construyeran para llevar comparativamente poca carga, digamos un cuarto de tonelada, podrían ser lanzados a cortos intervalos siendo además el costo de su operación lo suficientemente barato como para que sólo costaran tres veces más que el correo aéreo.

Lo que sucederá en realidad depende de los estudios que se están haciendo actualmente. Por el momento parece como si se pudiera adoptar el famoso dicho francés de tal manera que rece: "La fusée postale est morte. ¡Vive le projectile postale!" ✦



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA VIDA EN EL UNIVERSO

por GRON AGUIRRE y ANGEL GIDE

V. MUNDOS SIN ATMOSFERA

PLANETOIDES Y SATÉLITES

ACOSTUMBRAMOS decir que los planetas del sistema solar son nueve. Pero los nueve son sólo los más grandes: hay miles y miles de planetoides, es decir, de planetas pequeños que, como sus hermanos mayores, dan vueltas alrededor del Sol. Su distribución en el dominio del Sol es irregular, y sus órbitas se toman algunas libertades que los nueve grandes no se permiten; pero la mayoría de ellos está concentrada entre Marte y Júpiter. Algunos, sin embargo, se acercan al Sol más que la Tierra; otros se alejan de él más que Urano. Los planetoides tienen todas las características de los planetas; pero, por ser pequeños, a menudo se los olvida como si fueran un cúmulo de guijarros sin importancia. Sin embargo, cada uno de ellos es un mundo distinto, sujeto a las leyes generales del Universo, pero con características propias, determinadas por su origen y su ubicación. Ellos completan el sistema solar y complican en gran medida su estudio.

Otros elementos secundarios del sistema solar son los satélites de los planetas mayores. Hasta ahora, conocemos 31 de ellos: uno de la Tierra, dos de Marte, 12 de Júpiter, 9 de Saturno, 5 de Urano y 2 de Neptuno.

Un hecho común a los planetoides y a los satélites es la ausencia de atmósfera. No es posible tener absoluta seguridad acerca de ello, pero ésta es la conclusión a la que llega la teoría. En efecto, cuando la "velocidad de escape" desde un planeta (es decir, la velocidad a la cual un cuerpo debe alejarse de la superficie para escapar a la atracción del planeta) es pequeña, éste pierde su atmósfera rápidamente.

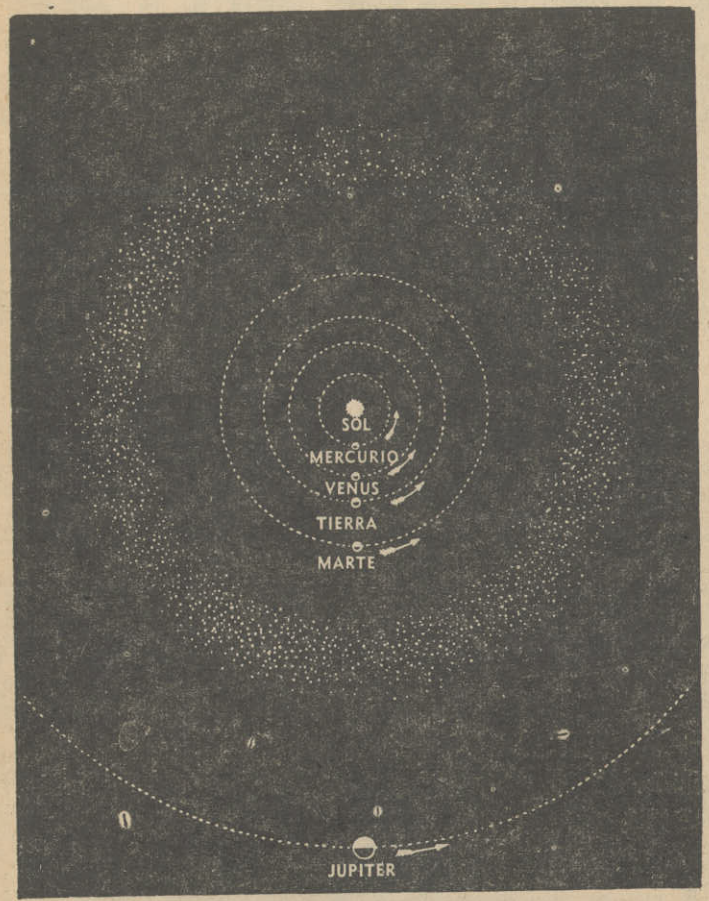
Dicho fenómeno puede ser demostrado teóricamente; pero no se requieren fórmulas complicadas, para convencerse intuitivamente de que una atmósfera puede permanecer alrededor de un planeta sólo si la atracción que éste ejerce sobre las partículas gaseosas vence la tendencia de todo gas a enrarecerse, es decir, a dispersarse de una manera uniforme en todo el ambiente en que se encuentra. Como los satélites y los planetoides son peque-

Cómo se imagina el otro lado de la Luna el artista R. T. Crane. Misteriosas forestas ocultan la luz radiante del Sol; el suelo está cubierto por una alfombra de finas cenizas. Los habitantes se parecen a los hombres, son tímidos, ágiles, inasibles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ños, su masa, su atracción y su velocidad de escape son muy bajas, y no tienen la posibilidad de retener atmósferas de consideración.

De acuerdo con la teoría cinética de los gases, un planeta podrá retener tanto más fácilmente los gases cuanto más baja sea su temperatura. En consecuencia, los planetoides que están muy lejos del Sol o los satélites de los planetas externos, cuyas temperaturas son muy bajas, podrían haber conservado algunos gases pesados. No obstante, todos ellos deben de haber pasado por un período de temperatura más alta, de manera que han perdido



La mayoría de los planetoides está concentrada entre las órbitas de Marte y Júpiter, representada en la ilustración por la zona punteada. Poblada por los "guijarros del cielo", será una barrera difícil de superar por las astronaves. El choque con algún planetoide sería un peligro mortal; pero se evitará mediante el radar.

sus atmósferas por completo o casi por completo.

Estas consideraciones se apoyan exclusivamente sobre teorías. Sin embargo, todas las observaciones que se han podido hacer confirman la verdad de las conclusiones teóricas, de manera que podemos dar por sentado el hecho de que no existen atmósferas, o existen atmósferas extremadamente tenues, tanto en los planetoides como en los satélites de los planetas.

LA LUNA: FANTASÍAS ANTIGUAS Y MODERNAS

SIN mencionarla directamente, hemos estado hablando también de la Luna. Entre los cuerpos de secundaria importancia del sistema solar, la Luna es relativamente grande, y su cercanía a la Tierra ha permitido un estudio muy detallado. Aunque para algunos astrónomos sea un lugar común afirmar que la Luna es un mundo muerto, ya que, según ellos, existe una evidencia conclusiva al respecto, periódicamente resurge la noticia de que nuevos estudios han demostrado la posibilidad de vida en la Luna, y hasta de que se han observado cambios en su superficie, lo que sería prueba indiscutible de que en ese mundo "algo" ocurre.

¿SUCEDE ALGO EN LA LUNA?

LOS antiguos no tenían dudas al respecto. El filósofo griego Anaxágoras enseñaba a sus discípulos que en la Luna había montañas, agua, plantas y animales parecidos a los de la Tierra. Plutarco adivinó que en la Luna no habría lluvias ni vientos; pero ello no debía de ser óbice para permitir la existencia de un sinnúmero de animales y plantas, aunque muy diferentes de todo lo conocido por el hombre. Xenófanes imaginaba que los habitantes de la Luna vivían en las profundidades de los valles, y que su existencia transcurría con un ritmo perfecto, en una especie de paraíso luminoso, en beatitud casi soporífera.

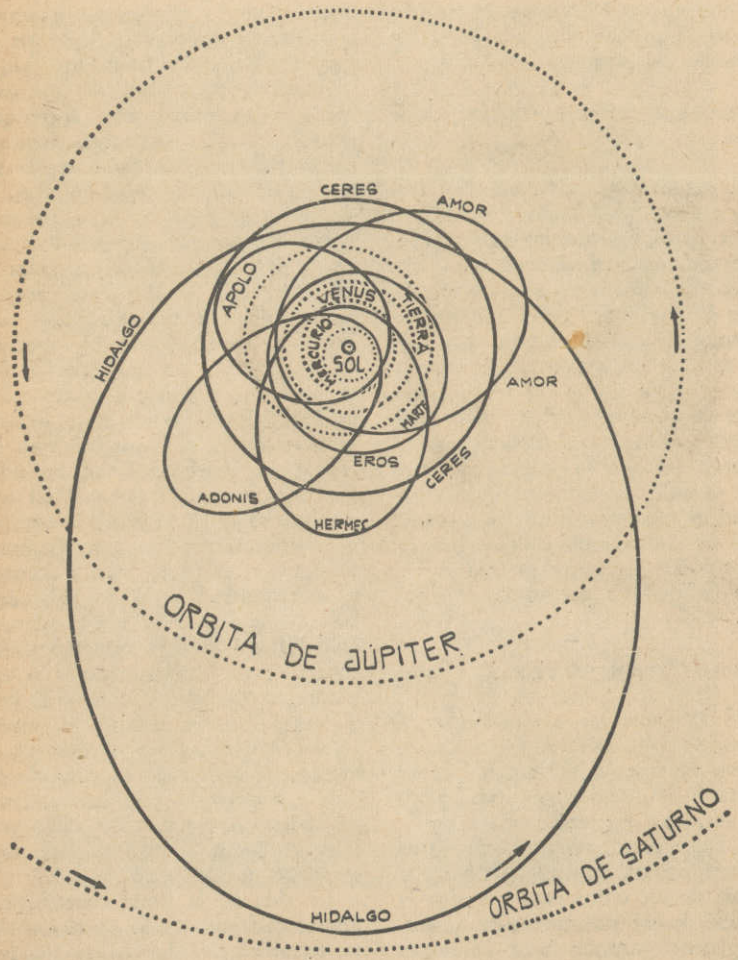
El gran Keplero afirmaba que en la Luna existía un complicado sistema de circulación de las aguas, las cuales se evaporaban rápidamente debido al calor de los rayos solares; se tornaban líquidas en la sombra de las grandes montañas, corrían a enfriarse en enormes cuevas, e irrigaban una vigorosa vegetación, cuyo ritmo de crecimiento debía de ser mucho más rápido que el de los vegetales terrestres. Según Keplero, todo lo que crece en la Luna tiene proporciones muy grandes, y su desarrollo se efectúa vertiginosamente.

En tiempos más cercanos, la fantasía de los astrónomos aficionados y de los escritores de libros de aventuras ha corrido a rienda aun más suelta. Frente a la difusión de los conocimientos astronómicos, y, en especial, frente al hecho ampliamente reconocido de que en la Luna no hay agua, ni aire, ni grandes ciudades (que podrían fácilmente ser observadas con los telescopios modernos), la fantasía ha tenido que poblar la Luna con seres extrañísimos: criaturas endebles, fantasmas, minúsculos seres parecidos a insectos, pero inteligentes y refinados, vivirían debajo de la superficie o en cavernas oscuras. Los selenitas serían individuos dulces, poéticos, bondadosos o suavemente crueles. Temerosos de la luz cegadora del Sol, saldrían a la superficie sólo durante las largas noches, para admirar el fantástico espectáculo de la Tierra reflejando una luz diáfana, y de las estrellas que, en el cielo perfectamente negro y sin atmósfera, brillan de modo indescriptible.

La vida en la Luna constituye uno de los problemas más apasionantes de la astrobiología. La Luna puede ser observada con gran facilidad y en todo detalle, y sabemos de ella más que de cualquier otro cuerpo celeste; pero di-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Adonis, Apolo y Hermes son tres planetoides cuyas órbitas se cruzan con la órbita de la Tierra. Como se ve, las órbitas de los planetoides son más variadas e irregulares que aquellas de los planetas mayores, y a menudo cruzan una o más de éstas. Hermes, por ejemplo, cruza las órbitas de Mercurio, Venus, Tierra y Marte. A veces, se encuentra a una distancia de la Tierra menor que la mínima distancia a que puede llegar la Luna.



fiere de la Tierra más que Marte, Venus y Júpiter, planetas de los cuales sabemos mucho menos. La Luna es un mundo al alcance de nuestros ojos, y pronto estará al alcance de nuestras espacionaves; sin embargo, presenta más misterios que los planetas más lejanos. Podemos concebir seres vivientes que se hayan adaptado a las condiciones que deben reinar en la superficie de algunos planetas. Para ello nos ayuda el estudio de los seres vivientes que, en nuestra Tierra, se han adaptado a vivir en ambientes parecidos. Pero no hay ningún lugar de la Tierra que se parezca lejanamente a la Luna. Todo lo que sabemos acerca de la Luna sugiere la siguiente conclusión: o en el satélite no existe vida, o ésta se manifiesta allí con caracteres sumamente alejados de todas nuestras experiencias.

Sí, como parece, la Luna fuera un mundo sin aire y sin vida, ningún cambio físico o biológico podría producirse en ella. Sin embargo, uno de los más famosos observadores de la Luna en el siglo presente, el profesor W. H. Píckering, asegura (con otros astrónomos) haber observado manchas blancas que, en su opinión, son campos de hielo, nubes, nieve, tempestades y tormentas. Otros astrónomos afirman haber notado cómo la luz solar se filtra a través de lo que parecería ser una ligera atmósfera. Y otros aseguran que los meteoros brillan antes de llegar a la superficie de la Luna, lo que sería prueba evidente de que chocan con gases. En 1941, un experto observador de la Luna dió comienzo a una búsqueda metódica de meteoros lunares, y, durante 170 horas de observación de la cara oscura del satélite, logró ver nada menos que 12 estrías luminosas.

Píckering y otros declaran: que han observado signos de actividad volcánica en la Luna; que algunos cráteres emiten muchos gases y vapor de agua; que la única explicación de ciertas manchas es la existencia de vegetación; que en la superficie lunar "algo" se mueve a la velocidad de cinco kilómetros por hora, y que este "algo" podrían ser enormes enjambres de insectos.

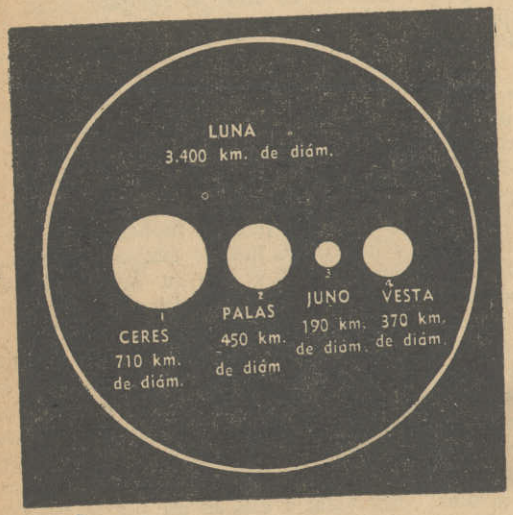
Un famoso astrónomo de nuestros días, Kénneth Héuer, arguye de una manera apasionante aunque no exclusiva: "Los astrónomos de la Tierra dicen que la Luna, desprovista de aire y agua y expuesta a tremendas variaciones de temperatura, no está en condiciones de albergar ninguna clase de vida. Pero los habitantes de la Luna, a su vez, pueden demostrar en forma terminante que la Tierra, huérfana del puro éter del cielo, atormentada por la turbulencia de su atmósfera, sujeta a una presión atmosférica aplastante, no puede sustentar a seres vivientes. De esta manera, los hombres de ciencia lunares pueden probar a los habitantes de su mundo que la Tierra está deshabitada y que su única utilidad es la de servir como fuente de luz durante las largas noches lunares".

En la Luna hay un último refugio para las fantasías. Nunca o, por lo menos, hasta el momento en que los primeros hombres que allí llegarán nos describan la realidad, podremos afirmar categóricamente que en la Luna no hay vida; y esto es así por la sencilla razón de que *nadie ha podido ver el 41 % de la superficie lunar*, ya que el satélite siempre nos muestra la misma cara. Lo más probable es que las dos quintas partes desconocidas de la Luna se parezcan a la región conocida; y aunque la mejora de los instrumentos astronómicos nos permitiera afirmar con certidumbre absoluta que en la parte observable de la Luna no hay trazas de vida o de actividad de cualquier tipo, y que esta zona es un desierto totalmente mudo y desolado, nadie nos podrá impedir el hacer volar la fantasía al otro lado del satélite argénteo. Podremos imaginar que allí existan ciudades fabulosas, vegetaciones extrañas, panoramas milagrosos... Se-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rán sueños infantiles, quizá; pero la humanidad no renunciará a ellos hasta que pueda comprobar con sus propios ojos que ha errado.

Y el hombre es tan romántico que la Luna, que "enseña, lúbrica y pura, sus senos de duro estaño", seguirá siendo la inspiradora de la poesía, el luminoso espejo donde la fantasía se encuentra a sí misma, aun cuando las espaciona-



La luna es un gigante en comparación con los más grandes de los planetoides. Además de los "cuatro grandes" indicados en la ilustración, hay decenas de miles de planetoides cuyo diámetro es de pocos kilómetros o hasta de pocos metros.

ves recorran la ruta Tierra Luna con la frecuencia y regularidad tan poco emocionante y poética de un vulgar y anticuado servicio de tranvías interurbanos...

LOS GUIJARROS DEL CIELO

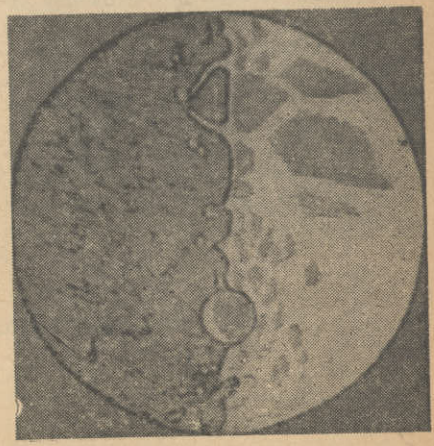
SE estima que, en el espacio entre la órbita de Marte y la de Júpiter, existen alrededor de 50.000 planetoides. Cerca de 5.000 de ellos han sido observados una o más veces, y de 1.600 se conocen las órbitas, con mayor o menor aproximación. Las dimensiones de los planetoides son muy modestas. La Luna, que tiene un diámetro de 3.400 km, parece gigantesca en comparación con los cuatro más grandes: Ceres (710 km), Palas (450 km), Vesta (370 km) y Juno (190 km). Muchos planetoides tienen un diámetro de 1.000 m o menos, y seguramente hay decenas de miles de planetoides aun más pequeños. A pesar de su ínfimo tamaño, ellos son planetas, con tanto derecho como los nueve planetas principales bien conocidos. Y un mundo de pocos cientos de kilómetros de diámetro puede albergar seres vivientes y ser escenario de fenómenos físicos y biológicos, de dramas y de tragedias, al igual que otros mundos infinitamente más grandes.

Desgraciadamente es muy poco lo que sabemos de los planetoides. Lo que sí se puede afirmar es que las condiciones físicas de estos asteroides son enormemente diferentes de todo lo conocido. En primer lugar, como hemos visto, es muy improbable que en ellos puedan encontrarse rastros de atmósferas y de líquidos: su gravedad, a consecuencia de su masa reducida, no es suficiente para retenerlos. El calor proveniente del Sol no es absorbido y conservado por nubes o gases y, al caer de la noche, se irradia rápidamente. La temperatura, pues, se acerca al cero absoluto, no solamente en el lado no expuesto a la luz del Sol, sino también a una elevación muy pequeña de la superficie, durante el día. Uno de los fenómenos más extraños, que dará una rara sensación al hombre desembarcado en un planetoide, será que su peso estará reducido hasta cifras increíbles: en Ceres, el peso humano corresponderá aproximadamente a 3 kilos; en los planetoides más pequeños, la fuerza de gravedad es tan exigua que dicho peso se verá reducido a pocos gramos, y se presentarán graves dificultades para mantener cualquier objeto sobre el suelo. Si un hombre se precipitare desde cierta altura hacia el planetoide, su caída será lentísima y sin riesgo, y en el curso de ella flotará suavemente hasta pisar la superficie. Un pequeño avío le permitirá sortear de un salto las montañas, y los objetos más frágiles podrán ser lanzados a grandes distancias, sin peligro alguno.

El espectáculo del cielo desde los planetoides es profundamente diferente del que estamos acostumbrados a ver desde la Tierra. Por la falta de atmósfera, el cielo aparece de un negro intenso, noche y día; las estrellas brillan muy intensamente, sin centelleos. La salida y la puesta del Sol producen muy poco efecto sobre la visibilidad de las estrellas y no alteran el color del cielo. Júpiter es el objeto más imponente en el cielo de estos mundos, y aparece muy luminoso, rodeado por sus lunas brillantes. Y también Marte luce con grandeza y resplandor excepcionales. El espectáculo de las fases de estos enormes planetas debe de ser fantástico. Desde los planetoides, el cielo es mucho más interesante que desde la Tierra, y las observaciones astronómicas son enormemente más fáciles.

De primera intención, uno se inclinaría a pensar que los habitantes de estos mundos en miniatura fueran también muy pequeños, proporcionales al tamaño de su planeta. Sin embargo, la ciencia sugiere lo contrario: cuanto más pequeño el planeta, tanto más probable es que sea mayor el volumen de sus habitantes. En efecto, para poder permanecer en el suelo, los seres que habiten los planetas con pequeña fuerza de gravedad, deberían tener una masa muy considerable, mientras que los habitantes de los planetas gigantescos tendrían mayor facilidad de desplazamiento siendo de masa muy reducida.

El análisis de las condiciones ambientales de los planetoides parece ex-



Lo desconocido es el origen de las fantasías. Imaginémonos con qué facilidad podían surgir las hipótesis más fantásticas sobre los habitantes de la Luna cuando el conocimiento del satélite era tan escaso que Galileo dibujaba su mapa con una imprecisión que nos parece asombrosa. Eran los tiempos en los cuales se quemaban vivas a las brujas, y las supersticiones influían enormemente en todos los aspectos de la vida humana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cluir la posibilidad de que en ellos existan seres vivientes parecidos a los de la Tierra, y al mismo tiempo nos indica y nos sugiere (muy vagamente por cierto) las direcciones en las cuales puede haberse manifestado alguna forma de vida en esos mundos semidesconocidos. Este análisis establece dos conclusiones inevitables:

a) La base biológica de la existencia en los planetoides, a falta de atmósfera y de agua, debe de ser distinta de la que constituye la característica de todos los seres vivientes, vegetales y animales, que nos son conocidos;
b) Por las condiciones físicas de los planetoides, la masa de los seres vivientes debe de ser muy superior al promedio de la masa de los seres terrestres.

La suma de estos dos elementos sugiere una organización vital sobre bases completamente desconocidas. El fundamento químico de todas las manifestaciones de vida que nosotros conocemos es el carbono, que se combina con los demás elementos químicos; en los planetoides la base química de la vida podría ser otro elemento, el silicio, por ejemplo, y la estructura de todas las moléculas sería entonces completamente diferente. La formación de materia viviente sobre una base tan diversa constituye un apasionante ejercicio mental para los químicos, que pueden divertirse en imaginar las increíbles propiedades de "proteínas", "carbohidratos" y "grasas" en cuyas fórmulas el carbono haya sido reemplazado por el silicio o por el flúor. Serían estos compuestos químicos "imposibles"; de existir, todos nuestros conceptos tradicionales de estructura molecular se verían revolucionados. Hemos llegado al límite extremo de las hipótesis científicas, donde la imaginación científica se confunde con la fantasía, y lo posible con lo absurdo. Son éstas las hipótesis más atrevidas que la ciencia se atreve, no a formular, sino apenas a sugerir. Más allá de ellas se abre el reino de la fantasía desautorizada por la ciencia. Minerales vivientes, piedras parlantes y cantantes, vida mineral: estas manifestaciones pueden existir en los planetoides, pero ningún hombre puede tener la más mínima base científica para descubrirlas. En este punto, la fantasía pierde el apoyo de la ciencia y comienza el infinito mundo de lo absolutamente desconocido. ✦

En el próximo número: PLANETAS GIGANTES

UN MUCHACHO CON SUERTE

Pensaron mejorar el mundo..., pero no habían tenido en cuenta los instintos de Uli . . .

por ALFRED BESTER

ilustrado por HUGO CSECS

ESTA es la historia de un monstruo.

Se llamaba Ulises Gaul. El nombre se lo puso su papá, a pesar de las protestas maternas; pero desde chiquitito lo llamaron Uli.

En su primer año de vida, un chico necesita seguridad y calor de hogar. Uli casi se queda sin ambas cosas, pues la oficina de remates de su papá estaba por quebrar y su mamá quería divorciarse. Pero al nacer Uli, una enorme compañía instaló sus fábricas en el pueblo; papá se volvió rico y mamá volvió a enamorarse de él.

Después viene la edad en que los críos andan explorando el mundo. Cuando se cayó por la ventana del tercer piso, estaba justo abajo la bolsa de la cortadora mecánica, llena de césped recién cortado.

A Uli le gustaba que lo quisieran, y todo el mundo lo quería. Siempre le daban yapa en el almacén, y los amigos de la familia le traían cantidades de juguetes y de golosinas, que devoraba sin empacharse jamás. Nunca estuvo enfermo.

Pronto se difundió la leyenda de la suerte de Uli. Por ejemplo, cómo un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

perfecto extraño lo confundió con otro chico y lo detuvo cuando estaba por entrar al Circo Electrónico, salvándolo por pocos segundos de la desastrosa explosión que ocurrió en seguida. Una multitud de extrañas casualidades lo salvaban de catástrofes diversas. Pero nadie se imaginaba que era un monstruo... todavía.

Así, a los 18 años entró en la Universidad, y a los pocos días uno de los numerosos amigos que ya se había hecho vino a buscarlo a su cuarto y le dijo:

—¿Vamos a jugar un rato al fútbol?

—Gracias, Ben —respondió Uli—, pero nunca he jugado.

—Pues, si quieres ser famoso, lo mejor es jugar bien al fútbol. Así aparecerás en todos los aparatos de televisión los domingos.

—Tienes razón, Ben. ¿Por qué no me enseñas?

BEN le enseñó a Uli con dedicación y paciencia. Al tercer puntapié, una ráfaga de viento se apoderó de la pelota y la impulsó hasta el tercer piso, donde entró por una ventana de la habitación de Stuart, el profesor de ejercicios físicos. "¡Qué shot!", pensó éste, e incluyó a Uli en el equipo de primera de la Universidad, sin pensarlo dos veces.

Pocas semanas más tarde los periódicos llevaban los siguientes titulares: "Uli Gaul 14; River Plate 0".

—¡Muerte y condenación! —rugía el entrenador Clayton—. ¿Cómo demonios lo hace? No es ningún gran jugador; apenas regular. ¡Pero cuando recibe un pase los contrarios tropiezan y se caen, y cuando está frente al arco siempre hay una ráfaga de viento que desvía la pelota para el lado contrario de donde la esperaba el arquero!

—Es un jugador negativo —respondía el profesor Stuart—. Gana aprovechando los errores de sus contrarios.

Pero ambos estaban equivocados. Uli Gaul era un monstruo.

La casualidad lo ayudaba sin cesar. En segundo año tomó parte en el concurso por la medalla de Economía Política, con una tesis titulada "Causas de las revoluciones", que parecía totalmente disparatada. Pero el mismo día que la presentó estalló en Marte una revolución, que parecía copiada de su tesis, y le dieron el premio.

Y así seguía, cada vez peor, el monstruo.

De todos modos, había conseguido pasar relativamente inadvertido hasta que la Ciencia se metió con él. Fué Tess Migg, profesor de Física, el que atrapó al monstruo, aunque creyó que era un ángel.

FUÉ en su laboratorio de Física Elemental donde descubrió a Uli. Uno de los primeros experimentos consistía en llenar de agua un tubo en forma de U y hacer la electrólisis poniéndolo entre los palos de un imán, obteniéndose hidrógeno en los brazos del tubo.

Uli hizo el experimento con toda seriedad, obtuvo los resultados correctos, y cuando Migg pasó por su mesa le dijo:

—Ya terminé, señor.

Migg verificó los resultados, observó el tubo de la electrólisis y despidió a Uli. Sólo después que Uli se hubo ido comprobó el profesor que el imán no funcionaba; había un cortocircuito en las bobinas. ¡Era imposible que el agua se hubiera electrolizado!

"¿Qué diablos significa esto?", pensó Migg, y se puso a considerar las distintas posibilidades.

1ª: El muchacho había "metido la mula". 2ª: Pero entonces, ¿de dónde había sacado el hidrógeno y el oxígeno? 3ª: ¿Cómo los había metido en su lugar? 4ª: ¿ Por qué se tomó tanto trabajo?; con pedir un imán en buen estado se arreglaba todo más fácil. 5ª: El muchacho no había metido la mula. 6ª: Entonces, ¿cómo logró los resultados correctos? 7ª: ¿Cómo logró resultado alguno?

Migg trajo otro tubo en U y repitió el experimento. El también obtuvo los resultados correctos con el imán descompuesto.

—¡Condenación! —exclamó, enfurecido por el misterio.

Cuatro horas estuvo registrando todo, hasta descubrir que los soportes de acero de la mesa estaban conectados *por casualidad* a unas boninas del piso de abajo y producían, *por casualidad*, justamente el campo magnético necesario para la electrólisis.

—Coincidencia —se dijo Migg.

Poco después, en el experimento de análisis atómico, Uli obtuvo una lista completa de isótopos después de trabajar toda la tarde. "Trabaja bien este muchacho", pensó Migg, hasta que un rato después descubrió que lo que Uli había bombardeado con neutrones no era uranio 235, como debía ser, sino que, por equivocación, había tomado una sustancia preparada para otro experimento.

—¡No puede ser! —gritó Migg, y repitió la experiencia con esa sustancia.

Obtuvo el resultado correcto. Se pasó seis horas buscando desesperadamente la explicación del milagro, y por fin la encontró. Un poco de suciedad radioactiva en el aparato y algunos contadores que andaban mal y por casualidad compensaban la falta de uranio. Migg se puso a pensar.

—Hay gente que atrae las desgracias —se dijo—. ¿Por qué no puede haber tipos que atraigan a la buena suerte? Veremos...

Migg dedicó un buen tiempo a verificar su teoría. Permanecía tardes enteras en el laboratorio observando cómo Uli obtenía resultados exactos en experimento tras experimento... Pero el día que Uli consiguió transmutar nitrógeno en oxígeno por bombardeo con partículas alfa, pero sin usar nitrógeno ni partículas alfa, Migg decidió que ya era bastante, o tal vez demasiado, y dió por terminadas sus investigaciones.

Al mismo tiempo había ido reconstruyendo la carrera de Uli. Habló con sus compañeros, con el entrenador de fútbol, desenterró la historia de la medalla de Economía Política y otra media docena como ésa, y se dirigió al Club de Profesores.

EN el salón central del club se estaba desarrollando una partida de ajedrez tridimensional entre cuatro jugadores. La partida ya se había iniciado cuando Migg entró en la Universidad, y era difícil que terminara antes de fin de siglo. Tanto es así, que Johansen, uno de los que jugaban con las negras, estaba entrenando a su hijo para que lo reemplazara en el probable caso de morir antes de terminarse el juego.

Televisión submarina

SIN duda alguna, la televisión del futuro aportará grandes beneficios en múltiples y diversos aspectos de la exploración del Universo. En 1951, los ingleses recurrieron a ella para localizar el submarino hundido Affray. Ahora, científicos canadienses lo emplean para el estudio de los peces a grandes profundidades, mediante cuatro proyectores que iluminan las oscuras regiones submarinas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Brusco como siempre, Migg se dirigió al brillante cubo donde centelleaban dieciséis capas de piezas coloreadas y exclamó:

—¿Qué saben ustedes de casualidades? En otras palabras, ¿existe algo así como forzar la probabilidad?

Hrrdnikisch movió una pieza y dedicó toda su atención a Migg, así como Johansen y Bellanby. Wilson, el cuarto jugador, se quedó estudiando el tablero, tratando de aprovechar la hora de plazo para hacer su jugada.

—Digámoslo de otra manera —siguió Migg—. Hoy todo el mundo admite la existencia de gente que atrae las desgracias sobre sí, según el teorema de la Ultima Norma Neurótica. Pero yo he descubierto la inversa. ¡He descubierto un hombre que atrae la buena suerte!

—Ah, se trata de una broma, ¿eh? —dijo Johansen.

—¡Estoy hablando en serio, caballeros! —protestó Migg—. He descubierto un hombre genuinamente suertudo.

—¿Gana siempre a los naipes? Es con trampa.

—Gana a cualquier cosa. Acepten eso por un instante; luego les diré las pruebas. Todo lo que desea lo obtiene. Tenga o no tenga la habilidad de conseguirlo por su propio esfuerzo, lo obtiene. Siempre aparecen factores de suerte: accidente, azar, casualidad, etcétera, que se combinan para producir el objeto deseado por él.

—No —dijo Bellanby meneando la cabeza—. No puede ser.

—No sé cómo lo hace, pero por el mero hecho de desear que ocurra una cosa, es capaz de modificar las acciones de los hombres y hasta de las fuerzas naturales y conseguir que eso ocurra, por improbable que sea. ¡Y lo bueno es que él no se da cuenta de lo que hace! Cree que es simple suerte.

—¡Ridículo! —exclamó Bellanby.

—No comprendo bien —dijo Hrrdnikisch—. Zupongamos que a eze hombre ze le ocurre conzeguir morfina, una droga que no ze fabrica dezde haze montonez de añoz. ¿Qué pazaría?

—Muy bien —dijo Migg—. Por ejemplo, podría ocurrir esto: un químico australiano se equivoca al preparar una sustancia complicada y obtiene seis gramos de morfina. Los tira, pero por casualidad tres gramos quedan en una cajita, que por otra casualidad es vol-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cada en un depósito de azúcar impalpable con el cual se prepara un postre especial que se exporta a nuestro país. Nuestro hombre entra por casualidad a un restaurante y allí le sirven ese postre con los tres gramos de morfina.

—¡La, la! —dijo Hrrdnikisch—. ¿Y todo ezo ocurriría zin que eze hombre ze dé cuenta?

—Exacto; basta con que lo desee y la cosa más improbable puede ocurrir: basta que exista alguna manera lógica de que ocurra. Es como un dios, con la diferencia de que no sabe lo que hace. Es un ángel, que ignora el poder que se encuentra en sus manos, y lo que con ello podría realizar.

—¿Y quién es ese ángel? —preguntó Johansen.

Entonces Migg les contó la historia de Ulises Gaul. Y los convenció.

FUÉ así que los cuatro profesores se constituyeron en un Comité Ejecutivo del Destino, tomando a su cuidado la persona de Uli Gaul. Para comprender lo que querían hacer, debemos explicar la situación del mundo en esa época.

Es sabido que todas las guerras tienen sus orígenes en confictos económicos o, en otras palabras, que las armas son sólo la última etapa de una guerra de intereses económicos.

Así como en el siglo XX una nación no podía progresar si no tenía grandes reservas de petróleo o carbón, en el siglo XXX el destino de un planeta estaba fijado por sus reservas de material fisionable (M. F., como lo llamaban para abreviar), con el que se producía la energía atómica.

Los dos Estados independientes se mantenían en un equilibrio industrial más o menos estable, hasta que en un planeta hasta entonces atrasado y bárbaro se descubrieron enormes depósitos de M. F. Incapaz de aprovechar esos recursos por sí mismo, Tritón había decidido venderlos al mejor postor y coqueteaba con ambos Estados pidiendo grandes concesiones.

Tanto el Comité de Naciones de Sirio como la Liga del Sistema Solar necesitaban desesperadamente ese M. F. Ambos ofrecían más y más, temerosos de quedarse sin reservas, y al mismo tiempo cada uno trataba de intimidar al otro con escaramuzas y demostraciones de fuerza que en cualquier instante podían conducir a una declaración de guerra.

Y así, con pretextos como los Derechos de las Minorías, Prioridad de Colonización, Derechos Históricos de Tritón, etc., los dos Estados planetarios se amagaban, finteaban y se preparaban poco a poco para la lucha, que sería la ruina de ambos.

De todo esto discutían los cuatro profesores durante sus interminables reuniones, sin poder llegar a concretar aún en qué podrían utilizar el maravilloso poder de Ulises Gaul.

—¡SIGAN! —exclamó Migg al finalizar la tercera reunión—; ¡ya estoy cansado de oírlos hablar y hablar sin llegar a nada concreto! Todos estamos de acuerdo en que hay que usar a Ulises Gaul en beneficio de la humanidad, pero no sabemos cómo. Ustedes tres no han hecho más que enunciar teorías filosóficas, que estarán muy bien pero no nos conducen a nada.

—¡Protesto! —dijo Bellanby.

Pero Migg prosiguió, sin escucharlo:

—Permítanme presentar el problema al nivel de cualquier niño. Lo primero va delante, caballeros. Si queremos beneficiar a la humanidad es necesario que haya humanidad. Me refiero a la próxima guerra, que puede muy bien terminar con todos los hombres. Nuestro programa es sencillo. Debemos educar, por así decirlo, a un ángel. Por suerte, Gaul es un muchacho bueno y honrado. No quiero ni pensar en lo

que ocurriría si fuera perverso.

—O lo que puede ocurrir cuando conozca su poder —murmuró Bellanby.

—Así es. Tendríamos que darle una educación ética perfecta, pero no tenemos tiempo. Ante todo debemos impedir la guerra. Habrá que usar un atajo.

—Muy bien —dijo Johansen—. ¿Qué sugiere?

—Fascinación —dijo Migg—; encantamiento.

—¿Qué ez ezo? —preguntó Hrrdnikisch—. ¿Una nueva zienzia?

—Quiero que ustedes le inspiren afecto y admiración, que lo encanten y lo fascinen, como ya han hecho con muchos alumnos de la Universidad.

—¿Por qué creen que los he elegido a ustedes tres entre todos los profesores? —rugió Migg—. ¿Por sus conocimientos? ¡Nada de eso! Los he elegido, caballeros, por sus encantos.

—Es un insulto —dijo Bellanby—, y sin embargo me siento halagado.

—Gaul tiene 19 años. Está en la edad en que los muchachos necesitan héroes que adorar. Yo quiero que ustedes lo fascinen. Ustedes, caballeros, son los profesores más admirados de la Universidad.

—¡Yo también me ziento inzultado y halagado! —interrumpió Hrrdniskich.

—¡Ajá! —dijo Johansen—. ¡El chocolate alrededor de la píldora!

—Exactamente. Cuando lo hayan encantado le harán desear que no haya guerra, y le dirán cómo debe hacer para lograrlo. Eso nos dará tiempo para continuar con su educación. Para cuando les pierda el respeto a ustedes ya le habremos enseñado bastante moral y no será un peligro.

—Y usted, Migg, ¿qué papel va a desempeñar?

—Ahora ninguno —contestó el profesor de Física—. Yo no tengo encantos, caballeros. Pero cuando les pierda el respeto a ustedes empezará a tenérmelo a mí.

Lo cual era el colmo de la jactancia, pero estrictamente cierto.

Y a medida que los acontecimientos conducían lenta pero seguramente a la crisis final, Uli Gaul fué fascinando. Bellanby lo invitó al globo de cristal que tenía en la azotea de su casa y donde penetraban sólo los favorecidos. Allí Uli tomaba baños de sol mientras conversaba con el filósofo y admiraba su físico, formidable para un hombre de 73 años. Admirando sus músculos le resultaba natural admirar también las ideas de Bellanby. Hrrdnikisch se hizo cargo de la vida nocturna de Uli, haciéndole conocer las delicias de la alta cocina y la vida pagana. Y Uli regresaba por las noches a su cuarto emborrachado por la magia de los sentidos y el colorido de las ideas de Hrrdnikisch.

Y de tanto en tanto, no muy a me-

Psicología del motociclista

TODOS los hombres son mortales, pero los motociclistas mucho más. Ahora anuncian en Londres que una comisión de expertos ha investigado concienzudamente la clase y número de accidentes ocurridos a estos representantes de la moderna caballería, y han llegado a la paradojal conclusión de qué conducen con más cautela cuando llevan una mujer en el asiento trasero. Pero, ¿qué clase de mujer? A priori se nos ocurre que, si es Marilyn Monroe, el peligro de accidente debe aumentar en forma catastrófica. Ésta es al menos nuestra propia doctrina. Nuestra doctrina Monroe.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nudo por cierto, se reunía con Papá Johansen y sostenía con él largas y serias conversaciones.

Por último llegó el gran día. Uli fué conducido por los tres grandes hombres a la Foto-Biblioteca, donde se le reunió, como por casualidad, Migg. Hubo unos instantes de tensión hasta que Migg hizo una seña y Bellanby comenzó:

—Uli —dijo—, ¿nunca soñastes que un día podías despertarte convertido en rey?

Uli se ruborizó y bajó la vista, avergonzado.

—Veo que sí. Todo hombre ha soñado con eso. El modelo usual es: uno descubre que los padres de uno en realidad lo adoptaron cuando era chico, pero los verdaderos padres son...

—Sí, señor —murmuró Uli—. He tenido ese sueño.

—Bueno —dijo Bellanby—; eso se ha convertido en realidad. ¡Eres un rey!

Uli se quedó mirándolos con la boca abierta mientras ellos le explicaban y explicaban y explicaban. Al principio creyó que era una broma y no lo quiso tomar en serio; pero terminó por creer a esos hombres que idolatraba, y además, como buen ser humano, sintió unos deseos enormes de que fuera cierto un sueño tan maravilloso.

—¡Sí! —gritó por fin Uli—. ¡Sí, sí! Comprendo. Comprendo perfectamente lo que quieren que haga. Y les agradezco —continuó—; les agradezco profundamente lo que han hecho por mí. Habría sido espantoso que yo fuera egoísta y tratara de usar mi poder para mí solo. Pero ustedes me han mostrado el camino recto y lo seguiré. ¡Mi poder será usado siempre para el bien!

Johansen asintió sonriendo.

—Siempre les pediré consejo —prosiguió Uli—; no quiero equivocarme nunca. Sí, muchas veces soñé con ser un rey, y más, con ser el dueño del mundo y las cosas que haría. ¡Y ahora las puedo hacer todas!

—Empieza con la guerra. No me gusta mucho. —dijo Migg agriamente.

—Por supuesto —asistió Uli—. La guerra primero. Pero luego seguiremos adelante. ¿verdad? Nosotros cinco, en secreto planearemos las cosas más grandes y hermosas; ¡y todos nos creerán cinco personas ordinarias, pero tendremos el poder de llevar la felicidad a todas partes! Luego...

—Pero empieza con la guerra —repitió Migg.

—La guerra es el primer desastre que debemos evitar, Uli —dijo Bellanby—. Si tú deseas que este desastre no ocurra, no ocurrirá. Y tú tienes que desearlo, ¿verdad?

—Sí —contestó Uli.

CINCO días después, el 20 de marzo, estalló la guerra. El Comité de Naciones y el Sistema Solar movilizaron y atacaron. Uli se alistó como soldado raso, pero a los quince días lo transfirieron al Servicio Secreto. El 24 de junio asistió como oficial de Estado Mayor a la reunión del Concejo de la Liga Solar en las ruinas de lo que había sido Australia. El 11 de julio se le dió el comando de las destrozadas Fuerzas Aéreas Solares. El 19 de septiembre asumió el mando supremo en la Batalla de los Parsecs y logró una victoria que terminó con la guerra.

El 23 de septiembre Uli Gaul hizo su famosa propuesta de paz que fué aceptada por los restos de ambos Estados y por la cual se formaba con ellos un solo Imperio cuyo jefe sería designado por elección democrática. Para qué decir que el voto unánime fué para Uli Gaul, y a perpetuidad.

Y hoy, todavía joven, vigoroso, caritativo, simpático y generoso, Uli vive en el Palacio Solar, reinando sobre una familia de planetas que sufren de mal gobierno, pobreza y opresión con alegría, cantando himnos en loor de Uli Gaul.

En un último instante de claridad, Migg comunicó la explicación de lo sucedido a sus desolados amigos, poco antes de acudir al palacio de Uli para convertirse en sus consejeros.

—Fuimos unos locos —dijo Migg—. Debimos haberlo matado. No es un ángel sino un monstruo.

—¿Quiere decir que Uli no fué sincero? —preguntó Johansen.

—Era sincero, y lo sigue siendo. El piensa honestamente que desea el bienestar para todos los hombres; eso es lo que él *piensa*. ¿Me comprenden, caballeros? Hemos sido unos imbéciles. ¿Quién nos dijo que Uli podía controlar sus poderes? Los deseos de él que se cumplían no eran los que le dictaba su instinto animal. Y en general los deseos instintivos son mucho más crueles y egoístas que los mentales.

—Su instinto quería la guerra porque era la manera más rápida de escalar posiciones y llegar a ser lo que todos los hombres quieren: dueño del Universo y amado por todos. Uli quiere el bienestar para él. ¡Y es el instinto el que controla el poder!

—El pobre Uli atenderá nuestros consejos, como buen muchacho que es, pero todo será inútil, pues el lema del instinto es: primero yo y los demás que revienten.

—¿Pero qué podemos hacer? —gimió Johansen—. ¡Esto es horrible!

—Sí, hay que idear algo — dijo Migg—, no es posible que el reinado de la razón dé lugar a la tiranía del instinto. Uli no es más que un jovenzuelo en quien los impulsos incontrolables encuentran una posibilidad real de concretarse.

Quedaron unos instantes en silencio. Una exclamación de Johansen, que se hallaba acodado en la ventana, los sobresaltó. Corrieron hacia allí y contemplaron una extraordinaria concentración de fuerzas. Delegados de todos los planetas vociferaban el nombre de Uli, que en ese instante pasaba sobre un carro romano tirado por un coriuay, que venía a reemplazar así a los caballos antiguos, animales desaparecidos.

—Otro de los sueños de Uli se cumple —dijo Migg tristemente—; ésa fué, justamente, una de mis últimas lecciones... Y ha sido a eso que justamente ha querido llegar.

En ese momento el carro de Uli, enjaezado lujosamente, recorría entre vítores las calles. Su frente estaba ceñida por una corona de laureles, y una cruel sonrisa vagaba por sus labios.

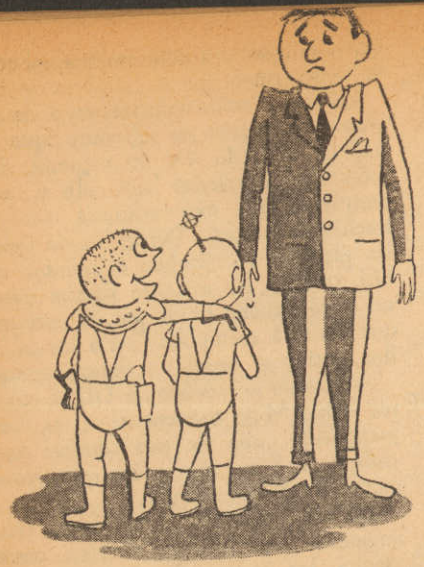
—¡Esto es el colmo! —se indignó Johansen—. Uli es el único y gran Jefe Supremo de todos los planetas, pero sus preocupaciones no sólo no se encaminan hacia el bienestar del pueblo, sino que ya no sabe qué crear para su propio regocijo...

—Sí, hay que idear algo... —reiteró Migg. Pero ésas fueron sus últimas palabras de hombre sano. Ahora, por supuesto, adora a Uli el glorioso, Uli el conductor, Uli el Dios eterno, que ha conseguido la salvaje y egoísta satisfacción que casi todos nosotros deseamos desde la más tierna infancia, pero que sólo será de Uli Gaul. ✦

Cerebro 708

Un instrumento electrónico, capaz de efectuar diez millones de operaciones por hora, el "Cerebro 708", fué presentado a los científicos norteamericanos de la Sociedad Internacional de Materiales Comerciales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



más allá de los pantalones

FRENTE a un cinematógrafo donde se pasaba una popular película de episodios, escuché a un chico que preguntaba: "Papá, ¿en el año 2000 iremos vestidos como el Capitán Marvel?". Pocos pasos más adelante, las vidrieras de elegantes tiendas de artículos para caballeros exhibían su mercadería.

Todo alrededor nuestro está cambiando con rapidez vertiginosa. Mañana o (en el peor de los casos) pasado mañana no estaremos en condiciones de reconocer nuestro mundo, porque en todas sus manifestaciones la vida humana está sufriendo alteraciones continuas y violentas. Pero es fácil darse cuenta de que justamente lo que nos rodea de la manera más inmediata, que está al alcance directo de nuestro cuerpo, que reclama mucha de nuestra atención, que nos ocasiona grandes gastos y preocupaciones, y que nos diferencia de los animales, no solamente no está a la altura de los tiempos, sino que no ha variado mínimamente en los últimos 50 años y no da síntomas de inminentes cambios.

Lo más extraño de todo es que se trata de algo que el hombre controla sin contraste y sin dificultad: su indumentaria.

El elemento fundamental de la indumentaria del hombre moderno son los pantalones. Los pantalones son la base uniforme y pareja de su apariencia, son el insustituible distintivo varonil. La mujer, si tiene afectaciones de energía masculina, usa pantalones. Los pantalones son un símbolo, una característica decisiva y proverbial. Alrededor de ellos gira el resto de las prendas: una vez que llegaron a imponerse, con su línea sencilla, esquemática, casi rígida, las demás prendas no pudieron sino amoldarse al estilo por ellos señalado, y tienen, desde entonces, muy escasas posibilidades de variación.

El pantalón largo que usamos hoy en día adquirió sus características definitivas alrededor del año 1830, y con ello se rompió el encanto de la indumentaria más mórbida, florida y suave que regía hasta entonces; la rigidez de líneas instaurada por el pantalón ha encontrado una compensación muy modesta en el desarrollo de los elementos algo más variados de las prendas de la parte superior del cuerpo, la corbata, la camisa, el cuello. El traje, a partir de la adopción de los pantalones largos, se ha vuelto casi un uniforme, y mucha de la ropa que abrigaba a los hombres del siglo pasado podría ser llevada en nuestros días sin ningún retoque.

Generalmente se afirma que esta uniformidad responde a los requerimientos de la vida moderna, es decir, a motivos eminentemente prácticos. Sin embargo, la prueba de la falsedad de esta afirmación reside en la uniformidad aún mayor, casi absoluta, de los trajes de noche, que deberían ser, como para las mujeres, una manifestación de lujo, de fantasía, de originalidad. Por el contrario, no hay nada tan triste y absolutamente monótono como un grupo de hombres de frac o de smokin. La indumentaria de etiqueta es idéntica para todos, hasta en los más mínimos detalles del almidonado de la camisa y del raso del corbatín.

Este fenómeno resulta extraordinario e increíble si lo comparamos con las enormes transformaciones que han experimentado los demás objetos que rodean al hombre. Hemos pasado de la carroza al avión supersónico, del bergantín al submarino atómico, de la vela a la luz fluorescente, de las sangrías a la estreptomicina, pero los pantalones son los que eran, la camisa es lo que era, el saco es lo que era. Nuestras casas tienen paredes de cristal, televisión y sillas anatómicas, pero los hombres que las habitan llevan la misma ropa de cuando en las calles corrían los tranvías a caballos y las bañaderas eran extravagancia de una minoría de privilegiados.

Ha llegado la hora de que el hombre se ponga al día. Su aspecto tiene que modificarse, y habrá que hacerlo en seguida. De lo contrario, corremos peligro de desentonar terriblemente con todo el resto de las cosas del mundo del porvenir. El personaje más ridículo es el que no se da cuenta de serlo; y qué papelón vamos a hacer cuando lleguemos a Marte con nuestro anacrónico chaleco, nuestro saco con un ojal y doce botones superfluos, y nuestro absurdo sobretodo con hombreras almohadilladas que casi nos paralizan los movimientos. ✦

MAS ALLA desearía conocer las opiniones de los lectores acerca de este problema: ¿Cómo vestirá el hombre del futuro? ¿Cómo y cuándo llegaremos a superar este punto muerto en que nos encontramos? ¿Cómo y cuándo venceremos las tradiciones y los prejuicios que nos hacen mirar con recelo un par de zapatos o un cuello que no se adhieran a las fórmulas más trilladas y más convencionales?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

¡Olé!

Señor director:

El otro día mis correrías por las librerías de viejo se vieron premiadas con una pieza de gran valor para mí: los números 4, 5 y 7 de la revista MÁS ALLÁ.

Magnífica, colosal, estupenda y pueden añadir ustedes todos los calificativos que empiean los productores cinematográficos norteamericanos para anunciar sus producciones en colorines.

Soy un entusiasta de la Science Fiction..., pero la revista MÁS ALLÁ es..., bueno, pues, ¡es LA CARABA! Poder leer estos magníficos cuentos en español es... ¡es el no vale más!...

Por favor mándenme un cohete con los números que me faltan...

ALBERTO CASTANYS FURNELLS (Barcelona.)

Más allá de la geografía

Señor director:

Tengo mucho interés por saber dónde está la localidad de Mountain Standard, cuya hora utiliza el intrépido explorador Grego Banshuck (MÁS ALLÁ Nº 15, pág. 4). Hasta ahora había creído siempre que "Standard Mountain Time" era la hora del huso 7, una de las cinco que se usan en Estados Unidos. Pero, por lo visto, Standard Mountain es una localidad...

WALDO T. SHERMAN (Buenos Aires.)

Hemos comprado un diccionario Merriam-Webster para nuestro traductor.

Sugerencias

Señor director:

...edítenla semanalmente.

JUAN MEDINA (Buenos Aires.)

Señor director:

...¡No puedo esperar un mes entre un número y otro! Estoy seguro que todos los lectores le agradecerán si la publicación se hiciera cada 15 días...

RÓMULO SANTAMARÍA (Buenos Aires.)

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada vez. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

Señor director:

...Le sugiero que, invirtiendo la proporción actual, la mayor parte del contenido la constituyan los temas científicos y la menor los cuentos y novelas.

DR. CARLOS ALBERTO MILICH (Córdoba.)

Señor director:

...Sería muy interesante fundar un club donde se establezcan reuniones, conferencias, proyecciones que se relacionen con los distintos temas que se editan en la revista...

GÜNTHER NOWAKOWSKI (El Palomar, F.N.G.S.M.)

Hágase socio de la Sociedad Interplanetaria Argentina, Tucumán 950, Buenos Aires, T. E. 32 - 9800.

respuestas de la sección científica

Navegando en el tiempo

¿Puede un ser construir una máquina que escape al tiempo..., que navegue en él? El presente, el pasado y el futuro, ¿no es uno mismo? ¿Puede un ser transportarse al pasado? ¿Puede hacerlo al futuro? ¿Existimos nosotros, o somos visiones astrales? ¿No podrían existir también, aquí, en nuestro mundo, seres que vivan a velocidades fantásticas, incapaces de ser captados por la vista humana ni por instrumentos hechos por el hombre? ¿No podrían existir otros, cuyos movimientos fueran tan lentos que "nuestro tiempo", para ellos, fuera tan corto que escapáramos a su visión? ¿Podríamos pasar a través de un objeto hecho de una "materia" que no pudiéramos percibir con nuestros sentidos, pero que existiera?

ALEXANDER TERRIER, Lista de Correos de Nuevitas. Camagüey, Cuba.

Los experimentos realizados en el laboratorio han demostrado que el espacio y el tiempo no son dos conceptos independientes entre sí, sino que están vinculados por las llamadas "transformaciones de Lórentz", usadas en la teoría de la relatividad. No obstante, algunas de sus preguntas pueden tener sentido, por lo menos teórico; así, por ejemplo, una teoría muy en boga en la actualidad interpreta al electrón positivo como si fuera un electrón negativo pero con su tiempo invertido, *es decir, dirigido hacia el pasado; lo cual también se expresa diciendo que su "línea de universo", o sea su trayectoria en el espaciotiempo, está dirigida hacia el tiempo pasado. Sería, pues, el caso del ser que se transportara hacia el pasado, pero con la particularidad de que ese ser ¡tendría que estar constituído por antiprotones, neutrones y electrones positivos!... En cuanto a que haya seres que vivan a velocidades fantásticas, sería cuestión de imaginarnos un virus superfiltrable que fuera cabalgando sobre un electroncito. Lástima que es muy poco probable que tal ser exista, salvo que le asignemos vida al propio electrón (o también al fotón), en cuyo caso, ya tendríamos ese ser tan maravilloso que usted se empeña en imaginar. Con respecto a su última pregunta, la de la "materia" que no pudiéramos percibir con nuestros sentidos, pero que existiera, es muy posible, y sin ir más lejos, el famosísimo éter de la teoría de la luz, poseía esas condiciones privilegiadas. Solamente que nunca se lo pudo revelar, y al final decidieron tirarlo por la borda, como un concepto inútil e innecesario. Lo cual no obsta para que se estén haciendo nuevas tentativas de reintroducirlo, aunque esta vez*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bajo la forma disimulada de "polarización del vacío" y otras cosas difíciles de las cuales más vale no hablar...

Radiaciones del radium

El radium, ¿emite rayos luminosos, caloríficos y eléctricos, con una intensidad dos millones de veces mayor que los del uranio?

EDUARDO GALIMBERTI, 17 de Octubre 9559, Capital.

El uranio común (U 238) contiene, por gramo $2{,}53 \times 10^{21}$ átomos, y sufre 12.400 desintegraciones por segundo; el radio (R 226) posee $2{,}68 \times 10^{21}$ átomos por gramo, y da lugar a 37×10^{9} desintegraciones por segundo. Estos números de desintegraciones por segundo, independientemente del tipo de radiación que sea emitida, suelen expresar la radiactividad de un preparado. Se ve, pues, que el radio es muchísimo más activo que el uranio (3 millones de veces más). En cuanto a las radiaciones que emiten, el R226 produce partículas alfa, de energía 4,791 Mev, y rayos gamma; el U 238 produce partículas alfa, de 4,18 Mev (el Mev es una unidad de energía equivalente a $1{,}60 \times 10^{-6}$ erg $= 4{,}45 \times 10^{-20}$ Kw/hora). Observe que las radiaciones que emiten no son electromagnéticas, sino que son neutrones estrechamente ligados.

Entropía

¿Podría explicarme objetivamente qué es la entropía?

OSVALDO CALAFATI, San Martín 3756, Remedios de Escalada.

La entropía es una función de las variables termodinámicas de un sistema (es decir, por ejemplo, de la temperatura, de la presión o del volumen), que para cada estado del sistema posee un valor (que está definido a menos de una constante arbitraria); por lo tanto, la diferencia de entropía entre dos estados de un sistema puede calcularse exactamente (la constante se va al hacer la resta), y su valor es mayor o igual que la suma de los calores absorbidos por el sistema (al pasar de un estado al otro), divididos por las temperaturas absolutas de las fuentes caloríficas con las cuales está en contacto:

$$Sf - Si \geq \Sigma\, Q/T$$

El signo Σ quiere decir suma. El signo mayor (>) vale en el caso de que la transformación haya sido irreversible; el signo igual (=) en el caso de reversibilidad. Por lo tanto, el cambio total de entropía, incluyendo el de las fuentes, es nulo si los procesos son reversibles. En cambio, si los procesos son irreversibles, ocurre un aumento de entropía. La suma de los Q/T es entonces menor que la variación de entropía; ésta es siempre la misma entre esos dos estados, pues es función de estado, es decir, sus valores sólo dependen de los estados en cuestión y no del modo de pasar de uno a otro. Vemos, pues, que el calor absorbido en un proceso reversible debe ser mayor que en uno irreversible. Una consecuencia del principio de la entropía es que el trabajo exterior hecho por un sistema es menor para el camino irreversible que para el reversible; un motor a vapor producirá menos trabajo si opera irreversiblemente que reversiblemente (siempre entre los dos mismos puntos finales).

Visitantes de la Tierra

Afirman algunos hombres de ciencia que la Tierra está constantemente vigilada por seres extraños, y que hemos sido visitados por los mismos. ¿Puede explicarme esto?

PATRICIO KEOGAN, San Martín 1246, Santos Lugares, F.C.N.G.S.M.

No crea en lo que a veces los diarios les atribuyen a los hombres de ciencia. No conocemos hombres de ciencia serios que afirmen semejante cosa; a lo sumo podrá sospecharse que pueden existir seres de ese tipo; pero ello no pasa del terreno de la fantasía o de la religión.

Las últimas partículas

¿Existe, entre los hombres de ciencia, completa certeza de que las partículas que componen el núcleo del átomo y la atmósfera electrónica sean elementales o indivisibles, o por el contrario, se considera la posibilidad de que estén a su vez formadas por partículas mucho menores ?

VÍCTOR BARIBE, Las Higueras, Pvcia. de Córdoba, F.C.N.G.B.M.

Hasta ahora no ha sido posible dividir a los electrones, componentes de la atmósfera electrónica, y por ello se ha supuesto generalmente que son partículas elementales, vale decir, indivisibles. Con respecto al protón y al neutrón, la situación no es tan clara, ya que el neutrón es radiactivo y, al cabo de unos cuantos minutos, se descompone en un electrón y un protón. En vista de esto, se resolvió la situación de una manera cómoda, diciendo que ambos (protón y neutrón) no son sino dos "estados" de una partícula llamada el "nucleón", que sería elemental. Pero, en términos generales, puede decirse que no hay ningún acuerdo en considerar a estas partículas como elementales. Se lo ha hecho hasta ahora por razones de sencillez y porque experimentalmente no se ha logrado todavía su división; pero no se descarta de ningún modo la posibilidad de que sean partículas compuestas. Naturalmente que, en este último caso, las cosas se complicarían mucho, por muchas razones, entre ellas la de ignorar quiénes son sus componentes.

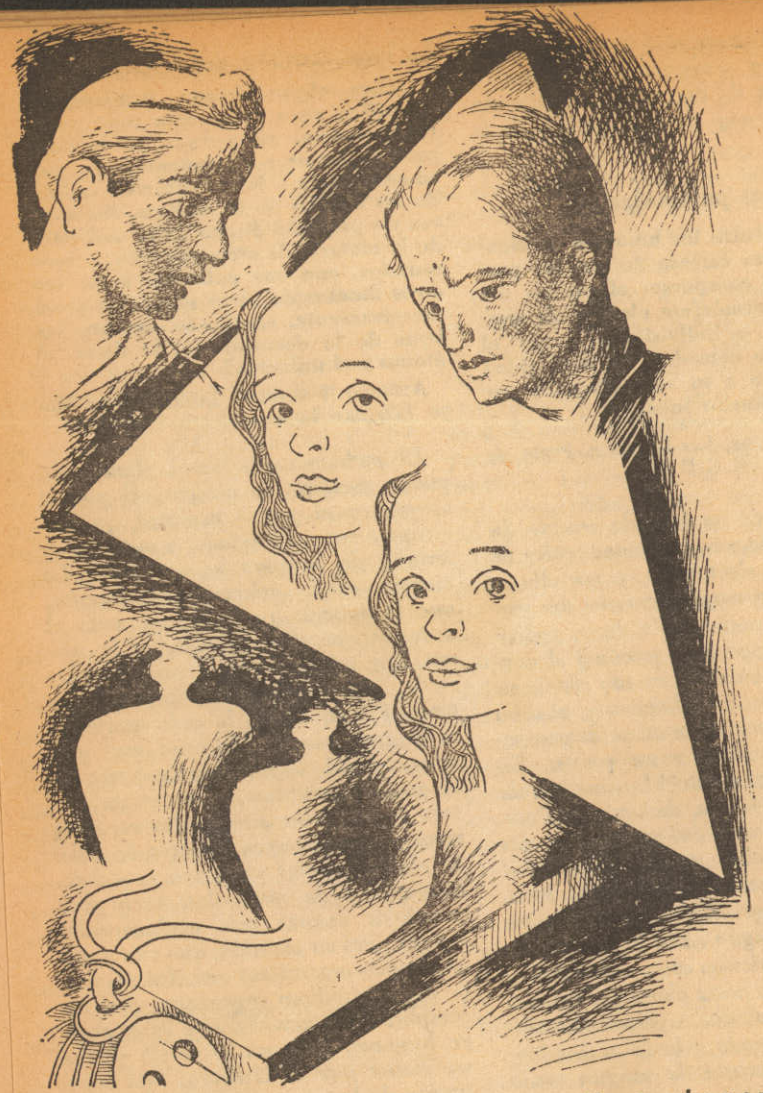
La constitución del Universo

¿Hay algún lejano fundamento científico para creer que todo nuestro universo, ya porque es infinito para nuestros conocimientos, ya por su semejanza a la constitución íntima de los átomos de la materia, sea a su vez un pequeño átomo de la molécula de la materia de otros mundos; y esos mundos, con sus galaxias, a su vez otros átomos de otras materias; y así sucesivamente, siguiendo siempre las leyes de lo desconocido, es decir, el átomo y el universo?

ALBERTO Y ADOLFO LOUIS, 25 de Mayo 749, San Luis.

El problema que usted plantea no puede decidirlo la ciencia, ni por la afirmativa ni por la negativa, ya que escapa a sus posibilidades y entra en el terreno de la pura especulación. La ciencia puede afirmar, actualmente, que la materia que compone todo el universo por ella conocido, es la misma. Los mismos átomos existen tanto en la Tierra como en el Sol o en Antares. Por lo tanto, lo más razonable es pensar que el Universo por nosotros conocido es un armonioso sistema de astros, constituídos a su vez por átomos y moléculas distribuídos en seres vivos y otros cuerpos carentes de vida; de ellos, los seres vivos son complejas asociaciones de moléculas, tanto más complejas cuanto más evolucionados son los seres en cuestión, que van desde los simples organismos unicelulares hasta ese maravilloso organismo, con sus complicadas funciones, que es el cuerpo humano. Pero un principio parece ser cierto: que el Universo está constituído de la misma materia, cuya unidad es esencial a pesar de la diversidad de sus elementos, y que la materia se conduce de la misma manera en cualquier parte en que se encuentre, mostrando siempre el mismo orden de cambio: causa y efecto.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



EL TRIANGULO DE 4 LADOS

ilustrado por OLMOS

Historia de una máquina que resolvió un complicado asunto amoroso...; pero creó más problemas de los que había resuelto.

por WILLIAM F. TEMPLE

Capítulo I

LA idea era demasiado difícil para que la mente pudiera captar de primer intento las infinitas e increíbles consecuencias que traía consigo. Antes existía una sola Venus de Milo y una sola Monna Lisa de Leonardo. Pero ahora la sonrisa de la Gioconda corre riesgo de perder su unicidad. "Unico" es una palabra que ha sido totalmente despojada de su significación en los últimos minutos.

Podría haber cincuenta Giocondas, cientos de Venus, y cada una de ellas podría afirmar con todo derecho que es la misma que salió del pincel de Leonardo o del cincel de un desconocido escultor griego. Exactamente la misma tela y los mismos colores, el mismo mármol.

Cuando comprendí de veras el significado del milagro que se había operado ante mis ojos, pregunté con voz llena de misterioso terror e incertidumbre:

—Supongo... supongo que del mismo modo se podría traer a la existencia otra Capilla Sixtina...

—Completa, hasta el último pelo de la última barba del último profeta —respondió Roberto con una sonrisa que no quería ser compasiva.

Para situar este milagro en su lugar adecuado dentro del triángulo de cuatro lados, es necesario retroceder en el tiempo unos doce años, hasta aquella tarde lluviosa de invierno, en la que un niño pelirrojo se presentó a la puerta de mi consultorio, sosteniendo en la mano derecha su muñeca fracturada.

Llevaba puesto un pulóver verde de dibujo abominable, las medias caídas a los tobillos y un pantalón burdamente arreglado de otro más grande y viejo. Lo violento del color bermejo de su pelo era sólo comparable a la violencia de su desarreglo.

Al verlo, me dije a mí mismo que el chico, o no tenía madre, o ésta era muy descuidada. Cuando supe que era hijo de Federico Leget, lo comprendí todo. Yo había atendido unos diez años a la entonces esposa de Federico, y la vi desvanecerse ante mi vista hasta quedar convertida en una sombra. Era una mujer menuda y pálida como la harina, a la que una anemia perniciosa agotó en pocos meses.

El color del chico era muy semejante al de la madre, aunque su palidez no era, por fortuna, resultado de la ane-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mia, sino de la desnutrición. Sin embargo, como comprobaremos después abundantemente, no carecía de vivacidad.

—Buenas tardes, hijo. ¿Qué hiciste con tu brazo?

—Buenas tardes, doctor. Estuve haciendo una experiencia...

—¿Una experiencia?; ¿de qué tipo?...; ¿algún salto mortal o algo así?...

—No, doctor; estaba comprobando la resistencia a la tensión de una cuerda: la había atado de un árbol y le colgué el peso que según mis ecuaciones tendría que romperla; pero resistió, no sé por qué. Entonces me enojé y me colgué yo también. La cuerda se cortó; caí al suelo, y me rompí la muñeca.

—No creo que esté rota, pibe; me parece que es un desgarrón.

—No, doctor: un desgarrón se hubiera hinchado más; es una fractura simple, probablemente una fractura de Colles. No creo que haga falta enyesarla.

Lo observé con atención. Su conversación no era la esperable de un chico de catorce años; pero tampoco había en su rostro ninguna expresión de pedante precocidad. El muchacho hablaba con la mayor seriedad.

—Bueno, te voy a llevar al hospital, y veremos qué dice la radiografía.

El chico quedó entusiasmado al oír la palabra radiografía, y suponiendo él que yo, en mi calidad de médico, tenía que saber todo lo cognoscible respecto de ella, me torturó con sus preguntas durante todo el trayecto. Primeramente se me ocurrió decirle que los problemas radiográficos eran muy complicados, y que no los entendería aunque se los explicase; pero pronto desistí, porque el chico lo comprendía todo... ¡y cómo! Dijo que había estudiado las viejas obras de Röntgen y los Curie, y las de varios otros autores, de los cuales me hizo "recordar" en detalle. Yo había leído unas semanas atrás un artículo sobre los Curie, y pude sostener durante algún tiempo la conversación sin que mis confusos y escasos conocimientos quedasen en descubierto; pero cuando comenzó a hablar de matemáticas, explicándome las ecuaciones de la radiación de la energía, resumiendo las conclusiones de la teoría de los *quanta* y analizando la teoría especial de la radioactividad, me sentí perdido. Por suerte llegamos al hospital.

Un niño prodigio se había introducido en mi vida. Mientras le hacían la radiografía, y el muchacho conversaba de radioterapia con la enfermera, llamé a mi viejo amigo, el doctor Hake, médico interno del hospital, y le conté lo sucedido.

—A este chico hay que vigilarlo y ayudarlo. Cuanto antes y más lejos salga de su ambiente familiar, mejor será. Esta mañana casi me enloqueció.

—Menos mal que el viaje fué corto. Pero, ¿es tan asombroso como dices?

—Mejor será que lo juzgues tú mismo, escuchándolo hablar con la enfermera.

Ya habían terminado con la radioterapia. La pobre enfermera disfrutaba ahora de un sucinto curso sobre el aspecto psiquiátrico de su profesión, con ocasionales incursiones en Freud, Jung y el psicoanálisis.

—Creo que tienes razón —dijo mi amigo el doctor Hake—: a los catorce años es demasiado saber que uno tiene un subconsciente. Pero sin duda el chico es excepcional. ¿Cómo se llama?

—Leget... No recuerdo su nombre de pila, pero es hijo del famoso Leget...

La enfermera había terminado con el chico, pero el chico no había terminado con la enfermera. Hake se ganó la eterna gratitud de la buena mujer, salvándola de su íncubo. Lo llamó, y el chico vino con el brazo vendado.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Guillermo.

—Vamos, Guillermo —le dije yo, tomándolo del brazo—; ya continuaremos nuestras charlas. Tienes que venir a visitarme a diario.

CUANDO me enviaron el negativo de la radiografía, resultó que, en efecto, era una fractura de Colles. Juzgué que no valía la pena decírselo a Guillermo, y él no me lo volvió a preguntar. Ésta fué de las pocas cosas que no preguntó.

Afrontando los riesgos mentales que podría acarrearme, le ofrecí mi biblioteca. Los que más le interesaban eran los libros de texto, y había pocos: los libros de consulta médicos, algunos volúmenes de óptica (que compré cuando pensaba especializarme) y algunos libros de divulgación o de filosofía de la ciencia.

Me aceptó el ofrecimiento con sincera gratitud, lo que no impidió que fuera severo en sus críticas sobre los autores menos serios o anticuados. En lo que su formación flaqueaba verdaderamente era en literatura; fuera de Shakespeare no conocía casi nada, pero tenía gran sensibilidad para la poesía y la buena prosa.

En el dominio del arte pude serle de utilidad a Guillermo. No es que le faltase conocimiento de hechos, sino que carecía de juicio crítico y de la formación necesaria para apreciar y situarse frente a la obra de arte.

En el hogar (en el alojamiento, mejor dicho) donde había tenido la desgracia de pasar su niñez, lo único que apreciaban como valioso era el alcohol. Se suele decir que el alcohol afecta de un modo distinto a las distintas personas, pero no es verdad; el efecto del alcohol es uno sólo: suprimir las inhibiciones y hacer que cada cual se muestre como quisiera ser. Como cada cual quiere ser una cosa distinta, por eso parece que el alcohol produce efectos distintos. El padre de Guillermo era un paranoico, cuya máxima ambición era el ejercicio del poder especialmente cruel. Sopapos, puñetazos y hasta puntapiés eran los modos cómo el padre de Guillermo satisfacía su morbosa tendencia. Y si el hijo intentaba escapársele de las manos, solía arrastrarlo por los cabellos.

Sin embargo, ambientes como éstos son los propicios para la aparición del genio, si bien lo más frecuente es que engendren la locura. Si Guillermo pudo escapar de ella, fué porque encontró en los libros un refugio: en un universo vital tan caótico como el que le tocaba vivir, la ciencia se le apareció como lo único organizado y estable. La biblioteca era el verdadero hogar de Guillermo, su escuela, su templo. Siempre que podía, se quedaba leyendo hasta que la cerraban. No se atrevía a retirar libros en préstamo, porque los dos primeros que llevó los había destrozado su padre, enfurecido al sentir que su hijo eludía mediante ellos su tiranía. Mucho después, Guillermo me contó

Locomotora atómica

PARECE que la locomotora atómica ya existe, por lo menos en el papel. Un físico, llamado Lyle Borst, ya tiene hechos todos los planos. La maquinita desarrolla una potencia de 7.000 caballos de fuerza, o sea el equivalente de cuatro de nuestras modernas locomotoras diésel. En un año de funcionamiento, la locomotora consume cinco kilogramos de uranio; pero lo que está realmente fuera de época es que todo este combustible atómico sirve para hacer funcionar una vulgar y nada novedosa máquina de vapor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que las angustias que pasó hasta poder reunir el importe de los libros destrozados por su padre, fueron las más crueles de su vida.

Mis relaciones con Guillermo mejoraron mucho desde el momento en que su padre, impregnado en whisky, se creyó en estado de afrontar a un picapedrero: el guapo de la taberna. El resultado fué que el señor Leget bajó rodando catorce escalones de piedra y se quebró el espinazo.

Yo quedé como tutor de Guillermo. Su tío José estaba cumpliendo el segundo año de una larga estada forzosa en la prisión del condado. Nunca olvidaré aquellas tardes transcurridas sobre los libros, en las que Guillermo me abrió la entrada a regiones maravillosas, tanto o más de lo que se la abrí yo.

El entusiasmo de Guillermo por el saber, su fe en la ciencia, eran tan grandes que lograba sacudir mi inercia, fruto de una larga serie de decepciones y de incontables amarguras. La naturaleza volvió a ser para mí, como en la época de mis estudios, un misterio alucinante, en lugar de un proceso estúpido, y la filosofía, una región etérea de puro pensamiento, en lugar de una estéril nebulosa.

Mi mente rejuvenecía a medida que maduraba la de Guillermo. Cuando tomó el tren para ir a estudiar en la universidad de Cambridge, me pareció que se llevaba consigo todos los colores, y que nuestro pueblecito quedaba sumido en una gris monocromía.

Guillermo conoció a Roberto Heath en el laboratorio de Cambridge. Roberto había nacido también en Howdean, nuestro pueblo. Era hijo de sir Wálter Heath, el terrateniente más rico de la región, que llevaba una vida completamente aparte con sus familiares, en su lujosa mansión, a las afueras de la ciudad. Roberto iba poco a nuestro pueblo (sólo en las vacaciones), y era natural que no hubiera nunca parado

mientes en el chico pelirrojo, hijo del borracho del pueblo.

Como yo era el médico de la familia Heath, conocía también a Roberto desde su niñez; y puede decirse desde antes de que naciera, porque atendí a su madre durante el embarazo. Lo asistí en todas las enfermedades de infancia, mucho antes de que Guillermo entrara en mi vida; sin embargo, puedo decir que, hasta las etapas finales del conflicto del ángulo de cuatro lados, no conocí su interior con la mitad de la claridad con que veía en el alma contradictoria de Guillermo.

Y era su armadura de reserva la que me lo impedía: esa cota de mallas fabricada de acuerdo a un solo modelo, con que visten en las escuelas a los jóvenes ingleses de las clases elevadas. Sus reacciones aparentes estaban siempre controladas y habían llegado a ser tan mecánicas como los reflejos condicionados de los perros estudiados por Pavlov. Roberto era un perfecto exponente de su clase; puede decirse que jamás tuvo sobre la vida una opinión que no fuera exactamente la que uno debía esperar de él.

Pero no tenía nada de pesado o estúpido. Y hasta era optimista. Las personas optimistas suelen ser estimadas, y los demás buscan su compañía. Era, además, extraordinariamente metódico; su mente, muy clara y despierta, funcionaba siempre por adelantado, haciendo los planes con fría lógica. Lo que a ojos de un observador hubiera parecido un riesgo y una audacia, era en realidad una acción cuidadosamente premeditada y segura, dadas las circunstancias. Esta su mente ordenada hubiera servido para ocupaciones muy diversas de la investigación y la ciencia pura, y fué obra del azar que eligiera el laboratorio.

Pero resulta que, en otro tiempo, su padre había trabado relación con un químico, durante un almuerzo. Éste se dedicaba a la entonces incipiente química de los plásticos, y había tratado de entusiasmar al rico terrateniente, el cual lo escuchó con toda atención, respondió que lo pensaría, y a los pocos meses instalaba por su cuenta una gran fábrica de plásticos. La fábrica marchó bien, y a sir Wálter se le ocurrió que su hijo podía serle útil en ella como técnico. Así fué cómo Roberto eligió química y comercio, en lugar de otra profesión.

Roberto conoció a Guillermo en el laboratorio, donde éste trabajaba en unos experimentos personales para comprobar algunas teorías revolucionarias en la física atómica, que había descubierto teóricamente. Roberto vió en esta actividad algo más prometedor que en la química industrial, y ambos se asociaron para el estudio.

Ninguno de los dos resultó perjudicado. Roberto poseía una paciencia y constancia a toda prueba, que neutralizaba la propensión de Guillermo a mariposear con los problemas: o los resolvía al primer ataque, o los dejaba, fastidiado, para pasar a otro. Por otra parte, su inteligencia sobresaliente saltaba, por una especie de intuición, directamente a la solución de cualquier problema que a Roberto le habría exigido meses y meses de metódico trabajo. Con mucha frecuencia ocurrió, en los ulteriores trabajos que emprendieron juntos, que Guillermo arrojase contra una pared el cuaderno de cálculos, maldiciendo como un carretero, porque los resultados de las pruebas no eran los que él había previsto. Roberto, entonces, encendía calmosamente su pipa, se sentaba frente al cuaderno y comenzaba a revisar uno por uno, pacientemente, todos los cálculos. Cuando nos íbamos a dormir, él seguía trabajando, y más de una vez nos sucedió que al levantarnos lo encontráramos todavía sobre el trabajo y a punto de descubrir el error; porque Guillermo no se equivocaba nunca, o casi nunca, en sus hipótesis y en sus predicciones, pero le

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era fácil descuidar algún detalle que arriesgaba todo el éxito del trabajo.

HABLEMOS ahora del tercer personaje, el más extraño del trío: Elena. Podría yo intentar explicar algo de su personalidad, pero no serviría de nada. El único modo posible es seguirla a través de sus acciones y de sus dichos. Con todo, puedo decir que era la más generosa, valiente, espiritual y adorable persona que he conocido.

Los muchachos la conocieron poco después de regresar a nuestro pueblo, terminados ya los estudios en la universidad de Cambridge. Habían alquilado un viejo galpón de ladrillos, destinado otrora a fábrica. "¡Qué cueva!", exclamé al entrar allí por primera vez, y "cueva" quedó bautizada.

Los muchachos no perdieron tiempo en arreglar el galpón. Estaban ansiosos (o al menos lo estaba Guillermo) de comenzar cuanto antes un trabajo en un terreno inexplorado, del cual esperaban obtener inmediatos resultados. Se instalaron en una piecita adyacente y pusieron manos a la obra.

Sir Wálter insistió inicialmente en que Roberto se encargara de la fábrica; pero éste le hizo ver, respetuosa aunque firmemente, que la fábrica no le interesaba ya, y consiguió que su padre invirtiera mil libras en la investigación que iban a emprender, con la condición de que serían las primeras y las últimas que soltaba, si no se le presentaban prontamente resultados concretos y traducibles en dinero contante y sonante. Roberto embolsó el dinero, y comenzaron.

Volvía yo a mi casa, después de mi primera visita a la "cueva", cuando me encontré con la señora Wilson, tremendamente agitada. Esta señora se ocupa de lavar, cuidar niños y hacer la limpieza de las casas que se lo solicitan.

—¿Qué sucede, señora Wilson —le pregunté.

—La señorita Máitland —me respondió—, no sé si usted la conoce..., la que alquiló el chalet de los Martín hace dos meses. Es una artista o algo así. Está muy mal... ¡Apúrese, doctor!

Sin sacarme el sombrero, la metí en mi coche y salí rumbo al chalet que me había indicado.

Mientras llegábamos, la señora Wilson me informó con más detalles.

—Estaba tirada en el suelo... Está muy mal. La puse en la cama y quise darle agua, pero no la pudo tomar...

—¿Perdió el conocimiento?

—No, pero estaba a punto de desvanecerse. Me tocaba ir esta tarde; pero, como estaba comprometida, fuí por la mañana, y la encontré así.

Abrí la puerta y entré, con la señora Wilson a mis talones. El chalet estaba totalmente reformado. Todo el antiguo moblaje y decoración de estilo victoriano había desaparecido. Las paredes estaban ahora cubiertas por bastidores de cuadros, terminados unos, a medio hacer los otros. La alfombra estaba cubierta por pilas de libros, y la tercera parte de la habitación estaba ocupada por un gran piano de concierto. Por lo demás, estaba completamente desprovista de mobiliario, a no ser una gran mesa de cocina y una silla vulgar.

Una puerta daba acceso a un pequeño dormitorio al cual entré. En él no había otra cosa que una cama de hierro. Metida entre las sábanas estaba una mujer. Su cabellera, de un rubio dorado, estaba esparcida sobre la almohada, y el brazo derecho caía inerte hasta el suelo.

Me acerqué; levanté la sábana, y quedó en descubierto el pijama que la cubría. Recuerdo que era blanco y escarlata. La mujer tenía los ojos cerrados, los labios azulados y el cutis de color verdoso. Respiraba, pero débilmente y con ritmo irregular. Le levanté los párpados y examiné la pupila. La joven dió muestras de desvanecerse. Corrí al auto a buscar una sonda gástrica.

Cuando terminé el lavaje del estómago, ordené a la señora Wilson que preparara el té, arropé a la enferma y le tomé la temperatura y el pulso. No estaba bien, pero me pareció fuera de peligro.

Sólo entonces pude examinar su rostro. Por supuesto, la ocasión no era la mejor para juzgarlo; pero, a pesar del color ceniciento, el perfecto modelado de sus rasgos me llamó la atención. Calculé que tendría veintidós años, y acerté. Mientras la señora Wilson trabajaba, di una vuelta por el cuarto principal. La mayoría de los cuadros estaban inacabados, y pintados todos con un colorido charro y apresurado, al estilo de Gaugin. Aun los que estaban acabados, carecían de esa "terminación" de Gaugin. La composición no carecía de originalidad y de cierto mérito, pero el cuadro se quedaba a mitad de camino. El pintor había procurado ser audaz; pero demasiado audaz, como obsesionado por una excesiva confianza en sí mismo, y el resultado era que el conjunto carecía de cohesión. Los colores tampoco estaban demasiado bien combinados: había muchas inconsistencias. Me admiré de la voluntad y ambición del autor: había probado todos los géneros (desnudos, paisajes, naturaleza muerta, simbolismo, abstracción), pero ninguno estaba logrado. "¡Pobre señorita Máitland!", pensé; "si creyó tener porvenir en la pintura, le aguarda una desilusión.

Junto al piano había diversas partituras musicales: Chopin, Schumann, Debussy, Scarlatti, Brahms; libros completos de Bach y Beethoven; Rachmaninov y Ravel, y muchas hojas llenas de apuntes a lápiz, tachados una y otra vez y vueltos a escribir. El piano era de buena marca, no muy viejo.

Examiné luego los libros. Eran de dos tipos: primeramente una colección de biografías de artistas, crítica de arte y estética; después otro grupo de novelas y poesía (Virginia Wollf, Henry James, James Joyce, Katherine Mansfield, Flaubert), autores todos con un rasgo en común: la preocupación por la perfección de la forma.

Detrás de un tomo de Flaubert, escondida a medias, se encontraba una lata de color verde y sin la tapa. La tomé distraídamente para taparla, pensando que era de cigarrillos. Leí la etiqueta. Era de veneno para hormigas, muy concentrado. Tapé la lata, la dejé en su lugar y fuí a la cocina, de donde me anunciaba la señora Wilson que el té estaba preparado.

Tragué un sorbo y le dije a la señora Wilson:

—Otra cucharadita de azúcar, por favor.

Junto al fregadero había otra taza de té, medio llena. La probé y escupí con disgusto en la pileta.

Tomé de nuevo la taza de té caliente que la señora Wilson había preparado y volví al dormitorio. La señorita Máitland no había cambiado de posición, pero respiraba más fácilmente. La incorporé hasta sentarla. Le fuí dando el té a cucharadas. Al principio pareció resistirse, pero luego cedió, como mecánicamente. Cuando la taza estuvo por la mitad, la volví a recostar, y me senté en el borde de la cama, esperando.

Lo que no mata engorda

DESDE Roma anuncian que se puede acelerar el crecimiento de las legumbres pulverizando directamente sobre sus hojas ciertos subproductos del pescado, obtenidos a partir de un tratamiento químico de las vísceras. Si seguimos así, ¡lo único que va a sobrar en este mundo son los tachos de basura!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En una silla, junto a la cama, había una multitud de pequeños objetos; tijeras para las uñas, lápiz labial, un paquete de cigarrillos y un tubo lleno de veronal. La señora Wilson se detuvo discretamente en la puerta.

—¿Qué tal está, doctor?

—Parece que se está reponiendo muy bien.

—¡Gracias a Dios!... Ahora voy a arreglar todo esto.

Cuando terminó la limpieza, volvió a presentarse.

—¿Desea algo más, doctor?

—No... Supongo que usted tiene que irse... ¿Le sería molesto dejarle una notita a la enfermera Perkin?

Escribí cuatro palabras a la enfermera, pidiéndole que viniera al anochecer para acompañar a la señorita Máitland durante la noche. La señora Wilson se fué. Yo seguí observando a mi enferma.

Después de un rato, ésta comenzó a parpadear, abrió por fin los ojos, me miró desorientada y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada —le respondí—; usted se desmayó, pero ya está bien.

—¡Ah..., sí!; ya me acuerdo de todo... Entonces..., ¿ni siquiera esto conseguí?

—¿A qué se refiere?

—A mi suicidio.

Su voz se había vuelto más firme, pero hablaba queda y lentamente, como si no tuviera la menor prisa.

—Afortunadamente, no. Bueno, tómese el té ahora y quédese tranquila.

Ella, obedeciéndome, apuró la taza a pequeños tragos.

—Su té tiene mejor gusto que el mío —comentó con una sonrisa triste.

—Es que yo no lo preparo con arsénico.

—Claro, le da menos gusto; pero no es tan... fuerte.

—Ya lo he comprobado; pero, ¿cómo se le ocurrió usar arsénico?... El veronal hubiera sido mucho menos penoso.

—Disculpe... Estuve inconsiderada, ¿verdad?... La próxima vez lo haré mejor.

Esta última respuesta me hizo caer en la cuenta de lo absurdo de la conversación. De acuerdo a todas mis ideas preconcebidas, la situación podía ser desesperada, lúgubre, cualquier cosa menos cómica.

—No habrá próxima vez, señorita Máitland. No sé cómo se le ha ocurrido, pero éste no es el modo adecuado de resolver un problema... Además, es cobarde. ¿Qué resuelve usted con huir?

—¿Y qué gano aguantando?

—No la entiendo... ¿Qué le pasó?

—Nada que usted pueda resolver, doctor —respondió sacudiendo la cabeza.

—Discúlpeme la pregunta, pero..., la abandonó su novio o algo así?

No me contestó. Se limitó a sonreírse de la hipótesis.

—¿Está usted... en alguna dificultad?

Esta vez se rió con una carcajada tan alegre y humana que no pude menos que acompañarla.

—No; soy una chica buena —me respondió.

—Pues me doy por vencido... Me alegro de que no me toquen casos como el suyo todos los días. Pero, ¿por qué lo hizo?..., ¿para hacer una broma a alguien?

—Tal vez.

Me levanté y miré alrededor, sintiéndome desorientado, fracasado... A través de la puerta vi la pared del *hall* en la que colgaban los cuadros. Se me ocurrió una idea.

—¿Son suyos esos cuadros?

Ella asintió, sin mucho entusiasmo. Me miró con una muda interrogación en la mirada. Me pareció que había puesto el dedo en la llaga, y endurecí mi corazón.

—Le salieron bastante mal, ¿verdad?

Me miró firmemente a los ojos.

—Sí —respondió, no desafiante, sino como quien comprueba un hecho objetivo.

—¿Fué por eso lo del arsénico?

No me respondió; bajó los ojos, y le temblaron las manos.

—No es una tragedia —dije con todo el cariño que pude—, hija mía. Hay que aceptar estas cosas y aceptarse a sí mismo. Ya es bastante poder apreciar la belleza, aunque uno no la pueda crear.

Dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Es necesario crear —susurró.

Y rompió por fin a sollozar. Me senté otra vez en la cama. Le puse el brazo en los hombros. Me sentía avergonzado de mi crueldad, pero estaba decidido a permanecer firme. No le haría bien darle la razón. Y con todo...

—Lamento haberle hecho mal, señorita Máitland.

Ella procuró sobreponerse, buscó un pañuelo debajo de la almohada, se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Siento... siento que usted crea haberme lastimado. No es posible. Nadie puede lastimarme. No me importa lo que los demás opinen acerca de mí. Me importa sólo mi opinión.

—¿Usted opina que ha fracasado?

—Estoy segura. No tengo inspiración... Sin embargo, la urgencia de crear, crear, me tortura día y noche. Lo he intentado con todas mis fuerzas, una y otra vez. Mis pinturas no sirven, mi música tampoco, y escribir... Ni siquiera consigo llenar una página... Pareciera que la pluma es de mármol, en mis manos. Cuando junto unas palabras..., son composiciones de sexto grado...: falsas.

—¿Y por qué se empeña en crear algo en el arte? Hay otras actividades en las que es posible la creación.

Por primera vez desde su confesión me miró a los ojos, con amarga sonrisa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires

—¿Y qué me aconseja?; ¿tejer o bordar?

—No; se me había ocurrido el trazado de parques o jardines —respondí un poco molesto—; pero lo que una chica de su edad debe pensar en crear es ante todo una familia, un hogar.

—¿Usted es casado, doctor?

—Bueno, yo..., no.

—¿Y por qué no?

—Pues, porque... las cosas nunca se orientaron en ese sentido...; siempre estuve interesado en muchos asuntos...; nunca lo pensé realmente... Un doctor rural tiene siempre muchas ocupaciones, usted sabe.

—¿Y en qué estaba interesado?

—¡Oh!, en la medicina, la filosofía y... las artes.

En vez de responderme, me miró sonriendo, algo burlona.

—Pero no crea que porque no me he casado no sé lo que es trabajar en la personalidad de un niño —respondí molesto y a la defensiva—. Sé bien la satisfacción creadora que se puede encontrar en guiar y moldear el carácter de un niño.

Y comencé a contarle la historia de mi relación con Guillermo. Me escuchó pacientemente; pero, antes de terminar, advertí que su atención se había desdoblado y que ahora se contemplaba a sí misma y a mí, como si fuera una observadora desapasionada.

—Muy interesante —comentó, cuando hube terminado—. Alguna vez tendré que conocer a ese Guillermo.

—Ha regresado de la universidad y vive aquí. Se lo presentaré.

Me miró entre cansada y divertida.

—Si por casualidad se le ha ocurrido hacer de Celestina, mejor será que descarte la idea. Las cosas tampoco van en ese sentido para mí.

—No tenga cuidado, señorita Máitland —respondí con cierta sequedad—; dado el poco interés que por la ciencia demuestra el sexo femenino, apenas si éste existe para Guillermo. A no ser que usted manifieste algún interés por el señor Einstein, Guillermo no advertirá siquiera si usted es hombre o mujer.

—¿Quién es el señor Einstein? —preguntó con una inocencia tan grande que no supe cómo interpretarla; pues, por aquel entonces, yo no conocía su propensión a la burla.

No le respondí. Estaba admirado de mi súbito deseo de ponerla en relación con Guillermo. Aunque pensaba que le convenía a Guillermo descubrir la mujer y civilizarse un poco, no era aquella muchacha, suicida frustrada, e inestable emocionalmente, el espécimen más indicado para probar. Pero era indudablemente atractiva.

—Señorita Máitland —recomencé con firmeza.

—Elena, por favor —respondió humildemente y dejándome en suspenso.

—Señorita Elena...

—No; Elena.

—¿Me va a dejar hablar?

—Sí.

—Elena, usted sabe que tengo que dar cuenta del caso a la policía. Pero como sólo usted y yo lo sabemos, no lo haré.

—¿Y le parece ético?

—No me interrumpa, por favor. No sé si le podré hacer ver lo absurdo de su acción, pero sólo le pido que me prometa no intentarlo otra vez antes de mi próxima visita.

Oímos que alguien llamaba a la puerta. Era la enfermera. Volví a hablar a Elena.

—La voy a dejar con la enfermera Perkin, y vendré mañana a verla a usted. Voy a darle instrucciones a la enfermera.

Le expliqué a la señora Perkin que la enferma no podía por ningún concepto levantarse o comer o beber nada. Cuando fuí a despedirme de Elena, ella miró si la enfermera estaba cerca y me hizo señas de que me acercase. Cuando estuve a su lado, me susurró:

—Mi abuela se suicidó.

Me mordí los labios y miré a Elena en la cara. En sus ojos había una maligna y movediza luminosidad.

—¡Pórtese bien! —le respondí, y salí dejándola con la enfermera.

Capítulo II

ESA tarde visité por segunda vez a los muchachos en la "cueva". Debajo de dos lamparillas eléctricas, sin pantalla alguna, los dos trabajaban febrilmente. Parecía que hubieran desmontado una usina y una estación de radio y que ahora se esforzasen en combinarlas en una tercera instalación. Todo el suelo estaba cubierto de rollos de cables, y del techo colgaban otros en profusión tal que recordaban los bejucos de una selva intertropical.

Los encontré empeñados en atornillar con un destornillador eléctrico un pequeño tornillo, inaccesible en medio de la maraña de cables. Guillermo acababa de fracasar por cuarta vez y arrojaba al suelo el destornillador blasfemando con todas sus fuerzas, mientras Roberto se reía sosegadamente.

—¡Buenas tardes, doctor —dijo Guillermo—. ¿Nos viene a ayudar?

—Depende del tiempo que me necesiten... La señora Lewis está a punto de ilustrar su apellido con un nuevo vástago. Me pueden venir a buscar en cualquier momento... Pero, ¿en qué les puedo ayudar?... ¿Qué es esa madeja de cables?

—Es muy difícil de explicar, doctor. La mayoría de estas combinaciones de aparatos no se han ensayado nunca y no tienen nombre. Para explicárselas tendría que valerme de una montaña de tecnicismos que no le dirían nada a usted. Prefiero hacerle una demostración, si es que llegamos a ella.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Llegaremos, doctor —intervino Roberto—. No le haga caso. La teoría es absolutamente clara, y hemos hecho pruebas parciales.

—Muy bien, Roberto; si Guillermo quiere guardar el secreto, no me enojo. Esperaré la demostración. Pero no vine a charlar ni a huronear: traigo una misión.

Guillermo enarcó sus rubias cejas.

—Se trata de una chica —proseguí—, que ha llegado hace poco a Howdean, se apellida Máitland, y creo que la podéis ayudar...

La frente de Guillermo se arrugó, y su cara reflejó el asombro.

—¿Una chica...? —preguntó, como si hubiera dicho un pterodáctilo.

—Sí, y nada vulgar. Pero prefiero comenzar por el principio.

Les conté todo lo sucedido, lo que habíamos hablado y las consecuencias implícitas.

—Lo siento por la chica —dijo Guillermo—, pero no veo en qué podemos ayudar a un artista amateur frustrado. Sólo ella puede ayudarse.

—No, Guillermo; el estado en que se encuentra se debe a dos factores. Primeramente a que ha perdido todo entusiasmo por vivir y todo interés en las cosas. Tú eres una persona capaz de comunicar el entusiasmo. Además, Elena mira al mundo y a la vida a través de su deformada visión artística. Le hace falta una inyección de realismo y de sentido común, y ésa será la misión de Roberto.

—Lo siento, doctor —repuso Guillermo—, pero hay dos inconvenientes: primero, que me molesta extraordinariamente tener relación con las mujeres, y segundo, que estamos trabajando como locos para terminar con esto. Probablemente seguiremos trabajando toda la noche.

—Pero era mañana a la noche cuando quería que la vieses.

—Imposible, doctor, porque mañana a la noche trabajaremos también. Le hablo en serio. Ésta es una de las cosas más importantes que han existido, y si resulta bien, sus consecuencias pueden ser incalculables. No tengo tiempo para otras actividades. Tal vez después...

—Después puede ser demasiado tarde. ¿Y tú, Roberto?

—Bueno... —respondió éste, llenando su pipa—, la verdad es que no tengo más interés que Guillermo en conocer a esa chica. No sé mucho de arte, y no comprendo cómo puede significar tanto para alguien. De todos modos, si usted cree que le puedo hacer algún bien, iré a verla. Pero tiene que ser mañana a la tarde u otro día, porque mañana a la noche tengo una entrevista muy importante con mi padre.

—¡Cierto! —exclamó Guillermo—; tienes que verlo por el asunto del dinero...

—Así es, doctor —reafirmó Roberto—. Mi padre invirtió cierta cantidad de dinero; pero la hemos agotado ya, y nos falta muchísimo equipo indispensable: válvulas, transformadores... A propósito, Guillermo, no podrás trabajar mucho hasta que tengamos los transformadores.

—¡Maldita sea! —explotó Guillermo—. ¡Otra pérdida de tiempo!

—De todos modos, gracias por tu ofrecimiento, Roberto —dije—. No sé si mañana a la noche ya estará ella en estado de conversar. La veré mañana a la mañana. Pero si Guillermo no tiene nada que hacer aquí, me parece mejor que venga también conmigo a verla. Si se queda aquí, terminará por destrozarlo todo.

—Bueno, ¡maldita sea!..., la iré a ver y no dejaré que se mate, aunque tenga que matarla yo mismo para impedírselo.

Al día siguiente a la noche fuí a buscar a Guillermo. Roberto había salido a ver a su padre. Yo había estado por la mañana en casa de Elena, a la que encontré mejor y peleándose con la enfermera, que no la quería dejar levantar ni fumar. Se rió de mí cuando le intimé que no fumara, y discutimos mucho, pero al irme habíamos llegado a entendernos nuevamente.

Guillermo me invitó a tomar una taza de té que acababa de preparar. Mientras la tomábamos, se extendió en una larga explicación del experimento de Morley y pasó luego a las combinaciones electrónicas de Lorentz-Fitzgerald. Era muy interesante, pero comprendí que lo que pretendía era entretenerme.

—¿Tiene mucho que ver todo esto con tu trabajo actual?...

—Bueno, en cierto sentido sí, pero...

—Pero no directamente. Lo que te interesaba era entretenerme y ganar tiempo... Ya sabes para qué te he venido a buscar.

—¡Ah!... sí, esa chica Máitland... ¿No cambió todavía de parecer? ¿De veras cree que puedo yo hacer algo?

—Sin lugar a dudas; de modo que ponte el abrigo, y andando.

Por las ventanas del chalet no se veía otra luz que el rojizo y parpadeante fulgor de la chimenea. Golpeé a la puerta y se abrió unos centímetros.

—¿Es usted, doctor? —preguntó Elena.

—Sí, Elena.

—Pase, por favor.

Entramos. El gran hall estaba vacío. Delante de la chimenea, colgado de una silla, se secaba el pijama de Elena. Guillermo se quitó el sobretodo y se colocó de espaldas al fuego para calentarse. Por su expresión se veía que estaba dispuesto a comportarse con energía y superioridad. Yo, que sabía lo poco eficaz que habría de resultar su actitud, no pude reprimir una mueca, y para ocultarla, me dediqué a inspeccionar, una y otra vez, los libros de los estantes.

Oí la voz de Elena a mis espaldas:

—Buenas tardes... ¿Tú eres Guillermo?... No esperaba conocerte tan pronto.

Me pareció adecuado a mi plan dejar que los dos se presentaran solos, y tardé en darme vuelta, fingiéndome absorto en un libro de Spéncer.

Para una persona dominadora y segura de sí misma como Guillermo, la respuesta al saludo de Elena, tal como la escuché sin mirarlo, no era precisamente rotunda:

—¿Eh?... Sí..., no...

Me pareció que todo estaba perdido. Me dí vuelta y lo vi delante de la chimenea, sin saber qué hacer con las manos, y con la cara más roja que las brasas de la chimenea. Su mirada opaca se dirigía a la entrada del dormitorio.

Miré yo también. Experimenté tal sorpresa que el tomo de Spéncer casi se me cayó de las manos. En la puerta del dormitorio estaba Elena con su hermoso cabello en desorden, su atractiva sonrisa... y absolutamente nada más sobre su cuerpo. Se veía que acababa de despertarse.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—Buenas tardes, doctor. ¿Qué le pasó que se retrasó tanto? Ya no lo esperaba. Su protegido parece tan inteligente como usted dijo, pero de pocas palabras. No te preocupes, Guillermo; ya veo que estás un poco incómodo... A propósito..., mi pijama.

Se acercó a la chimenea. Guillermo se hizo a un lado como un conejo asustado.

—Por favor, no se aparte si tiene frío; sólo quería ver si estaba seco; es el único que tengo, y lo lavé esta mañana.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, se dedicó a examinar su pijama.

Guillermo la observó mientras ella se inclinaba sobre la chimenea. Aún, hoy, tengo la escena viva ante mis

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ojos: su cuerpo menudo, pero perfecto, su cabellera abundante, que a la luz del fuego parecía casi negra, y sus formas exquisitas, acariciadas por la luz de la chimenea. Distante y serena como ninfa bañándose en una fuente escondida en medio de la selva.

—Parece que está seco —dijo.

Y yo me tranquilicé, pues sabía que si no lo hubiera estado, ella no habría pensado en ponérselo. Me sentí mejor cuando la vi vestida, o mejor dicho, tan vestida, al menos, como yo la había visto siempre hasta ese momento.

—Ya estoy lista. Vengan. Sentémonos junto al fuego. Usted está muy callado esta noche, doctor. ¿Es por contagio de Guillermo o por que está enojado otra vez conmigo?

—No, no..., nada enojado —le respondí dando un respingo—. Estaba... pensando.

—¿Qué pensaba? Me parece que ha de ser interesante, y me siento con ganas de discutir algo esta noche.

—Acuérdese de que ésta es ante todo una visita profesional.

—¿De veras? Me siento muy bien; como hace mucho que no me sentía. Se ve que el arsénico me sienta.

Era evidente que ella no podía saber si yo le había contado a Guillermo su suicidio fracasado; pero se veía que no le importaba en absoluto.

Guillermo se había refugiado junto al piano y examinaba la música, pasando páginas y más páginas.

—¿Le gusta la música, Guillermo? —preguntó Elena.

—Sí, me gusta —arrimó una silla, y yo hice lo mismo. Quedamos los tres en círculo frente al fuego—. Tchaikowsky en especial.

—Sí, a mí también me gusta —dijo Elena—. Era un artista que se expresaba sin reticencias. Lo que no puedo entender es cómo se sentía tan desdichado, él que había comprobado cientos de veces su capacidad creativa. No lo entiendo... Si yo hubiera logrado una milésima parte de lo que él logró, sería feliz.

—¿Y usted no cree que terminará creando algo que la satisfaga? —preguntó Guillermo.

—Por desgracia, sí. Hasta ahora he probado todos los medios de expresión y he trabajado con frenesí. Sin embargo, nunca he logrado nada que no fuera un fracaso o, a lo sumo, mediocre, que es un fracaso peor. Sin embargo, contra toda razón, siento que he de lograr algo cabal en esta vida... o en la otra —añadió pensativa—. Una necesidad como la que siento, no podría existir en mí gratuitamente.

—¿De veras usted cree que toda necesidad que descubrimos en nosotros está destinada a satisfacerse? —preguntó Guillermo, entre serio y divertido por lo que le parecía una ingenuidad.

—No pretendo que mi creencia sea justificada. Lo creo, sí, como la gente suele creer, porque deseo con fervor que resulte así. Sin embargo, ¿cómo explicar que una tendencia subsista después de años de insatisfacción y me haya llevado a un estado en que todo nuevo intento es ya imposible?

—¿Quiere usted decir...? —pregunté.

—Quiero decir que más vale que no

Jugo

Cuando la carne se guisa, el 61 % de las vitaminas B queda en la carne; un 25 %, en el jugo, y el resto se pierde. La carne asada, en cambio, retiene el 80 %, y todavía más la frita, que conserva el 90 %.

le explique claramente lo que quiero decir —respondió ella, eludiendo la pregunta—. Muchas veces deseo que no exista la fe, sino solamente el conocimiento; conocer, del modo que sea.

—No existe ningún conocimiento absoluto —respondió Roberto—; solamente existen diversos tipos de fe.

Por primera vez desde que la conocí, Elena pareció sorprenderse.

—¿No es una afirmación bastante extraña en boca de un hombre de ciencia? ¿No tienen ustedes todo correctamente medido y pesado, y clasificado en los nidales de su palomar?

—Einstein destruyó nuestro palomar. Actualmente nadie cree que los nidales del palomar tengan un tamaño o una situación absoluta, sino relativa. Pero no me refería a eso. Usted dice que los científicos conocemos cosas. No las conocemos. No conocemos nada. Decimos que el ácido sulfúrico, echado sobre el cinc, *produce* hidrógeno. Esto es porque de los cientos de veces que hemos echado sulfúrico sobre el cinc, *ha producido* hidrógeno. Por eso decimos que ha sido experimentalmente verificado. Pero, del hecho de que el ácido sulfúrico haya producido hidrógeno hasta ahora, no se sigue que necesariamente lo ha de producir la próxima vez y por siempre en el futuro. Una persona toma todas las mañanas el tren de las 8.30, y piensa que siempre lo tomará. Pero una mañana el tren no aparece. Hubo una huelga o un descarrilamiento. Lo mismo sucede con la química: un experimento siempre ha dado el mismo resultado; pero, ¿cómo sabemos que siempre lo dará? Un día un hombre vierte ácido sulfúrico sobre cinc, y en vez de hidrógeno le sale *La Dama de las Camelias*. No *sabemos* que resultará hidrógeno; simplemente lo *creemos*.

—Puede que sea verdad —respondió Elena—; pero por lo menos usted sabe que vertió el sulfúrico; pase lo que pase, no puede negar ese hecho.

—¿Le parece que no? Anoche, cuando estaba en mi cama, cacé dos antílopes que habían entrado en mi pieza. Esto es cierto, si mi memoria no me engaña. ¿Y no me engañará? Tal vez estuve soñando. Supongamos que soñé que hace dos minutos vertí ácido sulfúrico... ¿Cómo sé si fué un sueño o no? Me parece que sí. Tal vez lo hice. Pero, ¿cómo me consta?

Elena y yo soltamos la carcajada.

—Vamos, Guillermo —dijo ella—; cuando cazó los antílopes, usted estaba durmiendo, y cuando echó el ácido sulfúrico, estaba completamente dormido.

—Elena, si repite usted lo que ha dicho, me sugestionaré y creeré que he vertido realmente ácido sulfúrico hace dos minutos. ¿Cómo puedo saber que estoy despierto? ¿Cómo sé que no sueño, que estoy completamente despierto? ¿Cómo sé que no estoy actuando bajo una orden hipnótica?

—Eso es buscarle cuatro pies al gato —comenté.

—Puede ser, doctor. En esto, como en muchas cosas, uno puede pensar a fondo o no. Lo que demuestra es que la memoria es un instrumento tan poco digno de confianza como cualquier otro; especialmente la mía. Muchas veces me parece que recuerdo correctamente algo, y no es así. Una grave falla para una mente que quiere ser científica.

La conversación, así encarrilada, prosiguió con animación. Del análisis del conocimiento científico, Elena y Guillermo pasaron a una comparación entre los hábitos mentales del sabio y del artista, y ambos descubrieron que apreciaban mucho a Van Gogh. Me acordé de la señora Lewis y de su inminente vástago, y me despedí, dejando a los dos jóvenes en animada conversación.

ERA casi la medianoche cuando llegué a mi casa, después de asistir a la entrada triunfal en este valle de lágrimas del heredero del señor Lewis,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Luis Alberto Lewis (hijo). Terminaba de servirme una medida de whisky, cuando llamó alguien a la puerta. Era Guillermo.

—¿Puedo entrar un momento?

—Cómo no, Guillermo. Sírvete un whisky.

—Uno nada más. ¿Sabe, doctor, que me alegro de haber conocido a Elena? Es una de las chicas más encantadoras que he visto.

—No tan chica, Guillermo; es más madura que lo que tal vez llegues tú a ser alguna vez.

—Puede que tenga razón, doctor —respondió pensativamente Guillermo.

—¿Averiguaste algo más sobre ella?

—Muchísimo. Me parece que usted no lo sabe. Es una historia extraña la suya; increíble casi. Si no está muy cansado, se la cuento.

—No estoy cansado, y tengo mucho interés en oírla.

Elena se quedó huérfana, pero huérfana de padre y madre. Sus primeros años están envueltos totalmente en el misterio. Sus primeros recuerdos son de los cuatro años. Ella vivía sola y errante por los caminos y por el campo. Se alimentaba de papas y frutas, que recogía en los bosques o robaba de las casas. No dormía bajo techo, y hasta la ropa que llevaba puesta la robaba de las cuerdas en que la tendían las mujeres. No sabía que robar era malo. Veía que las demás personas descolgaban la ropa para ponérsela, y ella hacía lo mismo. Pero una vez la persiguió una mujer, y desde entonces sólo se acercaba de noche a las casas. Es increíble que nunca la haya detenido la policía. La explicación puede ser que siempre andaba por distritos rurales muy alejados, sin detenerse en ninguna parte mucho tiempo. De todos modos, siempre evitaba a la gente. No era como un chico "civilizado" que se ha perdido y que es fácil de reconocer. Era una pequeña niña, extraña y mal vestida, que parecía siempre saber a dónde se dirigía y qué era lo que tenía que hacer.

—Y esto explica su rasgo más característico —interrumpí—: ella hace sus propias reglas de conducta. Como nunca estuvo sometida a la presión familiar o social, ha tenido siempre que elegir su propia regla de conducta. Las normas de la sociedad no han contado y en apariencia no cuentan nada para ella.

—Le aseguro que envidio su libertad de espíritu. Toda mi infancia la pasé bajo el despotismo de mi padre, y no me he curado todavía de las huellas que me quedaron. Desconfianza en mí mismo, dudas perennes... Quisiera tener la autosuficiencia de Elena. —Guillermo permaneció unos instantes en silencio, sumido en sus cavilaciones—. Pero terminemos con el cuento de Elena —prosiguió al fin—. Parece que a los seis o a los siete años entró en una escuela de monjas. No

Este mes cómpreles a las chicas

El diario de mi amiga

Coquita

¡Ya apareció!

$ 2.-

¡Pídalo a su canillita o a su librero!

me explicó cómo había sido, porque no pretendía contarme su vida de un modo ordenado, sino a medida que pasábamos de un tema a otro. En la escuela de las monjas aprendió a leer y a escribir, y tuvo una educación general bastante completa, incluída la música. No sé si usted sabe que es una pianista sobresaliente. Le pedí que tocara algunas piezas. Su técnica es perfecta y su interpretación muy personal; pero dice que no está interesada en ser intérprete, en recrear las creaciones de otros... Bueno, en el convento parece que se entusiasmó con el diseño de modelos. No me extraña; ¡pobre chica!; había vestido siempre ropa ajena e inadecuada; debía de estar ansiosa por llevar una que le sentase al cuerpo... Cuando llegó a los dieciocho años, las monjas querían que se quedase en el colegio como profesora, pero ella no aceptó. Entró en una gran casa de modas y trabajó como lo hace siempre, como una esclava. Nunca llegó a tener una idea grande y original. Lo único que logró fué trabajar de firme en una pequeña idea y desarrollarla a costa de esfuerzo. Entonces se marchó a París y vió la soltura con que trabajaban los grandes maestros, cómo con la mayor facilidad conseguían en un día lo que ella no había podido en diez. Comprendió que no estaba dotada, renunció en la firma en que trabajaba, y, con sus ahorros, se instaló en París para dedicarse a otras artes. Vivía en el barrio latino y trataba de allegarse a todos los artistas y de aprender con ellos. Parece que durante mucho tiempo fué modelo. Por eso no tuvo hoy ningún reparo en aparecer desnuda ante nosotros... Aunque quizá haya sido porque esperaba sólo al médico.

—¡Nada de eso! —interrumpí—. No hay que buscar excusas comunes. Lo hizo simplemente porque le pareció que debía hacerlo. Si la hubiera visitado un arzobispo, habría hecho lo mismo que con nosotros.

—Tiene razón, doctor —respondió Guillermo—. No es una persona común. Debido al tipo de vida de su niñez, siempre al aire libre, es una especie de primitiva. La comodidad no significa para ella lo mismo que para nosotros. Anoche, mientras hablábamos, se apagó el fuego sin que lo advirtiéramos; yo comencé a temblar y tuve que ponerme el sobretodo, pero ella siguió hablando como si nada, con los pies desnudos y en pijama. Todos los días, aunque sea pleno invierno, va a nadar al río a las seis de la mañana. ¿Sabía usted que en este momento no tiene ni un centavo, ni la menor reserva de provisiones o de carbón? Cuando terminó su formación en París, el dinero que tenía lo invirtió en comprar el piano, libros y material de pintura. Pensó que podría vender sus producciones, pero desde entonces no ha logrado ninguna que la satisfaga.

—¿Por qué no vendió el piano?

—Parece que comprendió que le era necesario, y que, después del piano, acabaría vendiendo los libros y todos sus instrumentos de trabajo. Entonces fué cuando sintió que se le desvanecía el interés por la vida.

—¿Y no puede dedicarse otra vez al diseño de vestidos?

—Doctor, me parece que usted no la comprende. Ella es incapaz de retroceder, de recomenzar una vida que sabe que no la llevará al término que desea. La frustración en el fin último de su vida es lo que la llevó al suicidio.

—Bueno, pero hay que hacer algo por ella; no puede seguir así por mucho tiempo...

—Déjeme que le cuente lo que falta. Recuerde que el móvil principal de mi visita fué ayudarla a cobrar interés por la vida. Cuando vi lo necesitada que estaba de este estímulo, le conté algo de mi trabajo actual y de una posible derivación del mismo... Creo que es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

to es lo único que puede despertar su interés.

—¿Y te decidiste a comunicarle detalles de tu trabajo, antes de haberlo finalizado? A mí también me gustaría que me contaras algo.

—Si fuera necesario para salvar la vida de usted, le contaría. Pero no es el caso, creo. No piense que me preocupan las patentes o que nos roben el secreto: no creo que nadie, exceptuados Roberto y yo (y no estoy plenamente seguro de Roberto), pueda entender ni siquiera los principios de esto, sin una larga y dura preparación. Por eso no se lo he querido explicar a usted antes. Usted no ignora sus limitaciones en el aspecto teórico, y no me creería si le dijese qué es lo que pretendemos. Prefiero hacerle una demostración práctica, para que tenga que aceptar la evidencia de sus ojos.

—De acuerdo, Guillermo...; pero, ¿qué dirá Roberto cuando se entere de que le has contado eso a Elena?

—Probablemente no le va a gustar; pero no había otro remedio. Y todavía falta lo peor. Elena no quiere aceptar préstamos, porque sabe que no los podrá devolver; no se va a poner a trabajar en una tienda por la comida. ¿Caridad?..., ni me atreví a proponérselo. Por otra parte, su conocimiento del arte nos puede ser útil para nuestro proyecto, cuando entremos en la etapa de producción. Le propuse que se asociase con nosotros. Tendrá una oportunidad única para la creación en el dominio del arte. Además, nosotros necesitamos urgentemente una mujer en la "cueva", para que nos atienda y nos releve de todas las tareas domésticas que nos quitan tiempo y nos distraen. Le propuse que se encargase de ello y le ofrecí un salario semanal.

—¡Dios santo! —exclamé—. ¿Y qué dijo?

—Al principio se rió, pero terminó aceptando. Insistí en que su compromiso era estrictamente comercial, y le hice aceptar por adelantado el sueldo de una semana. Ahora tendrá para lo necesario. Pero además creo que está entusiasmada con la idea de una participación activa. Bueno, doctor, es muy tarde para hablar. Nos veremos mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, Guillermo.

Capítulo III

A la mañana siguiente terminé más temprano que de costumbre mis visitas profesionales, de modo que pude almorzar tranquilamente a una hora razonable, y salí luego a dar un paseo antes de acudir a la cita en la "cueva".

Encontré a Elena friendo unos huevos, y a los muchachos conversando animadamente, sentados en unos cajones sin abrir todavía.

—¿Qué tal te fué con tu padre? —pregunté a Roberto, después de saludar a los tres—. ¿Conseguiste un nuevo aporte?

—¡Ni siquiera esperanzas!... Apenas le dije que el dinero no nos había alcanzado para instalarnos, me contestó que si yo no sabía calcular ni siquiera eso, no era apto para la industria. No sólo no me dió ni un centavo más, sino que me fijó un plazo de cuatro meses para devolverle el dinero, que no era una inversión, sino préstamo. Si no se lo devolvemos para esa fecha, nos pondrá un pleito. Quiere que deje esto y me dedique a los asuntos de la familia.

—¿Y no podrían mostrarle algún resultado concreto, quiero decir, preparar alguna demostración que parezca un resultado concreto y luego volver al plan inicial?

—Imposible, doctor. El viejo sabe lo que hace y no es ningún tonto.

—¿Cuánto necesitan sacarle?

—Quinientas libras —respondió rápidamente Roberto.

—Bueno... Yo tengo algunos ahorros que guardo para mi vejez... Parte de ellos están ya invertidos; pero me gustaría hacer otra nueva inversión. ¿Me aceptarían como socio con un aporte de quinientas libras?

No esperaban tal ofrecimiento. Se miraron el uno al otro, y Roberto me respondió:

—Es una generosidad muy suya, doctor... Si el negocio no fuera tan seguro, no se lo aceptaría; pero el caso es... que sólo puedo ofrecerle un cuarto de participación, con trescientas cincuenta libras.

Esto era algo que yo no había ni sospechado.

—¿Un cuarto de la sociedad? —respondí sin comprender. Pero de pronto me acordé de la oferta de Guillermo a Elena—. ¡Ah, sí!, ¿y de dónde vas a sacar las otras ciento cincuenta libras? ¿O es que has descubierto algún modo de reducir los gastos?

—No, doctor. El material que necesitamos para armar esto —señaló en torno con un gesto de la mano— es imposible conseguirlo con menos de quinientas libras. Pero esta mañana mandamos a nuestro tercer socio a que buscara una docena de huevos...; tardó tres horas..., y volvió con ciento cincuenta libras: ¡ha vendido el piano! Cuando usted llegó, estábamos considerando hasta dónde podíamos estirarnos con ese dinero.

—Bueno, ¿estamos de acuerdo?

—Sí, doctor. Para dentro de una semana le prometo resultados concretos.

La semana convenida la pasé tremendamente excitado. El misterio con que los muchachos habían cubierto su trabajo, los resultados inauditos que prometían, la recuperación espiritual de Elena, todo esto me mantuvo en constante tensión. Ni me atrevía a visitarlos en la "cueva". Lo más que hice fué pasar por el chalet de Elena y pedirle noticias de ellos.

—Trabajan como enloquecidos —me respondió—. Yo le agradezco mucho que me los haya presentado. Por fin siento que mi vida tiene algún sentido.

Cuando llegué a la "cueva" y abrí la puerta, mi curiosidad me sofocaba. Lo primero que vi fué dos fanales de cristal, en forma de campanas o queseras gigantestas, situados en medio de la "cueva" y unidos entre sí con un sinnúmero de aparatos mediante complicadas conexiones. Los aparatos estaban colocados a su vez sobre varias plataformas de diversa altura, y eran condensadores, motores, dínamos, acumuladores, magnetos y paneles de interruptores.

Una de las "queseras" estaba completamente vacía. Dentro de la otra, suspendido de varios aisladores, se encontraba un cuadro al óleo, que me pareció conocido. Me acerqué y vi que no me había equivocado: era un Boucher de la biblioteca de sir Wálter, el padre de Roberto.

Éste salió de algún lado, de detrás de uno de los fanales, y contestó a la muda pregunta que se traslucía en mi semblante.

—Sí, me lo prestó el ama de llaves, con permiso de mi madre; pero tengo que devolverlo antes de que mi padre regrese de la ciudad esta noche. Si no se lo llevo, mejor será que no me ponga ante su vista... Le costó 1.300 libras.

—¿Tiene algo que ver con la demostración que me prometiste?

—Sí. Hubiera servido cualquier otro objeto, pero preferimos uno de gran tamaño y de color complejo. Ya está todo listo. Sólo esperábamos a usted para comenzar. Voy a llamar a Guillermo y a Elena, que están en el jardín.

—¡Bienvenido, doctor!... —exclamó Guillermo, que entró seguido de Elena—. Siéntese, que comenzamos la clase. Roberto, prefiero que se lo expliques tú.

—Bueno, pero tendrás que ayudarme luego.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Procura hacerlo —dije yo a Roberto— del modo más elemental posible, como si yo fuera un chico de escuela...

—Elena —interrumpió Guillermo—, tú, que ya conoces el asunto, ¿querrías hacer entretanto un poco de té?... Y pon una aspirina en la taza del doctor; le va a hacer falta.

—Como usted sabe, doctor —comenzó Roberto—, los objetos que nos rodean están formados todos por una sustancia común, que llamamos materia. Las diferencias en sus formas, tamaños y demás propiedades físicoquímicas dependen solamente de que los elementos únicos que componen la materia (los átomos), están dispuestos de diverso modo.

—Hasta ahí entiendo todo, Roberto —le comenté.

—Bueno, también sabrá que los átomos no son, como se pensó durante muchos siglos, porciones infinitesimales de la materia...

—Sí..., son una especie de montón de casi nada...

—Efectivamente. Usted recordará, pues, que Millikan descubrió que la carga *e* aumenta solamente en múltiplos integrales, y la teoría electrolítica de Faraday quedó anulada...

—¡Epa!... —grité—. Despacio, despacio... Y repíteme todo.

—De acuerdo, doctor. El átomo está formado por un núcleo central que es un cúmulo de cargas positivas de electricidad, llamadas protones, y en torno a este núcleo, girando en órbitas diferentes, como los planetas en torno al sol, están los electrones. La suma de la energía eléctrica negativa de estos electrones equilibra totalmente la carga de los protones. Ahora bien: Newton pensó...

A partir de ese momento la explicación se fué haciendo más complicada, y renuncié a seguirla sin decírselo a Roberto, para no molestarlo. Thomson, Rutherford, Dirac, Planck, la teoría de la indeterminación, el agua pesada, dos caballeros llamados Siegbahn y Hahn, el uranio 235, un italiano llamado Fermi, que descubrió también algo muy importante...

Guillermo intervino para salvarme:

—¡Por amor de Dios, Roberto!... No lo tortures más. ¿No ves que se perdió en las partículas *alfa*?

—Efectivamente —tuve que reconocer—. Discúlpame, Roberto, pero dejé de entender cuando ya no pude imaginarme una representación visual de lo que describías.

—Siento no haberme percatado, doctor, y no tiene nada de extraño que se haya perdido. Es imposible representarse en la imaginación hechos que sólo pueden ser concebidos matemáticamente.

—Déjame seguir a mí, Roberto —propuso Guillermo, y sin esperar respuesta prosiguió con la explicación—. Es imposible representarse esas cargas, porque nadie puede decir qué es la electricidad, si se trata de ondas o de materia. Hay quien las ha llamado "ondículas", es decir, mitad onda y mitad partícula.

Guillermo siguió con la explicación y pasó a hacer la historia de su teoría. Su imaginación había sido espoleada al enterarse de que en el laboratorio de la General Electric, de Nueva York, en 1945, se había producido materia a partir de la energía. Inventaron una máquina llamada "betatrón", que lanzaba rayos X de gran poder, producidos a partir de átomos desintegrados de tungsteno, contra masas de acero duro. Consiguieron de este modo un tipo nuevo de electrones, que eran ni más ni menos que partículas de materia creadas artificialmente. Guillermo se lanzó a estudiar esta síntesis, y en el curso de sus estudios se halló por casualidad frente a un principio enteramente nuevo.

Descubrió que, si a través de cualquier objeto, se hace pasar una corriente eléctrica de cierta intensidad, siendo la fuerza de la corriente una proporción muy exacta de la masa y conductividad del objeto (ya que no existen cuerpos que sean totalmente no conductores de la electricidad, como durante mucho tiempo se pesnsó, sino solamente malos conductores), se produce en torno al objeto un campo de fuerzas invisible, una red de innumerables líneas de fuerza, que forman una especie de trémulo reflejo del objeto. Pero este reflejo no es la imagen revertida del objeto, como la que se obtiene en los espejos, sino un duplicado exacto, que existe más o menos como posibilidad.

Mediante cierta conexión radial, que ni siquiera traté de entender, se pueden recoger las impresiones de esas líneas de fuerza y transmitirlas a un receptor cercano, donde vuelven a formarse de acuerdo al original.

Eso era el complicado aparato que tenía delante de mí. En la campana de vidrio del receptor debía formarse la imagen. Un proyector de cierto tipo proyectaría luego una cortina de ondas cortas a través de las líneas de fuerza de la imagen duplicada, y las ondas las cortarían en los ángulos exactamente indicados. Mediante este proceso, las líneas de fuerza serían cortadas en pequeños segmentos que se comprimirían instantáneamente sobre sí mismos, como si fueran resortes a los que se suelta después de haberlos estirado, y se convertirían en pequeños nódulos de energía, es decir, electrones y protones, que formarían el objeto duplicado, que es de lo que se trataba: de duplicar cualquier objeto físico.

Me enteré de que el proyector no era muy potente. El efecto se conseguía principalmente por un exacto cálculo del ángulo de incidencia. El poder estaba latente en las mismas líneas de fuerza del duplicado: eran como elásticos estirados.

—¿Y qué probabilidad hay de que vuestro aparato funcione? —les pregunté cuando terminaron su explicación.

—Ya lo hemos probado, doctor —dijo Guillermo—, y funciona, aunque es muy imperfecto. Mire estos dos tubos de aspirina.

—Sí, y yo mismo pude haberlos comprado en la farmacia —contesté secamente.

—Ya te advertí —dijo Guillermo a Roberto— que no nos creería hasta que lo viera con sus propios ojos. Empecemos.

Guillermo se acercó al "reproductor" (parece que así hay que llamarlo), y se puso a manipular las llaves.

En los paneles comenzaron a encenderse luces. Una gran dínamo empezó a retumbar en un rincón. Doce motores eléctricos se pusieron en marcha a distintas velocidades. De una varilla comenzaron a saltar gruesas chispas hacia otra, el polo opuesto, situado frente a ella. El ambiente se iluminó con intermitentes relámpagos. Guillermo encendió dos poderosas lámparas sobre las dos campanas, y yo concentré mi atención en ellas.

Guillermo y Roberto estaban a mi lado, codo con codo, mirando cada uno los aparatos de medida, pero atentos también a lo que ocurría en la campana receptora.

Al principio no pasó nada de particular: la campana seguía vacía como antes.

Luego, en medio de la campana, a unos sesenta centímetros del piso, apareció una delgada franja dorada, que aparentemente no era sostenida en modo alguno. Muy lentamente se engrosó, se extendió hacia la derecha, de pronto se dobló en una punta y de allí bajó perpendicularmente.

El cuadro comenzaba a entrar en su existencia dual.

Poco a poco el marco quedó completo. El ruido era ahora tremendo. Parecía que la dínamo, mal asentada, intentara soltarse de su basamento. El piso comenzó a vibrar, y las vibracio-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nes subían por mis talones hasta la nuca.

El aire parecía estar impregnado de electricidad. Sentí un ardor cáustico en la lengua, como si la hubiera aplicado contra los polos de una pila. Tuve que apartar la vista. A mi lado estaba Elena, que me miró sonriendo, mientras me ofrecía una taza de té en cuyo plato estaban visiblemente situadas dos aspirinas. Sentí que me hacían falta y sorbí a grandes tragos el líquido caliente.

Roberto y Guillermo seguían observando los aparatos. El duplicado se había materializado hasta hacerse reconocible. La figura del retrato comenzaba a formarse, como un tenue fantasma, sobre la tela. El duplicado no era sólido todavía; podía ver a través de él el fondo de la campana de cristal, y los objetos que estaban detrás de ella. Pero seguía consolidándose lentamente: la trama gruesa del principio se iba llenando; los colores comenzaban a aparecer..., y de pronto me encontré frente a dos cuadros exactamente iguales en cada uno de sus detalles: dibujo, color, perspectiva.

Una luz roja se encendió en alguna parte, como una señal de atención. Automáticamente se cortaron todos los aparatos. Cesaron los relámpagos; los motores se detuvieron con un quejido, y la dínamo arrastró un agudo y decreciente lamento.

Roberto levantó las dos campanas mediante un engranaje y descolgó los dos ejemplares de la obra. Toqué ambas pinturas y sopesé ambos cuadros. Era imposible distinguirlos. Hubiera desafiado a cualquier experto a que dijera cuál era el original y cuál el duplicado. Los colores correspondían exactamente, y hasta el último cabello del original estaba también en el duplicado.

Miré a los dos muchachos y a Elena, sin salir de mi asombro.

—Tenemos que hablar largo de esto.

—Por supuesto; hace semanas que no pienso en otra cosa.

Nos sentamos sobre los cajones. Charlamos como loros, varias horas, sin agotar el tema. En el curso de la conversación, Roberto sacó un papel escrito de su puño y letra.

—Nuestro contrato de sociedad —dijo—. Lo preparé ayer. Por supuesto que es una simple formalidad, pero conviene que hagamos las cosas como se debe. Firmen, por favor.

Me alargó el papel. Comenzaba: "*Los firmantes...*". Yo no estaba en ánimo para leerlo hasta el final. Lo firmé. Guillermo garrapateó su firma debajo de la mía. Elena escribió la suya, rápida pero claramente, sin leer el documento. Roberto lo tomó, volvió a leerlo con gran atención, y firmó debajo de todos.

La hora de mi consultorio vespertino se acercaba, y yo debía marcharme. Quedamos de acuerdo en reunirnos dos horas después en "El Faisán". Afortunadamente, no se presentó ningún problema en la consulta, y pude llegar a hora, después de indicar a mi ama de llaves dónde me encontraría en caso de necesitarme.

Cuando llegué, ya estaban allí los dos muchachos y Elena. Roberto tenía junto a sí un gran paquete envuelto en papel madera.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté al sentarme.

—El cuadro, por supuesto. Tengo que dejarlo en la biblioteca antes de que el viejo regrese, pero tenemos dos horas todavía.

—Le podías dejar el duplicado —dijo Guillermo—, para ver qué pasa.

—No; hay que jugar limpio —repuso Roberto, mientras el camarero servía las bebidas que habíamos pedido—. Tenemos tanto que hablar, que no sé por dónde empezar.

—Comienza por esto —dijo Guillermo, acercándole un vaso de espumante cerveza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

COMPRELO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO

Los tres hombres alzamos nuestros respectivos vasos. Elena estaba arrellanada en un sillón, con su imprescindible cigarrillo en la mano, con las piernas cruzadas y la falda despreocupadamente levantada sobre las rodillas. Sus ojos oscuros parecían perdidos en íntimos ensueños.

Hablamos larga y minuciosamente de las posibilidades comerciales y culturales del *reproductor Leget-Heath* Frente a nuestros vasos siempre llenos, planeamos muchas de las cosas que luego habrían de admirar y (así lo creo al menos) mejorar al mundo. Cuando ya habíamos obtenido un esbozo de nuestras futuras actividades, Roberto miró su reloj pulsera y exclamó:

—¡Caramba, ya son las nueve! Tengo que apurarme para que papá no se me adelante. ¿Alguien quiere venir a cenar a casa?

—Gracias, Roberto —respondí yo—; no puedo; tengo que volver a casa.

—Yo tampoco, Roberto —dijo Guillermo—, y no es porque no quisiera comer algo bien cocinado, después del plato que Elena nos preparó hoy; pero ya sabes que tu padre no me mira con buenos ojos. Todavía está convencido de que yo te saqué de la fábrica para meterte en la física atómica.

—Tienes razón, sobre todo porque siempre vuelve de mal humor de sus viajes de negocios. Es preferible que no se enzarce contigo. Y tú, Elena, ¿no querrías conocer a mis padres?

—Sí, tengo mucho interés. Y hasta puede que tu madre me inicie en los secretos de la cocina.

—Vamos, entonces —dijo Roberto levantándose y alzando el paquete con el cuadro.

Guillermo se quedó mirando cómo salían cogidos del brazo.

—¡OTRA copa, doctor! —dijo al cabo de un largo rato—. La noche es joven.

Apuré mi vaso, y al hacerlo me di cuenta por primera vez de que Guillermo había cambiado la cerveza por whiskey.

—¿Cuántos whiskeys has tomado ya?

—No lo sé; no soy un barril en el que se pueda echar nada más que cerveza durante toda la noche.

—No es bueno mezclar cerveza y bebida destilada. Mejor será que no insistas. Nunca te he visto borracho hasta ahora.

—Pues me he emborrachado tres veces en mi vida, y esta va a ser la cuarta.

Llamó al mozo y le pidió otro whiskey.

Sentí el impulso de reprenderlo, pero me contuve instantáneamente: Guillermo no estaba ya bajo mi tutela, y había trabajado fuerte y conseguido mucho. No le vendría mal distraerse y descansar, aunque fuera a costa de una intoxicación. Yo también tenía motivos para sentirme comprensivo y tolerante. Ya no me acordaba para nada de mis posibles pacientes.

Bebimos y hablamos, pero de temas intrascendentes: ya habíamos hablado demasiado del reproductor esa noche.

Llegó la hora de cerrar "El Faisán". Para levantarse, Guillermo tuvo que apoyarse en mi hombro. Su rostro estaba enrojecido y sudoroso. Respiraba por la boca, como si le costara demasiado esfuerzo mantenerla cerrada. Sus ojos estaban bastante extraviados, y llevaba deshecha la corbata.

Cuando salimos a la oscuridad de la noche, su paso tambaleante e incierto me obligó a sujetarlo por el brazo. Comprendí que tendría que llevarlo hasta su casa, si no quería que amaneciese tirado en algún zaguán. Cuando llegamos a las afueras del pueblo, comenzó a hablar, lentamente al principio, ininterrumpidamente después, pasando de un tema a otro con volubilidad. Fué en esta conversación (monólogo, mejor dicho) donde Guillermo mostró por primera vez algo de lo que ocultaba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bajo su fachada de altivez, frialdad y autosuficiencia.

—Sí, doctor; estoy borracho como una uva, y me alegro de estarlo. Vale la pena. Sin el alcohol, nunca puedo ver las cosas con esta lucidez, sin confusiones entre el miedo y la esperanza. Es maravilloso el alcohol... Así veo el mundo en perspectiva. Así debiera verlo siempre, pero no lo veo. No soy una personalidad completa. No hay nada en lo que me tenga confianza... Las dudas, ¡siempre las dudas sobre mí mismo! ¿Qué parezco? ¿Qué impresión doy? Vivo preguntándomelo. ¿Me ven los demás como me veo yo al mirarme en el espejo?, ¿como un colegial demasiado desarrollado? ¿Significo yo algo en esta vida? ¿Hay un Dios, y Guillermo Leget significa algo para él?... No tengo fe en nada, ni siquiera en la ciencia. La ciencia es un jugar con una maquinaria, pero sin saber nada del destino de esa maquinaria... ¿Es que tiene algún sentido?... Elena dice que no, pero ella tiene una autoseguridad, un bastarse a sí misma... Yo no... Roberto también cree; se siente firme; tiene el honor de una familia que respetar, normas caballerescas que cumplir. Le aseguro que siento envidia de él, una envidia que me carcome. A veces llego a odiarlo.

Por este estilo siguió la conversación, el soliloquio de Guillermo. Con una lucidez de enfermo se examinó a sí mismo: su infancia, sus estudios, sus experiencias, su ciencia, su futuro. Luego habló de los demás, y añadió:

—La única persona que conozco que haya sabido desarrollarse plenamente es Elena, y precisamente porque nadie interfirió en su desarrollo. Cuando llegó al colegio de las monjas era demasiado tarde para que pudieran deformarla. Lo único que pudieron hacer todavía fué demostrarle que su sexo y la vida de familia no eran imprescindibles, y por lo tanto que no debía desearlos. Derivó entonces sus impulsos creativos hacia las artes, donde se empeña en conseguir una realización que no puede darle... Su diagnóstico fué acertado, doctor: lo que a ella le falta es un hogar y la vida íntima y afectuosa de familia. Ni siquiera sabe lo que ha perdido. Pero instintivamente siente lo que le falta, el hueco que ha quedado en su vida. Y quiere llenar ese hueco con algo. Por supuesto, lo que aspira a crear, sin darse cuenta, es una familia y un hogar propios. Por eso se entusiasmó tanto con nuestro proyecto de utilizar el reproductor para proveer de obras de arte las casas particulares.

—¿Crees que eso puede satisfacerla? —le pregunté.

—No, doctor; sus exigencias creadoras son mucho más profundas. Tiene que sentirse participando personalmente en la creación. Voy a contarle algo. Hace un par de mañanas la acompañé al río a nadar. Yo no llegué a bañarme, porque hacía un frío de todos los demonios; con decirle que el pasto estaba cubierto de escarcha... ¿Recuerda ese codo del río, donde hay dos peñascos altos y al pie de éstos otras rocas menores?... Apenas si el río tiene allí un metro de anchura. Pues bien; ella se zambulle desde la roca más alta: nueve metros sobre ese metro de agua que queda limpio. No se trata de saberse zambullir o no; es pura casualidad que

---

Los huevos y el complejo vitamínico B

Si lo que a uno le interesa son las vitaminas del complejo B, lo mejor que puede hacer es comerse los huevos revueltos, en vez de freírlos o hervirlos. Así sólo pierden un 17 % del contenido original en dichas vitaminas.

uno no se desvíe en el aire y se estrelle contra las rocas. Tendría que ver usted la despreocupación con que se zambulle; no es imprudencia, sino simplemente falta de interés en la vida. Me parece que, a pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido sacarla de ese estado de desprecio de la vida en que la hemos conocido. Y todas las mañanas hace lo mismo. ¡No quiero ni pensar lo que puede sucederle!

En aquel momento un chorro de luz nos iluminó por la espalda, rasgando la negrura de la noche. Oímos una corneta de automóvil. Empujé a Guillermo fuera del camino, y casi me arrastró consigo. El automóvil desapareció a lo lejos, mirándonos con sus luces rojas.

En la zanja donde cayó Guillermo, siguió balbuciendo palabras que ya no eran inteligibles. Tuve que levantarlo como un peso muerto y arrastrarlo hacia la casa. Afortunadamente no estábamos muy lejos. El alcohol, cuyos efectos primeros tanto habían agradado a Guillermo, había terminado por quebrar toda la coherencia de sus funciones. De pronto se detuvo y dijo:

—Tengo que hablar en serio..., muy en serio... Esa chica no sabe lo que quiere..., pero yo sí lo sé... Y yo quiero eso mismo... *Estoy enamorado de ella* — exclamó de pronto, echando a andar y dando traspiés—. La necesito... Necesito afecto...; nunca lo tuve...

—¿Y por qué no se lo dices?

—Es que ella no se da cuenta..., no sabe lo que quiere... Puede... puede...

—¿Puede rechazarte? Bueno, de todos modos hay que intentar.

—Pero no me atrevo..., me arredra su negativa... Es orgullo, orgullo infantil, pero no puedo sobreponerme.

—¿Y si le hablara yo?

—Sí..., háblele usted... Yo le hablaré después, cuando se me pase el mareo... Ahora no me entendería.

—Muy bien; te prometo hablarle.

—Gracias..., doctor — respondió Guillermo y se desvaneció de pronto, cayendo al suelo, como un trapo.

Capítulo IV

A la mañana siguiente, iba yo en mi auto, por el pueblo, cuando vi a Elena que salía del almacén, con una bolsa respetable de comestibles. Me arrimé por detrás a ella.

—¿Taxi, señorita?

—Sí — respondió sonriente —; pero tengo que pagarle con papas: se me acabó el dinero.

—Eso quiere decir que ya terminó sus compras. Suba. Voy a la "cueva".

Se sentó a mi lado y dejó la bolsa de compras en el asiento de atrás. Esperé a que arrancara un ómnibus que estaba parado cerca y salí con mi coche detrás de él, sin intentar pasarlo. No quería que el viaje terminara antes de haber cumplido lo que le había prometido a Guillermo.

Era difícil comenzar. Aunque sabía que, si Elena fuera la interesada en saber algo, me lo preguntaría sin rodeos, no me sentía capaz de hacerlo yo así. A mí me habría parecido "incorrecto" y me hubiera sido imposible conservar el dominio de mí mismo. Por fortuna la conversación que inicié me llevó directamente a donde quería ir.

—Pronto tendrás de nuevo tu piano... —dije, entre afirmando y preguntando.

—Tal vez —respondió Elena.

—¿Tal vez?, ¿por qué?... Si nuestros planes salen bien, tendremos ingresos antes de tres semanas.

—Sí, pero no tengo demasiado interés en recobrar el piano.

Hice un gesto de fastidio.

—No me gusta verte otra vez en ese estado de ánimo, Elena. Pensé que ibas a hacer un esfuerzo, que estabas interesada...

—Doctor —me interrumpió con gesto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de picardía—, me parece que está sermoneando en la iglesia que no le corresponde. Hasta el momento he estado interesada en el reproductor, y hasta cierto punto lo sigo estando; pero me interesa mucho más otra cosa, y para ella no sirve el piano.

—¿Es un secreto esa "otra cosa" que te interesa?

Su mueca de picardía se convirtió en sonrisa.

—No creo en los secretos. Y además, usted lo sabe; lo sabe antes que yo misma...

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía usted razón cuando me dijo que me hacía falta una familia. Tal vez fué por sugestión suya, pero anoche se me hizo evidente... cuando conocí la familia de Roberto, su padre, su madre, sus hermanos y esa casa encantadora... —se detuvo, como si estuviera reviviendo interiormente los momentos pasados en casa de sir Walter—. ¿Me cree si le digo que esa fué mi primera experiencia de un hogar, de un hogar natural y feliz. Por primera vez envidié a alguien por su vida y no por su talento artístico. Envidié a la madre de Guillermo, porque ha sabido convertir esa hermosa casa en un hogar feliz. Sentí la necesidad de comenzar *yo* un hogar y una familia. Y de pronto sentí que eso me satisfaría completamente y que el arte no era más que un camino lateral.

Volvió a quedarse embebida en sus pensamientos.

Me pareció que mi oportunidad había llegado.

—No me extraña. Una persona que te conoce muy bien, me dijo anoche que te veía a punto de descubrir todo esto.

Me miró con una extraña expresión en el fondo de sus límpidos ojos.

—Guillermo —respondí a su pregunta tácita.

La expresión de los ojos cambió, pero no salió a la superficie.

—Es un buen muchacho, y muy inteligente. Lo quiero mucho.

Las cosas iban tan bien encaminadas que me decidí a adelantar al ómnibus. Al llegar al camino abierto, donde la noche anterior Guillermo me había descubierto sus sentimientos para con Elena, jugué la carta final.

—Él también te estima mucho. No se anima a expresártelo, porque es muy tímido y las relaciones afectivas le cuestan mucho, pero me consta que está enamorado de ti.

Esta vez su rostro reflejó claramente la sorpresa.

—¡Es un hombre buenísimo! Pero, ¿cómo se le ocurre que yo puedo servirle de algo?... No sé nada de ciencia, no le podría ayudar en nada, y lo único que haría es distraerlo y entorpecerlo.

—Querida niña, él quiere una esposa y no una ayudante de laboratorio. Si no me equivoco, necesita una esposa que simpatice con él y propensa a sentirse maternal. En el fondo, es sólo un niño que añora a su madre perdida. Él ve en ti una persona olvidada de sí misma y atenta siempre a los demás. Necesita también sentirse protegido por tu seguridad y confianza en ti misma, y que lo apoyes en sus dudas y perplejidades.

Cesé de hablar. Se hizo un silencio profundo. Cada uno de nosotros se ensimismó en sus propios pensamientos.

—Guillermo ha hecho por mí todo lo que pudo —dijo por fin ella, cortando el silencio—, y yo quisiera hacer algo por él. Si verdaderamente me necesita, estaría muy dispuesta a casarme con él: sé que llegaría a quererlo y a querer a los hijos que me diera. Una sola cosa lo impide...

—¿Cuál?...

—He descubierto que estoy muy enamorada de Roberto.

—¡Santo Dios! —fué lo único que atiné a decir.

—Sí, doctor; lo sé desde anoche. No puedo afirmar que, si Guillermo hubiera estado en lugar de Roberto, no me habría enamorado de él: vino todo junto con las circunstancias. No puedo decir si *con* ellas o *por* ellas. Lo que sé es que al ver a Roberto sentado a la mesa, frente a mí y en medio de la familia, al verlo reír satisfecho de una observación que hice a su padre, se me quedó grabado su rostro, y desde entonces no lo he podido borrar de mi vista. He pensado en él toda la noche. Desde que me he levantado siento anhelo por estar otra vez a su lado.

Elena siempre me sorprendía haciendo y diciendo lo último que se me hubiera ocurrido que podía hacer o decir.

—No sé si compadecerte o alegrarme —le dije por fin—. Nunca me he sentido en tu situación. Pero si puedo serte útil...

—Nadie puede hacer nada en una de estas circunstancias. Lo único por hacer es que yo le diga a Roberto lo que siento por él, entonces sabré si él siente lo mismo para conmigo. Si no es así, todo terminó.

—¿Tú te vas a declarar? —balbuceé, olvidándome con qué clase de mujer estaba hablando.

—Por supuesto; apenas lleguemos. ¿Le parece que puede ser contraproducente?

No me pareció tal; así se lo dije, y sigo pensando lo mismo. Elena había desarrollado su personalidad fuera de nuestra organización social; por lo tanto no estaba embebida de la absurda idea de que no corresponde a la mujer manifestar primero sus sentimientos al hombre, sino que ha de aguardar a que éste la aborde. ¿Habría podido Elena seguir a Roberto meses y meses, con sus miradas; buscar ansiosamente todas las ocasiones para estar a solas con él; alabarlo o mostrarle su admiración; "atraparlo", en una palabra, como llaman a esta técnica las restantes muchachas de su edad?

—Te deseo la mejor suerte, querida —le dije; pero al punto me sentí impulsado por una curiosidad un tanto involuntariamente maligna—. ¿Y si te dice que no?

—No sé lo que haría, doctor. Nunca puedo especular con el futuro hasta que no se ha convertido en presente.

Llegamos a la "cueva"; bajé su bolsa de compras, y **entramos.**

Guillermo estaba solo en el laboratorio. Aceitera en mano, hurgaba no sé qué en la dínamo. En su frente se veían dos gruesas manchas negras, consecuencia de haberse pasado por el cabello sus manos engrasadas.

Levantó la cara. Estaba traspirando. Tenía fruncido el ceño. Comprendí que la dínamo se había mostrado recalcitrante y que acababa de ser objeto de unas cuantas imprecaciones en florido lenguaje.

Sonrió empero al vernos entrar.

—¿Qué tal, doctor? ¿Cómo te fué Elena? ¿Trajiste las manzanas?

—Sí; toma una, si es que no puedes esperar el almuerzo.

—El tiempo es pura relatividad...; para mí *es ya* la hora del almuerzo.

—¿Dónde está Roberto?

—Afuera.

Elena salió. Al pasar junto a mí, le expresé con la mirada un apoyo que ella no necesitaba, pero que me agradeció con una sonrisa apenas perceptible.

Me acerqué a Guillermo y le dije:

—¿Recuerdas lo que hablamos anoche?

—Ni una palabra. Mi cabeza está como si acabara de bajar de un avión después de diez horas de looping.

—Me refiero a lo que me encargaste que hiciera... —me miró perplejo—, que hablara con Elena...

—Lo siento, pero no recuerdo nada.

—Entonces, no importa —respondí apartándome de él.

—Vamos, doctor; no me puede dejar en el aire de este modo. Cuénteme.

Vacilé. Tal vez era mejor dejarlo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

solo. Pero había el riesgo de que se enterase de otra forma más dolorosa. Elena sería tan directa con él como lo había sido conmigo. Tal vez yo pudiera endulzarle el trago adelantándole lo que sabía.

—Me dijiste que estabas enamorado de Elena. Me encargaste que averiguase qué pensaría ella. Me dijo que...

—¡Alto, doctor! No me interesa; no quiero saberlo.

Había enrojecido repentinamente, y su mirada traslucía una tremenda agonía interior.

—Estaba demasiado borracho; no supe lo que decía... Olvide lo que le dije; se lo ruego, doctor.

La voz se le cortó; se quedó con la boca abierta, como si quisiera proseguir; hizo un gesto con la cabeza, para alejar el pensamiento, y se inclinó otra vez sobre la dínamo.

Sentí su dolor y su desesperación, como un cuchillo que atravesaba mi alma. Me llené de compasión y ternura por el sufrimiento de este hijo espiritual mío. Al mismo tiempo, se levantó en mí una oleada de rebeldía, contra el destino que permite sufrimientos como éstos en las personas más dignas de ser felices.

NO sé cuánto tiempo habré pasado en silencio, junto a Guillermo, que fingía trabajar como si nada hubiera pasado. Puedo ahora decir que fué el momento de más hondo dolor y compasión que ha sentido mi alma. La entrada de Elena y Roberto me sacaron de mi abstracción.

Una mirada al rostro radiante de Roberto y a la serena faz de Elena bastó para hacerme saber los resultados de la entrevista. Sorprendí la mirada de Elena, y le hice una señal con la cabeza, indicándole a Guillermo. Ella la comprendió inmediatamente e intentó retener a Roberto. Pero era demasiado tarde. Su voz entusiasta resonó en el laboratorio:

—¡Guillermo! ¡Doctor! ¡Felicítenos!... ¡Nos vamos a casar!

Como yo sabía los efectos que este anuncio causaría sobre el espíritu de Guillermo, la súbita rigidez que atiesó su espalda inclinada sobre la dínamo no me causó sorpresa. Pareció como atontado por un mazazo en el cráneo. Luego le acometió un repentino temblor, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Cuando se incorporó, parecía perplejo aún, pero logró mal que bien dibujar una sonrisa.

Guillermo no era tan inmaturo como él pensaba; lo comprendí al seguir, instante por instante, este proceso de autosuperación. Sin embargo, por suavizar la situación, dije estas inútiles frases:

—¡Santo cielo..., es demasiado pronto...! Déjenme darme cuenta... Sí, por supuesto, los felicito... ¡Pero me han dejado sin aliento!

Roberto se echó a reír, y Elena sonrió dulcemente. Guillermo se acercó a ellos; les estrechó la mano con lentitud y deliberación; no se atrevió a decir nada. Elena, con su mano en la de Guillermo, le sonrió. Yo, que estaba al tanto de todo, vi que a ella se le había cambiado el color de los ojos. No tenían ya el sereno azul profundo de unos momentos antes, sino un color indefinible, que no cuadraba con la sonrisa que mantenía en sus labios. No sé si me engaño por mi hipersensibilidad, pero lo que yo vi en esos ojos era una compasión tan profunda como la mía.

Sacamos los vasos y las botellas, para brindar.

ROBERTO y Elena se casaron antes del fin de aquella semana. No sé cómo habrá tomado la cosa sir Wálter, aunque era evidente que nada podía ya asustarlo. El hecho es que les dejó un chalet que tenía cerca de la fábrica, con amplias facultades para amueblarlo como ellos quisieran, y a costa de él. Algunos maliciosos dijeron que les cedió el chalet porque nunca lo había podido alquilar, pero lo del amueblamiento contradice esta hipótesis.

Mi vida y la de Guillermo cambiaron bastante. Transferí mi clientela a un médico joven, que quería también casarse, y me pidió que le alquilara mi casa. Yo, a mi vez, le propuse a Guillermo ir a vivir con él a la "cueva", y aceptó encantado.

Aparte de toda otra razón favorable a mi traslado, estaba la necesidad de organizar la administración de nuestra empresa. Esto nos obligó a Guillermo y a mí a trabajar duro. Hubo que instalar oficinas, comprar escritorios, máquinas de escribir y calcular, útiles, etcétera. Tuvimos también que planear organismos de administración, producción y ventas y convenir los detalles de la campaña de publicidad que tendríamos que lanzar de inmediato.

Mientras estuvimos sumergidos en este trabajo, Guillermo, si no exactamente feliz, parecía a lo menos olvidado. Era una suerte que tuviera el hábito de entregarse al trabajo y dejarse absorber, cualquiera que fuese, mientras se vieran sus resultados.

Y de veras que conseguimos resultados. En una semana y media preparamos todo lo necesario. Sólo faltaba que volvieran Elena y Roberto, para que comenzara a funcionar nuestra flamante empresa.

Lo malo es que volvimos a quedarnos con las manos vacías, y Guillermo empezó a dar vueltas como un animal enjaulado, es decir, que volvió a la situación que yo hubiera querido evitar. Lo peor es que no podía encontrar recurso alguno para sacarlo de ella. Lo tenté con toda suerte de propuestas, pero no mostró interés alguno. Hasta me respondió con un encogimiento de hombros cuando le propuse que fuéramos a Londres para asistir a una serie de conciertos. Sin embargo, al atardecer del cuarto día de estar inactivo, consintió en venir a "El Faisán" a tomar unas copas.

—Pero que sean pocas, doctor. No quiero dar el espectáculo de la vez pasada.

Pocas bastaron para ponerlo en excelente estado de espíritu. Por primera vez después de tantos días, volvió a reír de buena gana; hizo chistes, y habló de todo lo imaginable con gran volubilidad. Me sentí rejuvenecer otra vez, como en la buena época de nuestras charlas, cuando su inteligencia y su fe me abrían cotidianamente horizontes nuevos y maravillosos.

Al regresar a casa y del modo más inesperado, él mismo sacó el tema que hasta entonces ambos habíamos evitado cuidadosamente.

—Doctor, aunque ya es historia antigua, ¿le molestaría decirme cómo le respondió Elena cuando usted le habló?

—Te estima mucho. Se mostró sorprendida de tu interés por ella, y no podía imaginarse qué cualidades le habías encontrado. Pero dijo que, si no fuera por Roberto, se hubiera casado contigo. Creía posible llegar a quererte

---

Pida peras al olmo

HAY gente que cree que la plata crece en los árboles. Pues ahora resulta que no estaba tan equivocada. No precisamente la plata, pero, sí, el oro. Se ha descubierto que la hierba denominada "cola de caballo" contiene 135 g de oro por cada tonelada. Algunos expertos consideran que no es difícil encontrar un método de extracción que permita obtener el metal a precios más bajos que lo que cuestan los métodos comunes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y le hubiera gustado que compartierais juntos un hogar. Ya ves que no había motivo para tus inhibiciones y desconfianza respecto a ti mismo.

Esto último lo dije porque era verdad y para que Guillermo pudiera aprovechar constructivamente su experiencia. Él tardó un rato en responderme.

—Comprendo que estuve un poco exaltado. La verdad es que había pensado demasiado; me había dejado torturar por factores ajenos a mi relación con ella. La última verdad es que yo tenía conciencia de que Roberto era más indicado para ella. Pero lo que dijo Elena me ayuda mucho. Es muy bueno de su parte.

—Vamos, Guillermo; no se trata de nobleza o de bondad —le repliqué, con el propósito de quebrar su absurdo sentimiento de inferioridad—; tú tienes tantas o más cualidades que Roberto para satisfacer a Elena o a cualquier otra mujer.

—De todos modos, es mejor perder así. Por lo menos, estoy en segundo lugar.

No le respondí. Él volvió a encerrarse en su silencio. Habíamos caminado un buen rato cuando volvió a hablar nuevamente.

—Mi mejor cualidad es la inteligencia...; si la sé usar, puede que no haya perdido todavía...

No añadió nada más, ni se explicó. Yo me sentí perplejo y no me atreví a insistir.

A la mañana siguiente se levantó mucho antes que yo.

—Vamos, doctor; está listo el desayuno.

Volvimos a conversar mientras desayunábamos. Guillermo parecía de buen humor.

—¿Qué es eso que estás dibujando? —le pregunté después de un rato.

—¿Qué?... ¡Ah, sí!; es un modelo perfeccionado de reproductor. El que tenemos sirve para comenzar; pero es completamente provisional. Cuando obtengamos un poco más de capital, tendremos que reconstruirlo de acuerdo a estos planos.

—Supongo que no has dejado nuestro propósito inicial de no tener nada más que un aparato.

—Por supuesto, y sólo nosotros lo manejaremos. No sé si usted ve todas las consecuencias que tendría el que nuestro reproductor cayese en manos de gente sin escrúpulos.

—No sé si las veré todas; pero las que preveo me parecen suficientes para preocupar.

Guillermo trabajó toda la mañana en la mesa de dibujo. Me pareció que había encontrado por fin una actividad que ocupara sus pensamientos y lo mantuviera alejado de sus preocupaciones. Al parecer, mi franca narración de lo que Elena me había dicho había aplacado sus dudas interiores y lo había decidido a aceptar los hechos como eran. Su observación de que su mejor cualidad era la inteligencia, la interpreté en el sentido de que, si se hubiera casado con Elena, habría tenido que distraerse de la ciencia, y que por fin se había aquietado respecto de su vocación.

Por la tarde salió solo a dar un paseo. Tardó bastante en volver. Entró por la parte de atrás, y no me di cuenta de ello hasta que me sorprendió saliendo repentinamente de su dormitorio. Por su expresión algo culpable, deduje que había escondido allí algo que no quería que yo viera. Supe después que mi conjetura era acertada, pero no le hice entonces ninguna pregunta. No era asunto mío. Preguntar sería inoportuno.

Luego se sentó a la mesa de dibujo, y seguía llenando hojas y hojas cuando yo me fuí a la cama.

Me despertó de pronto el zumbido de la dínamo y de los demás aparatos conectados al reproductor. La dínamo no estaba todavía bien asegurada, y hacía temblar el piso de mi habitación como un pequeño terremoto. El olor acidulado del aire azotado por las emanaciones eléctricas entraba en mi cuarto, a pesar de la puerta cerrada.

Pensé primero en levantarme e ir a ver qué estaba haciendo Guillermo; pero se me ocurrió que podía estar trabajando en una experiencia secreta y que no le gustaría que me inmiscuyera. Si no era un secreto, ya me lo diría él a la mañana. Y aguanté con estoicismo el ruido.

Cesó por fin.

Hubo un momento de silencio; después, el ruido de instrumentos de vidrio que chocaban unos con otros; luego, silencio otra vez.

—¡Maldita sea! —exclamó Guillermo, y la voz llegó debilitada hasta mis oídos.

Al cabo de un rato se oyó un zumbido extraño, cuyo tono cambió varias veces. Se detuvo abruptamente.

Escuché, lleno de curiosidad, con la mayor atención.

Nuevas maldiciones de Guillermo.

Más zumbidos, durante largo rato.

Un largo silencio.

Luego, "¡Maldita sea!"..., y mil veces "¡Maldita sea!".

Las últimas imprecaciones de Guillermo fueron creciendo en intensidad y desesperación, hasta convertirse casi en sollozos histéricos. La inestable emotividad de Guillermo había sido trastornada por completo ante el fracaso de algún experimento del cual esperaba mucho.

Esta vez fué el ruido de materiales de vidrio que se estrellaban. No me alarmé; no se trataba de un accidente. Igual que cuando era niño, Guillermo acababa de arrojar algo contra una pared o el suelo, o había destrozado algo de un puntapié.

Lo último que oí antes de que el sueño me venciese fué el ruido metálico de una pala o de una azada. Guillermo estaba cavando en el jardín.

A la mañana me había olvidado de todo; pero me acordé al ver el piso del laboratorio lleno de fragmentos de vidrio. Guillermo no se había levantado todavía. Aproveché su ausencia para hacer una exploración por el jardín. Fuera lo que fuese lo que había enterrado, era un objeto pequeño. El trozo de tierra excavada y apisonada medía menos de medio metro cuadrado. Lo examiné y no pude llegar a ninguna conclusión; pero luego advertí que en diversos puntos del jardín había otras huellas de excavaciones semejantes.

Cuando Guillermo salió de su habitación, no mencionó para nada los trabajos de la noche. Tampoco lo hice yo. Volvió a examinar sus dibujos, y se concentró sobre la mesa de trabajo, para adaptar un nuevo aparato.

La tarde me encontró en ese penoso estado de ánimo que acomete a las personas que acaban de jubilarse o retirarse, y no saben qué hacer con todo el tiempo libre que les queda. Salí a dar un largo paseo por el campo, que aproveché para meditar sobre Guillermo, Elena y todos los problemas pendientes.

Cuando volví, el aire del laboratorio estaba nuevamente electrizado. Comprendí que Guillermo había estado usando otra vez el reproductor, y con malos resultados, porque encontré al muchacho tirado en una silla y con cara de sentenciado.

—Guillermo —le pregunté—, ¿te pasa algo últimamente? ¿Puedo servirte de ayuda?

Tardó un rato en responderme.

—No me pasa nada, doctor. Les pasa a mis teorías. No creo que usted pueda ayudarme, ni tampoco Roberto. Estoy solo, y solo tengo que salir adelante. Todavía no he perdido la esperanza.

—Bueno, Guillermo. Lo único que te pido es que no lo tomes tan a pecho. No sé si entiendes lo que te quiero decir.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Sí, doctor, y se lo agradezco. Pero esto es muy importante para mí. Si no lo logro, mi vida quedará tan vacía como la de Elena antes de que la conociéramos.

Dijo estas palabras con tanta sinceridad y sentimiento, que mi fastidio por su reserva se desvaneció instantáneamente. Volví a sentirme paternal.

—Lo siento —le dije—. Espero que resulte como lo deseas. Pero no te dejes atrapar demasiado por el trabajo.

—No lo haré —respondió.

Guillermo se levantó, poniendo fin a la conversación, y se acercó a la mesa de trabajo, para seguir con su aparato. Era una especie de motor eléctrico, con un tubo de vidrio, pistones y conexiones de goma.

—¿Te molesta que te pregunte qué es eso? Me parece más un aparato de medicina que de física; pero no logro reconocerlo.

—Es una adaptación de un aparato del Instituto de Psicología y Terapéutica Experimentales de Moscú. Está basado en el "autoyector" del doctor Briukonenko... Usted a lo mejor leyó algo sobre él...

—Creo que no —le respondí; pero él no me explicó nada más.

Trabajó en su aparato toda la tarde. Hacía una hora que yo estaba en la cama cuando el zumbido de la dínamo penetró en mis nervios haciéndolos vibrar. Unos segundos más, y todos los aparatos del reproductor entraron en funcionamiento. Aguanté un cuarto de hora, pero no pude más. Me levanté, me puse la bata y entré en el laboratorio.

No había dado dos pasos cuando se apagó la luz. Me detuve, temeroso de tropezar con algún aparato o recibir alguna descarga fatal.

—Guillermo, ¿estás ahí?

—Sí —erspondió fríamente.

—¿Apagaste tú la luz?

—Sí.

—Pero, ¿por qué diablos?... ¿Qué pasa?...

—Asuntos privados —respondió en seco.

—Perfectamente. No me opongo, pero si son privados, ¡que lo sean de veras! No me interesa verlos, y mucho menos oírlos. Si quieres trabajar en experimentos secretos, me iré a "El Faisán" y me quedaré allí hasta que termines; pero, ¡por amor de Dios!, déjame dormir esta noche.

—He terminado con la máquina, por esta noche.

Sus palabras eran cortantes y su tono seco e hiriente. Otras veces lo había visto en esta situación. Es que su cólera desencadenada por la frustración, había dejado el lugar a una furia contenida, como la de un volcán.

—He terminado con todo este maldito asunto... Si no resulta esta vez, se acabó para siempre... Estoy harto. No me importa lo que piense nadie. Si quiere usted ver, ¡mire!

Encendió la luz, y lo vi plantado ante las campanas de cristal del aparato, con las piernas separadas, las manos en los bolsillos y una expresión de desesperación en el rostro.

—¡Mire! —insistió, señalándome las campanas.

El objeto que estaba en la primera campana, y que acababa de ser duplicado en la segunda, era un conejo inmóvil y muerto en apariencia. Nunca se me había ocurrido la idea de que el reproductor sirviera para duplicar seres orgánicos, tal vez porque hasta entonces sólo habíamos hablado de obras de arte, productos químicos, joyas, etc.

—¿Están muertos? —pregunté, señalando a los conejos.

—Ninguno de los dos está muerto; pero uno sólo tiene vida —respondió Guillermo.

La extrañeza que esta enigmática respuesta me causó debió leérseme en el rostro, porque Guillermo se apresuró a explicarse, con tono más amable.

—El conejo que sirvió de modelo está vivo, pero dopado; el segundo no está muerto, porque nunca tuvo vida. Esto es lo que me falla: los duplicados no llegan a vivir.

—Tal vez porque no están destinados a ello...

—No diga frases vacías, doctor... Roberto dijo lo mismo cuando hicimos el primer experimento. Lo convencí de que igualmente debíamos intentarlo..., y el resultado fué exactamente éste —con un gesto oblicuo, señaló al reproductor—. El conejo original se repuso sin huellas del experimento, una vez que desapareció el efecto de la anestesia; pero el duplicado no pasó de un pequeño montón de carne rígida, con sus músculos y nervios encogidos, como lo habían estado los del original mientras sufría el paso de la corriente eléctrica. Lo masajeamos, le inyectamos adrenalina, probamos todos los sistemas para resucitarlo, pero fué en vano.

—¿Por qué no me avisaste?... Hubiéramos podido abrirlo y actuar sobre el corazón directamente.

—Así lo hicimos, y de nada sirvió. Roberto se dió por vencido, aunque nunca tuvo demasiado interés. Sólo me queda un recurso por intentar: el autoinyector. No sólo actúa como una bomba en reemplazo del corazón, sino que además oxigena la sangre inyectada. Si fracasa, me doy también yo por vencido.

—Pues hagamos la prueba de una vez —propuse, observando los conejos a través de las campanas.

—¡Gracias, doctor! —exclamó Guillermo con voz quebrada por la emoción—. Yo sabía que podía contar con usted.

—Déjate de agradecimientos, y conectemos el autoinyector.

—Antes hay una o dos operaciones preliminares.

Guillermo se encargó de ellas. Una era evitar la coagulación de la sangre. Las otras dos no las recuerdo exactamente, y aunque las recordara, no las mencionaría aquí: no se han de divulgar secretos que pueden ser utilizados para el mal.

Finalmente conectamos el autoinyector, y la bomba comenzó a funcionar con ritmo regular y firme.

Ochenta segundos después, las patas traseras del conejo se estiraron, como para un salto automático, que no se realizó, porque el animal estaba tendido de costado.

Guillermo se enjugó nerviosamente el sudor que le corría por la frente.

Noventa y cinco segundos... Las orejas del conejo se irguieron, y su costado se hinchó, como si respirase.

Cien segundos... Fruncimiento característico de la nariz.

Ciento doce segundos... Se abrieron los ojos.

Ahora jadeaba y se estremecía, completamente vivo y en estado de gran excitación; pero no lograba controlar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su cuerpo. La parálisis continuaba dominándolo parcialmente.

Guillermo detuvo el autoinyector, soltó los tubos de goma y comenzó a masajear al conejo. Los movimientos de sus manos eran torpes, y sus ojos ardían como si estuviera poseído por una intensa fiebre. De rato en rato lanzaba extraños suspiros de excitación.

Repentinamente, el conejo se contrajo y saltó de las manos de Guillermo con un brinco violento. Cayó al suelo. Sus miembros, inseguros aún, cedieron al choque. Cayó de espaldas, se incorporó y saltó nuevamente.

Guillermo se dejó caer en un banco, lanzando convulsas risotadas y estremeciéndose por todos sus miembros. La tremenda tensión soportada durante tantos días acababa de ceder, y Guillermo quedó agotado, como caído en el vacío.

Fuí a buscar la botella de whiskey. Al regresar, lo encontré sollozando y mirando con expresión de enajenamiento al conejito que seguía corriteando por el laboratorio en busca de una salida. Le serví un buen trago. Lo apuró mecánicamente. El alcohol lo reanimó. Me miró y me dijo:

—Bueno, doctor; la vida puede ser duplicada. ¿No le parece que el secreto es muy sencillo? Sólo hay que inyectar sangre en las venas del duplicado artificial y bombearla hasta que el corazón entre en acción por sí mismo. Pero me falta lo más difícil: reunir mis fuerzas para pedirle a Roberto que me deje preparar *un duplicado de Elena... ¡para mí!*

Capítulo V

Tardé bastante en recobrarme de la consternación que las últimas palabras de Guillermo me produjeron. Por fin pude articular con relativa naturalidad:

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí.

Hice un tremendo esfuerzo interior por acomodarme a la nueva situación.

—Dejemos de lado los factores personales por un momento —le propuse— y examinemos las cosas en sí mismas. En primer lugar: ¿es realmente posible?; ¿podrás duplicar la personalidad exactamente como el cuerpo?; ¿no hay peligro de que el nuevo ser resulte una copia sin vida personal, una especie de gramófono, o de que quede estancado en la misma situación en que comenzó a vivir, incapaz de progreso o desarrollo?; ¿tendrán la mente y el cuerpo la coordinación propia de un ser viviente, o habrá que enseñarle a usar su cuerpo?

—Si no hubiera pensado de antemano todo esto y no lo hubiera resuelto, no insistiría, doctor. Además, créame; no hay ningún riesgo para Elena. Estoy totalmente cierto. Lo último que haría es ponerla en peligro.

—Si en efecto todos estos peligros están absolutamente descartados, tu idea no es objetable.

—Yo sabía que a usted le chocaría mucho todo esto, doctor. Lo entiendo perfectamente. Tuve que soportar una terrible lucha interior antes de resolverme a seguir con este proyecto. Pero ya estoy resuelto; no tengo otro remedio. Tengo que tener a Elena. No puedo vivir sin ella. Por una especie de milagro tengo en mis manos esta oportunidad. Si no la aprovecho, toda mi vida me maldeciré por haberla dejado... No, *no puedo* dejarla escapar —insistió ensimismado.

—Te entiendo, Guillermo, y siento lo mismo que tú sientes. Pero, ¿no es esto en última instancia una resolución que depende de Roberto y Elena, más que de ti?

—De Elena, sí.

—Y de Roberto también. ¿Te parece que a un esposo le puede agradar la idea de que se haga una copia de su mujer para pasar a manos de otro...? Eso... eso es abaratar la mercadería.

—Doctor..., me ofende —replicó Guillermo ruborizándose.

—Discúlpeme; no fué mi intención.

—No se trata de compartir a Elena: su duplicado será una persona distinta. No enteramente distinta, pero no la Elena de Roberto. Será mi esposa. Elena es la que debe decidirlo. Aunque esté casada, su cuerpo y su alma le pertenecen aún... Roberto no se ha adueñado de ellos como de un mueble cualquiera.

—No seas tonto —le respondí, fastidiado un poco a mi vez—. Nadie dijo que Elena fuera propiedad de Roberto. Pero un marido tiene ciertos derechos sobre su mujer.

—Si sigue enfocando todo esto como si se tratara de un adulterio, le recomiendo que se vuelva a la cama antes de que me enoje. Lo único que sé es que, si yo estuviera en el lugar de Roberto y él en el mío, no vacilaría en hacer por él lo que ahora le pediré.

—Perfectamente; pero es Roberto quien debe decidirlo.

—Insisto en que la decisión corresponde a Elena. Ella le dijo a usted que haría cualquier cosa por ayudarme, que no tendría inconveniente en casarse conmigo. Lo único que lo impedía era que no podía desdoblarse. Bueno, pues ahora sí lo puede. Sin perder a Roberto, ni defraudarlo en nada, puede satisfacernos a ambos. ¿Qué hay de malo?

—Absolutamente nada —le respondí—, salvo que le exiges demasiado. Es muy generosa y nunca tiene en cuenta los inconvenientes que se le puedan presentar.

—No tendrá ninguno; estoy sinceramente cierto. ¡No creerá usted que puedo causarle algún mal deliberadamente!...

—Por supuesto que no. Pero..., bueno, no es asunto mío.

—No. Es asunto de Elena.

—De todos modos, mejor será que hables primero con Roberto.

—No se preocupe, doctor. Ya le dije que así lo había pensado desde un principio.

Me despedí y volví al grato calor de mi cama. Pero tardé muchísimo en conciliar el sueño.

Al día siguiente me enteré de que Elena y Roberto habían regresado de su luna de miel la noche anterior. Después de desayunarme, salí para un largo paseo solitario, con la intención de hacer tiempo antes de visitar a los recién venidos. Guillermo también había salido a caminar. Probablemente estaba "ventilando los pensamientos", como decía él cuando necesitaba pensar algo caminando.

Encontré a la pareja acomodando los muebles de la casa y haciendo planes acerca de las obras de arte "originales", que conseguirían mediante el reproductor.

—¡Hola, doctor! —me saludó Elena con su naturalidad acostumbrada—. ¿Cómo le ha ido? ¿Qué tal se ha por-

Vuelos petrolíferos

Un ingeniero sueco ha inventado un nuevo método para descubrir petróleo... ¡desde un avión! Se basa en el hecho de que el petróleo impide la difusión de diversos minerales radioactivos, en los terrenos que ya ocupa. Basta entonces con colocar en el avión un medidor de radiaciones, y esperar a que haya una "baja" de la radioactividad, para decir "¡aquí está!" Una gran ventaja es que, con este método, no solamente se puede apreciar la extensión del yacimiento, sino también su profundidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tado Guillermo con usted? ¿Quiere un trago?

Roberto me sonrió indicándome a Elena con una señal, como para darme a entender que el matrimonio no había cambiado su indescriptible carácter. Él me saludó más seriamente.

—¿Lo pasaron bien? —les pregunté, cayendo en una de esas preguntas estúpidas que uno, sin saber cómo, se ve obligado a hacer contra su voluntad y sabiendo perfectamente que son estúpidas.

Por supuesto que lo habían pasado bien, y me lo dijeron, contándome al mismo tiempo los sucesos más graciosos, con una verbosidad y algazara que indicaban claramente cuán enamorados estaban. Por mi parte les hice un resumen de las actividades que Guillermo y yo habíamos desarrollado para organizar nuestra compañía.

—Está todo listo para comenzar en cuanto ustedes estén dispuestos.

—¿Mañana? —sugirió Roberto, mirando a Elena.

—Sí, querido —respondió ella observándolo a través del vaso que tenía en la mano—. ¿Y dónde está Guillermo?

—Salió a caminar; pero no me extrañaría que se apareciera en el momento menos pensado.

No había acabado de decirlo, cuando sonó el timbre. Era Guillermo.

Entró con su paso nervioso habitual. Por el desorden increíble de sus cabellos comprendí que había estado luchando con sus pensamientos. Parecía sin embargo que había llegado por fin a una decisión, pues su frente estaba cortada en dos por la arruga profunda que en él indicaba una resolución definitiva.

De todos modos, se las arregló bastante bien para saludar como si nada sucediera y para decir las frivolidades propias de la ocasión. Vi, empero, que Elena había descubierto en su rostro la preocupación que lo embargaba.

Parecía que el muchacho estaba dando vueltas en su mente a algún modo indirecto de abordar la cuestión; pero su paciencia o su imaginación debieron fracasarle, porque de pronto y con bastante torpeza le dijo a Roberto:

—Roberto, me he olvidado de que tenía que hablar algo importante contigo..., a solas. Doctor, ¿querría usted... enterar a Elena?

Y sin hacer caso de la expresión asombrada de Roberto, lo tomó del brazo y medio lo arrastró hacia el jardín.

Elena lo siguió con la vista y luego se volvió hacia mí y me preguntó serenamente:

—¿Qué le pasa a Guillermo?... A diez kilómetros se le veía que estaba preocupado... ¿De qué se trata?

—Se trata de ti —le respondí.

—¿Quiere decir que no se ha repuesto?... ¡Cuánto lo siento por él! Debe de ser terrible...

—No te imaginas cuánto. Ni siquiera sé cómo decírtelo.

Ella encendió un cigarrillo y me lo alcanzó.

Inspiré profundamente y el humo pareció devolverme la claridad y la serenidad. Comencé un poco incoherente, pero pronto me repuse y logré exponerle en pocas palabras el resultado de los experimentos de Guillermo, de modo que cuando llegó el momento de explicarle su intención, me resultó bastante fácil.

—Es desconcertante, ¿verdad? —fué el único comentario de Elena, que de ningún modo parecía desconcertada.

—Así es —le respondí.

Encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior.

—Bueno, le agradezco, doctor, por haberme preparado el ánimo antes de decírmelo. Espero que Guillermo haya sido tan hábil como usted, pero creo que Roberto va a recibir el golpe más terrible de su vida.

Yo era de la misma opinión.

—No necesito preguntarte si tú harás como desea Guillermo —le dije—, si es que Roberto no se opone; pero..., ¿consentirá él?

—Cuando se reponga del choque, sí. Pero le costará muchísimo hacerse a la idea y pedirá un poco de tiempo. Toda su educación, todas sus convicciones se levantarán contra la idea; pero, o no lo conozco en absoluto, o su conciencia vencerá: no es hombre para dejar porque sí a Guillermo en sus sufrimientos.

Me pareció que Elena había logrado penetrar en el interior de Roberto, durante los pocos días de la luna de miel, mucho más de lo que yo había logrado en años de relación.

—En seguida lo veremos —le respondí—. Ahí llegan.

Ambos venían igualmente tiesos y evitando mirarse el uno al otro. Sus caras tenían la misma expresión pétrea.

Elena estalló en una carcajada.

—¡Por amor de Dios, no lo tomen a la tremenda! Parecen un jurado que vuelve con el veredicto de "culpable".

Ambos le respondieron con una sonrisa forzada y recobraron su anterior expresión.

Roberto se situó junto al fuego, en actitud oratoria. Se limpió la garganta con un carraspeo. Sin duda era él quien tenía la palabra.

—Este... —comenzó.

—Sí —dijo Elena.

—¿Conoces la propuesta de Guillermo?

—Sí —repuso ella.

—Con consentimiento mío, ¿estarías tú dispuesta a...?

—Sí, sí —reafirmó, interrumpiéndolo antes de que completara la pregunta.

Guillermo tenía la mirada fija en el suelo, pero pude ver cómo el rubor subía por sus mejillas.

Roberto se volvió hacia la ventana para ocultarles el rostro. Yo lo pude observar de perfil. Por un momento, la máscara de su autodominio se deslizó, dejando en descubierto un sentimiento confuso pero penetrante. Debió de haber confiado en que Elena respondiera que no. Vi cómo esa esperanza moría y cómo el dolor se reflejaba en su faz. Pero la máscara cubrió nuevamente sus sentimientos.

Con voz tan serena como su expresión, dijo:

—Muy bien. Yo sugiero (y Guillermo está de acuerdo) que esperemos tres meses antes de intentar... eso. Necesitamos pensar bien qué nos proponemos y aclarar nuestras responsabilidades. Ya sé que tú no das importancia a problemas como éste, Elena; pero yo siento que es tremendamente serio. ¿Qué opina usted, doctor?

—Estoy de acuerdo en que esto no es un paso que hemos de dar irreflexivamente. Pero si transcurren los tres meses y Guillermo sigue con la misma intención de ahora, no veo ninguna objeción, antes al contrario. Tres meses es un plazo suficiente para aclarar todo.

Elena miraba entre tanto a Guillermo.

—¿Estás de acuerdo, Guillermo? —le preguntó con una voz tan suave que era casi una caricia.

—Sí, Elena —murmuró Guillermo—. De todos modos necesitaremos dos meses por lo menos para instalar el nuevo reproductor.

LOS meses corrieron rápidamente, tal vez demasiado. La "Compañía Multiplicadora", cuyas bases habíamos esbozado aquella noche en "El Faisán", estaba lanzada. El radium dejó de ser una substancia rara y costosa que debía guardarse cuidadosamente. Partiendo de una aguja prestada por mi amigo Hake, fabriqué radium para abastecer a todos los hospitales y sanatorios del mundo.

Los beneficios que la máquina trajo al mundo médico solamente, son incal-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

culables. Drogas raras, específicos difíciles, los aparatos más complicados, que antes debían producirse de a uno y con trabajo de meses, podían ser ahora producidos en masa. En la campana del reproductor modificado, colocamos diez frascos de una substancia rarísima, que habíamos rebañado de todos los laboratorios del mundo. Los duplicamos, y pusimos los diez frascos originales con los otros diez. Ahora fueron veinte los frascos duplicados, cuarenta luego, ochenta después, y seguimos así hasta que la gran campana quedó completamente repleta por algo así como mil botellas, que a los pocos minutos pudieron dar origen a otras mil.

Salvo algunas piezas de museo, nos negamos a duplicar las piedras preciosas. La razón es obvia: el mercado de piedras preciosas se basa en su escasez. Producirlas en serie habría sido provocar una convulsión económica.

En cambio, nos dedicamos de lleno a las obras de arte. Los grandes museos nos prestaron sus cuadros o esculturas, y las bibliotecas, sus códices e incunables. Día a día llegaban a la "cueva" comisiones de técnicos trayendo algún tesoro de arte o alguna reliquia histórica.

Pero lo más interesante de todo fué el trabajo que Guillermo había anunciado a Elena la noche de su primera conversación: la producción en masa y a precios bajos de obras de arte para los hogares. Elena se encargó personalmente de este aspecto de la tarea. Matisse, Monet, Murillo, Rubens... pasaban de los museos (adonde otrora se peregrinaba desde todos los lugares del mundo) al hogar de familias modestas o a las aulas de los colegios.

Como Guillermo había augurado, nuestro trabajo causó una profunda modificación de las artes plásticas. El pintor y el escultor vieron ensanchado su público casi tanto como el poeta, el novelista o el periodista. Ya no sintieron que su obra se limitaba a los pocos visitantes de un museo o a los visitantes ocasionales de la pinacoteca de un millonario.

Desde el primer día estuvimos literalmente sitiados por los periodistas. Posamos interminablemente, nos sacaron instantáneas, nos sometieron a interrogatorios inacabables, hicimos innumerables demostraciones teóricas. Me libraba de un reportero y ya estaba otro preguntándome:

—¿Y qué piensa *usted*, doctor?

La cámara de televisión retrocedía y avanzaba para tomar enfoques generales o de cerca. Cuando me encontraba frente a ella, la boca se me secaba y me sentía angustiado.

Las respuestas agudas y desconcertantes de Elena eran las que tenían más éxito y las que encabezaban los artículos y las planas de los diarios. Roberto se esforzaba cortésmente por quitar importancia a los hechos. Después de oírlo, muchos quedaban con la impresión de que el hecho no era tan portentoso una vez que uno se hacía a la idea. Guillermo hablaba con una docena de periodistas a la vez, los bombardeaba con palabrotas técnicas, les hacía esquema tras esquema y diagrama tras diagrama, y los dejaba exhaustos y convencidos de que el reproductor era el descubrimiento científico más extraordinario de todas las épocas.

Después, todo se fué tranquilizando lenta y progresivamente. Comenzó el contacto con las instituciones artísticas con la producción de objetos de arte que he descrito anteriormente. Junto con la producción de objetos de arte y material científico, que seguía un ritmo firme y bien calculado, se trabajaba en el montaje del nuevo reproductor.

Llegaron las Navidades y pasaron, sin que casi lo advirtiéramos. Nunca, ni durante las peores epidemias del pueblo, dormí tan poco y trabajé tanto. Se cumplieron los tres meses. El reproductor agrandado entró en funcionamiento, con un rendimiento cuatro veces superior al del antiguo. No era un aparato nuevo, sino el mismo reproductor primitivo, mejorado pieza por pieza y cuidadosamente ajustado. El sistema para el funcionamiento de la Compañía, que Guillermo y yo habíamos preparado, funcionó perfectamente. Pronto pudimos establecer un nuevo plan con días rotativos de descanso, aunque la verdad es que nunca hicimos uso de ellos, porque todos estábamos absortos y entusiasmados con el trabajo que teníamos entre manos. De todos modos, era un gran alivio contar con un día libre cuando uno lo necesitaba.

Y así llegó el día inevitable.

Impensadamente, fué Roberto mismo quien suscitó la cuestión, la víspera de aquél día de eterna memoria.

Tuvimos muy poco trabajo, de modo que para las seis de la tarde habíamos terminado todo.

Yo estaba fumando a solas fuera de la casa, cuando salió Roberto fumando también su pipa, con aire despreocupado. Su presencia me pareció totalmente natural, y estaba a punto de hacer una observación sobre el tiempo, cuando habló, encarando de frente la cuestión. Comprendí entonces que había buscado una oportunidad para hablarme a solas.

—Doctor, he hablado con Guillermo, y sigue firme en su decisión. Tenemos que hacerlo de una vez. Será mañana a la mañana.

—¡Oh! —exclamé por decir algo, pues no había nada que añadir.

—Tenemos que preparar el aparato. Cosas sin importancia, algunas conexiones y rectificaciones de circuito. Pero quiero también que hagamos algunas pruebas. No podemos arriesgarnos. Preferiría que Elena no estuviera aquí.

—Supongo que Guillermo pensará igual —le respondí.

—Sí. Sería como hablar de una operación quirúrgica delante del paciente. Sé que Elena no se pondría nerviosa, pero yo estoy ya en tensión. La tarde es muy linda, y hemos terminado el trabajo del día... ¿Por qué no saca a Elena en el coche a dar una vuelta?

—Muy bien. Se lo propondré como cosa mía.

—Muchas gracias.

Elena aceptó con entusiasmo mi invitación.

Capítulo VI

Habíamos terminado.

El fragor de la creación había pasado como una tormenta de verano, y aunque el olor fosforado de la electricidad todavía flotaba en el aire del laboratorio, se sentía la calma que sigue a los grandes acontecimientos ya consumados.

De pronto, un pájaro cantó en el jardín, y, como si se hubieran despertado de nuevo mis facultades auditivas, percibí la respiración jadeante de Guillermo. Cuando Roberto se inclinó para observar la campana de vidrio en la cual Elena yacía insensible, el encantamiento que nos retenía se disolvió bruscamente.

—Déjame verla —le dije, acercándome.

Él tosió para limpiarse la garganta antes de responderme:

—Parece que está muy bien.

Me acerqué a mi vez para observarla.

—Respira con más fuerza, pero serenamente. Contracciones musculares —dije, mirando a Guillermo de reojo mientras se inclinaba en la segunda campana sobre una segunda Elena, pálida como cera y enteramente inmóvil—. Levantemos la campana.

Roberto la levantó y quitó los alambres que estaban unidos a la cabeza y los pies de Elena.

—Yo la atenderé. Prepara tú el baño caliente —le ordené.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Él asintió con un gesto de cabeza y salió, no sin dirigir una última mirada a su esposa, sumida en el sueño letárgico de las drogas.

Guillermo dejó el cuerpo que había traído a la existencia entre un mar de energía invisible, y se me acercó.

—¿Puedo hacer algo, doctor? —me preguntó, excitado y tembloroso.

—No mucho, mientras las manos te tiemblen de ese modo. Pero puedes preparar el té.

—Con mucho gusto —murmuró, y salió a la carrera.

Miré el cuerpo desnudo de Elena. Tenía una rodilla levantada. Sus manos estaban agarrotadas; sus ojos, entreabiertos, y los rasgos armónicos de su rostro estaban evidentemente perturbados por las contracciones que el paso de la corriente había provocado.

Comencé a masajearla con fuerza, esforzándome por ablandar los tenaces nudos de músculos y devolverles la soltura, especialmente a los músculos del diafragma. Trabajé sin pausa y sin aflojar, porque quería conjurar las contracciones antes de que se desvaneciera el efecto del soporífero.

Después de un largo rato, comenzó a moverse en mis manos. Ya había conseguido relajar sus músculos torácicos, y ella comenzaba a respirar con mayor firmeza. Suspiró. Abrió los ojos. Sus pupilas estaban incoloras y carentes de expresión. Me miró. Vi cruzar por sus ojos un relámpago de conciencia, que se desvaneció inmediatamente. Roberto se deslizó a mis espaldas y se inclinó sobre ella.

—¡Elena!... —exclamó sollozante—. ¿Estás bien?

En vez de responder, sonrió ella dulcemente, estiró una mano, atrajo la cabeza de su marido y juntó su boca con la de él.

Sólo entonces me acordé de la silenciosa imagen de la otra campana. Al mirarla, quedé admirado una vez más. Hubiera podido jurar que era Elena la que yacía allí, con la rodilla levantada, los músculos agarrotados y la cara distorsionada. Era una Elena muerta, y al verla no pude reprimir un estremecimiento de miedo y de horror.

Guillermo entró con una bandeja en la que había una humeante tetera y tazas. Su mirada ansiosa se posó primeramente en Elena, a la que Roberto había ayudado a sentarse y en ese momento cubría con una bata. Luego, sus ojos saltaron a la otra imagen, tendida inmóvil en la segunda campana, y la miró como si hubiera esperado que un milagro le hubiese dado vida durante el momento en que él estuvo ausente.

—¿Cuál es tu último recuerdo? —pregunté a Elena.

—Me veo acostada sobre la plataforma, con la campana suspendida sobre mí, y pensando que iba a parecer un sándwich de jamón cuando la campana me cubriera.

Todos soltamos una carcajada.

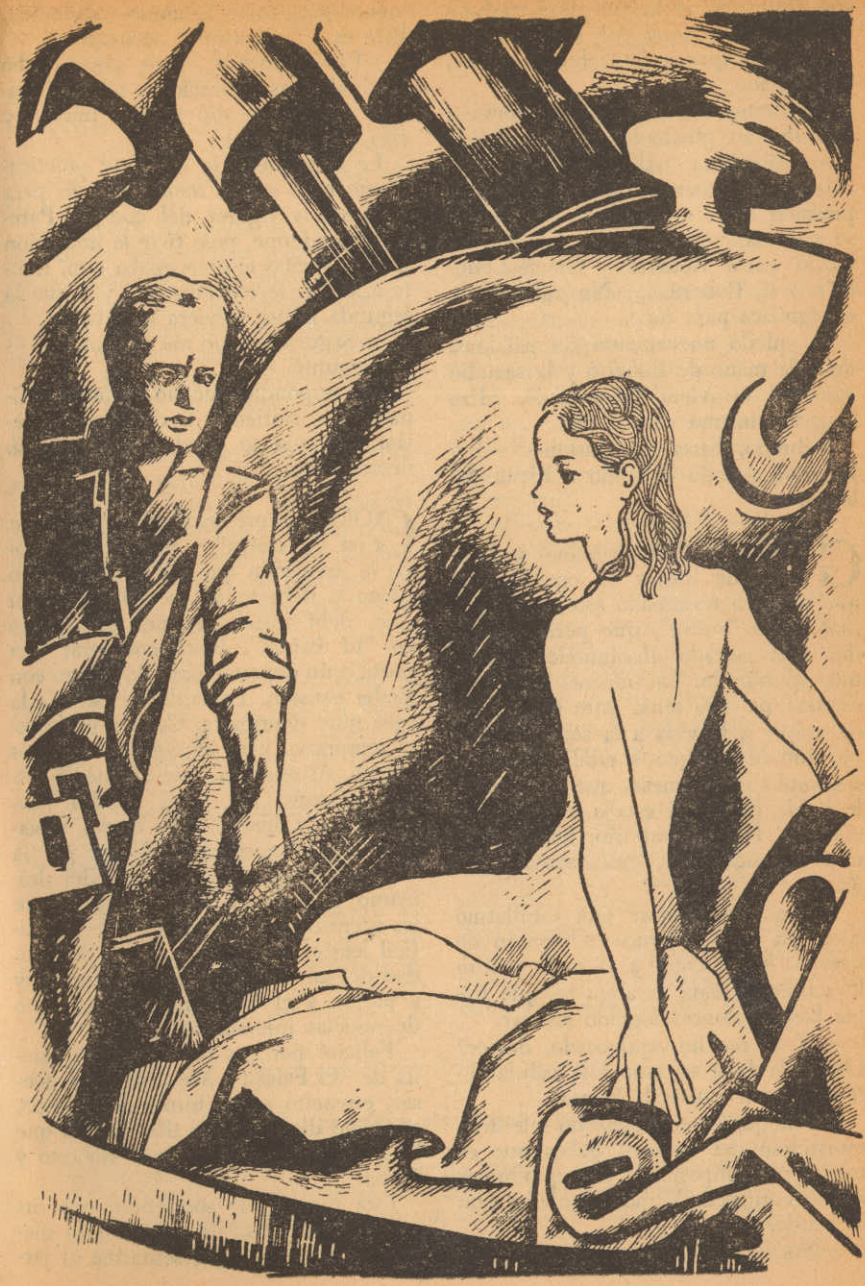
—Luego, alguien me ató los cables a la cabeza y a los pies, y cuando la campana empezó a bajar, perdí el conocimiento.

Elena hablaba con la mayor naturalidad; pero yo sabía que, pese a los masajes, cada músculo de su cuerpo le dolía como si se lo estirasen con una tenaza. Le ordené que tomara el té, se metiera en el baño caliente, y luego de abrigarse bien se fuera a su casa y reposara en cama el resto del día.

Cuando estuvo vestida, volvió para echar una mirada a su melliza inmóvil. Me dí cuenta de que le había impresionado la tensión y dureza de la figura congelada, pero no dejó traslucir su impresión.

—Muy parecida —fué lo único que comentó.

Levantó la mirada; la posó en el rostro de Guillermo, que miraba fijamente a la efigie inmóvil, evidentemente atenaceado por la duda y la ansiedad; no sé lo que pasó por su mente al mirarlo, pero estoy seguro de que



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fué algo más de lo que dejó traslucir su comentario, que fué simplemente:

—Espero que sea una buena esposa, Guillermo.

Guillermo dió un respingo, como si lo hubieran pinchado con un alfiler.

—¿Cómo?... ¡Ah!, gracias, Elena. Ninguna otra muchacha se hubiera prestado a... —se detuvo secamente, se pasó la lengua por los labios y se volvió hacia Roberto—. Gracias también a ti, Roberto... No sabes cuánto significa para mí...

Se quedó nuevamente sin palabras, tomó la mano de Roberto y la sacudió como si estuviera bombeando. Hizo luego lo mismo con Elena.

—Bueno, basta de efusiones —dijo Roberto, y salió llevando a Elena del brazo.

GUILLERMO nos había pedido, antes de iniciar el experimento, que no bien terminado éste nos fuéramos de la "cueva", que permanecería dos días cerrada absolutamente para todo el mundo. Las razones eran evidentes: no sólo tenía ante sí la tarea de volver a la vida a la segunda Elena, sino de averiguar si estaba dispuesta a cumplir las promesas que su original le había hecho, si estaba enterada de ellas... De lo contrario, habría muchas explicaciones embarazosas que darse.

No es de admirar que Guillermo fuera en ese momento un montón de nervios. Me acerqué a él, y de pronto le sobrevino toda la angustia que había hasta entonces logrado sofocar.

—¿Y si me he equivocado, doctor? Una sola falla en una sola célula cerebral puede causar la locura...

—Tranquilízate, muchacho —le dije, tomándolo del brazo—. Sabes que es totalmente imposible: el reproductor no se equivoca. Vamos, ¿quieres que te ayude?

—No, doctor, quiero estar enteramente solo, como habíamos convenido. Este es... un asunto personal.

—Perfectamente; pero antes debo darte algunas indicaciones sobre el masaje. Elena me dió mucho trabajo y esto va a ser igual.

Le expliqué y le hice ver prácticamente cuál era el mejor método para suprimir la rigidez del cuerpo. Pareció entenderme, pero tuve la impresión de que apenas le preocupaba esto, frente a lo que le esperaba una vez que la segunda Elena volviera a la vida.

—¿Seguro que no me necesitarás? —le pregunté.

Me respondió que no, y me fuí finalmente, sintiendo la desolación interior con que se quedaba frente a lo desconocido.

COMO no me era posible quedarme en la "cueva" y no quería aceptar la invitación que me habían hecho Elena y Roberto de instalarme en su casa, debí instalarme provisoriamente en "El Faisán", hasta encontrar una casita o un departamento de soltero con media pensión. La tarde de ese día la pasé muy deprimido. Cené y me acosté temprano, para ahuyentar las ideas negras. Al otro día, que amaneció resplandeciente, me sentí mucho más entonado y hecho a la nueva situación. El sol entraba a chorros por la ventana, iluminando la mesa del desayuno y haciendo brillar alegremente los utensilios de porcelana. Me fué difícil leer el diario, tanta era la intensidad del sol. Encontré el desayuno muy a punto, y el diario me pareció lleno de noticias interesantes.

Felicité por sus servicios a la dueña de "El Faisán". Me dediqué a pensar, envuelto en el humo de la pipa, en cómo distribuir mi día. Decidí que lo primero era una visita a Roberto y Elena.

Ésta me recibió sonriendo, con sus pullas habituales. Le respondí lo mejor que pude, y fuí a sentarme al jardín, junto a Roberto. Elena se alejó para atender a los asuntos de la casa.

—¿Habló Guillermo? —pregunté a Roberto.

—Hasta el momento, no. Creo difícil que hable hoy. Dijo que dentro de dos días... Aunque algo está pasando en la "cueva"...

Me señaló por sobre la balaustrada de ladrillos que rodeaba la galería. Desde la terraza se veía panorámicamente todo el valle y el pueblecito. Junto a la "cueva" se divisaba un auto amarillo, que reconocí como el taxi de Pike.

—¿Lo habrá llamado Guillermo?

—Sin duda. Yo estaba esperando a ver si salían...

El teléfono sonó en el líving. Roberto se levantó para atenderlo.

Oí su voz apagada por la pared, pero no pude enterarme de con quién o de qué hablaba, porque sus respuestas eran muy breves, casi siempre monosilábicas. El otro estaba haciendo el gasto en la conversación.

—¿Era Guillermo?

—Sí —respondió Roberto con un cabezazo—. Están para salir... Mire.

El viejo taxi de Pike, el único del pueblo, desapareció detrás de la casa para reaparecer a los pocos instantes con su portaequipaje atestado. Una figura, que aun a lo lejos pude reconocer como la de Guillermo, salió de la casa y abrió la puerta del coche.

Entonces apareció una tercera figura: una mujer. Lo único que se divisaba era su cabello largo hasta la espalda y su traje blanco. Mientras los hombres acomodaban las valijas, se quedó mirando, con la mano apoyada en la cadera, en una actitud displicente que reconocí, no sin un escalofrío: era la misma postura habitual de Elena. Adiviné su sonrisa burlona y el chispear de sus ojos.

Me volví a Roberto sin atreverme a preguntarle nada. Él se adelantó:

—Me parece, doctor, que ninguno de nosotros se habituará jamás a esta realidad.

Ambos permanecimos en silencio contemplando cómo el viejo carricoche jadeaba penosamente por la colina, levantando a su alrededor nubes de polvo. La voz de Elena vino a sacarnos de nuestro ensimismamiento.

—¿En qué piensan, jóvenes?

—Hemos visto a tu doble, Elena —le respondí.

—¿Vivita y coleando? —preguntó—. ¿Por qué no me llamaron? ¿Dónde está ahora?

—Salió con Guillermo para casarse de urgencia. Luego irán de vacaciones. Ambos estaban apurados por dejar Eastbourne. Dolly (así la bautizó Guillermo) te manda saludos. Guillermo me pidió que te los trasmitiera.

—¿No hablaste con ella personalmente?

—No.

—¡Qué lástima! A mí, en su lugar, me hubiera gustado *saludarme*.

Advertí que Roberto seguía pensativo. Para evitar un silencio embarazoso propuse que jugáramos una partida de bridge. Ambos asintieron, agradecidos a la oportunidad que les brindaba para pasar el mal trago.

La madera sirve para todo

UNA compañía norteamericana ha lanzado al mercado un nuevo producto de aplicaciones múltiples. Está fabricado a base de cedro rojo, y se vende en forma de polvo o diluído en agua. Lo bueno del caso es que se lo recomienda como muy eficaz, tanto contra la polilla... como para apagar el fuego en caso de incendio.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Capítulo VII

DOS semanas después me hallaba trabajando en la "cueva". Tenía en mis manos una réplica de la famosa cabeza de la reina egipcia Nefertiti, y meditaba mientras la acomodaba cuidadosamente en la paja de su embalaje. ¿Teníamos de veras derecho a esparcir hacia los cuatro puntos cardinales aquella belleza única? Sentí que nuestro trabajo era sólo la mitad. De nada servía que multiplicáramos las mayores bellezas artísticas de todas las épocas, si al mismo tiempo no podíamos multiplicar las almas sensibles que pudieran merecerlas. Sentí que éramos una especie de vándalos que profanábamos las viejas tumbas de los reyes. Posiblemente Nefertiti había querido que su rostro fuera preservado solamente para los ojos de un hombre...

Por extraña asociación de ideas, mi pensamiento se fijó en Elena. ¿Estaba sinceramente satisfecha del paso que había dado dejándose duplicar? Volví a proponerme una vez más todas las dudas que me carcomían, y como cien veces antes, las tuve que descartar nuevamente, perplejo y sin saber a dónde inclinar mi juicio.

Elena había ido a la estación para despedir a Roberto, que debía pasar el día en Londres arreglando un programa de reproducción con los expertos de la *Tate Gallery*, pero de un momento a otro ella debía llegar para ayudarme en el trabajo.

Escuché el ruido de un auto, voces apagadas, y Elena entró en la "cueva", vestida con blusa azul a rayas amarillas, que yo no le conocía y que le quedaba muy elegante. La luz del sol le daba en la espalda y convertía su cabello en una masa incandescente. Sus ojos parecían más oscuros que nunca, casi tan azules como el azul marino de su blusa. Esto fué lo primero que advertí en ella.

—Hola —exclamé—. ¿Qué trampa me has preparado?... No disimules; te lo leo en los ojos. Dímelo de una vez.

Sonrió misteriosamente sin responder. Miró la cabeza que yo tenía en las manos y me preguntó:

—¿La reina Nefertiti?

—¿Quién iba a ser? ¿María Antonieta? —le respondí, provocándola—. No sabía que tuvieras tan mala memoria para las caras. ¡Si tú misma la escogiste para reproducirla!... ¿No te acuerdas?

—No.

—Pero si anteayer...

—¿De veras? —preguntó con fingido asombro.

—Ya me doy cuenta... Quieres hacerme lo mismo que aquella noche con Guillermo: enloquecerme negando que hiciste lo que hiciste. Ya ves que no sirve. ¿Tomó Roberto el tren, o lo perdió, como de costumbre?

Su rostro cambió de expresión, tornándose serio de pronto.

—¿Cuándo se fué? ¿Es por mucho tiempo?

Levanté las manos con desesperación, haciendo esfuerzos por reprimir una maldición. De afuera llegó el ruido de un auto que partía.

—¡Eh! ¿Quién sale en el coche? —exclamé, corriendo hacia la puerta.

No llegué a atravesarla. En ese mismo momento entraba Guillermo, y chocaba una maleta de viaje. Por encima de su hombro vi el coche de Pike que desaparecía por el camino, seguido de su habitual nube de humo y polvo.

—¿A dónde va tan aprisa, doctor? ¿Quiere un taxi? ¿Lo llamo de vuelta?

—No..., no —murmuré confundido—. De modo que era contigo con quien ella hablaba hace un momento? ¿Qué tal te fué? ¿Dónde está...? Este...

Sólo entonces caí en la cuenta. Me volví bruscamente y no tuve ya duda.

—¿De modo que tú eres Dolly y no Elena?

—Efectivamente, doctor. Ya ve que no le mentía hace un rato.

Tuve que hacer un esfuerzo para sobreponerme. Miré a Guillermo interrogativamente, preguntándome si hacía en verdad falta una presentación. Me devolvió una mirada burlona. De modo que extendí mi mano a Dolly.

—Encantado de conocerte, Dolly.

—¿No nos hemos visto ya en alguna otra parte? —respondió Dolly, estrechándome la mano, con fingida perplejidad.

—Puede ser, pero no podría decirlo. Aunque, mirándola bien, su cara me parece conocida...

En ese momento se oyó a lo lejos el motor de un auto que se acercaba.

—Si no me equivoco, querido Watson —dijo Guillermo, tomando la pipa a lo Sherlock Holmes—, ése es el auto de Elena.

—Esto va a ser interesante —dijo Dolly, encendiendo un cigarrillo—. Espero no desilusionarla.

Guillermo no respondió. Acostumbrado como yo estaba a leer en sus estados de ánimo más recónditos, advertí que en su interior se agitaba una marea de dudas y preocupaciones. Su espíritu se balanceaba de una Elena, de la que se había enamorado locamente, a la otra Elena, con la que se había casado. Se mostraba incierto y medroso ante el momento decisivo que se acercaba.

No tuvimos mucho tiempo para cavilar: el auto se detuvo con un chirrido de frenos, la portezuela chocó al cerrarse, y Elena entró en la "cueva".

Miró fijamente a Dolly. Su rostro no dejó traslucir la menor sorpresa; solamente curiosidad y amistad. Advertí entonces que Dolly tenía exactamente la misma expresión. Era como contemplar a una persona que se está mirando en el espejo.

—¡Hola! —comenzaron a decir las dos simultáneamente—. De modo que tú eres...

Y ambas se detuvieron al mismo tiempo, al comprender que las dos habían comenzado la misma frase. Ambas soltaron la carcajada, mirándonos de reojo a Guillermo y a mí, curiosas de ver cómo reaccionábamos. Yo me reí, divertido e incómodo a la vez.

—Bueno —dijo Guillermo—, ¿qué opinan la una de la otra? Pero... contesta tú primero, Elena.

—Me venía preguntando qué diría, desde que me crucé en el camino con el taxi de Pike y sospeché que Dolly hubiera vuelto. Y ahora que llegó el momento..., me he quedado sin palabras. Mi primera impresión es que no me creía así. Me parecía que yo...

—¿Eras más alta? —interrumpió Dolly—, ¿tenías el busto más desarrollado?

Elena asintió sonriendo.

—Sí, eso es lo que yo creía. Uno nunca puede verse por completo en un espejo, aunque sea un espejo triple. Por ejemplo, yo nunca me he podido ver a mi gusto la nuca.

Elena se dió vuelta y mostró su espalda y cuello a Dolly, quien los examinó críticamente.

—No está mal, —fué su veredicto—. Nuestras piernas están bastante bien, ¿no es cierto?

—Déjame ver —dijo Elena, y estudió a Dolly desde atrás.

—No se preocupen por nosotros —intervino Guillermo secamente—. ¿Se dió cuenta de cómo les gusta a las mujeres examinarse unas a otras? Parece que los hombres apenas existimos para ellas...

Sin volverse hacia nosotros, y como si no nos hubiera oído, Elena preguntó a Dolly:

—Supongo que a ti también te asquea la presuntuosa superioridad que se atribuyen los varones.

—Por supuesto.

—Discúlpenme que las interrumpa, señoritas, pero aquí hay que trabajar y ustedes no parecen muy dispuestas. Les sugiero por lo tanto que vayan a dar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una vuelta para entrar en confianza mutuamente. Entonces yo podré despachar este envío de duplicados de Nefertiti —les dije, buscando quedarme con Guillermo.

—Yo lo ayudo, doctor —exclamó éste—. Y ustedes, cotorras, a charlar a otra parte y traten de no tirarse todavía de los pelos.

—Un tipo agradable, el doctor —comentó Dolly cuando se encontró a solas con Elena—, aunque un poco anticuado.

—Eso es lo que siempre he pensado —respondió Elena, pasando su brazo por el de su melliza.

Guillermo se volvió hacia mí y me preguntó:

—Y... ¿qué le parece, doctor?

—Me parece que será un éxito. Felicitaciones, muchacho.

—Muchas gracias. Ha salido todo mucho mejor de lo que yo esperaba. Soy feliz —exclamó con un suspiro de alivio—. *Por fin* soy feliz y me siento dueño de mí mismo.

—Me alegro de oírtelo decir —le respondí—. Lo mereces. Tu suerte ha sido bastante adversa, y era hora de que cambiase. Por supuesto que no todo es suerte. Has luchado mucho, has pensado y has trabajado. Espero que Dolly te resulte bien.

—Estoy seguro, Doctor. Bueno, vamos a terminar con esas Nefertitis.

Se quitó la chaqueta, se arremangó y se entregó con ardor al trabajo de embalar.

—¿Qué tal tiempo tuvisteis? —pregunté para llevar la conversación al tema anterior, pero esta vez con más cuidado de no escarbar demasiado hondo. Durante la media hora siguiente, mientras trabajábamos, le oí hablar del tiempo, de los paisajes, de las personas que había conocido, de las aventuras y peripecias que habían vivido juntos. Guillermo era un hombre nuevo; estaba excitado como un colegial que regresa de sus primeras vacaciones.

AL atardecer, los cuatro (Guillermo Elena, Dolly y yo) nos reunimos para esperar la llegada de Roberto. El tren que él había proyectado tomar debía entrar a las 19.32. Eran las ocho menos cuarto, cuando Elena expresó:

—Es evidente que ha perdido el tren. Y yo tengo hambre...

—¡Por Dios, Elena! —le repliqué—. ¿Cómo piensas que puede llegar en trece minutos desde la estación?

—Yo lo hago en diez minutos.

—Pero todo el mundo sabe que tú corres como una loca con el automóvil.

—Y yo también tardo diez minutos —intervino Guillermo.

—Y yo —añadió Dolly.

—¡Santo Cielo!... Esto no es una casa, sino un asilo de alienados. ¡Ojalá llegue pronto Roberto, que es el único que conserva la cabeza en su lugar!

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró Roberto.

Se quedó helado y sin poder abrir la boca al ver a Elena sentada tranquilamente, junto a Dolly, en un sofá. Vi el esfuerzo que hacía por recobrar su máscara de imperturbabilidad.

—Preséntame, Guillermo, por favor.

Guillermo lo miró un poco desconcertado por la formalidad que se le pedía; pero yo creí ver que era un mero recurso de Roberto para disimular su penosa incapacidad en distinguir cuál de las dos era Dolly y cuál Elena. Ésta pareció comprenderlo así, pues vino rápidamente en su ayuda.

—Por favor, Roberto..., ¡no digas que no reconoces siquiera mis vestidos!

—No es cierto; me acuerdo perfectamente del que llevas...

—¿Cómo puede ser, si es la primera vez que me lo pongo?

¡Traicionera Elena, que siempre encontraba el modo de filtrarse a través de las defensas para asentar su golpe!

Guillermo intervino para ayudar a Roberto, y formuló con sencillez la presentación:

—Roberto, te presento a Dolly; Dolly, te presento a Roberto. Ahora digan los dos: ¿no nos hemos conocido en otra parte?

—¿No la he conocido en otra parte? —preguntó sonriendo Roberto.

—La respuesta es la del libro de urbanidad: ¡No, y haga el favor de retirarse, si no quiere que llame a un policía! —respondió Dolly.

Hubo algo en el tono de su respuesta aparentemente intrascendente, que me hizo examinar con atención su rostro. No, nada pude descubrir en ella, a no ser cierto matiz verdoso en sus pupilas, semejante al que solía teñir los ojos de Elena en sus momentos de tristeza.

—Si ustedes quieren saber qué hora es... —comenzó Roberto.

—Es la hora *de cenar* —completó Elena.

RECUERDO que gran parte de la conversación estuvo dedicada a comparar los gustos de Elena y Dolly en materia de comidas. La concordancia seguía siendo extraordinaria. Ambas detestaban el repollo; ambas eran partidarias decididas de los encurtidos, y ambas se manifestaron dispuestas a repetir los arenques.

—Esto tiene su ventaja —dijo Elena a Dolly—: no me tendré que quemar las cejas pensando qué comprarte para tus cumpleaños. Bastará que piense en lo que a mí me haga falta.

—Sí, pero no vamos a poder sorprendernos una a la otra.

Todos nos dedicamos entonces a desarrollar las posibilidades humorísticas que surgían de esta perfecta identidad de gustos, y llegamos a consecuencias absurdas y graciosísimas. Guillermo estaba de excelente humor, y discurrió algunas de las situaciones más inconcebibles.

Roberto, en cambio, se mantuvo más bien en actitud de afectuosa deferencia, como si realmente estuviera convencido de que su corta relación con el duplicado de su esposa no lo autorizaba a ponerse con ella en plano de camaradería. Confieso que me irritaba un poco, aunque me lo explicaba perfectamente por el conservadurismo innato en él; mas yo no veía razón alguna para considerar a Dolly como una persona distinta de Elena y en consecuencia tratarla de otro modo. Dolly estaba ya al tanto de todas las peculiaridades de mi carácter y bromeaba conmigo y me hostigaba exactamente igual que Elena.

Decidí que había que darle a Roberto su tiempo, pues no se le podía pedir a todos la misma conducta, y me dediqué a observarlo. Sorprendí muchas veces su mirada, que pasaba de una muchacha a la otra, y leí en ella algo que no era tan sólo curiosidad, y que me pareció duda y recelo.

Debatimos luego el plan para justificar la presencia de Dolly. Decidimos propalar la versión de que Dolly era melliza de Elena; que Guillermo la había conocido durante una estada en Eastbourne, y que había mantenido con ella noviazgo por correspondencia.

—Todo eso está muy bien —objetó Dolly— hasta que alguien me pregunte en qué trabajaba en Eastbourne. No puedo inventar rápidamente una mentira, y puedo quedarme sin saber qué responder. ¿Qué les parece que diga?

—Diles que recogías mariscos en la playa o que saltabas en paracaídas dos veces por semana, excepto los días de mal tiempo —dijo Guillermo.

—Estoy pensando en tu padre, Roberto —prosiguió Dolly sin hacer caso de la salida de Guillermo.

—No te preocupes por él —respondió Guillermo—. Le parecerá lo más lógico que me haya casado por correspondencia con una acróbata.

—No le hagas caso, Dolly —dijo Roberto—. No habrá ningún problema. Mañana te lo presentaré, si quieres.

—Ya me lo presentaste otra vez.

Roberto la miró sin comprender.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—En mi anterior encarnación —explicó Dolly sonriendo.

—Por supuesto, discúlpame. Ésta es una situación demasiado nueva, y no termino de acomodarme a ella. Supongo que necesitaré un tiempo para habituarme.

—También a mí me resultó extraña; pero me voy sintiendo mejor, especialmente después de el paseo de esta tarde con Elena.

—¿De qué hablaron?... —preguntó Guillermo con curiosidad.

—De mil cosas... Por ejemplo, de los zapatos. A ambas nos molestan en los talones, porque durante mucho tiempo anduvimos descalzas, cuando niñas, ¿recuerdan?

—Bueno, ¡basta de charlas! —dijo Guillermo—. Tengo que comunicarles un asunto de importancia.

—¿Cuál, cuál? —preguntamos todos tumultuosamente.

Guillermo sacó de su bolsillo unas cuantas páginas de anotaciones garabateadas.

—Tengo aquí, ya estudiado, un sistema para producir energía atómica fácilmente, a bajo precio y en un volumen mucho más importante que el conseguido hasta ahora. No se necesita ninguna técnica complicada. Un niño normal de seis años podrá operar el equipo.

—¡Un nuevo lío! —gruñí.

Roberto pareció interesado. Guillermo acercó su silla, desplegó sus anotaciones y comenzó a explicárselas, olvidado por completo de nuestra existencia.

—Fíjate: dándole a p un valor de 8,75, y suponiendo que...

—Todo eso lo preparó durante nuestra luna de miel —comentó secamente Dolly.

—Tú me inspiraste, querida —le respondió Guillermo, devolviéndole el sarcasmo con una mirada llena de cariño.

Y sin ocuparse de nosotros, continuó explicándole a Roberto.

Elena, Dolly y yo nos miramos unos a otros.

—Si hubiera uno más, podríamos jugar al bridge —dijo Elena.

—¿Conoces el chiste del sabio que enloqueció? —sugerí.

—Probablemente —respondieron Elena y Dolly al mismo tiempo.

—Si esperan un momento, les explicaré todo en términos sencillos. No sean impacientes —dijo Guillermo.

—Nos cree chicos de seis años —murmuró Elena.

Uno o dos minutos después, Guillermo se esforzaba por explicarnos. Parece que el principio que utilizaría era totalmente distinto del reproductor. El reproductor no producía energía atómica. El nuevo sistema estaba basado en una reacción en cadena de equilibrio inestable. Metafóricamente, era como desencadenar un alud: uno empuja una piedra, ésta empuja a otra, y cada una de ellas a otras a su vez, hasta que el alud cobra una fuerza totalmente desproporcionada con el impulso inicial. Luego, usando algo así como una turbina (sé hasta qué punto resulta infantil mi explicación, pero no podría hacerme entender de otro modo que como yo la entendí) se canaliza la tremenda fuerza del alud, y se la almacena en una suerte de acumuladores, que la conservan lista para ser usada cómo y cuándo se desee.

—Como ustedes sabrán —prosiguió Guillermo—, están ya en funcionamiento equipos fundamentalmente semejantes al que proyecto; pero su imperfección, exceso de tamaño y dificultad de operación son increíbles. Comparados con mi proyecto, resultan como una de las primeras máquinas de escribir frente a una portátil para avión. Con mi procedimiento, una persona podría llevar en su cartera (y usarla fácilmente) la energía necesaria para desagotar por completo el mar Negro.

—¿Y para qué le puede interesar vaciar el mar Negro? —preguntó Dolly.

Roberto carraspeó.

—Guillermo se precipita, como de costumbre. Creo que el principio descubierto por él es realmente revolucionario; pero hará falta muchísima experimentación para llevarlo a la práctica.

—Totalmente innecesario —respondió Guillermo con vehemencia—. La teoría es coherente y eficacísima. Puedes construir de inmediato la máquina, y *necesariamente* tendrá que funcionar como te lo digo.

—¡He dicho! —comentó Elena con animación—. No hay más que hablar. ¿Qué inventamos ahora? ¿Un sacacorchos para zurdos? ¿Por qué se han de ver obligados a manejar el sacacorchos hacia la derecha?.. Esto es una intolerable dictadura de los no zurdos, y hay que aniquilarla. Queremos un sacacorchos democrático. Pienso...

—Te equivocas, Elena —interrumpió Guillermo—. Tú jamás piensas; jamás pensaste ni podrás pensar. Hablo en serio. Esto es lo más grande desde...

—¿Desde que hiciste el reproductor? —pregunté.

—Ya que usted me lo pregunta..., sí, desde entonces.

—Bueno, lo que yo saco en limpio es que estás decidido a consagrarte a tu nueva idea. En ese caso, ¿qué será del trabajo que estamos realizando con el reproductor?

—El doctor tiene razón, Guillermo. ¿Has pensado en esto?

—A eso iba —dijo Guillermo, tomando aliento—. Bueno, escúchenme. No sé cómo se sienten ustedes, pero, en lo que a mí se refiere, estoy harto del reproductor y no podría volver a trabajar en él. Yo soy físico teórico y no capataz de fábrica. La rutina de la producción me asfixia, y creo que a ti te pasa lo mismo, Roberto.

Roberto no apoyó a Guillermo, como éste esperaba.

—Puede que sea cierto, pero no podemos interrumpir el trabajo del reproductor. Hemos quedado de acuerdo en que no lo podemos dejar en manos extrañas.

—Por supuesto que no, ni hay ningún motivo. Entiendo que a usted le sigue interesando el trabajo, ¿verdad, doctor?

—Así es. No me importa ser un simple obrero, ganar el pan con el sudor de la frente... y todo lo demás. Hablando en serio: si me sacan ese trabajo, no sé qué sería de mí. Creo que entonces sería yo el que se enloqueciera. Creo sinceramente que el trabajo vale la pena, que tiene sentido, y yo disfruto haciéndolo. No me preocupa hacerme cargo de todo el trabajo, si puedo seguir ocupándome de él.

—Yo también —exclamaron a coro Elena y Dolly.

—Quiero decir que me gustaría ayudar —se corrigió Dolly.

—Creo —dijo Guillermo— que con ustedes tres es suficiente, sobre todo ahora que el trabajo es menos apremiante. Si vemos que aumenta demasiado, podemos contratar ayudantes para las tareas puramente materiales del empaque; por supuesto, fuera de aquí. Roberto y yo quedaríamos libres para nuestro nuevo proyecto.

—Parece que uno ya no tiene voz ni voto —comentó Roberto sonriéndose de la vehemencia con que Guillermo lo asociaba a sus proyectos, sin consultarlo—. Pero si todos están satisfechos con el arreglo que Guillermo propone, confieso que me gustaría seguir adelante con él.

Todos estuvimos de perfecto acuerdo.

Capítulo VIII

PASÓ el tiempo, y todo se fué arreglando por sí mismo, exteriormente al menos, dentro del nuevo marco de trabajo.

En el pueblo se aceptó sin suspicacia la fábula de las mellizas (aunque algunas personas juraban que jamás habían visto un parecido semejante),

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

especialmente debido a que la mayoría se había acostumbrado a la paradojal idea de esperar de Elena sólo lo inesperable.

Los padres de Roberto, sir Wálter y lady Heath, aceptaron sin ningún inconveniente a Dolly, porque su aversión inicial contra Elena había sido borrada por la cercanía y el mayor conocimiento. Se acostumbraron, pues, desde el primer momento, a considerarla como a una segunda Elena.

En la "cueva" vivíamos amontonados hasta un extremo increíble. En un rincón, Roberto y Guillermo trabajaban en el nuevo aparato, y se ocupaban incesantemente en hacer traer maquinarias cada vez más numerosas y complicadas. Cuando las chicas y yo teníamos que entrar, salir o movernos en torno al reproductor, corríamos peligro de quedar estrangulados por algún cable o de rompernos el cuello a consecuencia de algún resbalón.

Al mismo tiempo, yo vivía una experiencia curiosa: comenzaba a distinguir una de otra a las "mellizas". Al principio me enloquecían, porque una era tan irresponsable y traicionera para conmigo como la otra. Me sucedía con frecuencia que después de hablar una hora con Elena acerca de Dolly, o viceversa, descubría que Dolly se había hecho pasar por Elena. Era casi imposible para mí tratar ningún tema serio, sin riesgo de hallarme burlado.

Pero poco a poco descubrí que comenzaba a diferenciar intuitivamente a Dolly como "la más sosegada". Mientras Elena seguía punzante y perturbadora como siempre, Dolly estaba menos en la ofensiva, y se limitaba a aprobar con una sonrisa los ataques de su "melliza" contra los hombres o sobre cualquier otro tema que sabía nos podía escandalizar o hacer reaccionar.

Reuniendo indicios, fisonómicos especialmente, y comparando asiduamente las actitudes habituales de ambas, llegué a la conclusión de que a Dolly la atormentaba una pena interior, de la cual estaba libre Elena. Pronto descubrí que escuchaba distraídamente mis bromas contra Roberto y Guillermo, en defensa de lo que llamábamos nuestros "derechos territoriales". Con frecuencia la notaba ausente y cumpliendo mecánicamente la tarea que tenía entre las manos.

Desde que Elena fué mi paciente, yo había adoptado respecto de ella una actitud de tutor y sentía, sin duda presuntuosamente, que era mi obligación ayudarla en cualquier duda o conflicto interior que la molestara. Sabía que ella lo comprendía, que valoraba mis consejos y me los pedía cuando los necesitaba, aunque en último término sus decisiones siempre estaban basadas en el análisis personal que hacía de los hechos. Pero desde su matrimonio con Roberto, sentí que el peso mayor de mi responsabilidad para con ella recaía ahora sobre las espaldas de su marido, y no me atrevía a preguntarle por su vida interior, porque hubiera parecido mera curiosidad.

En cambio, mi celo de abuelo se dirigía hacia Dolly, principalmente porque ella conocía bien a mi hijo adoptivo y sabía que no podía confiar en su condición humana de consejero, como lo podía hacer con Roberto. Cierto que, desde su matrimonio, el estado emocional de Guillermo era muchísimo más estable. Se podía confiar en él mucho más que antes, y en general su estado interior era de apacibilidad. Pero no había dejado de ser impaciente y propenso a las conclusiones superficiales en materias que no eran de su competencia. Su asombrosa inteligencia seguía siendo excesivamente abstracta para descender acertadamente a los pormenores concretos.

Por consiguiente, cuando llegué a persuadirme de que Dolly estaba aquejada por alguna duda interior, me dije que debía hablarle a solas no bien se presentase la oportunidad para intentar sonsacarle cuál era el motivo de su malestar.

La oportunidad vino muy pronto e inesperadamente, aquella misma tarde.

La labor del día había sido multiplicar algunos trozos de bajorrelieves griegos, bastante pesados, y la tarea de llevarlos y sacarlos del reproductor fué bastante agotadora. Elena y Dolly llevaban uno entre las dos cuando, de pronto, el rostro de Dolly palideció más de lo ordinario, sus ojos se extraviaron y trastabilló.

—¡Doctor! —me llamó Elena, sin levantar demasiado la voz, pero con tono de gran urgencia.

Yo me percaté de lo que pasaba y corrí a sostener a Dolly, en el preciso momento en que se desvanecía por completo. Elena, con gran habilidad, tomó por el centro el bloque que venía sosteniendo por una punta, lo levantó con una fuerza increíble en sus brazos delgados (después me acordé de su práctica de natación cotidiana), lo depositó sobre un banco, e inmediatamente estuvo a mi lado para atender a Dolly.

Roberto y Guillermo trabajaban en las entrañas de la nueva máquina. Sólo entonces advirtieron lo que pasaba. Lleno de alarma, tropezando con los utensilios desparramados por el suelo, llegó Guillermo seguido de Roberto.

—¿Qué pasó? —balbuceó, fuera de sí por la angustia.

Elena lo tomó del brazo para impedir que se abalanzase sobre la desvanecida Dolly, y con tono tranquilizador le explicó aparte lo sucedido.

Le pasé un paño húmedo por el rostro y los párpados se contrajeron. Aparentemente se trataba sólo de un desmayo pasajero. Apoyé mi cabeza contra su pecho para auscultarla. Sus labios dejaron escapar un susurro, perceptible sólo para mí:

—Póngame en la cama, doctor; tengo que hablar a solas con usted.

Fingí no haberla oído. Me enderecé, me pellizqué los labios como si estuviera meditando indeciso, y dije por fin:

—No parece nada serio; pero no estoy del todo tranquilo. Quisiera examinarla más a fondo. Ayúdenme a llevarla a la cama y déjenme totalmente solo. Retírate tú también, Guillermo.

—Entendido, pero...

—No hay peros que valgan. Yo sé lo que debo hacer. Abre la puerta.

Obedeció torpemente. Levanté a Dolly, y me sorprendió lo liviana que era. Con ella a cuestas entré en el dormitorio que antes había sido mío y ahora era de Guillermo y Dolly. La deposité en la cama. Guillermo se arrodilló a su lado y se puso a estrechar y a besar sus manos, como si no fuera a verla más, mirando con ansiedad su rostro pálido.

—Por favor, Guillermo.

Se levantó lentamente e hizo ademán de protestar; pero yo lo empujé hacia la puerta.

—No tardaré —dije al llegar al umbral.

EN los segundos que tardé en cerrar la puerta, vi a Elena, que estaba a espaldas de Roberto. Me miraba fijamente a los ojos, con mirada enigmática. Yo me esforcé por mantenerme enigmático también, pero me alegré de poder interponer la puerta entre nosotros, antes de que nadie pudiera sorprender mis pensamientos e intenciones. Aunque, Dios sabe cuán confusos y vagos eran.

Me senté junto a la cama donde Dolly estaba acostada en una actitud exactamente igual a la de Elena cuando la vi por primera vez. Ella levantó su brazo y con su mano oprimió mi antebrazo en un mudo gesto de súplica y desvalimiento, que me penetró hasta lo profundo del corazón. Apoyé mi mano sobre el dorso de la suya y le pregunté con voz compasiva, como si

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hablara con un niño al cual hay que consolar:

—¿Qué querías decirme, Dolly?

No bien pronuncié la última palabra, se incorporó, se abrazó conmigo, escondió su rostro en mi pecho y comenzó a sollozar convulsivamente. Pero no lloró. Esos sollozos sin lágrimas fueron los más desgarradores que he oído en toda mi vida. Parecían quejidos de un animal que sufre. Tanto más cuanto que yo conocía su entereza y sabía que, cualquiera hubiera sido el motivo que los provocó, debía torturarla tremendamente.

Temblaba sin poder controlarse, de la cabeza a los pies. Advertí entonces, por primera vez, que había estado durante mucho tiempo al borde de una crisis de nervios, que sólo su poderosa y ejercitada voluntad había conseguido disimular. Poco a poco comenzó a sosegarse, y quedó relativamente en calma, aunque me di cuenta de que cada uno de sus nervios estaba en tensión como la cuerda bien templada de una guitarra. Luego comenzó a hablar confusamente, con frases entrecortadas, más articuladas después. Vi la angustia en sus ojos verdosos, y por primera vez tuve la revelación del monstruoso peso de las circunstancias que yo denomino *el triángulo de cuatro lados*.

—Temo haber sido muy estúpida..., que todos nosotros hayamos sido estúpidos, aunque sólo yo soy la gran culpable. Parece mentira que un grupo de personas inteligentes y con espíritu científico hayamos sido tan ingenuos como para pensar que yo iba a nacer de nuevo, en blanco como un bebé, y que mis sentimientos o ideas podían ser distintos de los de Elena. Pasamos por alto lo fundamental: que no era una nueva Elena la que traeríamos a la vida, libre para comenzar un camino nuevo, sino la vieja Elena, con los mismos recuerdos e impulsos que tenía en el momento de la duplicación... *He nacido locamente enamorada de Roberto.*

Al oír esto, me levanté de la silla, como si una corriente eléctrica me hubiera atravesado, y exclamé ante la súbita revelación de mi increíble ceguera sobre las consecuencias que debieron de serme obvias desde el primer momento:

—¡Qué imbécil soy!

Cariñosamente, Dolly me hizo sentar de nuevo.

—No se preocupe, doctor. El pasado no tiene remedio. El presente es lo que resulta... terrible. Nunca hubiera pensado que era tan insoportable. Es el suplicio de Tántalo, multiplicado. Lo tengo durante todo el día al lado mío, y sin embargo, no puedo acercarme a él. Algunas veces, cuando está junto a mí, me olvido de mi papel de Dolly y comienzo a hablar para recordarle algún incidente de nuestra luna de miel. Hasta el momento he podido reprimirme siempre; pero no sé cuánto podré aguantar. El día menos pensado me traicionaré. No estoy acostumbrada a vigilarme. Lo peor es que me siento manchada, haciendo la comedia de amar a Guillermo, siendo así que hasta la última parte de mi ser clama por Roberto.

Un nuevo estremecimiento la acometió. La presión con que me oprimía el brazo se hizo convulsiva. No hice ningún comentario. Me limité a palmearle y acariciarle su mano. Lo mejor era dejarla que se descargase de la tensión que la sofocaba. Ella continuó:

—Nunca olvidaré el momento en que recobré la conciencia después del... proceso, en el reproductor. Lo primero que vi fué la campana de cristal suspendida en lo alto sobre mí, mientras que mi último recuerdo era que la campana descendía para cubrirme como el apagador de una vela. Primeramente no pude recordar dónde estaba. Me acordé de pronto y me pregunté si el experimento había salido bien. Al instante, la horrorosa duda me sacudió: *¿era yo Elena o... la otra?...*

Recordé de inmediato el momento en que yo atendía a Elena, cuando recobró la conciencia y me miró con una mirada extraña: Elena había sentido la misma terrible duda que Dolly. ¡Cuán aliviada debió sentirse al oír que Roberto la llamaba por su nombre!

Pero Dolly no había tenido la misma suerte.

—Entonces vi a Guillermo inclinado sobre mí —prosiguió Dolly—. ¡Si usted hubiera visto la expresión desoladora de su rostro! Estaba pálido y sudoroso, me miraba con los ojos desorbitados, llenos a la vez de terror y de esperanza. No pudo articular ni una sola palabra. Mi cuerpo estaba todavía semirrígido. Guillermo había resultado un masajista bastante incompetente por culpa del estado de agitación en que se encontraba. Me incorporé con ayuda de Guillermo. Todos los músculos me dolían de un modo insoportable. Vi que no había nadie en el laboratorio, y la otra campana de vidrio, la que recordaba haber ocupado, estaba vacía. Elena se había ido con Roberto, y, sin embargo, yo, Elena, había quedado allí... Una desolación insoportable cayó sobre mí. La explicación es bien sencilla: había una ausencia taladrante donde antes había habido algo real y hermoso. El dolor de mi cuerpo no era nada ahora frente al dolor que me quemaba el alma. Me sentí físicamente enferma de frustración. Comprendí que desde ese momento comenzaba para mí una vida de oprobio. Y sin embargo mi presencia en el mundo tenía un propósito: salvar a Guillermo de esa misma desolación de espíritu que sobreviene cuando se ama a alguien que no tiene necesidad de uno. Comprendí ahora todo lo que había sufrido él. Allí estaba, ante mí, temblando con la esperanza de que yo sería por fin su salvación, mirándome con una interrogación no formulada. Entonces fué cuando decidí aceptar la misión que se me ofrecía: hacer la felicidad de Guillermo. Y tuve fuerzas para tenderle una mano, a la que él se aferró como un ahogado, y me dijo: "Me gustaría llamarte Dolly. Siempre me ha gustado ese nombre". Y yo, sonriendo, le respondí: "Soy Dolly".

En este momento, Dolly soltó mi mano y prosiguió así su confesión:

—Entonces comenzó la comedia. A toda costa tenía que evitar que Guillermo conociera la verdad, que lo hubiera aniquilado. Pudiera parecer extraño que no la haya entrevisto siquiera, pero todos sus sentimientos durante este proceso han sido anormales. Desde el comienzo actuó por sensaciones y no por razón. Estaba ciego por su necesidad. Su pensamiento estaba apremiado por la pasión, y el mismo pensamiento se encargaba de interponer una barrera para impedir el paso a toda "idea peligrosa" que pudiera estropear su ensueño... La primera medida que me pareció urgente tomar, fué alejarnos de la "cueva". Me moría de ansiedad por ver nuevamente a Roberto; pero sabía que desde ese mismo instante perdería toda mi capacidad de controlar mis reacciones en su presencia. Lo mejor era alejarme con Guillermo dando cualquier excusa; no volverlos a ver a todos ustedes nunca más. La excusa inmediata era nuestra luna de miel; y antes

---

Haló

El característico "Haló" telefónico proviene de la palabra húngara "hallod", que quiere decir "¿oyes?" en castellano. El hecho se debe a que fué un húngaro, Tivadar Puskas, quien instaló la primera central telefónica de Europa, en el año 1878.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de poderme sostener sobre los pies, comencé a apremiar a Guillermo para que nos fuéramos. Lo aceptó de muy buena gana, interpretándolo como un deseo de estar más cerca de él... Le aseguro, doctor —sollozó Dolly—, que puse todo de mi parte. Quiero mucho a Guillermo, como usted sabe. No podría herirlo de ningún modo. Si no hubiera conocido a Roberto, me habría enamorado de él seguramente. Pero lo encontré, y no puedo aguantar vivir cerca de él y, sin embargo, separada. Por eso quiero que me ayude, doctor. Si no viera a Roberto, mi cariño por Guillermo podría evolucionar hacia algo más grande.

Me miró anhelante, esperando de mí una solución. No pude ofrecérsela completa.

—Lo siento, Dolly, pero no se me ocurre ninguna solución para justificar una separación radical... Puedo decir que necesitas unas semanas de descanso en la Riviera. El tiempo y la separación pueden hacer mucho para que te libres de tu sentimiento por Roberto. De todos modos, hay que darle una oportunidad a Guillermo.

Dolly apartó su mirada y la fijó en la ventana, a través de la cual se veía un cielo cargado de nubarrones.

—Muy bien, doctor; lo intentaré. Quisiera creer que dará buen resultado...

—¿Lo dudas?

—No sé... Recuerdo bastante bien lo largos que se me hicieron los días en nuestra última excursión...; especialmente los últimos días. ¡Cómo contaba las horas que faltaban para ver a Roberto! Y el día que volví, él estaba fuera, en Londres. ¿Recuerda? Y cuando volvió... —la voz se le cortó, y tuvo que detenerse un momento, con la vista fija todavía en la ventana—. Cuando volvió, aquella tarde, yo estaba preparada por anticipado. Entonces podía aún dominarme. No creo que ahora pudiera aguantar otro golpe como el de aquel encuentro. Me trató como si fuera una extraña... Tuve que ser presentada. ¡A mi propio espos...! No, no debo decir eso. Pero el modo cortés y reservado con que se mostró para conmigo... era como si un bloque de hielo me apretase el corazón.

—Ahora ya está acostumbrado a la idea... Te trata con la misma cordialidad que a Elena.

—Sí, pero siempre lo hace forzadamente. Él ha levantado una barrera entre nosotros... No es imaginación mía. Entre él y yo hay una barrera que no existe entre Elena y él.

—¿Y qué te parece que piensa Elena de esta situación? ¿Sospecha algo de tu safrificio? ¿De qué hablaron el día que salieron juntas de paseo?

—De nada importante. No hablamos de Roberto. A usted le puede parecer extraño, pero me es tan difícil a mí como a usted penetrar en la mente de Elena. Sin embargo, no creo que tenga clara conciencia del problema: habría venido a verme y a afrontar la situación.

—¿Por qué no hablas con ella?

—¿Para qué voy a echar sobre sus hombros esta carga? No arreglaría nada.

—Tal vez entre las dos puedan hacer algo. A lo mejor se les ocurre algún arreglo.

Dejé pendiente la sugestión, para que ella se manifestase libremente.

Y ella me miró con sus grandes ojos verdosos por la pena.

—No es posible ningún arreglo sobre la base de un nuevo engaño. Todo esto está basado en la falsedad. Siento tener que engañar a Guillermo, pero no podría jamás engañar también a Roberto. No; debo irme; es la única solución posible.

—Bueno, Dolly. Pero ahora recuéstate un rato y descansa, mientras yo trato de arreglar esto con los otros.

—¿No pensará decirles la verdad? Por favor; se lo pido por Guillermo; no deje que él sospeche.

—No te preocupes. Tendré cuidado.

Guillermo estaba del otro lado de la puerta, paseando de un lado al otro.

—¿Qué tal está? ¿Qué tiene? ¿Puedo verla?

—Espera un minuto.

YO tenía que hablar en privado con él; pero para ello era necesario alejar disimuladamente a Elena y Roberto. Tomé un trozo de papel y escribí una receta.

—Roberto, Elena —los llamé—, ¿harían el favor de ir hasta la farmacia y traer este remedio?

—Anda tú, Roberto —dijo Elena—. Yo tengo que ver a Dolly.

—Perdona —dije—, pero nadie puede verla todavía; ni siquiera su esposo. Hay razones de importancia.

—También yo tengo una buena razón, doctor... ¿Quiere que se la diga?

Me miró fijamente a los ojos, y comprendí de inmediato que había adivinado lo que pasaba. Probablemente, a juzgar por su conducta anterior, lo había sospechado desde el momento en que Dolly se desmayó.

No le respondí. Ella entró con gran calma en el dormitorio, cerrando la puerta tras sí.

Guillermo la siguió con la mirada, evidentemente perplejo.

—¿Cómo...? —empezó a decir.

—No te preocupes —le interrumpí—. No le puede causar ningún daño. Pero tengo que hablar primero contigo.

—En seguida vuelvo —dijo Roberto y salió con la receta en la mano.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Guillermo—. ¿Qué pasa, doctor?

—Es muy sencillo: Dolly está sufriendo los efectos retardados de su "nacimiento". Yo sospechaba que esto ocurriría. Sus nervios no se han recuperado todavía por completo de la tensión que provocó en ellos la corriente eléctrica. Elena no se ha resentido, porque de inmediato la atendimos. A Dolly la dejamos demasiado tiempo en estado de tensión. Me parece que, a pesar de mis instrucciones, tus masajes no fueron adecuados. Además, está todo el proceso de acomodación y el trabajo intenso de todos estos meses. Todo esto junto ha terminado por derribarla.

—Yo tengo la culpa —exclamó Guillermo muy abatido—. Estaba demasiado ansioso de que se levantase. Yo lo embrollé todo. Daría cualquier cosa por que no hubiera sucedido. Tiene que descansar. Tiene que quedarse en la cama.

Me alegré de que mi improvisación hubiera sido tan fácilmente aceptada por Guillermo. El pobre muchacho estaba demasiado desolado para poder juzgarla objetivamente.

—Y conociéndola como la conoces, puedes creer que consentirá en quedarse en la cama *aquí*, con todos nosotros trabajando y conversando al lado?

—Pues tendremos que cerrar el laboratorio...

—Tenemos contratos que cumplir para fechas fijas —le objeté.

—¡Que se vayan al infierno!

—¿No te parece mejor que te la lleves a algún lugar de reposo, donde no tenga cerca ninguna tentación ni incitación al trabajo? Te sugiero algún lugar de clima cálido, como la Riviera. Mentón sería el lugar ideal: es el sitio más cálido y sedante de la costa. Tómate una segunda luna de miel tranquila.

—¿Cree usted que lo aceptará?

—Yo la obligaré.

Guillermo sonrió ante mi seguridad, sin saber que por primera vez mi jactancia estaba bien fundada.

—¡Ojalá!

—Hay una circunstancia... —observé—. La investigación que estás realizando con Roberto, tendrías que postergarla por algún tiempo...

—Cuando se trata de la salud de Dolly, nada importa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Tus... sentimientos para con ella son los de siempre? —insinué como al acaso, jugando con mi lápiz.

—Sí, doctor, y siempre serán los mismos. Es para mí lo único que cuenta en este mundo. Me siento un hombre nuevo. Ahora veo las cosas con un horizonte real. Dolly me ha salvado de la autodestrucción.

—Me alegro —le respondí.

Era evidente que revelarle la verdad hubiera sido destrozarlo, sin mejorar para nada el problema. Yo tendría que guardarme el secreto de Dolly, y Elena tendría que hacer lo mismo. Me acordé de que Elena estaba todavía con Dolly, y que yo debía asegurarme de que ella guardaría el secreto, sin comunicárselo francamente a Roberto y Guillermo, como hubiera sido su actitud normal.

—¿Puedo entrar ya?

Esta pregunta de Guillermo me arrancó de mis reflexiones.

—Mejor será que esperes hasta que Roberto traiga el calmante y ella esté en condiciones de discutir contigo el viaje. Yo prepararé el terreno, diciéndole que necesita reposo absoluto, y que tú hablarás con ella de los detalles. Mientras tanto, voy a llamar a Elena. Ya ha estado con Dolly demasiado tiempo. Discúlpame.

Entré. Elena estaba sentada en la cama, con un brazo en el cuello de Dolly, protegiéndola como una hermana mayor, y hablándole en voz baja y tranquilizadora. Me miró cuando entré. Yo cerré la puerta y me acerqué.

—Supongo que viene a echarme, doctor. Muy bien; me iré sin protestar. Sólo quise decirle a Dolly que cuente conmigo para cualquier cosa.

—Me alegro. ¿Cómo sospechaste lo que pasaba?

—¿Cómo hubiera podido *no sospecharlo*? —respondió Elena sobriamente—. El terrible pensamiento de haber perdido a Roberto, que se me ocurrió a mí al despertarme en el reproductor, tenía que habérsele ocurrido también a Dolly. ¿Por qué fuí tan estúpida que no lo advertí antes? Dolly es yo, hasta la última partícula de su cuerpo, como lo era yo misma aquel día en el laboratorio. Yo soy totalmente responsable por la situación de Dolly.

—La única persona responsable de mí, soy yo misma —dijo Dolly—. Nadie sino yo es responsable.

Elena le apretó la mano por toda respuesta.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté a Elena.

—Todo lo que haga falta.

—Por el momento, lo único que hace falta es que guardes silencio. ¿O crees que deberías decírselo a Roberto y a Guillermo?

—Confieso que me inclino a decírselo. De nada sirven los ocultamientos. Es un asunto que nos concierne a todos nosotros y entre todos tenemos que resolverlo.

—¿Y qué crees que haría Roberto? ¿Qué puede hacer él? En cuanto a Guillermo, lo aplastaría por completo.

—Tal vez sea mejor que él afronte las cosas ahora, cuando todavía no se han agravado, y no después, cuando el golpe será necesariamente más duro. Sé bien que sufrirá mucho; pero la vida consiste precisamente en sobreponerse a los choques con la realidad.

—¿Podrías *tú* aguantar un choque semejante?

Mi pregunta debió desconcertarla, pero no lo dejó traslucir.

—Bueno..., nunca se sabe, hasta que se ha hecho la prueba; pero yo procuraría acomodarme a las cosas como son. ¿Y usted qué piensa?

—Debes tener presente, Elena, que nuestra posición no es la de antes y que tu posición no es la que era, ni eres la misma mujer que eras antes. Antes eras enteramente independiente y autosuficiente, pero ahora has dejado que tu vida se entremezcle con las de otras personas. Puedes pensar que sigues siendo independiente; pero la vida de esas otras personas depende de la tuya... como creo que tú dependes de Roberto.

—Tiene razón, doctor —me respondió después de meditar unos instantes—. Las cosas han cambiado, y yo he sido cambiada por las cosas. Estaba equivocada. Le prometo no decir una palabra.

Nos dedicamos entonces a hacer el plan de las vacaciones de Dolly y Guillermo.

Se abrió la puerta, y entró Guillermo como una tromba, como si llevara un parte de guerra. Detrás de él entró Roberto.

—¡Aquí está el remedio! —exclamó Guillermo, sin aliento, alargándome una botella.

—Eres un acompañante excelente para un enfermo nervioso —dije con severidad—. Me parece que tendré que prohibirte que te acerques a Dolly.

Me entregó la botella sin decir una palabra y se arrodilló junto al lecho de Dolly. Su absurda impetuosidad iba mezclada con una ternura que me conmovió. Con mesurada dignidad, vertí en un vaso una dosis de la prescripción, que por cierto era un expectorante excelente.

Capítulo IX

De tiempo en tiempo recibíamos postales de los viajeros. La primera era de Boulogne-sur-Mer. Era una vista del dique, y decía en el anverso:

Aquí hay un terrible olor a pescado. — Guillermo.

Después llegó otra desde Ponte San Luigi, en la frontera de la Riviera francesa y la italiana:

Hermoso lugar, pero la playa está llena de guijarros, que me lastiman los pies. Además, las rocas son resbaladizas, y hay algas espinosas. Hace una hora pisé una. Todavía estoy sacándome las espinas. Por supuesto, a Dolly no le preocupa nada de esto. Nada kilómetros y kilómetros mar adentro. Hoy espero que me traiga algunas noticias de Túnez. — Guillermo.

La siguiente venía de San Remo. La letra era de Dolly:

Les escribo desde la cima del Monte Bignone. Guillermo se descompuso en el funicular. El reposo me sienta bien. Guillermo parece un cangrejo quemado al sol. Se le está pelando la nariz. — Dolly.

Otra vista de Monte Carlo, esta vez del Casino:

Prometimos no arriesgar más de lo que podíamos. No cumplimos la promesa. Tampoco hicimos saltar la banca. La banca nos hizo saltar a nosotros. Manden dinero antes de que el dueño del hotel nos rompa la cabeza. — Guillermo.

Hicimos un giro cablegráfico. A los pocos días, la respuesta:

Gracias. Esta vez doblamos nuestro capital. A París a gastarlo. — Guillermo y Dolly.

—¡Valiente reposo! —gruñí—. No hacen más que moverse como trompos.

—¿Y para qué sirven las vacaciones, sino para ir a muchos lugares y hacer muchas cosas? —replicó Elena—. Me alegro de que hayan ganado a la ruleta.

Al poco tiempo llegó una carta más larga de Guillermo, fechada en París:

...Dolly me ha paseado por muchas partes, especialmente por el Louvre. Tropezamos con unos antiguos conocidos de Elena (Janie y Edmundo), a los que trató cuando estaba en la Escuela de Bellas Artes o algo parecido. Dicen que son artistas. Por supuesto, creyeron que Dolly era Elena, y no los desilusionamos; hubiera costado bastante explicárselo en pocas palabras, como ustedes imaginan. Dolly, por supuesto, los recordaba, y se portó como si hubiera sido Elena. Tuvimos algunas sesiones de bebida suave. A propósito, Dolly tendrá que internarse un par de días en un sanatorio de aquí.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nada importante. Cuando salga, iremos a Versalles, a ver El Trianón...

—¿Sanatorio? —pregunté frunciendo el ceño.

—No se preocupe —dijo Elena—. Probablemente son las consecuencias de las sesiones de bebida con Janie y Edmundo. Una de *sus* especialidades es el cocktail de menta con champagne y vermouth...

—Deberías contarme algo más de tu estada en París, querida —comentó Roberto guiñándome un ojo.

Las cartas fueron espaciándose cada vez más. Recuerdo que me sentí bastante molesto porque Dolly no me dedicó ninguna personalmente, para informarme del estado de sus asuntos. Por fin, llegó una foto de la cúpula de los Inválidos, en la que estaban garrapateadas estas palabras:

De regreso el jueves. Espérennos. — Guillermo y Dolly.

EL jueves, yo estaba tan nervioso que me era imposible fijar la atención en nada. Por mucho que lo intentase, siempre recaía en la misma pregunta: "¿Se habrá consolado Dolly de la pérdida de Roberto?, ¿o el deseo de verlo y tenerlo junto a sí la seguirá royendo?". En pocas palabras, la pregunta era: "¿Habrá triunfado o no?"

Salí a dar un paseo por el campo, con la esperanza de que hubieran llegado para cuando yo regresase. No habían llegado. Sólo a la hora de la cena apareció la patrona en mi habitación, para avisarme que me llamaban por teléfono. Bajé.

Era Roberto que me llamaba de su casa:

—¡Hola!... ¿Doctor?... Guillermo y Dolly acaban de llegar. Se quedan a cenar con nosotros. ¿Quiere acompañarnos?

—Acabo de cenar; pero si Elena quiere preparar algo de cacao...

—Ya lo preparó.

—Entonces voy en seguida.

—Lo esperamos.

—¿Qué tal están Guillermo y Elena?

—Muy bien, muy bien. Negros como carbones.

—Bueno. En seguida estoy allí. Hasta luego.

—Hasta luego.

Media hora después, estaba yo ante la puerta de la casa de Roberto, con el estómago apretado como un puño y la garganta agarrotada. Muchos de mis pacientes debieron de sentir la misma sensación cuando esperaban a la puerta de mi consultorio el veredicto sobre sus enfermedades. Esta vez no era yo quien debía pronunciar el veredicto, sino algo independiente de mí y de todos nosotros: una fatalidad ciega e implacable.

La mucama abrió la puerta.

Instantes después, atravesaba yo la puerta del comedor y me enfrentaba con mis compañeros de drama. Estaban sentados a la mesa, en plena comida. Mis ojos se dirigieron en primer término a Dolly, a la que pude distinguir de Elena por el bronceado del sol. Me sonrió. Me pareció que estaba mucho más animada que antes, y mi corazón se alborotó de júbilo. Pero su mirada no me trasmitió el menor indicio que me permitiera descubrir qué pasaba en su interior. Sus pensamientos eran tan indescifrables como los de Elena en nuestro primer encuentro.

Mis ojos pasaron a buscar los de Elena. También ella sonrió al recibir mi mirada, pero su sonrisa era la de la esfinge. Roberto, según su costumbre, había cubierto su expresión con la careta de la no importancia. Sólo el rostro de Guillermo estaba abierto e irradiaba la satisfacción del encuentro, mezclada con algún desconcierto ante mi expresión reservada.

—¡Adelante, doctor; adelante! Venga y pruebe un poco de este rosbif.

Vacilé un momento todavía, lo cual hizo saltar a Guillermo de la silla, tomarme por un brazo y hacerme entrar a viva fuerza en el comedor.

—De veras que no voy a cenar —insistí—. Los espero sentado a la chimenea.

No tardaron en reunírseme.

—¿Qué tal te sientes, Dolly? —le pregunté, como dándole una oportunidad de significarme lo que realmente nos importaba.

—Lo mejor posible dentro de las circunstancias —respondió—. Y las circunstancias son un marido demente, una hermana melliza perversa y un médico de cabecera inhumano...

—¿Y qué dices de tu cuñado? —preguntó Roberto.

Yo la estaba observando intensamente en ese instante, y me pareció que la pregunta la hacía vacilar, como tomándola desprevenida.

—Tú... tú eres tan bueno, tan bueno que ni existes siquiera —respondió tranquilamente, y pareció concentrarse en elegir un cigarrillo de su cigarrera.

—Lo que me encanta de mis amigos —dije para distraer la atención— es su franqueza. Son tan abiertos de mente, de corazón y de mano, que estoy seguro de que me abrirían la trampa bajo los pies, si estuviera en la horca con la soga puesta al cuello.

Mi salida provocó una carcajada y la conversación se generalizó.

Roberto y Dolly hicieron un relato detallado y muy gracioso de sus peripecias en la Riviera y en París, entre los bohemios.

—Vuestra decisión de volver nos pareció un poco brusca —observó Roberto.

—Dolly se sentía mucho mejor; parecía enteramente repuesta —respondió Guillermo—, y yo estaba ya harto de vagancia y muerto de ganas de comenzar de nuevo con nuestro trabajo atómico. De modo que decidimos volver para que el doctor la examinase y dijese si ya estaba en condiciones.

—Lo dudo mucho —intervine—, porque yo recomendé aire libre y reposo y no borracheras y trasnochadas con bohemios. La voy a examinar, si es que todavía queda algo de sistema nervioso que examinar. Vamos, Dolly.

Cuando estuvimos a solas en el dormitorio, después de cerrar la puerta, le dije sin rodeos:

—Bueno, hija mía, dime cómo han sido las cosas. ¿Dió algún resultado la separación?

La expresión de alegría que Dolly había mantenido durante la conversación anterior, se deshizo como la escarcha bajo los rayos del sol. Sus ojos se volvieron opacos e inescrutables. Se sentó en el borde de la cama y comenzó a hablar.

—Bueno..., si usted quiere saber por qué volvimos tan pronto, le diré que fuí yo la que persuadí a Guillermo. Por supuesto que no directamente, sino influyendo sobre sus sentimientos, dejando caer una palabra ahora y una frase después. Estoy convirtiéndome en una actriz consumada. Mi hambre de ver nuevamente a Roberto se estaba volviendo ya obsesiva.

—¡Dios santo! —exclamé lleno de compasión.

—No se lamente, doctor; yo he dejado ya de preocuparme. Ahora puedo controlar la situación. He llegado a un punto de equilibrio; muy inestable, es cierto; como el de una piedra movediza; pero al menos tengo un fundamento y no siento, como antes, que estoy caminando sobre hielo quebradizo que cruje bajo mis pies.

—¿Qué fundamento?

—Un mero arreglo: ver a Roberto todos los días, pero vivir con Guillermo. Es verdad lo que le dije antes: que he llegado a un equilibrio entre los dos Mi cariño por Guillermo es muy grande, ha crecido constantemente. Pero este afecto no es suficiente. Si durante el día puedo llenar mis ojos y mis oídos con las palabras y la imagen de Roberto, durante la noche podré transferir mi amor por él a Guillermo. Por supuesto que es sólo una trampa de la imaginación, pero no es tan despreciа-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ble como pudiera creerse, y rinde bastante. Se trata simplemente de vivir una vida de sueño. Le aseguro que no es del todo desagradable.

—Me parece una vida bastante pobre, de todos modos.

—Pero es lo más que puedo hacer por Guillermo.

Una brusca oleada de compasión me anegó. Cualquier mujer enfrentada con una situación tal que la privase de la mejor parte de su vida, se hubiera rebelado contra el destino estúpido que sólo permite cuidar las apariencias.

Me senté junto a Dolly y puse mi brazo sobre sus hombros, en un triste intento de confortarla.

—¡Pobre chiquilla! Nosotros somos los culpables de tu absurda situación, y yo más que ninguno. Una persona de mi experiencia y de mi edad hubiera debido...

—No se culpe, doctor. Yo misma me eché esto sobre las espaldas. No olvide que yo era Elena y que acepté. Volvería a aceptar aun ahora, con tal de evitarle a Guillermo su sufrimiento. Yo soy más fuerte y puedo soportarlo mejor. Él hubiera sido abrumado, y la ciencia, la humanidad y nosotros mismos seríamos los perjudicados. Ahora está libre interiormente para terminar su investigación. Yo no valgo nada. Yo no puedo hacer nada por la humanidad. Ésta es mi única forma de cooperar.

—Gracias, Dolly —fué lo único que logré articular—. Todo lo que haces por Guillermo, lo haces también por mí. En cuanto a la humanidad, le das un ejemplo que ella podrá imitar algún día, si es que yo puedo alguna vez revelar esta historia.

—Usted es un romántico, doctor —me contestó con una sonrisa tristona—. Lo que tiene que hacer ahora es inventar una buena historia para contarla abajo y convencer a todos de que estoy perfectamente.

—¿De veras te sientes bien?

—Le aseguro que sí; podría caminar sobre las manos si usted me lo pidiera.

Bajamos, pues; yo recité mi cuento, y todos parecieron satisfechos y alegres. Después de la ordinaria sesión de chanzas y agudezas y de los bombardeos de ironías del grupo femenino contra el masculino, la asamblea se dividió en dos sectores: Guillermo y Roberto se sumergieron en los detalles técnicos de su trabajo, y los tres restantes hicimos planes para el manejo del reproductor.

DURANTE las semanas siguientes continuaron llegando maquinarias, algunas tan enormes que necesitaban un camión para ellas solas. No bien descargadas, Guillermo y Roberto las acoplaban al nuevo monstruo nacido de sus cerebros, que cada vez iba adquiriendo un aspecto más fabuloso.

Nuestra instalación eléctrica fué triplicada. Nuevos cables se tendieron desde la usina local a la "cueva".

Guillermo nos explicó algo acerca de que los nuevos experimentos necesitaban un aumento de energía eléctrica respecto de la usada para el reproductor, porque éste funcionaba con la energía existente, mientras que el

---

Peso de Saturno

En base a observaciones realizadas desde 1884 y concluídas ahora, el doctor Hans Hertz ha declarado que el peso de Saturno (incluídos sus anillos y satélites) es 59,33 veces mayor que el de nuestro planeta.

nuevo monstruo tenía que crear su propia fuerza: una corriente alternada de voltaje tremendamente alto.

Esta máquina no era un producto ni una fabricadora de productos; era simplemente un aparato experimental destinado a comprobar en la práctica las nuevas teorías de Guillermo, quien sostenía que las enormes pilas atómicas, de muy escasa capacidad productiva en proporción con su tamaño y costo, eran totalmente innecesarias.

En vez de absorber los electrones libres que no habían dado en el blanco del elemento en desintegración, como los absorben las pilas corrientes, Guillermo quería "desatar" esos electrones libres y transformarlos de proyectiles compactos y penetrantes en energía libre pero innocua, mediante una especie de inversión del principio usado en el reproductor. Esta transformación (no se cansaba de decirlo) podría realizarse mediante un equipo no mayor que una caja de lápices, si se podía primeramente comprobar y experimentar la teoría y medir con exactitud el efecto.

Roberto se había hecho cargo de la fundamentación matemática del proyecto, y la revisaba una y otra vez.

En privado le pregunté qué pensaba él del proyecto.

—Bueno —me respondió—, como todas las ideas de Guillermo, es bastante sólida en teoría; no hay nada que se le pueda oponer para demostrar que es imposible o impracticable. Pero esto no basta para formarse una opinión sobre el sistema mismo. Sólo cuando se intenta llevar la teoréa a la práctica, aparecen las dificultades que antes habían permanecido ocultas: procesos completamente nuevos, que habría sido imposible prever o imaginar. A veces resulta que estos efectos secundarios pasan a ser más importantes que el problema inicial. La historia de la física está llena de ejemplos. En resumen: lo de Guillermo es una idea maravillosa, y espero que resulte; pero me parece demasiado complicada. Tenemos que guarnecer con un nuevo tipo de arneses una de las bestias más violentas conocidas por la humanidad. Hemos de cuidarnos de que los arneses no se desajusten y que el animal no nos cocee en la dirección menos pensada.

SIGUIERON tres meses de felicidad, durante los cuales trabajamos satisfechos y alegres, sin sospechar que estábamos trabajando para nuestra propia destrucción. Dolly parecía emocionalmente sosegada, como si en efecto hubiera podido resignarse al antinatural equilibrio que había preconizado. Entre nosotros había nacido un profundo cariño y comprensión; pero ni ella se adelantó a hacerme nuevas confidencias, ni las busqué yo tampoco. En cuanto a nuestro trabajo con el reproductor, puedo decir que seguía siendo para mí tan apasionante y pleno de sentido como el primer día. Qué significaba exactamente para Elena y Dolly, es algo que yo no sabría decir.

Pero nuestro trabajo quedó interrumpido el día en que Roberto y Guillermo decidieron hacer su primera experiencia en gran escala, con el "absorbedor", como lo había bautizado Guillermo.

Roberto fué el que insistió en sacarnos a todos de la "cueva".

—Tienen que retirarse a una distancia segura. Por distancia segura entiendo por lo menos el pueblo. Así que lárguense.

—Es absolutamente innecesario —nos explicó Guillermo—; no puede haber ninguna discrepancia entre mi teoría y la práctica. Pero ustedes saben cómo es Roberto: miedoso y desconfiado.

—Que él haga lo que quiera —dijo Dolly—; pero tú eres mi esposo y eres el instigador de esta maquinita..., y yo quiero quedarme y verla explotar.

—Mi lugar es también junto a mi

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esposo —afirmó Elena—. Hagamos causa común, Dolly. No nos dejemos echar de aquí.

Ambas se estrecharon las manos con aire teatral.

—Una fuerza irresistible contra objetos inmóviles —comenté, divertido—. Vamos a ver qué resulta de esto.

—El resultado es bastante lógico e inevitable, doctor —dijo Roberto—. Gana la fuerza. Pero, por triste que sea, no es la fuerza mental o moral la que triunfa en casos como éstos, sino la mera fuerza física.

Hizo un movimiento rápido y tomó a Elena de un brazo. Ella se desasió con igual rapidez, riendo alegremente. Pero Roberto salió detrás de ella y logró tomarla por el extremo de los cabellos. Volvió a sujetarla y la atrajo con fuerza hacia sí. Elena seguía riéndose y se resistía con eficacia. Roberto la mantenía agarrada, pero era evidente en la contracción de sus músculos el esfuerzo que le costaba retenerla. Como yo había advertido otras veces, Elena estaba dotada de una fuerza física que nunca se hubiera sospechado, dada su gracia y esbeltez.

Mientras estaban así los dos entrelazados, ella levantó de pronto su mirada sonriente y la fijó en el rostro de Roberto. La rígida expresión de éste se ablandó, se hizo tierna... El muchacho inclinó la cabeza para besarla, pero ella se le adelantó acercando su boca y besándolo con pasión. En otras circunstancias me hubiera sentido molesto al presenciar un beso tan ardiente como éste; pero, tratándose de Elena y Roberto, me pareció tan natural como si fuera un primer plano cinematográfico.

—A las mujeres les gusta que las traten con rudeza —comentó Guillermo—. Quisiera poder manejar a Dolly de ese modo.

—Puedes intentarlo, querido... —dijo Dolly con perversa dulzura.

—Dejémoslo para otro día —respondió Guillermo—. Quisiera conservar mis ojos para ver la experiencia.

—¿Vas a ser buena? —preguntó Roberto, asiendo aún estrechamente a Elena.

—Siempre lo soy.

—Quiero decir si te irás tranquila.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, tendré que atarte.

La hizo girar. Con la mano derecha la tomó por los dos pulgares. Buscó luego con la izquierda un trozo de cable eléctrico, de los que estaban tirados en el suelo, y le ató fuertemente las muñecas. Una vez atadas las muñecas, la tendió boca abajo sobre un cajón de embalaje e intentó atarle los tobillos. No le fué fácil, porque ella pataleaba y lo golpeaba con todas sus fuerzas. La cargó entonces sobre un hombro, como si fuera un paquete, y salió con ella hacia el auto. Elena se despidió de nosotros con solemnidad:

—Tengan ustedes muy buenos días.

A través de la ventana observamos cómo la depositaba en el coche.

—No es difícil, cuando uno sabe cómo hacerlo —comentó Guillermo.

—Me parece que se entregó demasiado fácilmente —dijo Dolly.

Guillermo carraspeó, y yo me sonreí. Roberto entró de nuevo.

—¿Quisieras acompañar a Elena, Dolly? —preguntó amablemente—. El doctor las puede llevar hasta casa.

—Lo siento —respondió Dolly con una sonrisa—. Me quedo aquí.

Roberto consultó a Guillermo con una mirada.

—No me mires —respondió éste—. Yo sé quién terminaría atado como un matambre. Y no sería Dolly.

—Escúchame. ¿Tú quieres de veras que hagamos hoy las pruebas de nuestro aparato?

—Sí.

—Pues las chicas tendrán que estar lejos, o de lo contrario no permitiré tales pruebas. Hablo en serio.

—Tienes mi autorización para sacar de aquí a mi mujer, por el método que juzgues conveniente.

—¿Todavía te niegas? —preguntó Roberto, mirando fijamente a Dolly.

Dolly sostuvo su mirada, sonriendo siempre y con los brazos cruzados.

—Lo lamento; es ridículo, pero no hay otro remedio —dijo Roberto, y la asió.

Ella se debatió para escapar; logró soltar una mano; él se vió obligado a abrazarla estrechamente. De pronto, la sonrisa de ella se borró, dando lugar a una expresión extraña. Dolly cesó de resistirse.

Roberto apartó rápidamente las manos y retrocedió un paso.

—Lo... siento... ¿Te lastimé?

Ella bajó la cabeza y la sacudió negativamente.

—No, no es nada... Ya me voy.

Se dió vuelta y se dirigió al coche. Roberto se quedó parado donde estaba, mirándola con embarazo.

Guillermo no supo qué decir. Me miró, miró a Dolly que se alejaba, miró a Roberto y volvió a mirarme.

—¡Qué raro que se haya entregado sin resistir!... —dijo al fin—. ¿Qué habrá sido, doctor?..., ¿una victoria moral?

—Maldito si lo sé —respondí, aunque comenzaba a comprender.

—Voy a ver si le pasa algo —murmuró.

Roberto me miró y apartó en seguida la vista, fingiendo concentrarse en la parte del absorbedor que tenía más cerca.

—Por favor, llévelas a mi casa, doctor —dijo sin mirarme—. Yo le avisaré por teléfono cuando todo haya terminado.

—Bien —respondí—. Buena suerte.

—Gracias.

Salí hacia el coche.

DOLLY trataba de convencer a Guillermo de que ella estaba mejor que nunca.

—No te preocupes, querido. De pronto me convencí de las ventajas del pacifismo. Adiós, y ten cuidado.

Lo besó fuertemente en los labios, y él se tranquilizó de inmediato.

—Hasta pronto. Ya les avisaremos.

—Suéltenme de una vez —gritó Elena, atada todavía e impaciente.

—Espera un poco —le respondí.

Ayudé a Dolly a subir. Puse en marcha el coche en dirección al pueblo. Poco después, detrás de mí, una voz que tanto podía ser la de Elena como la de Dolly, dijo tiernamente:

—Estás temblando, querida. ¿Te pasa algo?

Miré hacia atrás. Dolly intentaba desatar a Elena, sin mucho éxito aparente. Elena la contemplaba con desconcierto. Detuve el coche. Me acerqué para ayudar a Dolly, que estaba temblando y haciendo evidentes esfuerzos para no llorar. Desaté a Elena. Ésta inmediatamente abrazó a Dolly, que hundió la cabeza en su regazo y comenzó a llorar en silencio. Elena me interrogó con una mirada.

—Roberto ha tenido que abrazarla —le expliqué—. Parece que eso la ha trastornado.

Elena murmuró unas palabras de compasión y abrazó más estrechamente a Dolly.

Miré a mi alrededor sin saber qué hacer. Vi con satisfacción que no había nadie a la vista. No me habría gustado encontrarme con testigos. Pero Dolly, con la ayuda de Elena, no tardó en recobrar su aplomo.

—Disculpe, doctor —dijo sorbiendo las lágrimas—. Sigamos.

Cuando llegamos a la casa, Elena hizo sentar a Dolly en uno de los grandes sillones, y, con el ceño fruncido, comenzó a recorrer la habitación a grandes pasos.

—Tenemos que buscar un arreglo a esta situación —dijo por fin.

—No hace falta —respondió Dolly—. Yo ya había logrado un arreglo por mi

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuenta. Lo de hoy es un accidente que ha roto el equilibrio. Cuando Roberto me abrazó, su contacto, que para mí era sólo un recuerdo vago, me trastornó. Era algo demasiado intenso que no pude dominar. Sentí un impulso feroz de estrecharlo a mi vez; pero me sentí desfallecer, y sólo tuve fuerzas para alejarme.

—Estuviste magnífica, Dolly —dije.

—Ya sé que es magnífica —dijo Elena—. Por eso mismo no merece esto. Tenemos que buscar una solución.

—Es un callejón sin salida, Elena. Lo hemos explorado de una punta a la otra. Guillermo es la pared al extremo del callejón.

—No hable así doctor —replicó Dolly—. Guillermo es la razón, la causa de mi existencia. Todo lo que me da la vida (y hay muchas cosas buenas cuando se olvidan los dolores) se lo debo a Guillermo. Nadie, ni siquiera Roberto, podría ser más cariñoso y amante de lo que él es. No puedo abandonarlo jamás, por ningún motivo. Antes me mataría.

—No hables de ese modo —le dije.

—¿De qué arreglo hablabas, Dolly? —preguntó Elena.

Dolly le explicó someramente. Eleno la escuchó con profunda atención, y al final se quedó reflexionando en silencio.

Luego murmuró:

—Pero, Dolly, ¿no crees que el tiempo puede romper el equilibrio, inclinándote cada vez más hacia uno de los dos?

—Podré amar a Guillermo mucho más de lo que lo amo ahora. Estoy segura de que él significa más para mí cada día que pasa. Pero sé también que jamás significará tanto como Roberto. Amo a este hombre con todo mi corazón. Mi gran miedo es que algún día él llegue a sospecharlo.

—Hace mucho tiempo que lo sospechaba —dijo una voz a nuestras espaldas.

Era la voz de Roberto.

Los tres nos volvimos, sobresaltados. Roberto estaba en la habitación, junto a la puerta. Cuánto tiempo llevaba allí dentro, no lo sabíamos. No lo habíamos oído entrar. Estábamos tan abstraídos que ni siquiera habíamos oído detenerse el coche.

Roberto avanzó, muy perplejo, al centro de la habitación.

—Es bien desagradable, ¿verdad? —dijo con voz triste, hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Te quedas corto —le respondí—. Es intolerable. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabías?

—Pues..., sin lugar a dudas, hace una hora, cuando... Bueno, ustedes saben lo que pasó allí —con un gesto señaló a través de la ventana la "cueva", que se recortaba brillante contra el horizonte en la limpia atmósfera de la mañana—. Pero lo sospechaba desde hacía mucho tiempo. Cómo demonios no tuve en cuenta desde el primer instante esta posibilidad, es algo que no alcanzo a explicarme. Luego, durante los tres meses que hicimos esperar a Guillermo para ver si estaba seguro de lo que quería, se me ocurrió que era la consecuencia lógica.

—Entonces, ¡por amor de Dios!, ¿cómo no nos dijiste nada o se lo advertiste a Guillermo? —exclamé yo.

Roberto se encogió de hombros, con desaliento.

—En primer lugar, porque le había dado mi palabra a Guillermo, y porque yo odio faltar a mi palabra. Pensé y pensé sobre ello, y terminé por renunciar a pensar. Magnifiqué esperanzas irracionales. Me aferré a ellas. Pensé que a Guillermo se le debía de haber ocurrido también esa posibilidad y que tendría sus razones para descartarla. Recuerdo lo que dijo acerca de que la melliza de Elena viviría una vida enteramente nueva desde el momento de su nacimiento y que sería una persona absolutamente distinta.

Me pareció que la nueva Elena aprendería pronto a no depender de mí y que apreciaría las imponderables condiciones de Guillermo.

Dolly suspiró tristemente.

Yo recordé entonces las veces que había visto a Roberto preocupado y caviloso, y me había preguntado a mí mismo qué le pasaría. Ahora comprendía. Comprendía también su reserva para con Dolly desde el primer momento, cuando insistía en tratarla como una amistad reciente y la mantenía a cierta distancia. Era que temía avances comprometedores de parte de ella.

—Otra razón —prosiguió Roberto— fué la esperanza de que el experimento fracasase, de que Guillermo no consiguiera traer a la vida un duplicado de Elena. Pese a toda la teoría y a las pruebas que habíamos hecho, me seguía pareciendo imposible. Yo confiaba en alguna intervención divina. Veo ahora que debía haber intervenido. No lo hice, y ahora soy el más culpable de todos.

—Esa acusación —dije yo— nos la hemos hecho todos a nosotros mismos, uno después de otro. Ya es hora de que aceptemos la culpa y nos olvidemos de ella de una vez. Lo que debemos hacer ahora es plantear las cosas claramente a Guillermo.

—¡No! —exclamó Dolly.

—¡No! —repitió Roberto como un eco—. Eso no remediaría la situación de ninguno de nosotros, y sólo apesadumbraría a Guillermo.

—Entonces —argüí— estamos encerrados y sin salida.

Siguió un momento de silencio, durante el cual cada uno se concentró en sus propios pensamientos.

SONÓ el teléfono. Roberto corrió a atenderlo.

—¡Hola!... Sí, soy yo... No, todavía no lo he podido encontrar... Sí, ya sé que es urgente... Será cuestión de un momento; espérame.

Lo interrogué con la mirada.

—Es Guillermo —respondió.

—¿Guillermo? ¿No le habrás contado por qué has venido?

—No, no... Yo vine porque las cosas no iban bien. Cuando empezó a pasar la corriente, se produjo un circuito inverso que no me gustó. Guillermo dijo que no tenía importancia, que no afectaba para nada el circuito principal. Ya saben cómo es él. Pero a mí me gusta saber lo que estoy haciendo. Me acordé de que Fermi describe en alguna parte un efecto semejante, y de que yo había tomado un apunte. Mi cuaderno de apuntes está aquí, en mi escritorio. Le dije a Guillermo que esperase un momento mientras yo venía en su auto a buscar el apunte. Ahora pregunta qué diablos estoy haciendo y por qué no regreso.

—Entonces, más vale que busques el cuaderno y vuelvas cuanto antes. Ya sabes lo impaciente que es.

—Tiene usted razón... —respondió irresoluto, mirando a Dolly, que yacía sin oír nada, en su sillón, y luego a su esposa—. Pero todo esto...

—Me parece que no podemos hacer nada por el momento. Las cosas deben seguir como están —respondí.

Él hizo un ruido gutural que podía interpretarse tanto como por sí como por no. Vi que se acercaba a Elena, la besaba suavemente en la mejilla, hacía lo mismo con Dolly, anonadada aún, y luego desaparecía por la puerta.

En el mismo instante se produjo un fenómeno espantoso.

Fué un fogonazo de luz blanquísima que borró las formas de todo objeto visible. Parecía que el Sol hubiera caído sobre la Tierra. Fué tan intensamente deslumbrante, que ni siquiera se pudo ver de dónde provenía. Pareció salir de todas partes y envolverlo a uno, penetrando hasta el cerebro por el nervio óptico. Apareció y desapareció antes de que yo pudiera cerrar los ojos para protegerme contra su efecto;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pero el aturdimiento que me produjo lo tengo tan presente hoy como entonces.

Después, tuve una visión del agujero de la ventana, un cuadrado recortado contra la densa oscuridad. Fuera, suspendido en el aire, se veía un inmenso hongo de humo blanco, que se levantaba cientos de metros sobre el suelo y cuya base parecía salir de las profundidades de la tierra.

Y luego la explosión llegó hasta nosotros. Retrocedí trastabillando ante el ruido de un choque semejante al de una gran bola de cristal arrojada contra una superficie de cristal también. Como corriendo veloz tras el primer estampido, llegó el estruendo de un trueno, tan poderoso que lo sentí con todo mi cuerpo más que oírlo: me atravesó haciendo entrechocarse todos mis huesos. Me sentí levantado por el aire, y fuí a caer, sabre mis manos y pies, al otro extremo de la habitación, chocando con toda suerte de objetos que se vinieron al suelo conmigo.

Permanecí como había caído, durante algún tiempo, tembloroso y jadeante, tratando de estabilizar mi mente. El trueno pasó sobre mí y desapareció a lo lejos.

Siguió un lapso de silencio casi total, interrumpido sólo por el chasquido de algunos trozos del techo que se desprendían, o de algunos vidrios de la ventana que seguían cayendo. Abrí los ojos, pero no pude ver nada. El pavor de pensar que tal vez había perdido la vista para siempre me sobrecogió de espanto.

Luego, para infinito alivio mío, comenzaron a destacarse en la oscuridad los perfiles de las cosas. Pude ver a Roberto, tendido junto a la puerta y en medio de los pedazos desprendidos del techo; la alfombra proyectada contra la pared, como un tapiz que acababase de desprenderse; la mesita aplastada contra la chimenea, y todo el piso sembrado por el vidrio pulverizado que se asemejaba a diamantes.

El miedo por mí mismo se transformó en miedo por Roberto. Luego, a medida que fuí recobrando la conciencia, temí por Elena y Dolly, a las que no podía divisar. Me incorporé. El color comenzó a volver a las cosas, que hasta entonces sólo se veían en blanco y negro.

Vi que una de las dos mujeres se levantaba lentamente, con el vestido hecho harapos, cubierta por completo por polvo y cal. Al levantarse se limpió mecánicamente el vestido. Descubrí que era Elena. Dolly se incorporó en ese momento con la misma expresión de terror que debía de verse en mi rostro.

—¿Está usted bien, doctor? —preguntó Elena, acercándose y deteniéndose junto a mí.

—Sí —respondí, y ella me ayudó a levantarme.

Miré a Dolly y vi que ya se había levantado. Me aseguré que no estaba herida.

Los tres fuimos a ver a Roberto.

Gemía y temblaba cuando nos acercamos a él. La sangre manaba de alguna herida oculta entre sus cabellos. Había sido impelido de cabeza contra la puerta.

El sofá estaba boca arriba. Lo pusimos sobre sus patas y acostamos a Roberto en él. Dolly trajo agua. Elena consiguió unas vendas. Yo exploré la herida. Era grande, pero no profunda. Ninguno de nosotros pronunció una palabra, pero hicimos cuanto era necesario, lo más rápidamente que pudimos. Roberto recobró el conocimiento antes de que termináramos, pero permaneció en silencio.

Dolly y yo lo dejamos con Elena. Sentí que lo sucedido era demasiado tremendo para comentarlo hasta que nos hubiéramos dado cuenta cabal de ello y hubiéramos reaccionado. Creo que todos sentimos lo mismo.

Volví a la ventana. Entre nosotros y el pueblo se veía una muralla de humo negro que se ensanchaba lentamente hacia los costados. A través de algunos desgarrones dejaba ver la campiña que se extendía detrás. No se veían señales de la "cueva", oculta por la nube, pero no tuve dudas de que había desaparecido por completo.

Y entonces, el dolor que había sentido en lo íntimo de mi alma y que había expulsado de mi conciencia por temor a que me impidiera pensar en otras cosas, se hizo sentir con toda su angustia.

Nunca volvería a ver a Guillermo, mi hijo adoptivo.

Su vitalidad, su ingenio, su inteligencia inquieta, su sensibilidad, su cariño aniñado, su buen sentido y sus inmensos conocimientos, todas sus innumerables fallas y virtudes, se habían disuelto por completo en aquella pared de humo. Donde su vida alegre y ansiosa se había movido pocos minutos antes, quedaba ahora la nada.

Una mano cálida y cariñosa se posó en la mía. Levanté la vista. Vi a Dolly junto a mí. Sus ojos estaban llenos de compasión y dolor.

—Lo hemos perdido, doctor —susurró, apretándome la mano.

Yo puse mi mano sobre sus hombros, gesto de solidaridad que se estaba haciendo automático en mí al tenerla cerca, y ambos nos quedamos contemplando la pared de humo, perdidos en nuestros pensamientos.

—Pero me alegro de que se haya ido feliz y sin enterarse de la realidad. No habría tardado en saberla.

Estas palabras me hicieron recordar las penosas complicaciones que yo no había tenido en cuenta bajo el choque inicial de la pérdida de Guillermo. El equilibrio de Dolly entre Guillermo y Roberto había sido roto por el destino. Ahora Roberto la dominaría por completo. El absurdo geométrico del triángulo de cuatro lados se había cambiado en otro absurdo no menor: un triángulo de tres lados, dos de los cuales eran uno solo.

Miré a Elena y a Roberto, tendido éste aún en el sofá. Elena estaba acomodando los almohadones bajo la cabeza de su esposo, y se inclinaba para besar una parte de su cabeza que no estaba cubierta por la venda. Advertí que Dolly me apretaba con la mano al ver mi mirada y comprender la dirección en que iban mis pensamientos. Mi corazón se llenó de piedad por cada uno de los que estaban en la habitación.

Capítulo X

UN mes después, paseaba yo por el campo sumido en la evocación de Guillermo. Por mi mente desfilaban, una tras otra, escenas de su niñez, de su adolescencia, de mi vida con él en la vieja casa y de las vacaciones que él pasaba allí después de cada curso. Lo veía de niño, junto a mi sillón, consultándome sobre sus últimas lecturas, y de grande esforzándose por explicarme alguna de sus abstrusas teorías de matemática o física atómica.

Me sentí una pieza de una inmensa máquina que hubiera sido armada únicamente para triturarme. Me preguntaba qué sentido tenía seguir viviendo,

---

Oportunidad para exploradores

UNA de las tareas que se ha propuesto la UN es hacer un mapa-mundi completo. A pesar de lo acostumbrados que estamos a ver mapas de nuestro globo, éstos son muy inexactos, y en realidad sólo se conoce con toda exactitud la décima parte del mundo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prestándome al juego en el que yo era solamente una pieza movida por manos ajenas.

Doblé por un estrecho sendero, y casi trapecé con Elena, que venía en dirección contraria.

—¿Por qué no toca la bocina en las curvas? —me preguntó.

Le pedí disculpas, prometí enmendarme, y le pregunté adónde iba.

—A ninguna parte en especial. Paseaba mis pensamientos, como solía decir Guillermo.

Sentí que era imposible escapar al recuerdo de Guillermo. De todos modos, me pareció más convincente intercambiar mis pensamientos con los de Elena, en vez de masticarlos a solas.

—¿Te molesta que te acompañe?

—Pero usted iba en sentido contrario...

—No llevaba dirección precisa. A cualquier punto que me dirija, siempre vuelvo al de partida.

Ella sonrió comprensivamente, pero no me preguntó nada. Comenzamos a caminar despacio el uno al lado del otro.

—¿Dónde está Dolly? —pregunté.

Desde el día de la tragedia, Elena y Dolly se habían vuelto inseparables. Como la "cueva" había sido enteramente destruída y Dolly se había quedado sin hogar, Elena insistió en que fuera a vivir con ellos. Hasta el momento no las había visto nunca la una sin la otra. Hasta iban juntas a nadar en el río todas las mañanas, siguiendo la vieja costumbre de Elena. Cómo tomaba Roberto las cosas, era algo que yo no podía ni siquiera conjeturar. De todos modos, por si mi presencia les causaba algún inconveniente, me había abstenido de aparecer por su casa todo lo que la urbanidad lo permitía.

—¿Dolly? —repitió Elena—. ¡Ah, sí! Sigue yendo a casa de los Matt y de los Férguson, para ayudarlos en lo que pueda. Insiste en ir sola.

Guillermo no había sido la única víctima de la explosión. Con él murieron dos agricultores que trabajaban en un campo vecino, Matt y Férguson. De todos modos, fué milagroso que, dada la violencia de la explosión, no hubiera habido más víctimas. Roberto me aseguró que si el absorbedor no hubiera neutralizado gran parte de la explosión, no habría quedado nadie vivo en un radio de muchos kilómetros.

En su calidad de viuda del hombre directamente responsable de la explosión, Dolly había entablado relación inmediata con las familias de los muertos, para tratar de aliviar su situación lo más posible. Estaba tan afligida por los dos agricultores como las propias familias.

—Supongo que tú has querido tomar al toro por las astas, Elena, al hacer que Dolly fuera a vivir con vosotros. No supondrás que ella...

Me interrumpió con una mirada acusadora, fría y dura como el granito. La dureza desapareció; pero la presión de su mano sobre mi brazo al detenerme, se mantuvo firme.

Llegamos a un cruce de caminos en el que había un tronco caído. Elena me llevó junto a él.

—Sentémonos —dijo—, y hablemos un poco de todo esto.

Nos sentamos de espaldas al camino. Ella comenzó el diálogo:

—Como usted bien acaba de decir, no espero de Dolly que presencie de cerca nuestra vida matrimonial y se quede tranquila ronroneando como un gato junto a la chimenea. Por otra parte, si la separo completamente y le quito toda oportunidad de ver y escuchar a Roberto, sé bien cómo me sentiría yo en su lugar. Y haría lo mismo que haría ella en esas circunstancias.

—¿Quieres decir... suicidio? —vacilé al pronunciar esta palabra que había llegado a odiar.

Ella asintió:

—Sí, suicidio. Ambas tenemos la misma abuela, ya sabe usted.

—Me lo temía —le respondí.

—Pero no creo que haya peligro —prosiguió Elena—. Le he dado esperanzas para que siga viviendo durante algún tiempo.

—¿Cómo?

—Le dije que con el tiempo podremos construir otro reproductor y solucionar el problema de un modo que era imposible mientras Guillermo vivía...

Se detuvo.

—Prosigue —la animé.

—Le dije que se podría hacer para ella un duplicado de Roberto.

—¡Santo cielo!

Mi mente vaciló ante las nuevas perspectivas de los acontecimientos. Al principio me pareció fantástico..., casi cómico, el despliegue de una idea tan absurda. Pero no podía decir que fuera imposible. De hecho, era la única solución imaginable. Sentí que me invadía un gran alivio.

—¡Magnífico! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—¡Lástima que no sea verdad, sino un modo de ganar tiempo!

—¿Qué quieres decir? ¿Qué inconveniente hay? ¿Quieres decir que Roberto no se prestaría? Es ridículo, Elena... La vida de Dolly depende de ello....

—No se trata de eso, doctor. No es porque a Roberto no le guste la idea de un nuevo reproductor. Tiene sus escrúpulos de conciencia; pero lo que sucede es simplemente que aunque quisiera, no podría.

—¿Y por qué?

—Yo se lo propuse; pero resulta que él ignora muchas cosas acerca de la estructura y funcionamiento del reproductor. De hecho era un producto directo del cerebro maravilloso de Guillermo. El principio que lo fundamenta está en regiones muy por encima de la comprensión de Roberto. Dice Roberto que él no tuvo otro papel en la construcción de la máquina que el de actuar como mecánico de Guillermo. Además, la mayor parte de la máquina fué instalada por el mismo Guillermo. Roberto dice que apenas sabría por dónde comenzar si quisiera construir una máquina nueva. Dice que ni en mil años podría encontrar de nuevo el sistema.

Mi corazón dió un vuelco y me sentí lleno de amargura.

—¿Y no hay ninguna otra persona capaz de hacerlo? —pregunté.

—Roberto dice que no. El mismo descubrimiento del principio fundamental fué uno de los "accidentes científicos" de Guillermo. Sería imposible repetirlo, aunque se lo intentase... Y otra cosa más: aunque supiéramos cómo construir la máquina, ignoramos el secreto de cómo Guillermo les infundía vida a las reproducciones de los seres.

—Creo que sé algo de eso —dije—, pero ciertamente no lo suficiente.

—Ya ve usted cuán imposible es.

—¿Y cuando Dolly se dé cuenta?... ¿Para qué ilusionarla con esperanzas falsas? ¿Para qué ganar tiempo?

—Para que cambie Roberto. Para que un monógamo nato, con todos los prejuicios de su clase, nos acepte a las dos en igualdad de condiciones.

Silbé por lo bajo, y comenté:

—A cualquier hombre normal le costaría decidirse..., ¡pero muchísimo más o Roberto!

—Ya lo sé. Él lo considera imposible.

—¿Ya se lo propusiste?

ENTONCES ella me relató la escena que ocurrió con Roberto en la alcoba, la primera noche que Dolly pasó en la casa, después del desastre. La referiré tan fielmente como mis recuerdos me lo permitan.

Roberto estaba en bata, sentado en el sillón, junto al fuego, cuando Elena entró después de dejar a Dolly en su dormitorio solitario.

Elena se acercó suavemente hasta él y se sentó sobre la alfombra, a sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pies. Él se inclinó, la abrazó y juntó su mejilla con la de ella. Juntos contemplaron las llamas movedizas.

Ella le preguntó con su franqueza habitual:

—¿Qué piensas hacer con Dolly, Roberto?

Una pausa.

—¿Qué *puedo* hacer yo?

—Puedes..., *debes* aceptarnos a las dos. Es la única solución posible. No nos puedes considerar rivales. Nunca lo seremos. Estoy segura de que siempre podremos vivir libres de celos. Sé que uno nunca puede estar seguro de sus sentimientos futuros; pero no tienes que preocuparte de esto por ahora. No nos interpondremos la una a la otra. Después de todo, somos la misma y única persona. No lo olvides.

—¡Pero yo no las veo como la misma y única persona! —protestó Roberto—. No sé hasta qué punto me engaño, pero para mí Dolly es una persona completamente distinta de ti. Tú eres la que yo quiero. Tú eres la que se casó conmigo. Tú eres la que pasó conmigo la luna de miel. Dolly, no. Ni siquiera existía entonces. Nosotros somos los que hemos vivido en esta casa, en esta habitación. Me parece que Dolly pide de mí unas cosas que...

—Dolly no ha pedido nada: soy yo la que pido para ella. Roberto, ¿no comprendes que todas esas experiencias, en nuestra luna de miel, en esta casa, en esta habitación, son tan reales para ella como para mí? Existen solamente como recuerdos, aun para nosotros, y *Dolly tiene vivos en sí esos recuerdos*. Lo que ella siente es que se vió forzada a interrumpir esa vida y pasar a vivir con Guillermo. ¿Y quién es responsable de esa interrupción?... Pues nosotros lo somos: tú y yo. Nunca nos detuvimos a pensarlo. Le somos deudores. La única solución es que compartamos los tres nuestras vidas, *sin distinción entre ella y yo*.

—Pero, Elena... —Roberto se detuvo, luchando con un punto de vista que no sabía cómo exponer.

Ella adivinó algunas de las causas de su malestar moral. Aparte de sus escrúpulos estrictamente personales, ¿cómo podría llevar una vida tal ante la vista de sus familiares y de sus amigos?

Ellos no sabían nada del origen de Dolly. Para ellos era la melliza de Elena y la viuda de Guillermo. Aunque estuvieran dispuestos a escucharlo y a creerle, no podría nunca revelarles algo que él juzgaba que debía permanecer para siempre oculto: que el reproductor, una máquina, podía crear la vida; que la había creado ya, y que él había consentido y hasta participado en tan tremendo sacrilegio.

—Querido —dijo Elena—. Comprendo lo duro que es para ti, pero nadie tiene necesidad de saber cómo vivimos. Por otra parte, nada tiene de extraño que mi hermana melliza continúe viviendo con nosotros; mi hermana, que acaba de quedarse viuda. Ni siquiera los sirvientes tienen por qué sospechar nada. Dolly y yo podemos cambiar nuestra identidad cuando se nos ocurra. O, si lo prefieres, podemos levantar la casa e irnos a vivir a un lugar más apartado.

Elena sintió que Roberto sudaba.

—El que lo mantengamos a ocultas no cambia para nada la naturaleza de los hechos —murmuró él—. Me es absolutamente imposible vivir con dos mujeres. Simplemente no puedo. No serviría. Te quiero a ti. No podría evitar las distinciones. No podría satisfacer a Dolly. No puedo dividir mi amor. La monogamia está en mi misma sangre. No puedo ni imaginar otro modo de vivir. No serviría. Ninguno de nosotros sería feliz.

—Está bien, querido; pero tampoco podemos seguir viviendo de este modo. Yo no podría disfrutar de nuestro amor, sabiendo que Dolly está afuera sufriendo, como sucede en este mismo momento. ¿Te imaginas cuáles son sus pensamientos allí, en su cuarto? No se la puede dejar a solas con esos pensamientos, o la consecuencia es inevitable. Temo que tengamos que separarnos, Roberto. Me iré con Dolly, y dejaremos de causarte preocupaciones.

—¡No, Elena! ¡No, por favor! No podría vivir sin ti.

Roberto estaba en un estado de desgarradora desolación.

Elena lo rodeó con sus brazos y lo besó una y otra vez. Él le apretó el cuerpo, y ella lo sintió estremecerse de miedo y desdicha, y vió que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Querido, no pienses que no sería el infierno para nosotras estar lejos de ti... Yo te quiero con toda mi alma y siempre te querré.

—No me dejes —rogó él—. Dame un poco de tiempo y tal vez...

—Muy bien, querido, te esperaré. Pero desde esta noche dormiré con Dolly y en su habitación... No la puedo dejar sola.

Él no respondió en un primer momento. Se limitó a contemplar el fuego con profunda depresión.

—Bueno... —logró decir finalmente, con incertidumbre.

Y la estrechó entre sus brazos, como si ése fuera el último abrazo.

Se quedaron abrazados un rato, y luego fueron a acostarse.

Al día siguiente, Elena se mudó al cuarto de Dolly. Dolly la apostrofó y trató de disuadirla.

—No tiene ningún sentido que suframos las dos. No me ayuda en nada y tampoco a ti o a Roberto.

—Es sólo por unos días, y puede resultar mejor para todos si lo dejamos solo a Roberto. Puede cambiar de opinión, siempre que lo dejemos a solas. Conmigo al lado, nunca cambiará.

—¿JUGABAS sobre sus palabras "dame tiempo y verás"? —le pregunté a Elena cuando terminó su relato.

—Sí, pero vi que Dolly tenía tan poca fe en la solución como yo. De modo que traté de consolidar sus esperanzas con la idea de un nuevo reproductor... y otro Roberto. Ella se asió a esta idea. Yo le diría cualquier cosa para evitar que se sienta superflua y le dé por pensar en la solución evidente. Antes, era ella la que tenía que engañar y contentar a Guillermo. Ahora ha llegado para mí el turno de entretenerla a ella. Lo detesto, pero... ¡Roberto tiene que decidirse! Me aferro locamente a esta esperanza, aunque sé que es tan sin fundamento como la que le di a Dolly.

—Lo peor de todo esto —dije yo— es que todos ustedes se ven obligados a lastimarse los unos a los otros, siendo así que darían la vida por no hacerlo. Roberto lastima a Dolly, aunque no quiere hacerlo. Tú haces sufrir a Roberto, aunque tampoco quieres. Y te ves obligada a dar falsas esperanzas a Dolly, que sufrirá amargamente cuando se entere.

—Sí —respondió ella—: pareciera que la vida nos quita toda elección.

—De todos modos —respondí con súbita decisión—, tenemos que esforzarnos por conseguir lo que queremos de la vida. Yo hablaré a Roberto por mi parte. Veré si lo puedo persuadir.

—Gracias, doctor. ¡Y ojalá que pueda hacerlo! Tengo que volver a casa. ¿Va en esa dirección?

—No, es demasiado temprano para la cena. Vagaré un rato y miraré la puesta del sol.

—Hasta pronto, entonces.

LA seguí con la vista hasta que desapareció. Entonces volví a sumirme en mis tristes pensamientos. Pasaron varias personas junto a mí, a las que saludé mecánicamente, sin advertir siquiera quiénes eran. Pero la última decidió sacarme de mi abstracción.

No le fué difícil. Ante mi vista baja, se detuvieron dos piernas de mujer,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las más perfectas que he conocido. Levanté la vista y me encontré con Dolly, que me miraba sonriente.

—Buenas tardes, doctor... Pensando, ¿eh?

—Buenas tardes, Dolly... Sí, pensando.

—Es algo triste, por lo que veo... ¿Alguna dificultad?

—Nada que tú puedas resolver —respondí, resuelto a vigilar atentamente mis palabras para no caer en algún tema que pudiera llevarla a donde yo no quería—. ¿Qué tal estaban las señoras Férguson y Matt?

Mi pregunta le interesó.

—La señora Férguson no estaba en casa. Tendré que volver otra vez. La señora Matt está bastante resignada. Ambas parecen haberse sobrepuesto. Es terrible para mí. Me siento completamente impotente. El dinero no basta. No creo que me juzguen culpable de lo sucedido. Me consideran una viuda como ellas. Pero siento que su resentimiento contra Guillermo no es contra él como hombre, sino contra esos sabios inhumanos, a los que no les importa arrasar el mundo con tal de demostrar una teoría. Sin embargo, yo estoy cierta de que Guillermo hubiera renunciado sin vacilar a su proyecto, si hubiera sospechado que podía dañar a un solo ser humano. Lo único que pasó es que confió demasiado en sí mismo. ¿Por qué, Dios mío, las gentes tendrán que herirse los unos a los otros, contra su voluntad?

—¿A mí me lo preguntas? Lo he pensado tanto que puedo darte de inmediato la respuesta a la que siempre llego: no lo sé. A veces me parece que somos títeres a los que les tiran de la soga.

—Sin embargo —me respondió con los ojos empañados—, tengo fe en que hay salida para todo, con tal de que uno aguante el tiempo suficiente. Otra vuelta de la rueda, y podemos salir a flote... No se preocupe, doctor. Yo le prometo que las cosas cambiarán y que todo será diferente.

—¡Ojalá tengas razón! —le respondí, aunque sabía que no era así.

—¡Qué hermosa puesta de sol! —exclamó.

Y ambos permanecimos en silencio, contemplando el siempre antiguo y siempre nuevo espectáculo de un día que moría, para renacer más hermoso otra vez.

Capítulo XI

ERAN más o menos las ocho cuando aquella tarde decidí tomar yo mismo el toro por las astas e ir a hablar con Roberto, como lo había hecho Elena.

Me abrió la mucama y me hizo pasar. Me pareció preocupada o dolorida por algo. No me dijo nada, pero comprendí la causa al ver a Roberto.

Estaba tirado sobre un sofá, con los pies apoyados en una banqueta. Varias botellas, un sifón, un vaso, estaban al alcance de su mano sobre una mesita. Su pipa, apagada y abandonada, estaba entre las botellas. Un cigarrillo pendía de sus labios. Sus ojos tenían el brillo intenso del alcoholizado al máximo. Le costó mucho reconocerme.

—Pase, doctor; sírvase una copa. Es muy triste beber a solas.

Su voz era inusitadamente aguda.

Cerré cuidadosamente la puerta detrás de mí, arrimé una silla, me serví un vaso de whiskey, y lo miré.

—No me mire así, doctor. No lo hago a menudo. Tengo derecho a una noche de vez en cuando, ¿no?

—Por supuesto, Roberto. Yo mismo siento ganas muchas veces.

—¿Y qué motivos de preocupación tiene *usted?*

—Uno, tú; otro, Elena; un tercero, Dolly.

—Vea, doctor; usted no tiene nada que hacer en esto. No es cosa suya..., ¿me entiende?

Había en su voz un inconfundible tono de histeria.

—Bueno, yo no diría tanto. ¿O te crees que eres el eje del mundo?

—¿Y usted piensa, como ellas, que no quiero asumir mi parte?

—Para averiguar eso he venido.

Alargó la mano, se sirvió otro vaso y comenzó a hablar en un tono distinto, lleno de seriedad y desesperación a la vez.

—No es que no quiera, doctor. Sinceramente, es que *no puedo.*

—Es que esto es algo que sobrepasa tu idea de la moral y la mía, Roberto —le respondí—: es una cuestión de vida o muerte. Esto es lo positivo.

—Pero no sería vida... No se puede llamar vida a esa clase de existencia que mataría en nosotros todo el sentido del vivir. Sería la muerte de nuestro amor, la muerte de todo lo que hace a la vida digna de vivirse, según todos nosotros.

—Me parece que tomas todo esto demasiado a la tremenda.

—¿Y cree usted que no lo es? ¿Le parece que debería soltar una carcajada y cambiar toda mi naturaleza con un gesto de adiós..., y convertirme en un sultán..., y ser maldito por todos mis parientes y mis amigos, y la memoria de mi amigo Guillermo? No contento con mi mujer, ¿debería también seducir a su viuda, sin darle importancia al asunto? ¿Usted cree que yo puedo hacer *eso?*

—Creo que sí, si fueras lo suficientemente *grande*...

—¿Grande? ¿A eso lo llama grande? Me parece que tiene usted una idea equivocada de la grandeza. Para mí eso sería hacer algo pequeño y vil.

Suspiré y sorbí mi whiskey. Él tomó un gran trago del suyo.

—¿Dónde están las chicas? — pregunté.

—Bueno..., Dolly volvió a casa de la señora Férguson. Está tomando las cosas en serio. Se ha echado encima el peso de la desgracia de esas dos mujeres. Todo lo que hace por ellas le parece poco... Elena se fué a su cuarto. La veo de tarde en tarde. Está casi siempre con Dolly. Es como si nos hubiéramos peleado, pero no ha sido así; simplemente, me deja librado a mí mismo. Ella también piensa que todo depende de mí y que tengo que cambiar. ¡Nadie me entiende!

—Alguien te entendió...

—¿Quién?

—Guillermo.

Apuró la bebida que le quedaba en el vaso.

—Daría un millón por tenerlo de nuevo con nosotros, aunque no fuera más que por una hora. Él podría tomar todo esto a fondo.

—Yo estoy tratando de reemplazarlo. Te contaré lo que me dijo de ti una noche que estaba borracho.

Le repetí lo que Guillermo me había dicho acerca de su miedo al juicio general; la aceptación irreflexiva de las convenciones morales comunes, y otras cosas.

Trató de seguir mis palabras, luchando contra la cerrazón mental que el alcohol le provocaba.

—No, no —protestó finalmente—; no es tan sencillo. Ni siquiera Guillermo podría explicar mis sentimientos de este modo. ¡Un hombre tiene que tener sus principios! Los míos pueden ser los de mis padres y los de la comunidad en que vivo, pero están sostenidos por un análisis personal. Mis principios son los de la civilización. La sociedad civilizada descansa sobre la confianza mutua y la fidelidad a la ley. Si cada uno se diera sus propias leyes, el mundo se disolvería en un caos de lujuria, envidia y crimen.

Me puse de pie.

—Roberto —le dije—; tú serías un soldado perfecto. Tu sentimiento del deber es exagerado hasta la morbosi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dad. Supongo que tu actitud te parece lógica en extremo y eficaz; pero tú podrías llegar más cerca de los hombres y conseguir más de ellos, tanto en trabajo como en respeto, si tuvieras algún defecto humano, como la tolerancia. De este modo, de vez en cuando, podrías hasta cerrar un poco los ojos a tu propia idea del deber.

Me fuí sin darle tiempo a replicar. Estaba disgustado de mi vano esfuerzo por hablar a quien no quiere escuchar. Cuando llegué al vestíbulo, vacilé. Me acometió la idea de que no había cumplido nada de mi misión. Estaba volviéndome débil y aceptando la derrota con demasiada facilidad. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? Silbé un momento por lo bajo, y luego me dirigí a la escalera. Algo había que yo debía hacer.

Me detuve delante de la puerta del dormitorio que Elena y Dolly compartían ahora. ¿Estaría ya dormida Elena? Empujé suavemente la puerta.

La luz eléctrica estaba encendida. Elena estaba sentada, vestida con una bata, delante de un pequeño secreter, y escribía activamente. Levantó la vista, me vió, y cubrió con el papel secante lo que estaba escribiendo.

—Buenas tardes, doctor. ¿Qué lo trae por aquí?

—Se trata de Dolly —le respondí sin rodeos—. La encontré esta tarde, y no me gustó su estado; no por lo que me dijo, sino por cómo me lo dijo. Temo que se le haya ocurrido alguna idea absurda, como la de quitarse de en medio y dejar el campo libre para Roberto y para ti.

—No dudo de que haya considerado esa posibilidad. A mí también me parece una solución eficaz.

—No lo es, Elena. No te dejes arrastrar por tu maldito complejo de suicidio. ¿No te das cuenta de que es un error? Hay que continuar luchando. Además, el suicidio es inhumano. ¿Has pensado en los que quedan detrás?

—No. Pero de todos modos, hablábamos de Dolly. ¿A quién puede dejar detrás ella? Roberto no la quiere, y Guillermo ya no existe. Uno debe continuar luchando, sí, pero mientras hay esperanzas. Usted y yo sabemos que hay situaciones sin esperanzas y sin salida.

—Hablas de un modo contrario a tu sentimiento, Elena. Parece como si te gustara que ella se suicidase.

—No, doctor; pero es mi modo de afrontar las cosas.

—¡Elena!..., algunas veces eres inhumana.

Comencé a pasearme por delante de la chimenea. Elena me miraba con una sonrisa indescifrable. De pronto, una ráfaga de aire penetró por la ventana abierta, hizo volar los papeles y lanzó algunos hacia donde yo estaba. Al inclinarme para recogerlos, observé que ella, con ágil y rápido movimiento, se había puesto junto a mí y extendía la mano para recibirlos. Su interés me llamó la atención. No pude reprimir la curiosidad de mirarlos. Lo que vi escrito en el primero de ellos me hizo retenerlos y ocultarlos detrás de mi espalda.

—¡Vuelve a sentarte, Elena! —le ordené.

El más pequeño planeta del sistema solar

En 1949, Wálter Baade descubrió un asteroide, cuyo diámetro es de unos 800 metros y cuya órbita es la más excéntrica de todos los planetas conocidos. En 1968 estará solamente a una distancia de 6 millones de km de nuestro planeta. Este asteroide fué llamado Icaro, y ahora sirve, entre otras cosas, para verificar la teoría de la relatividad.

—No debe usted leerlos todavía. ¡Déme esos papeles!

—Cuando los haya leído; antes, no —le respondí con firmeza.

Ella comprendió que yo estaba determinado a hacer lo que decía, se encogió de hombros, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo.

SIN perder de vista sus movimientos, comencé a leer una carta, dirigida a mí. Decía:

Querido doctor:

En verdad no sé para qué me tomo la molestia de escribir esta carta. Tal vez sería mejor que nadie supiera jamás la verdad. Pero usted siempre fué suspicaz, doctor, y no quedará convencido de mi "accidente". Usted conoce como nadie mis antecedentes familiares y me conoce a mí misma. Por lo tanto, para evitar que en el curso de futuras investigaciones usted revele algo de lo que sabe, le referiré las razones que me movieron a dar este paso, que quiero quede absolutamente oculto a todos, a Roberto más que a nadie.

Es evidente que si no hago esto ahora, Dolly se me adelantará. He tratado de demorarla con mis falsas esperanzas; pero no la podré engañar mucho tiempo más. Ella siente que todos sus motivos para vivir desaparecieron con la muerte de Guillermo. Siente que es una intrusa. Sé bien lo que haría yo si estuviera en su lugar, no bien comprendiera que no queda ninguna esperanza.

Me siento responsable de su suerte, porque consentí en que se la trajese a la vida, sin calcular para nada cuál iba a ser su destino. Quiero que, en parte al menos, sea feliz como lo he sido yo. Sé que Roberto me extrañará al principio. Siento muchísimo tener que causarle a él este dolor; pero poco a poco comprenderá que no he muerto, que sigo viviendo en Dolly. Únalos el uno al otro y hágales comprender.

No sienta pena por mí, doctor. No me siento disconforme con mi suerte. He vivido, y he tenido ratos buenos y ratos malos. Estoy en general satisfecha, aunque pienso que tal vez habría sido mejor para todos que usted no hubiera sido tan solícito con el lavaje estomacal que me hizo aquella vez. Pero ahora no tendrá ocasión para...

Terminé de leer sintiendo que mis ojos estaban completamente humedecidos. Miré a Elena, que fumaba tendida diagonalmente sobre la cama; escondí mis ojos y comencé a arrojar al fuego las hojas que acababa de leer.

—Bueno, de todos modos me ahorró usted una estampilla —comentó Elena.

Sin saber qué responder, me acerqué a la cama y me senté a su lado.

—Escúchame, chiquilla. Te hablo con todo el corazón. Lo que te propones hacer es totalmente inútil. En vez de remediar las cosas, las complicarás mucho más. He hablado con Roberto. Es

NUMEROS ANTERIORES
de
más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de $ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

evidente que a vosotras os mira como a dos personas distintas y que siempre os seguirá mirando así. Tiene horror de "seducir a la viuda de Guillermo", como se obstina en llamarla. Si tú te eliminaras, venerará tu memoria para siempre y detestará a Dolly, juzgándola culpable. Lo único que conseguirás es arruinarlo moralmente para toda la vida y dejar a Dolly peor de lo que estaba.

Elena había cesado de sonreír.

—Roberto estaba alcoholizado. No puede usted dar ningún valor a lo que él le dijo.

—*In vino veritas*..., y es una gran verdad —le respondí—. Nunca podrás sacar otra cosa de Roberto, distinta de la que me acaba de decir, sin sus inhibiciones.

—Pues bajemos y hablemos —replicó—. Quiero estar absolutamente segura de que usted no se equivoca.

—¡Un momento! Vamos a hablar con Roberto, sí, pero con dos condiciones. La primera es que *jamás* intentarás hacer nuevamente lo que tenías pensado. La segunda es que vigilarás y protegerás cuidadosamente a Dolly, para que nunca se le ocurra algo semejante.

—De acuerdo. Le prometo lo primero; pero en cuanto a lo segundo, ¿por qué cree usted que no me despego de Dolly desde hace un tiempo?; ¿por qué cree que le he mentido? Pues precisamente para apartarla de esas ideas. No me gustó que se fuera sola a casa de la señora Férguson; pero no tuve otro remedio, porque se negó a que la acompañase. Me pregunto qué estará haciendo ahora.

—Si no vuelve pronto, la iré yo a buscar —le dije—. Esperemos veinte minutos más.

Elena bajó la escalera delante de mí y se dirigió resueltamente al líving. Roberto seguía despatarrado en el sillón, con la barbilla hundida en el pecho, los ojos cerrados y los brazos colgando flojamente. Elena se sentó en un brazo del sillón y le levantó la cabeza, apoyándosela contra su pecho. Comenzó suavemente a alisarle el cabello y acariciarle la frente y las mejillas.

Roberto comenzó pronto a reaccionar y trató con visible esfuerzo de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —preguntó con lengua estropajosa.

—Soy yo: Elena. Escúchame bien, querido. Soy Elena, pero también soy Dolly. Y Dolly es yo. Tienes que entender esto. Si una de nosotras desaparece, la que queda es Elena. No puedes perder a Elena. Elena te quiere mucho.

El intentó levantar la cabeza para mirarla al rostro, pero estaba demasiado borracho para conseguirlo.

—Estoy borracho... —dijo—, estoy completamente borracho. ¿Sabes por qué estoy borracho?... Porque pensé que si me emborrachaba, no me importaría que tú fueras Dolly... Pensé... que bebiendo... no me importaría..., pero me *importa*.

Cerró los ojos y volvió a caer en la inconsciencia.

Elena se levantó, apoyó la cabeza de su esposo sobre el respaldo del sillón, y pasó por delante de mí.

Dolly estaba en la puerta de entrada, abierta todavía, y con el sombrero y el tapado puestos aún. Evidentemente acababa de entrar.

Estaba muy pálida, pero parecía serena. Hasta sonreía débilmente. Entró, se sacó el sombrero, se arregló el cabello y dijo con voz tranquila:

—Nada mejor que conocer uno su situación.

Sentí que el corazón se me desgarraba de compasión por ella.

Encontré una botella con un poco de whiskey y serví tres vasos. Roberto seguía inconsciente. Elena contemplaba a Dolly con infinita compasión.

—Toma un trago, Dolly. Después hablaremos arriba.

Bebimos los tres.

Elena se incorporó.

—Doctor —dijo—, lo dejo encargado de Roberto, aunque me parece que lo mejor es dejarlo donde está. Vamos, Dolly.

—Sí, mamita —murmuró Dolly —. ¿Puedo darle un beso a papito?

Se me acercó y me dió un beso en la mejilla.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, Dolly —le oprimí la mano y vi que estaba helada.

Cuando Elena pasó junto a mí, le susurré:

—¿Y tus promesas?

—Cuente con ellas —me respondió, susurrando también.

Las vi subir por la escalera.

Cubrí a Roberto con algunas ropas que había en la pieza. Roncaba apaciblemente. Acerqué otro sillón a la chimenea, avivé el fuego y me senté. La puerta que daba a la escalera la dejé abierta para poder escuchar cualquier ruido inusitado. Iba a pasarme la noche allí.

RECUERDO que escuché sonar las cinco en el reloj.

Debió de ser poco después cuando pasé de la somnolencia al sueño profundo.

Me despertó el ruido de las pesadas cortinas que alguien descorría, y un rayo de sol que me dió en los ojos. Parpadeé y me levanté. La mucama andaba por el comedor, arreglando las botellas y los vasos.

—¿Qué hora es?

Busqué a Roberto con la mirada. Estaba exactamente en la misma posición en que lo había dejado la noche anterior, excepto que tenía la boca abierta.

—¿Se levantaron ya las señoras? —le pregunté a la mucama.

—Sí, señor; siempre van a nadar apenas amanece. Las vi pasar a las cinco y media, en dirección al río.

Una negra nube de intranquilidad se posó sobre mi alma.

—¿Y a qué hora suelen volver?

—Vuelven siempre antes de las siete y cuarto. Hay un buen camino de aquí al río. No sé por qué tardan tanto hoy.

—Gracias.

Un cuarto de hora no es mucho retraso; pero en las actuales circunstancias no me agradaba.

Tiré de la ropa que cubría a Roberto y lo sacudí enérgicamente. Tuve que insistir un buen rato antes de que diera señales de vida. Por fin se levantó, lamiéndose los labios y agarrándose la cabeza.

—¡Mi cabeza! —exclamó.

Saqué el tubo de aspirina que suelo llevar conmigo; puse tres en un vaso; las disolví, y se las hice tomar.

—Traga esto y acuéstate un momento —le dije.

Me asomé a la ventana. No había un alma a la vista.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Roberto, mirándome borrosamente.

—Voy a buscar el auto. Prepárate para venir conmigo.

Pocos minutos después se reunió conmigo, cuando yo llegaba con el auto delante de la puerta. Lo hice subir, y partí rápidamente en dirección al pueblo. El aire fresco despejó a Roberto.

—¿Quiere decirme adónde vamos?

—Estabas probablemente demasiado ebrio anoche para darte cuenta de lo que decías —le respondí.

Le conté todo; le referí concisamente lo que había pasado y por qué me preocupaba la tardanza. Mis palabras lo apesadumbraron. Traté de infundirle aliento, en la medida que me fué posible.

—No te preocupes. La mañana es muy agradable, y probablemente han alargado el baño. Pero quiero estar seguro.

Habíamos costeado el río durante un buen trecho. Ahora llegábamos a una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

curva, que era el lugar más cercano al farallón donde Elena solía bañarse. Dejamos el coche y corrimos a través del campo abierto y de la cortina de árboles que bordeaban la barranca y la ocultaban a la vista. Subimos y encontramos dos bultos de ropa femenina. Reconocí entre las diversas prendas las sandalias rojas de Dolly y la blusa amarilla de Elena.

El río se ensanchaba entre dos grandes peñascos, formando una piscina natural. Reconocí el lugar, porque Guillermo me lo había descrito en varias

oportunidades. Miré por todas partes. No vi a nadie. Examiné el río, corriente arriba y corriente abajo, procurando atravesar con la vista la cortina de árboles que lo flanqueaba... Nadie. Fuera del bullir del agua, no se oía el menor ruido.

—Gritemos —dijo Roberto con voz temblorosa.

Gritamos los nombres de ambas. El eco los devolvió, pero no tuvimos respuesta.

—Roberto —ordené—, vamos a revisar las orillas; yo hacia la derecha y tú hacia la izquierda. Si encuentras algo, grítame. Vuelve dentro de un cuarto de hora si no has encontrado ningún rastro que nos oriente.

Unos doscientos metros más abajo, abriéndome camino entre un juncal, llegué a una pequeña playa. Blanca, desnuda, tendida de espaldas, estaba Elena o Dolly. Su cabeza, su espalda y su pecho estaban inmóviles, pero el agua movía suavemente sus piernas. Sus ojos estaban cerrados. Sus cabellos brillaban como oro y junto a su cabeza, en la arena se veía un manchón rojo.

La tomé por las axilas y la saqué cuidadosamente del agua. Respiraba débilmente. La di vuelta y una bocanada de agua salió de su boca y narices. Había bastante en los pulmones, aunque no mucha.

Presioné su torso. La froté vigorosamente. Su pulso se hizo más firme y la respiración más intensa. Al moverla, la herida de la cabeza dejó escapar más sangre. Me detuve. Llamé a gritos a Roberto. Me respondió a lo lejos, y grité varias veces más, para indicarle dónde estaba.

Después de un momento, llegó junto a mí, abriéndose camino entre los juncos.

Se arrodilló junto a la muchacha, mirando ansiosamente su rostro.

—¿Está... viva? —murmuró.

—Sí, pero debemos apurarnos. ¿Encontraste algo del otro lado?

No me escuchó. Seguía escrutando el rostro de la muchacha.

—¿Es Elena? —preguntó—. ¿Es Elena?

—No lo sé —le respondí con brusquedad—. Lo averiguaremos después. Escúchame...; ¿descubriste algo del otro lado?

—¿Cómo?... No... Lo recorrí completamente... No hay juncos... No hay nadie.

—Bueno. Ahora lleva a Elena hasta el coche y envuélvela con la manta de viaje. Manténla con la cabeza levan-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tada. Voy a echar una mirada rápida por este lado. Te alcanzaré.

Escudriñé la orilla con desesperada rapidez, pero sin dejar ni un rincón donde pudiera estar escondido otro cuerpo. No encontré nada. Suspendí la búsqueda y corrí a través del campo hacia el coche.

Roberto había envuelto el cuerpo en la manta y lo mantenía erguido entre sus brazos. Me miró con ansiedad.

—Nada —le respondí secamente.

Corrí como un loco en dirección al hospital. A los diez minutos la dejaba en manos del doctor Hake, y yo me precipitaba al teléfono para avisar a la policía. Encontré a Roberto paseando delante de la sala de operaciones, pálido como un muerto. Le dije que esperase y salí con los policías a continuar la búsqueda.

CUANDO la encontramos, me alegré de que Roberto no hubiera venido con nosotros. Estaba enredada en los juncos del fondo del río, junto a los peñascos. Cuando la arrancamos del fondo, traía adheridos todavía, como tentáculos, juncos y otras plantas acuáticas.

Capítulo XII

EL doctor Hake me aseguró que la muchacha internada tenía posibilidades de salir adelante.

El cráneo estaba fracturado, pero la fractura no era mortal.

—Depende todo del esfuerzo que haga para sanarse —dijo—. Me parece que no convendría decirle la muerte de su hermana. No serviría de nada. Se querían mucho, ¿verdad?

—Sí —respondí—; ya sabe lo que pasa con los mellizos, cada uno es parte de la vida del otro.

—¿Y qué cree usted que habrá sucedido?

Yo tenía preparada la respuesta para la inevitable pregunta.

—Les gustaba mucho zambullirse desde la barranca. Era peligroso a causa de las rocas, pero precisamente esto era lo que más las atraía. Usted ya sabe cómo son. Una de ellas debe de haberse zambullido con demasiada fuerza, y quedó probablemente agarrada entre las plantas del fondo. Al ver que no volvía a la superficie, la otra debe de haberse zambullido para buscarla. En la prisa calcularía mal y habrá golpeado contra una de las rocas. La corriente la arrastraría luego hasta el remanso. Lo milagroso es que no se haya ahogado.

—Sí, por cierto. Me pregunto cuál de las dos será. ¿No hay realmente ningún medio de distinguirlas? Creo que no solían usar traje de baño, ¿verdad?

—No; pero de todos modos no le serviría de mucho para reconocerlas. Dolly perdió casi todo su guardarropa en la explosión y usaba la ropa de su hermana.

—¡Qué situación increíble! Nunca he oído nada semejante. Sin embargo todo se aclarará —supongo— cuando vuelva en sí.

—¿Hay algún indicio?

—Hasta el momento no, pero no creo que tarde mucho. Roberto está junto a ella. Se ha negado a moverse de allí. Hace diez horas que no se separa de ella un instante.

—Ya lo sé. Bueno, voy a comer algo. Volveré dentro de una hora.

Cuando regresé, Roberto estaba a la puerta de la habitación.

—No entre todavía, doctor. Tengo algo que decirle.

Roberto había desmejorado mucho en los últimos tiempos. Se veía envejecido y agotado. Pero ahora había en él indicios de una amargura nueva.

—¿Qué pasa? ¿Habló? ¿No estará... alterada?

—No, doctor; no está alterada pero ha perdido la memoria.

—¡Cómo! ¿No te reconoce?

—¡Oh!, me reconoce perfectamente. Se acuerda de usted, de Guillermo, de todo, hasta el momento en que se encontraba echada en el reproductor, esperando que comenzara el experimento. Lo último que recuerda es la campana bajando sobre ella, "como una campana sobre un sándwich".

—¡Lo mismo que dijo cuando despertó después de la duplicación! Se ve que se han identificado en ella las dos pérdidas de conocimiento. ¿Cómo puede ser?

—Usted conoce la teoría más aceptada sobre la pérdida de memoria —dijo lentamente Roberto—. Está reprimiendo subconscientemente todos los recuerdos desagradables de lo que siguió, porque sufrió mucho con ellos. Y esos recuerdos comienzan precisamente con la creación de Dolly.

—Bueno, puede que sea así; pero de todos modos no tiene importancia, con tal que en lo restante esté bien.

—¿No importa? ¿No ve que eso quiere decir que ella es probablemente Dolly, que es la que más sufrió, y la que necesita olvidar mucho más que Elena?

—Me parece que no estimas bastante la sensibilidad de Elena —le respondí algo secamente—. De todos modos, si fuera Dolly, ¿cómo podría recordar la primera parte del experimento?

—No olvide que ella comenzó a vivir con todos los recuerdos de Dolly intactos. Es perfectamente posible que sea Dolly, y que recuerde la vida que no hizo, olvidándose en cambio de la que hizo.

—Bueno, supongamos que sea Dolly. ¿Qué pasa?

—Entonces, yo estaría en la situación opuesta. Yo recuerdo precisamente la vida que ella no vivió, y que no era la de ella: era la de Elena. Recuerdo también la vida que llevó; y ni siquiera una parte de ella fué mía: fué de Guillermo. Quisiera perder la memoria de los últimos sucesos, y no puedo. Daría cualquier cosa por creer que es Elena; pero es imposible tener fe cuando hay tantos motivos que provocan la duda.

No pude menos que compadecer a esta víctima de la rectitud. "No hay otro como él en cien hombres", pensé, "y esta es la desgracia".

—Supongo que de nada vale explicarte de nuevo cómo el exceso de conciencia lleva al mal —le dije—. Ya lo hice la última noche. Pero no me doy por vencido. De todos modos, la pérdida de la memoria puede ser sólo pasajera. Puede recobrarla por sí misma. Si no lo hace, podemos consultar un especialista; podemos darle una buena indicación del origen de la perturbación.

—Imposible —respondió Roberto abruptamente—. ¿Quiere usted hacer público que hemos creado la vida humana?... ¿y con este resultado? Otros podrían hacer lo mismo, y aun peor, con otro reproductor.

—No existe otro reproductor, y nadie lo podría fabricar. No creo que por ese lado debamos temer. No creamos la vida, sino simplemente la duplicamos. Además, los psiquíatras están obligados al secreto profesional.

—Yo no estaría tan seguro como usted...

—Bueno, ¡al diablo con tanta sutileza! Voy a ver a Elena.

El doctor Hake salió a una señal mía de que quería estar a solas con la enferma.

—Vaya despacio —me susurró al pasar junto a mí.

Me puse donde ella pudiera verme sin mover la cabeza.

—¡Qué suerte que lo veo, doctor! Ahora podré enterarme a fondo de lo que sucede. Todos se comportan con tanto misterio, especialmente Roberto. El doctor, que acaba de salir, me dijo que no me preocupara por mi hermana. ¿Resultó entonces bien el experimento? ¿Dónde está Guillermo? ¿Por qué tengo así la cabeza? ¡Por amor de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dios, doctor, dígame lo que pasa; no haga como los demás!

Decidí que era peor dejarla en el estado en que estaba, con el riesgo pendiente de que poco a poco se fuera enterando de la verdad. Le conté pues la increíble historia sin callar detalle.

La afectó mucho la muerte de Guillermo. La muerte de Dolly no le causó en cambio la menor emoción. No podía imaginarse para nada su existencia. La existencia de una persona distinta de uno mismo, y que sin embargo es uno mismo, es algo que excede la comprensión de cualquiera que no lo haya vivido. Le conté los escrúpulos de Roberto, y por qué dudaba en aceptarla como esposa.

—Y ahora tienes que hacer lo que yo te diga. Finge recobrar la memoria y recuerda *que tú eres Elena*. Es bastante probable, de todos modos. Si lo dices con convicción, Roberto te creerá, porque te supone incapaz de mentir. Además, él mismo busca desesperadamente una razón para creer. Dásela tú.

—Lo siento, doctor; pero quiero que Roberto me acepte por lo que soy y no por lo que pretendo ser. Hay cincuenta por ciento de posibilidades de que yo sea la mujer de Guillermo. Por supuesto que no dudo acerca de la moralidad de esto. Yo sé que Guillermo lo comprendería. Pero no me creo capaz de mentir durante toda mi vida a un hombre que según usted afirma, me cree incapaz de mentir.

—¡Santo Dios! ¿Por qué se empeñarán todos ustedes en complicar las cosas? ¿Es tan irrazonable lo que intento hacerles comprender?

—¿Y no se da cuenta usted de que esto no tiene nada que ver con la razón? No podemos librarnos de nuestros sentimientos razonando. Yo soy una persona de identidad desconocida, y quiero que Roberto me acepte tal cual soy, sin pretender ninguna otra cosa. Si no lo puede hacer así, no hay nada que hacer, y a él no puede reprochársele nada.

En ese momento se abrió la puerta. Entró el doctor Hake, acompañado por Roberto y una enfermera. Ésta tomó la temperatura de la enferma y se mostró disgustada.

—Me parece que usted ha estado excitando a nuestra paciente, doctor — me dijo mi colega.

—Muy bien, Hake; me voy antes de que me eche. Trata de dormir, Elena; es demasiado tarde.

—Me veo obligado a pedirle también a usted que se retire, Roberto —dijo Hake—. La enfermera se quedará de

Azúcar para los muertos

Los esfuerzos que la ciencia viene realizando por revivir a los muertos son tan antiguos como el mundo. En los primeros tiempos, la labor estaba a cargo del brujo de la tribu, quien mediante pases magnéticos y algunos signos misteriosos trataba de devolver el "impulso vital" a sus pacientes. Modernamente, los métodos han cambiado mucho e incluyen la utilización de pulmones artificiales y transfusiones de sangre, enriquecida con glucosa y adrenalina. Con todo, hasta hace poco, el tratamiento debía ser aplicado casi inmediatamente después de que el corazón dejaba de funcionar. Pero merced a las últimas investigaciones realizadas en Rusia por el doctor Negovski, ya es posible revivir muertos de hasta seis minutos. La técnica ha sido utilizada en 1.800 casos, y más de la mitad de los mismos se han recuperado totalmente, sin que quedase rastro alguno del pasado infortunio.

guardia toda la noche. Mañana a primera hora puede volver, si lo desea. No quisiera que la enferma hablara una sola palabra más esta noche.

Roberto y yo salimos del hospital. En la acera, cuando me disponía a despedirme, Roberto me propuso:

—¿No querría usted pasar la noche en mi casa, doctor? Estaremos solos.

—Por supuesto, Roberto —le acepté, con mucho más calor del que había dado muestras últimamente para con él; en gran parte porque su soledad me inspiraba una gran compasión.

Caminamos unas cuadras en silencio. De pronto Roberto comenzó a hablar, sorprendiéndome porque sus palabras parecían seguir el curso de mis pensamientos.

—Ya sé que usted piensa que yo soy esclavo de la tradición y de mi educación de clase. Pero no es así. Me guío por mi propio juicio. Por ejemplo, cuando mi padre quiso que yo siguiera con los negocios de la familia, no le obedecí y me dediqué a la investigación.

—Hay muchos precedentes para actuar así, o de lo contrario no lo habrías hecho —le respondí—. Tu conducta en ese caso responde a la sección "Amor Propio", subtítulo "Independencia", de tu código moral. Otros de tu misma familia, en casos análogos, se hacen a la mar y fundan colonias. Todo es parte de la tradición.

—Es fácil ser cínico, doctor —me respondió con un fuerte dejo de amargura en su voz—. No estoy exhibiéndome. Procuro ser todo lo sincero que puedo. Usted se comporta conmigo con una suerte de superioridad desdeñosa. Pero creo que usted no me conoce tanto como piensa.

—Lamento mucho si te he dado la impresión de que te menosprecio o no me interesas. Creo honestamente que tratas de ser sincero de acuerdo a tus luces. Pero no puedo sentir simpatía por una aplanadora que está a punto de destrozar la vida de otra persona. Y eso harás tú con Elena.

—¡No puedo hacer otra cosa! —gritó con un sollozo convulso.

Le palmeé la espalda, deseando consolarlo.

—Está bien, Roberto, está bien. Ya lo sé. Olvidemos el asunto.

—¡Olvidarlo! —exclamó con voz entrecortada—. Este es mi último esfuerzo por hacerle ver a usted mi punto de vista. Usted no puede entender por qué Elena y Dolly me parecen enteramente distintas. Bueno, supongamos que el reproductor hubiera sido bastante grande para fabricar un duplicado de la catedral de Westmínster, y que el original hubiera sido destruído por algún desastre... ¿Se engañaría usted?

—No lo sé —respondí.

—El material que compone las piedras, y las piedras mismas, o aun la estructura, no nos interesa. Lo que vale para nosotros es el valor sentimental que hemos puesto en esa masa. Se entra en el edificio, y el pasado de Inglaterra lo envuelve a uno con una presencia tangible. Si en cambio usted entrara en la catedral duplicada, sabría que esas piedras han sido creadas el día anterior. Tendrían menos años que usted mismo. Las grandes figuras del pasado no habrían sabido nada de ellas. No podría usted tener ilusiones en un lugar como ése. Sería muy interesante contemplarlo, pero usted *no sentiría nada*.

—Carezco de tu reverencia por el pasado, pero veo adónde me llevas.

—Yo amo a Elena, no a su apariencia externa. A esa muchacha con la que pasé una maravillosa luna de miel y que desde aquel día vivió conmigo, hora tras hora, en mi casa. A Dolly sólo la puedo mirar como una extraña; una mujer que compartió el lecho matrimonial con mi amigo, que fué con él al continente; alguien con quien jamás tuve yo una charla íntima. Es la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mujer de Guillermo, no la mía... Conozco todos los argumentos en contra de esto, doctor, pero no me hacen el menor efecto. Lo que siento no depende de la razón, y no puedo sentir de otro modo.

—Pues no tengo nada más que decirte —respondí con un suspiro—. He hecho todo lo que estaba en mi mano. Lo que ha de pasar está en manos de Dios.

No me contestó. Llegamos a la casa y nos fuimos cada uno a su cuarto, sin cenar. Él no había comido nada en todo el día.

A la mañana siguiente me avisaron que me llamaban por teléfono. Era una voz desconocida.

—¿Doctor Harvey?

—Sí... ¿Quién habla?

—Soy el inspector Downley.

—Buenos días, inspector. ¿Qué deseaba?

—Le hablo desde un teléfono público, cerca del laboratorio. Usted sabrá que todavía estamos investigando la explosión...

—Efectivamente.

—Bueno, acabamos de encontrar una caja de hierro enterrada entre los escombros. Era a prueba de incendio, pero el calor de esta explosión la ha fundido y ha estropeado casi todo lo que había adentro. Sin embargo, hay algunas cosas que debo entregarle a usted, como albacea del señor Leget. Son cartas privadas y cosas semejantes. Le advierto que están bastante chamuscadas...

—Muy bien; iré a buscarlas de inmediato.

Minutos después llegaba al lugar donde había estado el laboratorio. Entre los fragmentos —pues no se los puede llamar escombros— se veía una caja de hierro, y junto a ella un pequeño montón de papeles. El inspector Downley vino a mi encuentro.

—Aquí tiene los papeles, doctor. Temo que no le sirvan para mucho.

—Muchas gracias.

Examiné los papeles. La mayoría de las cartas eran comerciales. Había muchas cuentas viejas y algunos recibos mezclados con ellas. Las dejé a un lado y me concentré en los cuadernos. Había tres que formaban el diario privado de Guillermo.

Las hojas estaban casi todas tan estropeadas, que era imposible muchas veces entender la enrevesada letra de Guillermo. Se veía que consideraba sus investigaciones científicas como una parte de su vida personal, porque eran frecuentes los comentarios acerca de ellas, y hasta se veían fórmulas matemáticas. Había frecuentes referencias a mi persona, la mayoría escritas en un tono tan afectuoso, que debí volver rápidamente las páginas, porque me era insoportable leerlas en mi actual estado de ánimo.

Las páginas referentes a Elena eran mucho más apasionadas. La primera referencia que pude descifrar decía:

Mi amor por ella me atormenta a cada hora del día y de la noche. Si pudiera tener el valor de decírselo y de afrontar las consecuencias...

La mayor parte de las experiencias con los conejos estaba allí. Era bastante reticente en su narración, al menos en cuanto a los detalles. Casi al fin del cuaderno (me pregunté si el inspector lo había leído, y por su indiferencia supuse que no) comenzaba el informe sobre la duplicación de Elena. La última página era, de hecho, sólo una media página: la mitad inferior había sido destruída por el fuego, como lo había sido la cubierta. La narración se interrumpía bruscamente.

Leí por segunda ver la última frase. Sentí un vacío en mi interior. Volví a echarle una mirada y salí corriendo hacia mi automóvil. ¡Dios sabe lo que habrán pensado los obreros al verme correr así!

Llegué al hospital. Corrí a la habitación de la enferma. Roberto estaba solo con ella.

—¿Qué tal está? —le pregunté.

—Duerme —me respondió, extrañado de mi impetuosidad.

Me aseguré de que efectivamente dormía, y le mostré el cuaderno a Roberto. El corazón parecía saltárseme del cuerpo.

—Tú querías una prueba definitiva, Roberto, para saber si es Elena o Dolly. Aquí la tienes. Podrás saberlo sin lugar a dudas.

Palideció al oírme.

—¿Cómo? —preguntó con voz ronca.

Le pasé el cuaderno.

—Este cuaderno es una parte del diario íntimo de Guillermo. Tú conoces su letra. Tu lo habrás visto escribiendo en él. Lo han encontrado entre los restos del laboratorio. El inspector Downley me lo ha entregado hace diez minutos. Puedes comprobarlo.

—No hace falta. Veo que es genuino. Reconozco su letra, y sé que llevaba un diario.

Abrí el cuaderno y le mostré el fragmento de la última página.

—Entonces, lee esto..., especialmente *esta* parte.

Las últimas palabras escritas eran éstas:

...la inserción de los tubos del autoyector en las venas de Dolly, para inyectarle sangre en las venas hasta que el corazón comience a trabajar por su cuenta, ha causado dos pequeñas heridas. Quedarán dos pequeñas cicatrices en la base de su cuello, las dos únicas señales distintivas de un perfecto duplicado de Elena. Lamento esta...

Roberto dejó el libro con las manos temblando.

—¿Prefieres que mire yo? —le pregunté.

Rehusó con un movimiento de cabeza. Estaba tan alterado que no se atrevía a hablar. Se acercó a la joven

¿por qué, cómo, cuándo, dónde?

más allá contesta a todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.

escriba a

más allá

AVENIDA ALEM 884 Bs. Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y apartó las sábanas que le cubrían el cuello.

—De este lado no hay ningún indicio — murmuró.

—Vuélvele la cabeza — le dije.

Lentamente, como un autómata, levantó la cabeza y los hombros. Los ojos de ella parpadearon.

Con miedo y cuidado completó el examen.

—Nada..., absolutamente nada.

Mientras él pronunciaba estas palabras, ella despertó. Lo miró desconcertada primero, con asombro después.

Y entonces, como un cable de acero que estalla por la tensión, Roberto la abrazó torpemente, besándola con pasión, medio llorando, medio riendo, fuera de sí por la alegría.

—¡Elena, querida, perdóname!

VOLVÍ al terreno donde había estado la "cueva", para buscar el resto de los documentos de Guillermo. Los otros dos cuadernos estaban tan estropeados que apenas podían manejarse. Por otra parte, la mayoría de las páginas se referían a cuestiones personales, en las que me pareció mejor no introducirme. Las cartas eran casi todas sin importancia. Me guardé dos o tres como recuerdo. Los recibos correspondían evidentemente a transacciones terminadas. En un pequeño hoyo encendí un fuego, tiré el diario allí, y fuí echando las cartas una a una, a medida que las revisaba atentamente.

Una de ellas, escrita a máquina y que yo había descartado la primera vez, me llamó la atención. Fué el membrete impreso lo que me hizo detenerme: K. F. R. HUDSON.

Recordé entonces que este apellido era el de un compañero mío de estudios. Se había especializado en cirugía plástica, y le iba muy bien, según me había enterado, con un consultorio instalado en París.

—¿Qué tenía Guillermo que ver con él?

Leí la carta:

...Las cicatrices en el cuello de su señora... pueden ser borradas por completo... Aseguro a usted que en dos o tres semanas desaparecerá toda huella...

En lo profundo de mi memoria resonó una voz que decía:

"...A propósito, Dolly tendrá que internarse un par de días en un sanatorio de aquí..."

Dejé caer la carta en el fuego y observé cómo se consumía.

Levanté los ojos. Vi a lo lejos el edificio del sanatorio donde Roberto y Dolly disfrutaban de su felicidad recobrada. Yo fuí quien les dió diez años de felicidad, hasta que ocurrió el choque de trenes donde murieron ellos y sus dos hijas. Dicho suceso hizo posible la publicación de esta crónica.

Estoy satisfecho. ✦

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO Central (B)
FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574
INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923